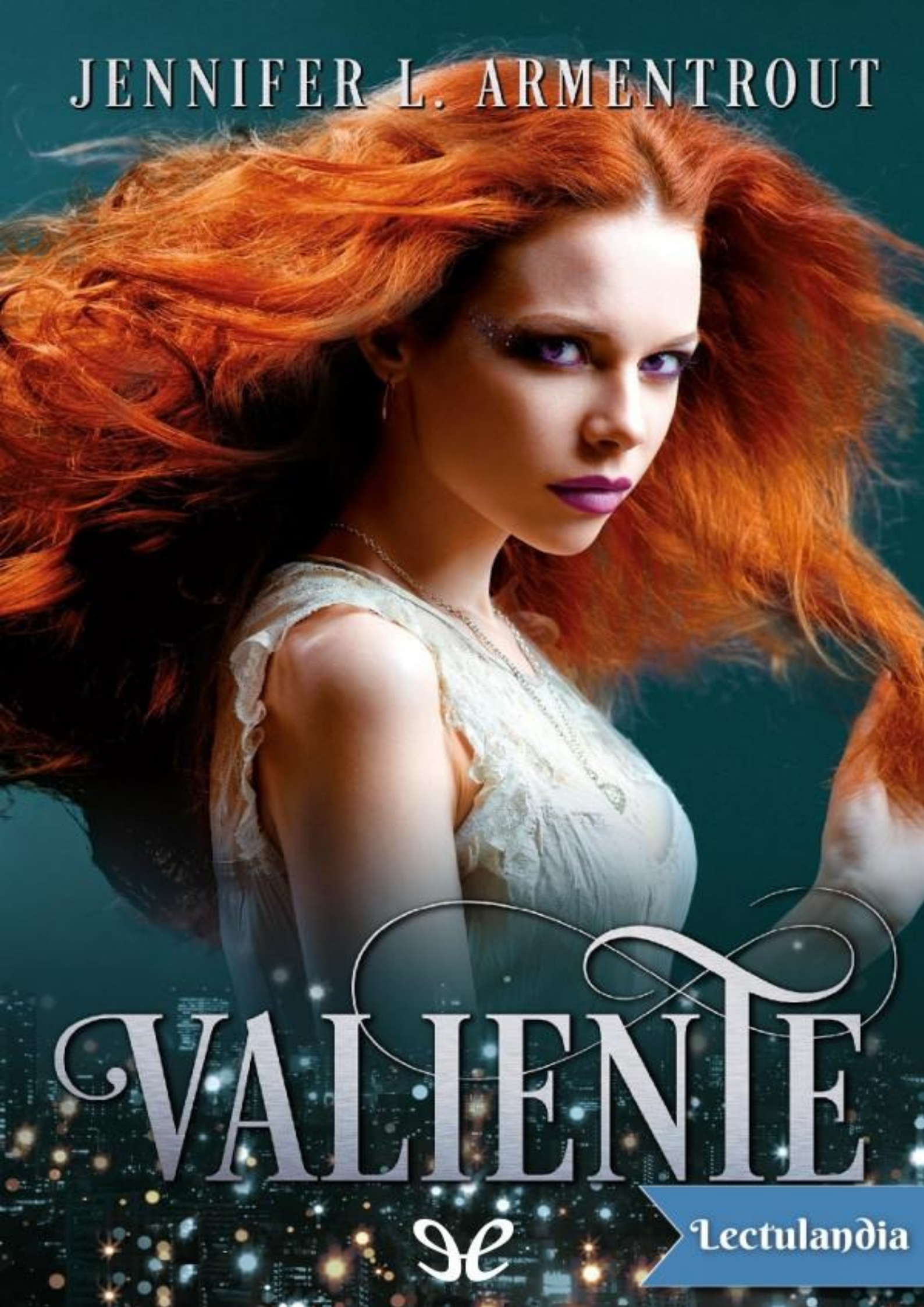


JENNIFER L. ARMENTROUT



VALLIENIE



Lectulandia

Hace tiempo que Ivy Morgan no es la misma de siempre. Y es comprensible. Que te secuestre el príncipe de los faes, un psicópata empeñado en abrir las puertas del Otro Mundo, es lógico que te quede algunas secuelas psicológicas. Pero no se trata solo de eso. Algo oscuro y dañino se está propagando por su interior, algo más poderoso de lo que la propia Ivy podría imaginar... y que se interpone entre ella y Ren Owens, el miembro de la Orden del que está locamente enamorada.

Ren haría cualquier cosa por mantener a Ivy a salvo. Lo que fuera. Sin embargo, cuando toma una decisión trascendental por ella, las consecuencias son de tal magnitud que amenazan con destrozarse las vidas de ambos.

Aunque se siente dolida y traicionada, si Ivy quiere salir con vida, debe dejar de lado sus sentimientos y colaborar no solo con aquellos a los que ama, sino también con un enemigo al que preferiría matar antes que depositar su confianza en él. Se avecina una guerra, y pronto se hace evidente que todo lo que Ivy y Ren creían saber de la Orden no era más que un puñado de letales y peligrosas mentiras.

Para salvar a aquellos a quienes ama, y también a sí misma, Ivy sabe que no le bastará con ser valiente. Porque, detrás de todo malvado príncipe, hay una reina...

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Valiente

La cazadora de hadas - 3

ePub r1.0

Titivillus 15-05-2019

Título original: *Brave*
Jennifer L. Armentrout, 2017
Traducción: Aida Candelario Castro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

1

La habitación estaba tan a oscuras que no podía distinguir nada aparte del tenue resplandor plateado de la luna que se filtraba por entre las gruesas cortinas. El aire viciado no circulaba.

Pero yo sabía que no estaba sola.

Nunca estaba sola *aquí*.

Me estiré hacia delante, escudriñando la oscuridad. El frío metal del collar se me clavó en el cuello mientras me esforzaba por calmar los latidos de mi corazón, pero siguió martilleándome contra las costillas cada vez con más fuerza hasta que la presión me comprimió el pecho.

«No puedo respirar.

No puedo respirar en esta...».

Algo se acercó a la cama.

No podía ver nada, pero noté que el aire se desplazaba ligeramente. Sentí el corazón en la garganta a la vez que todos los músculos de mi cuerpo se tensaban. Allí. Una sombra bloqueó el minúsculo rayo de luz de luna.

Él estaba aquí.

Oh, Dios. Estaba *aquí* y no había escapatoria. No había nada que yo pudiera hacer. Este era mi futuro, mi destino.

Sentí una punzada de dolor en el vientre hinchado cuando me moví, apretando la espalda contra el cabecero de la cama. La cadena se tensó de pronto, lanzándome a un lado. Estiré las manos, agarrándome a la cama, pero fue inútil. Se me escapó un grito, que se desvaneció enseguida entre las sombras de la habitación. Sentí que tiraban de mí hacia delante, arrastrándome por la cama, hacia él. Hacia el...

Abrí los ojos de pronto y me incorporé tan bruscamente que casi me caigo de la cama. Me dominé en el último momento mientras inhalaba profundas

bocanadas de aire..., aire fresco con un ligero perfume que me recordó a los otoños del norte.

Me aparté el pelo de la cara de inmediato y recorrí la habitación con la mirada, deteniéndome en la ventana. Las cortinas estaban abiertas, como las había dejado antes de irme a dormir. La luz de la luna entraba a raudales, extendiéndose alrededor del pequeño sofá. Reconocí el entorno y el olor. Una dulce sensación de alivio me corrió por las venas al contemplarlo.

Pero debía asegurarme de que lo que acababa de experimentar había sido una pesadilla y no la realidad. Que no seguía cautiva del príncipe, que estaba empeñado en dejarme embarazada para cumplir una inconcebible profecía que abriría *todas* las puertas del Otro Mundo.

Me llevé una mano despacio al vientre.

No estaba hinchado.

No estaba embarazada.

Así que eso quería decir que *no* estaba en aquella casa con el príncipe.

Alcé una mano temblorosa y me la pasé por el pelo. Solo había sido una pesadilla..., una estúpida pesadilla. Iba a tener que acostumbrarme a ellas. Con el tiempo, dejaría de despertarme presa del pánico.

Debía lograrlo.

Noté una punzada en el estómago mientras realizaba una larga y lenta inspiración. *Hambre*. Tenía hambre, pero podía ignorar esa sensación, porque ignorar el ardiente vacío que notaba en las tripas me había funcionado hasta ahora.

Exhalé bruscamente mientras dejaba caer las manos sobre la cama y tragué saliva con fuerza. Estaba completamente despierta. Igual que la noche anterior... y la anterior a esa.

La cama se movió a mi espalda y, a continuación, una voz profunda y adormilada dijo:

—¿Ivy?

Se me tensaron los músculos de la espalda. No volví la mirada mientras liberaba las piernas de la manta. Me ruboricé.

—Lo siento. No pretendía despertarte.

—No te disculpes. —Su voz perdió el tono somnoliento. La cama se movió una vez más y supe, sin comprobarlo, que Ren se estaba sentando—. ¿Va todo bien?

—Sí.

Carraspeé. Me había preguntado lo mismo un millón de veces. «¿Va todo bien?». Y la segunda pregunta más popular era «¿Estás bien?».

—Sí. Simplemente..., me desperté.

Transcurrió un momento.

—Me pareció oírte gritar.

Mierda.

El sonrojo de mis mejillas se intensificó.

—No..., no creo que fuera yo.

Ren no contestó de inmediato.

—¿Tuviste una pesadilla?

Estaba convencida de que él ya conocía la respuesta, por lo que debería haber sido fácil admitirlo. Además, tener una pesadilla no era para tanto. Caray, Ren entendería mejor que nadie que experimentara cierto estrés postraumático debido a toda esta puñetera situación. Sobre todo teniendo en cuenta que él también había pasado un tiempo con el príncipe y su grupo de faes psicópatas.

Sin embargo, por algún motivo, no pude confesarle que estaba sufriendo pesadillas, que a veces al despertar creía que seguía en aquella casa, encadenada a una cama.

Ren creía que yo era valiente, y lo era, pero en momentos como este... no me sentía nada valiente.

—Solo estaba durmiendo —murmuré, dejando escapar un leve suspiro—. Deberías volver a dormite. Mañana tienes cosas que hacer.

Ren iba a salir del que yo ahora denominaba Hotel Faes Buenos para ver si podía ayudar a localizar el cristal superespecial. Originariamente, el cristal les pertenecía a los faes buenos..., los faes de la corte de verano. La Orden se lo había arrebatado y luego Val se lo había robado a la Orden, y ahora lo tenía el príncipe. Sin el cristal, no podríamos volver a encerrar al príncipe en el Otro Mundo.

—Ivy. Cariño. —La voz de Ren se dulcificó mientras me colocaba una mano en el brazo. El contacto me sobresaltó—. Habla conmigo.

—Ya estamos hablando. —Me aparté, bajándome de la cama.

En cuanto mis pies tocaron el suelo, empecé a moverme. El acuciante vacío que notaba en el estómago aumentó.

—Creo que voy a ir a hacer ejercicio.

—¿A las tres de la madrugada? —preguntó él con incredulidad, y no pude culparlo. Hacer ejercicio en plena noche no es que fuera precisamente algo normal.

—Sí. Necesito moverme.

Volver a acostarme al lado de Ren ahora mismo, con esta sensación en el estómago y la mente tan confusa, no era una opción.

Las palabras que me había dicho Faye la noche que me ayudó a huir del príncipe aprovecharon aquel oportuno momento para invadir mis pensamientos. «Y si sigues alimentándote, te vas a convertir en una adicta. Seguramente ya lo eres».

Ren sabía que me había alimentado de humanos, que podría haber matado a alguien, pero no me culpaba. Incluso estaba convencido de que no le haría daño a él. Que no cedería ante la parte de mi ser que había despertado mientras estaba cautiva..., la parte de mi ser que era fae y ahora sabía cómo alimentarse y lo que eso podía hacerme sentir.

Y lo *fácil* que era.

Ren confiaba en mí, pero yo no.

No podía *permitírmelo* ahora mismo, porque nunca jamás me perdonaría si le hacía daño a él como sabía que se lo había hecho a aquellas otras personas. Se me secó la boca mientras abría y cerraba los puños.

—¿Ivy?

Parpadeé con rapidez, comprendiendo que me había quedado ensimismada en mis propios pensamientos, y volví a concentrarme en la conversación.

—¿Has visto el gimnasio que tienen en el sótano? Me motiva hasta a mí a subirme a una cinta de correr.

Por supuesto que Ren había visto el gimnasio.

Uno no conseguía un cuerpo como el suyo sin estar perfectamente familiarizado con el interior de un gimnasio.

—En lugar de ir al gimnasio a las tres de la madrugada, ¿por qué no vuelves a la cama? —me sugirió—. Podemos ver la tele. Estoy seguro de que te has perdido algunos episodios de *The Walking Dead*.

Me había perdido un montón de episodios de mi serie de zombis favorita, lo cual era una putada, porque, cada vez que veía a Tink, el duende estaba a punto de destriparme el argumento. Y me pasaba lo mismo con *Supernatural*.

Me invadió una agri dulce oleada de anhelo que se antepuso momentáneamente a las sombras que merodeaban en el fondo de mi mente. Deseé lanzarme de nuevo sobre la cama, acurrucarme con Ren y quedarme dormida en sus brazos escuchando cómo Rick Grimes se convertía de nuevo en el «Rick-tador» que todos adoramos. Eso haría una persona normal, y bien sabía Dios que yo había deseado ser normal durante mucho tiempo.

Por eso me había matriculado en la universidad a pesar de que ya tenía trabajo. Bueno, *solía* trabajar para la Orden. Ahora, ¿quién sabía? Pero anhelaba descubrir cómo sería despertarme e ir a la universidad o al trabajo sin tener que preocuparme de si iba a morir durante mi jornada laboral o a descubrir que habían asesinado a mis compañeros. Ser normal significaría ir a un restaurante, o al cine. Quedarme en casa a ver un maratón de series sin preocuparme del posible e inminente fin del mundo. Ser normal significaría que mi mejor amiga no habría resultado ser una zorra traidora y no habría muerto por culpa de sus actos y decisiones.

Ser normal estaba muy infravalorado.

La lámpara de la mesita de noche se encendió sin previo aviso. La luz inundó la habitación, llegando hasta donde me encontraba. Un desconcertante instinto entró en acción de pronto. No sabía por qué, pero no quería que Ren me *viera* en ese momento. Me aparté de la luz pero, en cuanto mi mirada se cruzó con aquellos ojos de color verde bosque, me quedé inmóvil.

Ren Owens era... Madre mía, era guapísimo, con un toque salvaje. Me recordaba a los otoños en el norte de Virginia, donde reinaban los tonos dorados y cobrizos. Tenía el pelo rojizo alborotado y le caía sobre la frente, rogando que se lo apartara. Unas espesas y largas pestañas, que debía reconocer que me daban bastante envidia, perfilaban sus asombrosos ojos. Sus pómulos anchos hacían juego con una mandíbula dura y labrada a cincel. Tenía la nariz ligeramente torcida, lo cual, de algún modo, aumentaba la belleza de su rostro. Sus labios carnosos solían curvarse formando una mueca risueña y, cuando sonreía, se le dibujaban unos profundos hoyuelos a cada lado.

No obstante, ahora las comisuras de su boca permanecían rectas, formando una línea sombría, y no había ni rastro de hoyuelos.

Antes de lo que había ocurrido con el príncipe, Ren dormía sin camiseta o desnudo, y no podíamos quitarnos las manos de encima mutuamente. En serio. Incluso cuando estábamos heridos y nos dolía todo el cuerpo, no lográbamos ignorar la atracción que se desataba entre nosotros. Sin embargo, desde que regresé —desde que nos reencontramos— se ponía una camiseta para dormir, junto con calzoncillos o pantalones de pijama.

Lo único que habíamos hecho era besarnos.

Tres veces para ser precisos, y fueron besos dulces y castos que insinuaban una necesidad más profunda y contenida.

Creo que las pesadillas eran el motivo por el que Ren dormía con ropa, porque habían comenzado la primera noche y habían seguido produciéndose

todas las noches siguientes.

Aquellas pesadillas parecían premoniciones. Una advertencia de lo que se avecinaba, y no podía librarme de esa sensación, ni siquiera cuando salía el sol y estaba rodeada de gente que no me había fallado..., que se preocupaba tanto por mí que había ido a sacarme del infierno.

Contuve un estremecimiento.

—Por favor. —Ren extendió una mano hacia mí. Mis ojos ascendieron por la brillante enredadera que llevaba tatuada en el brazo y que desaparecía bajo la manga blanca—. Vuelve y quédate conmigo.

Se me hizo un nudo en la garganta que me impedía respirar. Deseaba quedarme allí con él. Desesperadamente. Pero necesitaba espacio y necesitaba... no sé bien qué. Pero no podía quedarme allí.

—Puede que luego —contesté, moviéndome al fin.

Me dirigí a la pequeña cómoda en la que había guardado parte de mi ropa. Noté que la culpa me subía por la garganta como si fuera bilis.

—Si todavía estás despierto cuando vuelva, podemos ver algo en la tele.

—Anoche no volviste.

Saqué unas mallas del cajón.

—No me entró sueño de nuevo, así que no quise molestarte.

—Ya sabes que *nunca* me molestas. Jamás. —Hizo una pausa—. Y no me volví a dormir. Te estuve esperando.

No alteró la voz, haciendo gala de la clase de paciencia de la que yo carecía.

—Puedo ir al gimnasio contigo. Dame un...

Me volví bruscamente y comprobé que ya había bajado las piernas de la cama.

—¡No!

Ren se quedó inmóvil, ensanchando ligeramente los ojos.

—¿No?

Apreté las mallas con las manos.

—Quiero decir que no hace falta que te levantes, que sientas que debes hacerme compañía. Encima que te he despertado. Deberías volver a dormirte.

Levantó los hombros dando un profundo suspiro.

—No pasa nada. Puedo acompañarte. —Se puso en pie y levantó los brazos por encima de la cabeza, estirándose—. Podemos hacer una carrera en las cintas. —Bajó los brazos—. El que pierda, tiene que ir a la cocina y robar la caja de buñuelos que les traen cada mañana.

El corazón se me aceleró cuando dio un paso hacia mí y luego otro. La habitación no era muy grande, así que enseguida estuvo delante de mí.

—Solo necesito cambiarme de ropa. O podría ir así. ¿Tú qué opinas? — bromeó con una ligera sonrisa—. Puede que no sea la ropa más cómoda para correr.

La sangre me zumbó en los oídos cuando bajé la mirada hasta su boca. El estómago me dio un vuelco cuando Ren me cogió un rizo con la mano. Lo estiró y después lo soltó. Le gustaba hacer eso, y luego, si todo fuera normal, bajaría sus labios hasta los míos. La anticipación bulló en mi interior mientras un estremecimiento me bajaba por la espalda. Una agradable calidez me invadió las venas.

Pero ¿deseaba besarlo? ¿O deseaba..., deseaba alimentarme de él?

El simple hecho de tener que preguntármelo resultaba aterrador.

Retrocedí un paso y choqué con la cómoda, haciéndola traquetear.

Ren se quedó como una estatua. Un abrupto silencio llenó el espacio que nos separaba mientras yo le observaba atónita.

—No voy a hacerte daño, Ivy. Lo sabes, ¿verdad? Estás a salvo conmigo. Siempre lo estarás.

Ay, Dios. ¿De verdad creía que me preocupaba que me hiciera daño? Claro que sí. ¿Cómo podía culparlo por pensar eso, si me ponía más nerviosa que un adicto a la cafeína cada vez que lo tenía cerca?

Aparté la mirada, con la cara colorada.

—Ya sé que nunca me harías daño. Lo siento...

—Deja de disculparte, Ivy. *Joder*. Deja de decir que lo sientes.

Iba a decir algo pero me contuve al darme cuenta de que estaba a punto de disculparme otra vez.

Ren se apartó, dándome espacio.

—No tienes que disculparte por nada.

¿En serio? A mí me parecía que la lista era tan larga como mi brazo, empezando por el hecho de que no me había dado cuenta de inmediato de que el príncipe se estaba haciendo pasar por Ren. Y había más cosas... Dios, eran tantísimas que, cuando un millón de ideas me bullían en la mente, me costaba recordar que Ren no me echaba en cara nada de ello.

Pero ¿por qué se portaba así conmigo? ¿Cómo lograba dormir por las noches? Quise preguntarle cómo había logrado superarlo, porque a él también lo habían capturado. Se habían alimentado de él, de la peor forma posible, y también estaba el tema de aquella fae. Breena. Me había dicho que Ren y

ella... Me había dicho muchas cosas; pero yo sabía que, si algo de aquello era cierto, Ren no había participado voluntariamente.

La rabia reemplazó a la calidez. Deseaba clavarle de nuevo las uñas en los ojos y sacárselos, y pensaba hacerlo. Justo antes de matarla. Despacio. De forma dolorosa.

Ren me estaba observando de un modo que me hizo sentir que podía leerme la mente, y si era así, seguramente no le gustara lo que encontró allí. Se le tensaron los hombros y luego exhaló bruscamente.

—Vale.

Me invadió el alivio.

Ren me miró y me pareció que se daba cuenta de que mi cuerpo se relajaba ante su respuesta. Apretó la mandíbula.

—Te estaré esperando.

Yo sabía que lo haría.

Y también sabía que, en el fondo, él comprendía que sería en vano.

2

Mis zapatillas aporreaban la cinta de correr, sacudiéndola como si un rebaño de vacas estuviera pisoteando la máquina, pero ignoré aquel sonido. Los puños, que apretaba con fuerza, subían y bajaban a mis costados. Los rizos que se habían escapado del moño se me pegaban al cuello y las sienes. El sudor me corría por el cuello y se acumulaba en zonas en las que ni siquiera quería pensar.

Correr.

Vaya lata.

Odiaba correr..., joder, por lo general aborrecía toda actividad física; pero, al formar parte de la Orden, destinada desde que nací a dar caza a los faes que se alimentaban de humanos, debía mantenerme en forma.

No obstante, en este preciso momento no me encontraba en esta cinta porque fuera una especie de protectora predestinada de la humanidad. Simplemente, estaba corriendo porque no tenía nada más que hacer. Estaba atrapada aquí, prácticamente bajo arresto domiciliario en el Hotel Faes Buenos. Dado que el príncipe del puñetero Otro Mundo podía olfatearme como si fuera un sabueso, era demasiado arriesgado que anduviera deambulando por las estrechas calles de Nueva Orleans.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

Faye, que se había infiltrado en la mansión del príncipe, me había explicado que el hechizo protector que rodeaba el Hotel Faes Buenos impedía que el príncipe detectara mi presencia. Los faes que descendían de la corte de verano contaban con esa clase de poder.

Una corte que la Orden nos había dicho que ya no existía.

Apreté los labios mientras aceleraba el paso, sin dirigirme literalmente a ninguna parte. La Orden nos había contado muchas mentiras. Ellos sabían que

había faes buenos ahí fuera..., faes que habían elegido no alimentarse de humanos, que vivían vidas normales y envejecían y morían como los humanos. La Orden solía trabajar con ellos en otro tiempo.

¿David lo sabía?

Al ser el jefe de la secta de Nueva Orleans, David Cuvillier debía estar al tanto de la verdadera historia de la Orden y los faes. Así que eso quería decir que él también me había mentado, y por algún motivo eso me dolía una barbaridad. Desde que me trasladaron a Nueva Orleans, David había sido lo más parecido que tenía a un padre. Era un capullo malhumorado y se pasaba más tiempo criticándome que alabándome, pero era..., era David, y yo confiaba en él.

Todos los miembros de la Orden confiábamos en David..., confiábamos en la propia Orden.

Ni siquiera sabía por qué me estaba agobiando por esto; a fin de cuentas, ¿acaso importaba? Dudaba que la Orden me siguieran contando entre sus miembros.

Después de haber estado desaparecida del mapa durante el último mes aproximadamente, y con la Élite —un grupo superespecial y secreto dentro de la Orden— tras la pista de la semihumana, estaba convencida de que debían pensar que estaba muerta o que era la semihumana que andaban buscando.

Que Ren había venido a buscar.

Tragué saliva, intentando contener una náusea repentina mientras sacudía ligeramente la cabeza. Unas gotas de sudor salieron despedidas y salpicaron el panel de control. El problema era que necesitábamos a la Orden para abrir los portales y así poder enviar al príncipe de vuelta al Otro Mundo. No tenía ni idea de cómo íbamos a conseguirlo, de cómo íbamos a llevar a cabo el supuesto ritual de la sangre y la piedra. Que, por cierto, debía realizarse en el Otro Mundo. ¿Cómo diablos se suponía que íbamos a llevar el cristal —que actualmente estaba desaparecido— al Otro Mundo, con la sangre del príncipe y la mía en él? Me dolía la cabeza de solo pensarlo, y ahora mismo no estaba de ánimos para eso. Mi cerebro no podía asimilarlo en este momento.

Anoche, tras dejar a Ren en la habitación, vine aquí. Y aquí seguía, un puñado de horas después, porque correr solía acallar mis pensamientos. Cuando corría así, forzando mi cuerpo hasta que me ardían las pantorrillas, me dolían los muslos y el corazón me latía a toda velocidad, no había cabida para repasar y darles vueltas a las semanas de mi vida que había perdido..., a las semanas que había pasado con el príncipe.

No solía pensar en el horrible vestido que me hizo ponerme, ni en que me había encadenado a una cama. Cuando corría hasta que mis músculos parecían caucho a punto de partirse, podía ignorar el insidioso hambre que me atenazaba las tripas..., la clase de hambre que no se calmaba con buñuelos ni langostas.

Cuando corría hasta que mis muslos parecían bloques de cemento, no pensaba en cómo el príncipe me había obligado a alimentarme de personas inocentes. No oía los quejidos que dejaban escapar cuando mis zapatillas aporreaban la cinta de correr. No sentía la euforia que me invadía tras alimentarme.

Y, cuando corría hasta que sentía que el pecho me iba a estallar, no me quedaba espacio para pensar en lo que la zorra de Breena le había hecho a Ren. O en lo que el príncipe me había hecho a mí..., en lo que había intentado hacerme.

En este momento, contener mis pensamientos era mi principal prioridad; pero correr no me estaba funcionando hoy.

Necesitaba concentrarme en algo..., lo que fuera.

Mi mirada se desvió hacia la pared. Había varios televisores colgados, pero todos estaba apagados. Nunca había visto a ningún fae aquí. Sinceramente, ni siquiera sabía si necesitaban hacer ejercicio.

¿Eso quería decir que no sufrían enfermedades cardíacas ni cosas por el estilo?

¿Por qué diantres me había puesto a pensar en...?

La cinta de correr se detuvo de pronto bajo mis pies, lanzándome hacia delante. Me agarré de las barras laterales, salvándome unos segundos antes de darme un cabezazo contra el panel de control.

—Por Dios —gruñí, alzando la mirada.

Tink se encontraba a mi lado, sosteniendo la cuerda de emergencia.

—Buenas tardes, Ivy-Divy. Me alegra comprobar que sigues teniendo buenos reflejos.

Me incorporé, soltando las barras laterales, y me volví hacia él mientras realizaba inspiraciones profundas.

—Pero tus dotes de observación son una mierda —añadió, acunando con una mano la bandolera gris que llevaba sobre el hombro—. Te pasé la mano por delante de las narices y apagué este trasto.

—Eres un cretino. —Mi pecho subía y bajaba trabajosamente.

Tink sonrió, muy ufano.

—Soy muchas cosas. Entre ellas, un cretino.

Un día de estos me iba a cargar a Tink. Y tenía motivos de sobra para hacer con él como en *The Purge*. Empezando por el hecho de que, hasta hacía bien poco, pensaba que Tink medía más o menos lo mismo que un muñeco Ken. Así había encontrado al maldito duende en el cementerio número 1 de St. Luis, con una pierna rota y una de sus frágiles y vaporosas alas desgarrada. Entonces medía treinta centímetros, como mucho.

Le entablillé la pierna con palitos de polo y cuidé de aquel pequeño imbécil a pesar de que podrían haberme matado por dar refugio a una criatura del Otro Mundo. Seguía sin explicarme por qué lo había salvado. Simplemente, me dio pena, aunque tal vez mi parte fae había actuado, protegiendo a otra criatura del Otro Mundo. ¿Quién sabe? ¿Y él cómo me lo había agradecido? Gastándose mi dinero en toda clase de mierdas raras que pedía en Amazon Prime, ocultándome que yo era una semihumana y olvidando mencionar que solo medía treinta centímetros por decisión propia. Que, de hecho, era muy, *muy* alto.

Y toda su anatomía estaba perfectamente formada.

Ver a Tink del tamaño de un hombre normal seguía dejándome flipada, porque yo nunca había pensado en él de ese modo. No solo me había visto en ropa interior cientos de veces cuando era de tamaño bolsillo, sino que ahora su presencia era imponente y...

Y el Tink de tamaño adulto estaba... como un tren.

Admitirlo me produjo una arcada, pero era cierto. Cuando era pequeño, tenía una carita muy mona y era, simplemente, Tink; ahora que era grande, esa carita mona tenía pómulos amplios y su cuerpo estaba cubierto de músculos marcados y...

Madre mía.

Hice una mueca. Todavía me costaba asimilar ver a Tink así; pero suponía que, a fin de cuentas, seguía siendo el mismo, y aunque a menudo me entraban ganas de mandarlo de vuelta al Otro Mundo de un sopapo, digamos que..., no sé..., lo quería.

Pero no pensaba confesárselo nunca.

Tink tenía el pelo tan rubio que era casi blanco, y hoy lo llevaba de punta. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Debía haber cogido una toalla por el camino, porque sostenía una en la mano libre. Le eché un vistazo a la parte inferior de la bandolera, donde se acurrucaba una bolita. A Tink le había dado por pasear a *Dixon* —un gatito, su nueva mascota— en una bandolera que yo estaba segura de que había sido diseñada para bebés humanos...

Un momento.

Observé la camiseta gris con los ojos entrecerrados.

—¿Te has puesto una camiseta de Ren?

—Sí. Creo que así me ganaré su afecto. Nos ayudará a estrechar lazos y acabaremos siendo como hermanos de distinta madre.

—Eh... Lo dudo. —Ren se iba a cabrear—. Y también es un poco raro.

—¿Por qué? Las chicas siempre se están prestando la ropa.

—Ya, la palabra clave es «prestar», Tink. Tú simplemente le cogiste la camiseta. —No podía creer que tuviera que explicarlo—. ¿Esa toalla es para mí?

—Sí. Parece que hubieras estado nadando en un pantano. —Me lanzó la toalla—. Pero, por lo menos, ya no parece que se te hubiera salido un ojo.

—Gracias —mascullé, pasándome la toalla por la cara.

Cuando escapé de la mansión, uno de los secuaces del príncipe había intentado estrangularme. Durante el forcejeo, se me había reventado un vaso sanguíneo en el ojo. Tenía un aspecto tan asqueroso como sonaba.

No obstante, Valor, el secuaz del príncipe, estaba muerto. Ren se había encargado de él. Un antiguo menos del que preocuparnos.

—No me puedo creer que estés otra vez en el gimnasio —prosiguió Tink, apartándose—. ¿Por qué corres tanto? ¿Te estás preparando para un inminente apocalipsis zombi del que yo no sé nada? Porque, si es así, tenemos que buscarnos ya mismo a un patán sureño del que hacernos amigos. Uno con un aire sucio y tosco que le quede muy sexy. Ya sabes, un tipo que probablemente huela a sudor y a hombre; con un pasado complejo que te haga odiarlo al principio, pero al que poco a poco, con el tiempo, acabes cogiéndole cariño.

Me lo quedé mirando.

—Lo tienes bien pensado.

—Pues sí. Me gusta estar preparado. Puesto que estamos en el sur, no debería costarnos encontrarlo. Bueno, ¿por qué pasas tanto tiempo en el gimnasio? —me preguntó, sin perder comba.

—¿Qué más puedo hacer? —Me colgué la toalla alrededor del cuello mientras observaba cómo la bolita en la parte inferior de la bandolera empezaba a moverse de acá para allá.

—Qué sé yo. —Tink le dio una palmadita a la parte exterior de la bandolera y obtuvo un mullido apagado por respuesta—. Podrías pasar el rato con la gente de aquí. Son bastante guais.

—Te parecen guais porque te idolatran.

Se le dibujó una sonrisa tan amplia que casi no le cabía en la cara.

—Sí, es verdad. Son listos.

La mayoría de estos faes no había visto nunca un duende. El príncipe y la corte de invierno prácticamente habían acabado con los congéneres de Tink.

—También podrías pasar tiempo con Merle o Brighton. Mamá Merle casi siempre está en el patio, arrancando o plantando algo. Es una persona interesante. Rara. Pero lo raro puede resultar divertido, y Merle es divertida. Y Brighton me cae bien. —Hizo una pausa—. Pero creo que yo a ella no. En realidad, estoy seguro de que me tiene miedo.

Enarqué una ceja. A Tink le encantaba divagar.

—Se va en la dirección opuesta cada vez que me ve. —Apretó los labios—. Esta misma mañana, cuando estaba en la sala común... Ya sabes, esa sala a la que tú nunca vas; pero, en fin, que me desvió del tema. En la sala hay mogollón de juegos y sofás y todas esas mierdas. Yo estaba allí, ganando una estupenda partida de hockey de mesa, y Brighton entra, me mira y vuelve a largarse por donde vino. No entiendo por qué. Soy supersimpático y superaccesible. Y, además, también sé que estoy buenísimo según los estándares humanos.

Decidí no señalarle todos los motivos por los que seguramente conseguía ponerle los pelos de punta a Brighton, pues no me apetecía adentrarme en esa madriguera. Además, necesitaba una ducha, porque sí que me sentía como si hubiera estado nadando en un pantano. Me bajé de la cinta y, en cuanto mis pies tocaron el suelo, todo me empezó a dar vueltas.

—Uy...

Tink me agarró del brazo, ayudándome a recuperar el equilibrio. El mareo se me pasó enseguida.

—¿Estás pedo?

Resoplé, liberándome el brazo.

—Ojalá. No he desayunado ni almorzado. Ha sido una estupidez.

Tink me observó en silencio.

—¿No crees que tal vez estés haciendo demasiado?

—¿Demasiado qué? ¿Descansar demasiado en estas largas vacaciones obligatorias?

—No estás descansando. Estás haciendo ejercicio. Sin parar.

—No estoy haciendo demasiado de nada.

Me alejé, rodeando las bicicletas estáticas y dejando atrás las cintas de correr para vagos: las elípticas.

Tink me pisaba los talones.

—No es que haga falta recordártelo, pero estuviste semanas cautiva y...

—Tienes razón. —Me volví bruscamente hacia él mientras aquella rabia constante estallaba en mi interior—. No necesito que me lo recuerdes. Ya sé dónde estuve.

—Pero ¿sabes adónde vas? —me preguntó con suavidad.

Abrí la boca, pero no tenía ni idea de cómo responder a eso. ¿Adónde *iba*? La rabia se esfumó, devorada por la confusión y una sensación casi insoportable de indefensión.

Dios, odiaba esa sensación, porque la última vez que me había sentido así fue cuando los faes mataron a mi novio, Shaun, hacía varios años. Entonces había estado indefensa. Había estado indefensa cuando el príncipe me puso un collar alrededor del cuello y me llevaba atada a una cadena.

Seguía sintiéndome indefensa, atrapada en el Hotel Faes Buenos.

El pequeño *Dixon* asomó la cabeza gris por la bandolera y echó un vistazo a su alrededor con ojitos somnolientos. Tink bajó la mano y le rascó la oreja.

—Ren volverá pronto.

Se me encogió el estómago como si me encontrara en una montaña rusa a punto de descender en picado por una empinada pendiente. No había vuelto a ver a Ren desde que me marché en medio de la noche.

—Lo vi irse con Faye.

Una sensación ardiente y asfixiante me invadió y anidó en mi estómago, sumándose a toda la mierda a la que debía hacerle frente. Noté un sabor amargo en la boca, como si sufriera una indigestión.

No sabía que Ren iría con Faye. ¿Me había comentado algo al respecto? No me acordaba. Aunque daba igual. A ver, no es que sospechara que hubiera algo entre ellos ni nada por el estilo. Ren me había dicho que me quería, que estaba enamorado de mí, y le creía. En serio. Pero es que...

Yo no estaba *ahí* fuera con él. Él estaba con otra persona. Y mi mente..., mi mente no funcionaba como es debido.

—Salieron a ver si podían localizar el cristal. —Tink seguía rascándole la oreja al gatito, que ronroneaba como un motor—. Tener que quedarte aquí mientras tu hombre está ahí fuera intentando solucionar esto debe ser una putada para ti.

Le clavé la mirada.

—¿En serio? ¿Así intentas animarme? —Di media vuelta y me dirigí a la puerta—. Para que lo sepas, no funciona y se te da de pena.

—No intento animarte —contestó, siguiéndome—. Solo comento algo obvio.

—Si algo es obvio no hace falta comentarlo, Tink.

Transcurrió apenas medio segundo de silencio.

—No bajaste a cenar con nosotros anoche.

Apreté el paso. Esta debía ser la sala de ejercicio más larga del mundo.

—Tampoco cenaste con nosotros la noche anterior ni la anterior a esa — prosiguió Tink—. Y eso significa que he tenido que comer con Ren. Yo solo. Podríamos acabar matándonos.

—Os irá bien.

Llegué a la puerta, gracias a Dios.

—¿Dónde te metes? Estás aquí, pero es como si no lo estuvieras.

—Estoy aquí, Tink. Es solo que...

No supe cómo responder porque no encontré las palabras adecuadas. ¿Cómo podía explicarle que, cada vez que me encontraba con algún fae, este me miraba con recelo, casi con temor? Sabían que era una semihumana. Sabían por qué me había mantenido cautiva el príncipe. Sabían lo que yo simbolizaba.

—Ya sabes que no soy muy sociable. Vosotros coméis en la cafetería y a mí no me van las actividades en grupo...

Tink me agarró del brazo, impidiéndome abrir la puerta. Me hizo volverme y, por una vez, su expresión era completamente seria.

—Comer en una cafetería no es una actividad en grupo. —Me escrutó con la mirada—. Y tampoco parece que hayas estado comiendo sola.

Solté una carcajada.

—Claro que he estado comiendo. Un montón. Constantemente, a decir verdad. —Y era cierto. Debía hacerlo porque, de lo contrario, el *hambre* se apoderaba de mí—. Pero es que...

—¿Corres quince kilómetros al día, bebes toneladas de café y apenas duermes?

Me quedé estupefacta.

—Oye, ¿me estás vigilando o qué?

—Solo presto atención. Y Ren también. —Su mirada no se despegó de la mía—. Tu cara está diferente.

—¿Qué?

—Tienes ojeras y las mejillas hundidas. Antes no tenías este aspecto.

—Vaya. Estás empezando a acomplexarme.

—Parece que ya lo estuvieras.

Liberé el brazo, incómoda. Me quité la toalla del cuello y la lancé al cesto para la colada que había allí cerca.

—No hay motivo para que me prestéis tanta atención. ¿Vale?

—Ivy...

Abrí la puerta antes de que pudiera detenerme y me adentré en el pasillo. No estaba de humor para mantener aquella conversación. Al igual que tampoco estaba de humor cuando Ren sacaba el tema, algo que parecía hacer cada cinco segundos.

Ren quería hablar de ciertas cosas..., cosas en las que yo no quería pensar delante de nadie, y menos de él.

Recorrí el pasillo deprisa, pues sabía que tenía a Tink justo detrás. Aceleré el paso, giré al llegar al final y me paré en seco de inmediato.

Tenía frente a mí a Tanner.

Se trataba del líder de este sitio. Yo lo consideraba una especie de rey de los faes buenos, pero no era rey. Por lo menos, eso creía yo.

La primera vez que lo vi, casi me caigo de culo de la impresión. Era el fae con el aspecto más envejecido que había visto hasta entonces. Leves arrugas le surcaban la piel plateada alrededor de los ojos y tenía el pelo entrecano.

Su aspecto era la prueba de que no se había estado alimentando de humanos, al menos con la suficiente regularidad como para demorar el proceso de envejecimiento.

—Aquí estás. —Tanner sonrió, uniendo las manos delante de él. Siempre iba vestido como si fuera a acudir a un almuerzo de trabajo: pantalones oscuros y una camisa blanca de botones—. Te estaba buscando.

—Genial —contesté con tono alegre, agradecida por la distracción—. ¿Qué pasa?

Tanner le echó un vistazo a Tink y bajó la mirada hasta donde yo sabía que debía hallarse *Dixon*.

—Acabo de recibir una noticia maravillosa.

—¿Amazon Prime va a hacer repartos aquí? —preguntó Tink.

Puse los ojos en blanco.

Tanner continuó sonriendo; al parecer, aquel duende grandote lo tenía embelesado.

—Todavía no, pero estamos trabajando en ello.

¿De verdad estaban trabajando en ello? Madre mía.

—Te estaba buscando porque sé que Ren ha salido con Faye —prosiguió Tanner, y yo intenté ignorar la estúpida y mezquina punzada que noté en el pecho—. Hemos contactado con otro grupo que creemos que podría ayudarnos a localizar el cristal. Es una gran noticia porque, cuando hablé hace un rato con Faye, Ren y ella no habían tenido suerte en el Flux.

El Flux era un club que sabíamos que controlaban los antiguos, concretamente Marlon St. Cryers, un importante constructor de la ciudad. Ese era uno de los lugares en los que podrían haber escondido aquel cristal superespecial.

—¿En serio? —Me invadió el entusiasmo y por mis venas se propagó una emoción que hacía siglos que no sentía—. ¿Cómo?

—Llegarán en unos días. Y disponen de... un talento excepcional para localizar cosas perdidas.

—¿Un talento excepcional? —caviló Tink. Cuando le eché un vistazo, vi que *Dixon* se había retirado de nuevo al interior de la bandolera—. Yo tengo talentos excepcionales.

—¿Y de verdad crees que pueden ayudarnos? —pregunté, interrumpiendo a Tink antes de que entrara en detalles que a ninguno nos interesaban.

Bueno, puede que a Tanner sí. ¿Quién sabía?

Tanner asintió con la cabeza.

—Sí, así es. —Su pálida mirada se posó en mí—. Tengo que ocuparme de algunos asuntos. Espero verte esta noche en la cena.

—Claro —murmuré.

Y entonces puso pies en polvorosa, dejándome a solas con Tink. Me volví hacia él, preguntándome por qué seguían Ren y Faye en el Flux si Tanner tenía ayuda en camino. ¿Por qué seguían ahí fuera, en general? No obstante, en cuanto vi la expresión de Tink, dejé de pensar en ello.

Se había puesto serio de nuevo.

—¿Adónde vas?

—A darme una ducha.

—¿Y después?

Me encogí de hombros.

—No sé. Probablemente vaya a buscar algo de comer.

—Vale. —Extendió una mano hacia el vestíbulo del Hotel Faes Buenos—. Te acompaño.

—Simplemente, voy a coger un tentempié y a pasar el rato en mi cuarto. Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer —repuse, retrocediendo un paso—. Después de todo, cuentas con toda una audiencia de faes encantados de subirte el ego y permitirte que los cautives con tus historias.

Su expresión no cambió ni un ápice. No sonrió ni apareció un brillo petulante en sus ojos.

—¿Va todo bien, Ivy?

—Por supuesto —respondí con una carcajada—. Ya os lo he dicho.

Era cierto. Aquel día en el balancín, les había dicho a Tink y a Ren que todo iba a ir bien. Parecía que aquello había ocurrido hacía un siglo, pero las cosas no iban bien.

Ni de lejos.

3

Deambulé con los brazos cruzados por el largo y estrecho pasillo de la biblioteca del Hotel Faes Buenos. Se encontraba en la misma planta que el vestíbulo y el gimnasio, aunque en un ala completamente diferente. La había encontrado por casualidad unos días antes mientras todos los demás estaban cenando.

Por cierto, ¿por qué todo el mundo cenaba a la misma hora? ¿Era una especie de extraña tradición de los faes de la corte de verano? Era como estar en el instituto, salvo que con personas atractivas y de piel plateada... que ni siquiera eran personas.

Descrucé los brazos y los estiré, deslizando los dedos por los gruesos libros. Algunos de estos ejemplares debían tener décadas de antigüedad, como mínimo. Había un montón escritos en idiomas que yo desconocía. Más al fondo se encontraban los libros más nuevos y gran cantidad de narrativa de diversos géneros, como romance o suspense. Incluso tenían una sección decente y actualizada de literatura juvenil.

Me dirigí hacia allí mientras los demás residentes de aquel inmenso edificio se sentaban a cenar. A juzgar por el aroma que emanaba de la cafetería, me pareció que esa noche había estofado. Normalmente se me habría hecho la boca agua, pero esta noche se me revolvió el estómago.

Todos los días me encontraba famélica o a punto de vomitar, y no parecía haber punto intermedio. ¿Cuándo pararía esto? Había transcurrido una semana desde de la última vez que me había... alimentado. El hambre debía disiparse.

Probablemente debería pedirle consejo a alguien. Faye sabía lo que me habían obligado a hacer, pero eso implicaría tener que hablar con ella..., con alguien, y no me apetecía pasar así el tiempo.

Al llegar al final del pasillo, giré a la derecha y me adentré más en la biblioteca. Me gustaba estar aquí. Reinaba el silencio y a nadie, ni siquiera a Tink, se le había ocurrido buscarme aquí. Podía coger un libro, buscarme un rincón y sentarme a leer.

Y eso hice.

Escogí una vieja novela romántica histórica, de esas que tenían en la portada a un tipo de pecho fornido y una chica a la que parecía estar a punto de caérsele el vestido. Encontré un pequeño cubículo al fondo y me acurruqué en una enorme y cómoda silla.

Tardé un par de capítulos en sumergirme en la historia de una joven atrapada en una contienda entre guerreros escoceses. Me encantaba leer, pero me costaba concentrarme cuando sentía que debía estar ahí fuera, haciendo más..., haciendo algo.

¿Quizá fuera eso lo que me pasaba? Tal vez, simplemente, no estaba acostumbrada a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada durante días, sin saber cuándo cambiarían las cosas. Porque ¿quién sabía? Podría tener que pasar semanas aquí. Puede que incluso *meses*.

No lo soportaría.

Exasperada con mis propios pensamientos, volví a concentrarme en lo que estaba leyendo. En cuanto desconecté el cerebro, me enfrasqué en la historia. Estaba tan absorta imaginándome las onduladas colinas verdes y las brumas de las tierras altas escocesas, que no oí los pasos que se aproximaban.

—Ivy.

Aquella voz profunda y pecaminosamente aterciopelada me sobresaltó de tal modo que casi dejo caer el libro. Alcé la barbilla. El aire se me escapó de los pulmones en cuanto mi mirada se encontró con unos ojos del color de las hojas en primavera.

Ren.

No había esperado que me encontrara.

—Hola —dije, hallando al fin la voz, mientras cerraba la vieja novela de tapa blanda. Mi escondite ya no era secreto—. ¿Qué haces aquí?

Ren enarcó las cejas al oír esa pregunta y deseé de inmediato no haberlo dicho. Sonó como si no quisiera que me encontrara; aunque, bueno, así era, pero no quería que él lo supiera.

—Es hora de cenar, ¿no? —añadí rápidamente, notando que me ponía colorada. Fue otra pregunta estúpida de la que me arrepentí enseguida.

—Sí, es hora de cenar. —Se acercó y se sentó a mi lado en la silla, estirando sus largas piernas—. Por eso te estaba buscando.

Las dos primeras noches que habíamos pasado aquí, había acudido a cenar a la cafetería y me había obligado a mí misma a comer a pesar de las miradas de curiosidad y recelo. No estaba segura de cómo lo lograba Ren, pero esta era la primera noche que venía a buscarme. Bueno, que yo supiera. Si lo había hecho y no había logrado encontrarme, nunca lo había mencionado.

—Perdí la noción del tiempo leyendo este libro —mentí—. Espero que no hayas interrumpido tu cena para venir a buscarme.

En su rostro se dibujó una expresión extraña que no pude descifrar del todo, pero se esfumó antes de poder encontrarle sentido. Ren le echó un vistazo al libro.

—¿Llevas aquí todo el día?

—Llevo... un rato.

Se mordió el labio inferior. Se hizo un silencio tenso y... bueno, la situación entre nosotros era rara. Y todo por mi culpa. Era consciente de que yo hacía que la situación fuera rara. Aquel día en el balancín, el día en que pensé que podía con esto, que con Ren y Tink a mi lado todo iría bien... Ahora parecía tratarse de otra vida.

Ren soltó un largo y lento suspiro y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Regresé hace un par de horas y fui a buscarte. En realidad, fue lo primero que hice.

Sentí una opresión en el pecho mientras me invadía una oleada de culpa. La pregunta tácita quedó flotando en el aire entre ambos. «¿Dónde estabas?». Buena pregunta. Debería haber estado localizable, esperándolo. Podría haber ocurrido cualquier cosa mientras él estaba ahí fuera. El príncipe, la Orden..., *de todo*. Estaba preocupada por él, claro, pero no me quedé esperándolo.

Busqué un lugar en el que esconderme y eso hice.

Ren apartó la mirada y se concentró en los estantes.

—Te busqué en el gimnasio, las salas comunes y el patio. Debería haber sabido que estarías aquí, ratoncito de biblioteca. —Esbozó una breve sonrisa. Los hoyuelos seguían sin hacer acto de presencia—. Creí..., creí que estarías en nuestro cuarto o en algún lugar... ya sabes, fácil de encontrar.

La culpa me inundó y me corrió por las venas como si fuera ácido de batería.

—Lo siento. Se me fue el santo al cielo. —Rodeé el libro con los dedos—. Bueno, ¿y qué pasó en el Flux?

—Logramos colarnos dentro. —La línea de su mandíbula se suavizó un poco—. Faye empleó un hechizo de seducción con los humanos. No me cabe

en la cabeza que ese puñetero sitio esté abierto. Había empleados y unos cuantos faes de nivel bajo de los que nos encargamos.

Me sorprendía bastante que el Flux estuviera abierto al público. La última vez que yo había estado allí, era el escenario de una masacre. Con cuerpos colgando del techo. Me costaría olvidar esa imagen.

—No encontramos nada —continuó Ren. Faye nunca había visto el cristal en la casa en la que se refugiaba el príncipe, así que debía estar oculto en otra parte—. Ya que estábamos ahí fuera, decidimos comprobar algunos cementerios. No había nada sospechoso por allí.

—¿Habéis hablado con Tanner? —Bajé la mirada cuando Ren se volvió hacia mí.

—Sí. —Se quedó callado un momento—. Nos dijo que alguien o algo venía de camino para ayudarnos a localizar el cristal, pero lo creeré cuando lo vea, ¿sabes? Si ese cristal no estaba en la mansión, entonces tiene que estar por aquí.

Asentí.

—¿Qué tal es trabajar con Faye?

—Raro —contestó, y por suerte no sentí una punzada de celos—. ¿Quién iba a pensar que acabaríamos trabajando con los faes?

—Nunca se me hubiera pasado por la cabeza. —No señalé que, técnicamente, él salía con alguien a quien se podía considerar una fae, ya que era semihumana—. ¿Crees que la Élite lo sabía?

Ren se había criado en aquella secta secreta dentro de la propia Orden, destinado a convertirse en uno de sus miembros.

—Nunca oí nada al respecto, pero la Élite tenía que saberlo.

Alcé la vista al notar que se le endurecía la voz. Había posado la mirada de nuevo en un estante. Añadió, con una mueca de asco:

—Kyle tenía que saberlo.

Yo me sentía igual de asqueada. Kyle Clare dirigía el grupo de la Élite al que había pertenecido Ren, y era un capullo. Un gilipollas integral que había matado a Noah, el mejor amigo de Ren.

Noah había resultado ser un semihumano, por lo que Ren tuvo que debatirse entre su deber y alguien que le importaba. Exactamente la misma situación en la que se encontraba conmigo.

—Eso es lo que me mosquea. —Eché la cabeza hacia atrás, moviendo el cuello de un lado a otro—. ¿Por qué mantendrían en secreto el hecho de que había faes buenos? ¿De que solían trabajar codo con codo con ellos?

—No lo sé —musité. Al parecer, esa era la pregunta del año.

Nuestras miradas se encontraron.

—Todas las semanas mueren miembros de la Orden en las putas calles luchando contra los faes. ¿Cuántos murieron la noche que se abrió el portal?

—Dieciséis —contesté. Nunca olvidaría esa cifra.

—Y este sitio ha estado aquí todo este tiempo, lleno de faes que podrían haber luchado a nuestro lado, que quieren lo mismo que nosotros. Todo esto es una mierda.

La situación era muchas cosas. Entre ellas, una mierda.

—He estado pensando en ello. Me niego a aceptar que no exista ningún motivo. No digo que lo justifique, pero ¿por qué le arrebató la Orden el cristal a los faes, y por qué nos ocultó a todos que habían sido aliados? Tiene que ser algo gordo. —Recorrí los silenciosos pasillos con la mirada—. Y no me creo que fuera cosa solo de la Orden. Sobre todo teniendo en cuenta que Tanner no ha estado demasiado comunicativo acerca de cómo y por qué ocurrió.

—Y que lo digas. Cada vez que saco el tema, elude la pregunta. Igual que Faye. —Se inclinó hacia delante, rozándome la pierna doblada con el brazo—. Y ya sabes lo que dicen: toda historia tiene tres versiones.

—La de la Orden, la de la corte de verano y la verdad —contesté—. ¿Te..., te fías de ellos? ¿De estos faes?

Cuando la mirada de Ren se encontró de nuevo con la mía, no la desvié.

—Sí. De lo contrario, no les habría entregado mis dagas para que me dejaran quedarme.

Tanner nos había pedido que entregáramos nuestras armas, como medida de precaución. Lo habíamos hecho, pero seguíamos teniendo la estaca de espino en nuestro cuarto, porque se trataba de un objeto poco común y era la única arma capaz de acabar con un antiguo.

—Ahora somos vulnerables, así que han tenido muchas oportunidades de acabar con nosotros. Pero no la han hecho. Nos han proporcionado alimento y un techo y estamos relativamente a salvo. Además, nos ayudaron a traerte. —Estiró el brazo y me rozó suavemente la mano con la punta de los dedos—. ¿Tú confías en ellos?

Bajé la mirada hacia sus dedos. Sinceramente, ahora mismo solo había dos personas en el mundo en las que confiara al cien por cien: Ren y, aunque pareciera una locura, Tink. Había aprendido por las malas que, por muy bien que creas conocer a alguien, no significa que sea así. Val era la prueba.

—Confío en ti —contesté.

Ren deslizó su mano bajo la mía y entrelazó nuestros dedos. Me quedé sin aliento mientras se me formaba un nudo de emoción en el pecho. Despacio,

cerré los dedos alrededor de los suyos. Él se llevó nuestras manos a la boca y depositó un beso sobre la mía. Un feroz ciclón de anhelo e indecisión se desató en mi interior. Quise subirme a su regazo, y también salir huyendo.

Ren bajó nuestras manos y las apoyó sobre su muslo.

—Vamos a cenar.

Tenía una respuesta afirmativa en la punta de la lengua, pero eso no fue lo que salió de mi boca mientras liberaba la mano.

—Ya he comido, pero ve tú. Yo voy a seguir con los hombres con *kilts*.

Se le tensó un músculo en la mandíbula y luego su expresión se suavizó.

—¿Qué comiste?

Recordando la conversación con Tink, me embarqué en una exagerada descripción de lo que había ingerido ese día. La mitad era mentira. Después de ducharme, me comí un cuenco gigante de Cheerios y un sándwich de mantequilla de cacahuetes. Me sentaron como una patada en el estómago y hubo un desagradable momento en el que creí que me iba a pasar el resto de la tarde rezándole al dios de porcelana.

Cuando terminé, no estaba muy segura de si Ren se lo había tragado o no.

—Vale —suspiró—. Pues ven a sentarte conmigo mientras yo como.

Se me tensaron los músculos. Saber que la cafetería estaría abarrotada de faes (faes que eran perfectamente conscientes de lo que era yo y qué quería el príncipe de mí) hizo que se me revolviera el estómago.

Me recosté contra el cojín de la silla.

—Creo que me voy a relajar aquí un rato.

Tuve que apartar la mirada cuando la decepción se dibujó en su rostro.

—Ivy. —Hizo una pausa y pude notar su intensa mirada sobre mí—. Te echo de menos.

—Estoy aquí mismo —respondí, intentando reprimir un repentino ramalazo de irritación. No debía sentirme molesta con él. Ren no estaba haciendo nada malo. Inspiré hondo y me obligué a sonreír—. No tengo otro sitio adonde ir.

—Estás aquí, cariño. —Aunque empleó un tono suave, me estremecí al oírle emplear aquel apelativo. *Debería haberlo sabido*. Cuando el príncipe se hizo pasar por Ren, nunca me llamó así—. Estás aquí físicamente, pero eso es todo.

Abrí la boca, pero no supe cómo contestar porque era cierto. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta.

Aguardó mi respuesta y, cuando no llegó, alzó los hombros soltando un profundo suspiro. Se puso en pie y, al hablar, su tono fue como una puñalada

en mi pecho. Era como si... un inmenso abismo se hubiera abierto entre nosotros y no dejara de crecer y ensancharse hasta que temí que no hubiera un puente lo bastante largo para que alguno de los dos lo cruzara.

—Voy a buscar algo de comer. Ya sabes dónde encontrarme.

Asentí, apretando los labios.

Se me quedó mirando un momento y creí que iba a añadir algo, pero no lo hizo. Dio media vuelta y se alejó, con la espalda recta y tiesa. Y yo me quedé allí sentada, con la mirada clavada durante largo rato en el lugar en el que Ren había estado.

Quería que se quedara.

Quería que me cogiera en brazos y me llevara a rastras a la cafetería.

Pero también quería que hiciera justo lo que había hecho: dejarme a solas con mi vacío.

4

Al caer la noche, dejé la lectura y salí de la biblioteca. No tenía planeado adónde ir. Simplemente, me dediqué a deambular por los pasillos, inquieta, intentando evitar a todo el mundo.

Sabía que, por mucho que aplazara regresar al cuarto, Ren estaría despierto. Estaría allí tumbado, con la mirada pegada a la tele, ya fueran las nueve de la noche o las dos de la madrugada. Todas las noches me esperaba mientras yo me cambiaba en el baño como si tuviera dieciséis años otra vez. Cuando salía, las mantas de mi lado de la cama estaban apartadas. Me acostaba y, unos segundos después, él se acurrucaba a mi lado, apretándome fuerte contra su pecho.

Ese contacto, su pecho contra mi espalda, su brazo alrededor de mi cintura, siempre me trastornaba. Era demasiado y, al mismo tiempo, no lo suficiente; pero era lo único que me ayudaba a quedarme dormida.

Ren era la única razón por la que me dormía.

Lograba dormir esas escasas horas cada noche gracias a él, porque me esperaba. Porque había sido increíblemente paciente y... Dios, era tan buen tío. Perfecto. Auténtico. Incluso sabía doblar sábanas ajustables, ¿quién sabía hacer eso? Y yo me estaba comportando como..., como una puta imbécil.

Me detuve justo al borde del patio y contemplé los cientos de guirnaldas de luces parpadeantes.

La primera vez que vi la antigua central eléctrica situada en Peters Street, parecía otro de los muchos edificios abandonados y en ruinas de la zona; pero únicamente se debía a un potente hechizo. Ahora lo veía como era en realidad: un magnífico edificio renovado que no tenía nada que envidiarle a cualquier hotel pijo de Nueva Orleans. Faye nos había dicho que podían alojar a cientos de faes que buscaban un lugar seguro en el que ocultarse. El patio

era precioso..., transmitía serenidad. Por eso solía venir a menudo. Aquí podía sentarme y estar a solas.

Podía pensar..., pensar en todas las cosas en las que no quería pensar delante de otras personas.

Mientras paseaba bajo los farolillos de papel y las guirnaldas de luces, me pregunté si partes del Otro Mundo se parecerían a esto.

Nunca antes me lo había planteado.

Seguí el sendero hacia lo que ahora consideraba mi balancín. Corría un aire más fresco de lo habitual en esta época del año, y a los lugareños probablemente les pareciera que hacía frío. A mí me habría encantado, de no ser porque sabía que se debía a que la corte de invierno se estaba congregando en Nueva Orleans.

Eso le quitaba la gracia a la ola de frío.

Me detuve en medio del sendero, con los brazos en jarras, y escuché. Qué raro. Me llegaba el sonido lejano de risas y conversaciones procedentes del interior del Hotel Faes Buenos. Pero no oía sirenas. Ni estruendosos cláxones. Nueva Orleans nunca dormía ni estaba en silencio. No de este modo. Debía de ser cosa de los faes. Tenían magia insonorizadora o algo por el estilo.

Joder, si la vendieran, se forrarían.

Llegué al balancín y me senté, usando las puntas de los pies para impulsarme. Descrucé los brazos, apoyé las manos en los muslos y cerré los ojos. Inhalé bruscamente al notar que se me agitaba el estómago.

Tenían tantísima ham...

Ni hablar.

Abrí los ojos y realicé una exhalación larga y lenta. Miré a mi alrededor, contemplando los lirios en flor, mientras ignoraba el temblor que me subía y bajaba por los brazos. A continuación, repetí lo que hacía cada noche.

«Drake».

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, presionándome el pecho y la garganta hasta que pensé que iba a vomitar.

«Drake. Drake. Drake».

Repetí el nombre del príncipe una y otra vez en mi mente. Continué diciéndolo hasta que parte de la tensión se aflojó y se me alivió la opresión del pecho. Dije su nombre hasta que se me pasaron las náuseas.

Estos ejercicios mentales eran más duros que correr en la cinta. Intentaba insensibilizarme. Después de todo, ¿cómo me iba a enfrentar a Drake si con solo pensar en su nombre me daban ganas de vomitar?

Me estremecí cuando el viento arreció y recorrí el patio con la mirada. Las flores se agitaban y las luces se balanceaban. El lugar estaba tan vacío como yo me sentía por dentro y, maldita sea, lo odiaba..., odiaba esta situación.

Porque yo no era *así*.

Esta no era yo.

Así que ¿qué coño estaba haciendo aquí fuera? Debería estar dentro..., debería estar hablando con Ren. Éramos un equipo. Compañeros. Amantes. Amigos. Necesitaba hablar con él. Contarle cómo me sentía, porque, si lograba pronunciar aquellas palabras, sabía que él me ayudaría a encontrarles sentido. Necesitaba hablarle del hambre incesante.

Podía hablar con él de ello. Podía hablar con alguien, contarle —contarle a Ren— que no me sentía yo misma. Que, de algún modo, ya no sabía quién era Ivy Morgan.

Porque no podía seguir así, vagando sin rumbo y escondiéndome. Eso no era nada valiente; pero, aún más importante, no era inteligente.

Había aprendido lo suficiente en la clase de Introducción a la Psicología a la que había asistido en la Universidad de Loyola como para saber que, a veces, hablar con alguien era el mejor remedio. Puede que eso no resolviera todo el caos que reinaba en mi mente, pero seguro que ayudaba. Era el primer paso del proceso para afrontar y superar el trauma. Expresar con palabras lo que sentía sería como extirpar la oscuridad de mi interior.

Iba a encontrar a Ren y a hablar con él. Iba a ir con la verdad por delante de una puñetera vez.

Me levanté del balancín y entré a toda prisa en el edificio. Bajé por el pasillo, pasando por delante de varias puertas cerradas, sin establecer contacto visual con los faes con los que me encontré. Ninguno se me acercó siquiera cuando nos cruzamos. La mayoría ni siquiera me miró. Me pregunté si tratarían a Ren igual..., si se comportaban así porque éramos miembros de la Orden o porque yo era la semihumana.

Seguramente era preferible que esa pregunta quedara sin respuesta.

Mientras me aproximaba a una de las grandes salas comunes, oí algo que me hizo detenerme en seco.

Oí la risa de Ren.

Aquel sonido me atrajo de un modo casi incontrolable y fui avanzado poco a poco pegada a la pared. Me detuve justo antes del amplio arco que conducía a la sala y eché un vistazo dentro.

A quien vi primero fue a Tink, y me asombró que, estando juntos en la misma habitación, Ren se estuviera riendo y no intentando matarlo.

Tink estaba sentado en el brazo del sofá, cerca de Brighton, que parecía muy incómoda. Brighton llevaba el cabello rubio recogido en una coleta, como siempre. Tenía treinta y tantos años, pero parecía diez más joven gracias al mismo aire intemporal del que hacía gala su madre.

Sentado al lado de Brighton había un fae al que conocí la noche en la que escapé del príncipe. Tenía el pelo rubio, así que supe que era Kalen. Tink aseguraba que no podía distinguir a Kalen de Dane, el otro fae que había formado parte de la «Operación Rescatar a Ivy», pero Dane tenía el pelo oscuro, así que no me cabía en la cabeza por qué le costaba tanto.

Ren estaba sentado en una silla, situado de perfil hacia la entrada. Tenía la espalda apoyada contra el respaldo, con un tobillo colocado sobre la rodilla contraria y la mejilla apoyada en el puño. Estaba sonriendo y tenía los hombros libres de tensión. Todo su cuerpo parecía estarlo. Parecía... relajado.

No lo había visto así desde..., desde que le dije que era la semihumana. Naturalmente, la siguiente vez que lo vi no se trataba de él sino del príncipe suplantándolo. A Ren lo habían capturado la misma noche en la que le solté la noticia. No volví a ver al «verdadero» Ren hasta que el príncipe me llevó a la celda en la que lo retenían.

Me mordí el labio mientras mi mirada pasaba de él a Faye. Esta había adoptado su forma humana: cabello oscuro, piel morena, rasgos preciosos. Y estaba sentada en el brazo de la silla de Ren.

Noté el sabor de la sangre en la boca.

Crucé los brazos mientras Faye le sonreía a Ren como si fueran muy amiguitos.

A ver, no es que estuviera celosa, pero supuse que salir juntos a explorar era una buena forma de estrechar lazos. Así fue como Ren y yo intimamos... Vale, vale. Eché el freno a mis pensamientos antes de que acabara entrando de sopetón en la sala común, agarrara a Faye del pelo y la apartara por la fuerza del brazo de aquella silla.

Tink sin duda lo aprobaría, ya que le encantaban los dramas de todo tipo.

Había otros faes en la sala con ellos, a los que no reconocí, pero mi mirada regresó de nuevo a Tink y Ren.

Parecían tan... bien adaptados, como si fuera una noche normal y corriente. Incluso se los veía felices y, lo que era más importante, a gusto. Estando conmigo no eran así. Ni siquiera Tink. El duende era un caso, claro, pero a veces incluso él parecía andarse con pies de plomo a mi alrededor.

Contárselo todo a Ren quedó relegado a un segundo plano. Lo último que necesitaba en este momento era lidiar con mis neuras, porque él también las

había pasado canutas y necesitaba momentos como este. Momentos durante los que poder relajarse y ser normal y no tener que revivir lo que le pasó..., nos pasó.

No quería arrebatarse eso.

Retrocedí, di media vuelta y me dirigí a los ascensores, pero me detuve. ¿Adónde iba? Giré sobre mis talones con un suspiro y me dirigí de nuevo al patio. Tras pasarme semanas metida en aquella maldita habitación en la mansión del príncipe, no quería estar encerrada en otra. Fuera hacía frío, pero prefería tener la carne de gallina a estar rodeada de cuatro paredes y una puerta.

Seguí el sendero una vez más, deslizando los dedos por las frondosas enredaderas que prácticamente cubrían todo el pasadizo abovedado. Fuera de este sitio, las plantas y las flores estaban empezando a marchitarse debido a la ola de frío, pero aquí todo estaba lleno de vida. Era mágico. ¿Tal vez por eso me transmitía tanta serenidad? Me adentré más en el jardín, alejándome del Hotel Faes Buenos.

—Eh, tú.

Aquella voz me sobresaltó y me giré con un leve ceño. A unos metros de mí se encontraba un fae. No lo había visto antes, pero aparentaba aproximadamente mi edad. Eché un vistazo por encima del hombro. No había nadie allí, por supuesto. Me volví hacia el fae, sorprendida, ya que ninguno de ellos me dirigía nunca la palabra.

—¿Quién? ¿Yo?

El fae abrió y cerraba las manos a los costados.

—Tú eres la única persona que hay aquí, ¿no?

Caray. ¿A qué venían esas malas pulgas?

—Pues sí, pero tengo nombre y no es «eh, tú».

El fae apretó la mandíbula y prácticamente me fulminó con sus pálidos ojos azules mientras daba un paso al frente.

—Ya sé cómo te llamas, pero eso da igual. Tu nombre es irrelevante.

—Madre mía. —Solté una breve carcajada—. ¡Cuánta amabilidad!

Él ignoró mi comentario.

—¿Qué haces aquí?

Menuda estupidez de pregunta.

—Bueno, es una historia bastante larga, pero puedo ofrecerte la versión para torpes si prefieres.

El fae adoptó un aire despectivo.

—Todos sabemos lo que eres y lo que eso significa. Es lo único que necesitamos saber.

Me estremecí para mis adentros, pero mantuve el rostro inexpresivo mientras avanzaba hacia él. Estaba resuelta a no dejarle ver que me había molestado.

—Sabía que no debería haber actualizado mi página de Facebook anunciando que soy una semihumana.

El fae hizo una mueca con los labios.

—¿Te quedas ahí plantada, en un lugar sagrado para nosotros, y te dedicas a hacer bromas mientras pones nuestras vidas en peligro? Me alegra que le encuentres el lado divertido.

Todas las respuestas cortantes que tenía en la punta de la lengua se esfumaron.

—¿A qué viene eso de que pongo vuestras vidas en peligro? Mira, que perteneciera a la Orden no significa que esté a punto de mataros a todos.

—No se trata de que pertenecieras a la Orden ni de que masacraras a los nuestros de forma *indiscriminada*.

A mí sí que me sonó a que tenía que ver con la Orden.

El fae entrecerró los ojos.

—Se trata de que eres la semihumana. El príncipe acabará encontrándote aquí. Todos lo sabemos. Solo es cuestión de tiempo, y cuando lo haga no se limitará a atraparte y marcharse. Nos matará a todos —me espetó, helándome la sangre—. ¿Te sigue pareciendo tan gracioso, semihumana?

Me quedé de piedra.

—Me dijeron que este lugar estaba protegido...

—Así es, pero no por mucho tiempo. El hechizo se desvanecerá. —Se le borró la mueca despectiva de la cara—. Y por eso no nos queda otra opción. Mientras estés aquí, todos corremos peligro. Mi familia. Mis amigos. Todos morirán porque Tanner te ofreció asilo.

No tuve oportunidad de pedirle que me explicara a qué opción se refería. Una ramita se partió a mi espalda cuando alguien la pisó. En un recóndito rincón de mi mente, me reproché no haber sido más observadora..., no haber explorado el lugar, por mucha serenidad que transmitiera.

Me habían adiestrado en la Orden desde que nací. Debería haber sido más sensata.

Pero ya era demasiado tarde.

Antes de poder asimilar del todo lo que estaba ocurriendo, noté un dolor abrasador en la espalda, que se originó en el costado y me bajó por las

piernas, haciéndome caer de rodillas.

5

El tiempo pareció avanzar a cámara superlenta a la vez que un calor húmedo y pegajoso me descendía en cascada por la espalda. Un dolor espantoso me dejó sin aliento y tuve que apoyar una mano en el suelo para mantener el equilibrio. Me llevé la mano a la espalda, llena de asombro e incredulidad.

Cuando se me escapó un grito agudo, me arrepentí de inmediato de esa decisión. Aparté la mano bruscamente y pude ver que estaba cubierta de una sustancia oscura. Sangre. Un montón de sangre. Su olor metálico impregnó el aire.

Me habían... apuñalado.

«¡Joder, me habían apuñalado!».

Tras recobrar me de la impresión, me puse en pie de golpe y me giré justo a tiempo para ver cómo la luz de la luna se reflejaba en un cuchillo de aspecto torcido que descendía trazando un arco hacia mí.

Mi instinto tomó las riendas.

Agarré a mi atacante por el brazo y se lo retorcí. El crujido del hueso no me proporcionó la satisfacción habitual porque el movimiento me laceró el costado, provocando que otra oleada de dolor atroz me recorriera el cuerpo y me hiciera trastabillar. El fae cayó hacia delante, soltando el arma, mientras se apretaba el brazo roto contra el pecho..., un pecho *voluminoso*.

Se trataba de una hembra.

—¡Me has *apuñalado*! —dije con una exclamación ahogada.

La fae alzó la vista justo cuando le asesté un rodillazo en la mandíbula, que proyectó su cabeza hacia atrás. Se desplomó y, cuando cayó de espaldas, ya estaba inconsciente o muerta.

Me llevé la mano a la cintura para coger una daga, pero recordé enseguida que iba desarmada. Habíamos prometido no portar armas. La madre que me...

Un cuerpo se estrelló contra mi espalda, lanzándome sobre un arbusto cercano. Caí de espaldas y se me escapó un grito que perforó el aire nocturno. Todo el cuerpo se me puso rígido de dolor, y durante un segundo, apenas un maldito segundo, me quedé inmóvil.

Pero fue un segundo de más.

Me colocaron bocabajo y un peso me cayó encima. Unas rodillas se me clavaron en la espalda mientras yo atravesaba las densas hojas y flores. Tierra y ramas me azotaron la cara cuando unas manos me obligaron a bajar la cabeza. Aspiré tierra y sabrá Dios qué más al abrir la boca para soltar un grito de rabia.

«Me había descuidado. Me había descuidado». Aquellas palabras se repetían una y otra vez en mi mente. Había dos faes, puede que más, y yo le había dado la espalda al menos a uno de ellos. Dos veces. Qué error tan estúpido... y peligroso. «Me había descuidado».

Forcejeé para apartar la cabeza de la tierra y logré tomar una bocanada de aire limpio un momento antes de que me empujaran la cara de nuevo hacia abajo con una fuerza excesiva. Noté una explosión de calor húmedo en la cara, que me llenó la boca, mientras estiraba el brazo intentando agarrar una de las manos que se proponían asfixiarme en un maldito matorral.

—No te resistas —me dijo una voz al oído—. No te resistas y pónelo más fácil.

No resistirme significaba que me ahogaran en un matorral, y no quería dejar así este mundo, así que ni de coña.

—No puedo dejarte vivir —prosiguió—. Tengo que pensar en mi familia. Hay que proteger esta comunidad.

Doblé las piernas, hundí las manos en el matorral, *a través* del matorral, y me impulsé hacia arriba con todas mis fuerzas. Empecé a separarme del suelo. Seguí empujando y me di la vuelta con un gruñido.

El movimiento hizo que el fae dejara de sujetarme por la espalda. Aterricé sobre su pecho. Ambos nos quedamos aturridos un momento. Entonces, entré en acción. Levanté el brazo derecho y le di un codazo a aquel cabrón en el costado. Una costilla cedió. Tal vez dos.

El fae gruñó y dejó caer los brazos a los lados. Me aparté de él a toda prisa y me puse en pie de un salto mientras alzaba las manos.

Mierda.

Me fijé en la mano izquierda. ¡Tenía una rama —una puta *rama*— clavada en el centro de la mano!

—¡Ay, Dios mío! —exclamé mientras agarraba un extremo ensangrentado con la mano buena—. ¡Joder, tengo una rama clavada en la mano!

—Deberías tenerla clavada en la cabeza —farfulló el fae.

—Serás bruto —contesté con voz entrecortada.

El fae se puso en pie a una velocidad vertiginosa. No tuve ocasión de arrancarme la rama, así que me hice a un lado y arremetí con la mano sin pensar. La mano con la rama ensartada se estrelló contra la cara del fae, que cayó de lado, llevándome con él. Aterricé de rodillas. El fae aullaba mientras la sangre manaba a borbotones de su boca abierta.

—Madre de Dios —gemí.

El golpe no le había alcanzado el ojo, pero mi mano había quedado unida a su mejilla. La rama le había *atravesado* la mejilla.

Qué grima.

Liberé la mano, me puse en pie y aferré un extremo de la rama. Me sobrevino un mareo mientras retrocedía. Me arranqué la rama de un tirón y grité cuando el dolor abrasador me subió por el brazo. Las náuseas me revolvieron el estómago.

En cuanto extraje la rama, la lancé a un lado. Un momento después, el maldito fae se había puesto en pie, con la cara ensangrentada.

—¡Dios mío! —exclamé, bajando la mano destrozada—. Tu cara da asco.

El fae soltó un bramido y se abalanzó hacia mí. Me aparté a un lado. O eso me pareció, pero mis reflejos estaban embotados. Me atrapó la mano izquierda y apretó. La rabia y el dolor me invadieron. Tiré de él hacia delante, levantando la rodilla al mismo tiempo. Lo golpeé en el abdomen, pero él apenas se inmutó. Me soltó un revés con la mano libre que me hizo ver las estrellas.

Caí sobre una rodilla, notando un chasquido.

—Mierda.

¿Cuándo había sido la última vez que un fae normal me había dado semejante paliza? No me acordaba. Tenían que haber pasado muchos *años*.

El siguiente golpe casi me tumba de espaldas, pero me sobrepuse y recobré el equilibrio. El fae y yo librábamos un mano a mano y, sin un arma de verdad como una daga de hierro, me iba a hacer falta recurrir a la creatividad y la fuerza para derrotarlo.

Pero mis pasos eran demasiado lentos. Las patadas que le asestaba carecían de potencia. Incluso mis puñetazos eran débiles e imprecisos. El tiempo que había pasado sin adiestrarme ni combatir se estaba dejando notar. No estaba preparada. No tenía la cabeza donde debería.

Por eso un fae normal me estaba pateando el culo.

Cada uno de mis golpes, simplemente, herían la piel del fae o mi voluntad. Cada nuevo estallido de dolor parecía demasiado real para soportarlo. Cada vez que caía, me costaba más levantarme.

Pero lo hice.

Seguí levantándome.

Me puse en pie a duras penas y me limpié la sangre de los ojos. Bueno, de uno. El otro estaba hinchado y tenía la visión borrosa. Apenas habían transcurrido unos pocos minutos desde que me habían apuñalado, literalmente, por la espalda, pero mis músculos parecían de plomo y notaba los huesos frágiles.

Y seguía sangrando.

Cualquier ruido que estuviéramos provocando se desvanecía en medio del maldito encantamiento que los faes empleaban en el patio. Los pies me pesaban mientras los arrastraba por el sendero, acercándome a la entrada.

Ren y Tink se encontraban a apenas unos metros, pero para el caso podrían estar en otra ciudad.

Di media vuelta rápidamente, entre jadeos, buscando algún arma. La daga se había perdido en la oscuridad, junto a la fae que seguía tendida boca abajo.

—Te estás cansando. —Sangre y saliva goteaban de la boca del fae—. Te debilitas cada vez más a cada segundo que pasa. No me explico cómo os habéis enfrentado a los nuestros y habéis sobrevivido todos estos años.

—Que te jodan —le espeté, tambaleándome.

O tal vez era el patio el que se movía. No tenía ni idea. El comentario del fae me cabreó, pero tenía razón. «Concéntrate, Ivy». Tenía que ser lista. Estaba débil y cansada, y los refuerzos estaban relajándose, pasando una velada agradable. No iba a ganar. Ni de coña.

Iba a tener que salir por piernas.

—Tienes que morir. —Las palabras del fae me sonaron empalagosas—. No es nada personal. Tienes que morir, y así el príncipe no vendrá a buscarte.

—Morir me parece bastante personal.

Noté un hormigueo en la nuca. Me pareció oír movimiento en el patio.

El fae atacó.

Me agaché para esquivar un potente gancho, cambié el peso del cuerpo de un pie al otro y lancé una patada. Golpeé a aquel cabrón en las piernas, haciéndolo caer. Cuando el fae se desplomó con un golpe sordo, no perdí ni un segundo.

Agarré una piedra pesada y la estrellé con todas mis fuerzas contra un lado de su cabeza. Se oyó un crujido repugnante que me estremeció todo el cuerpo. Caí de costado y solté la piedra ensangrentada.

El patio daba vueltas a mi alrededor, así que cerré los ojos con fuerza, jadeando, mientras me sentaba... o más bien caía de culo. En el pecho, notaba como si el corazón me latiera a trompicones.

Vale.

Tenía que ponerme en pie.

Tenía que entrar y encontrar... Tenía que encontrar a Ren. Tenía que contarle... ¿Qué tenía que contarle? Todo. Tenía que contárselo *todo*.

La cabeza me daba vueltas y me encontraba tumbada de espaldas. ¿Cómo había pasado? No estaba segura; pero sabía que, si permanecía allí tendida, no lograría levantarme de nuevo.

Moriría.

«Te estás muriendo». La voz que susurró aquellas palabras en mi mente me impactó profundamente. Me estaba..., me estaba muriendo. Tenía todo el cuerpo cubierto de sangre pegajosa. No podía quedarme mucha.

Parpadeé despacio mientras respiraba de forma entrecortada. Esto era culpa mía. No estaba en forma para luchar. No había estado comiendo bien. Ni durmiendo. Debería haber prestado más atención. Debería haberlo sabido. Había cometido un error de principiante, como hacía tantos años, cuando maté a un fae antes de que me autorizaran a ello. Había provocado que los mataran a todos y ahora..., ahora había provocado que me mataran a mí.

«No».

No me estaba muriendo. Simplemente, me estaba... durmiendo.

Podía dormirme. Ren me encontraría. Despertaría y él estaría allí. Así que me dormí. Eso creo. Al menos, un ratito.

Pero entonces noté que me costaba respirar y abrí los ojos con pesadez. Las estrellas brillaban intensamente. Todavía estaba aquí. Y estaba sola. Sin Ren ni Tink. Ladeé la cabeza hacia la derecha. El fae seguía allí y, a juzgar por su aspecto, estaba muy muerto.

Pero yo estaba viva.

El alivio dio paso a una aguda sensación de decepción que no supe entender, pero ahora mismo no podía centrarme en eso, porque debía ponerme en pie. Si no lo hacía, ¿quién cuidaría de Tink? Ren se encargaría, pero se culparía por lo ocurrido.

No podía permitir que pasara eso.

Me puse en pie con dificultad y me quedé tambaleándome un momento hasta que conseguí darme la vuelta. Me dirigí hacia las puertas, pero era como si estuviera atravesando arenas movedizas y no consiguiera avanzar. No, caminaba a un ritmo lento e irregular, y el mundo se iluminaba y se apagaba contantemente a mi alrededor. Tropecé con las piedras del camino y apreté los dientes mientras obligaba a una pierna a situarse delante de la otra. Solo tenía que llegar a las puertas, entrar y encontrar a Ren...

Di un traspié al doblar una esquina y estiré los brazos, agarrándome al enrejado cubierto de enredaderas. El suave resplandor de las luces del vestíbulo se extendía por el sendero. Las puertas estaban allí mismo. Tragué saliva, notando el sabor de la sangre, y seguí adelante, con pasos cada vez más lentos.

«Ren. Ren. Ren». Repetí su nombre una y otra vez como si fuera una oración. Casi había llegado. Solo me quedaban unos metros. Tenía las manos entumecidas. Había perdido la sensibilidad en ellas, pero no pasaba nada, porque los pies todavía me funcionaban. Solo un poco más...

Una sombra apareció en la puerta de doble hoja y se fue acercando. La sombra adoptó una forma más definida, y luego la forma se convirtió en una persona.

—Ren —lo llamé, pero apenas fue un murmullo húmedo. Lo intenté de nuevo, pero esta vez no emití ningún sonido.

Apareció como si lo hubiera invocado, y tal vez así fuera, porque la puerta se abrió, él salió y recorrió el patio con la mirada.

Supé el momento exacto en el que me vio.

Se detuvo de golpe.

—¿Ivy?

Y supe el momento exacto en el que la luz del interior me iluminó. Me dispuse a hablar, pero mi lengua se negó a funcionar.

—¡Ivy! —exclamó con la voz cargada de pánico mientras echaba a correr. Sus pisadas resonaron sobre el empedrado.

Algo se estrelló contra mi espalda, entre los omóplatos. Algo afilado y caliente que me arrebató el aire que me quedaba en los pulmones. Me robó las fuerzas que me quedaban.

Me desplomé, pero no noté el impacto. La furia emanaba de Ren formando oleadas que llenaban el patio y eclipsaban todo lo demás. Apenas vislumbré una mancha borrosa cuando pasó a mi lado como una exhalación.

De pronto, mi mejilla estaba apoyada sobre las frías piedras. Ya no sentía los pies. Eso probablemente fuera mala señal; pero, de todas formas, ya no iba

a pensar en eso. Oí un grito agudo y un cuerpo aterrizó junto a mí, con la cabeza torcida formando un ángulo forzado. Era ella..., la fae.

No la había matado cuando la golpeé.

Qué estúpida había sido.

Otro ridículo error de principiante.

—Ivy. Vamos, Ivy. —Unas manos me dieron la vuelta con cuidado, colocándome de espaldas—. Santo cielo.

El tono de su voz me indicó que debería preocuparme, pero no fui capaz de sacar a relucir esas emociones.

Una mano me acarició la nuca.

—Cariño, mírame. *Por favor.*

Me levantó en brazos y me sentí ingrátida. Como si flotara.

—Maldita sea, abre los ojos y mírame.

¿No lo estaba mirando?

Me obligué a abrir los ojos y me encontré ante el maravilloso rostro de Ren. Aquellos llamativos ojos parecían oscuros a la luz de la luna, amplios e infinitos. Estaba muy pálido y una expresión sombría se había adueñado de sus facciones.

—Lo...

—No intentes hablar —me dijo mientras se movía con rapidez, prácticamente volando—. Aguanta, Ivy. Mantén los ojos abiertos y mírame, ¿vale? Quédate conmigo.

Pero debía hacerlo. Debía decirlo.

—Lo... siento.

6

El mundo se iluminaba y se apagaba, como una bombilla a punto de fundirse.

Me esforcé por seguir el hilo de lo que estaba ocurriendo. Sabía que Ren me estaba llevando dentro. Podía sentir su fuerte hombro contra la mejilla. Notaba cada paso que daba. La oscuridad dio paso a resplandor y calidez.

—¡Necesito un médico! —gritaba Ren, con la voz cargada de un pánico desenfrenado—. ¡Por el amor de Dios, que venga alguien! ¡Necesito un puto médico!

Cada vez me costaba más mantener los ojos abiertos y pensé que tal vez..., tal vez ya fuera demasiado tarde para que un médico pudiera hacer algo. El mundo se desvaneció de nuevo.

De pronto, me encontré tendida sobre una superficie blanda que no cedía demasiado, en una habitación extraordinariamente brillante..., demasiado brillante. Tardé unos segundos en darme cuenta de que me encontraba en la enfermería, que estaba situada en el sótano del Hotel Faes Buenos y seguramente no solía ver mucha acción.

—Ren. —Su nombre brotó de mis labios.

—Estoy aquí. —Me rozó la mejilla con cuidado con la punta de los dedos, captando mi atención—. Joder, Ivy.

Oí otras voces. No reconocí una de mujer cuando me habló.

—Vas a notar un buen pinchazo —me dijo, sujetándome el brazo derecho.

No noté nada mientras miraba a Ren a los ojos, preguntándome por qué su rostro parecía tan borroso.

De pronto, Tink estaba allí, al lado de Ren.

—¿Qué te ha pasado? ¿Ivy? —Me examinó con una mirada horrorizada—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿El príncipe?

Alguien ahogó una exclamación. La mano fría que me tocaba el brazo se quedó inmóvil.

—No —gruñó Ren, y aquella única palabra resonó en la habitación como un disparo—. Fue uno de los faes que viven aquí.

—Dos —logré murmurar.

—Eso no puede ser. —Se trataba de Tanner, pero no pude verlo—. Quienes viven aquí nunca te harían daño..., nunca os harían daño a ninguno de vosotros.

El hecho de que me estuviera desangrando a causa de múltiples puñaladas demostraba lo contrario.

El aire de la habitación se llenó de tensión y los dedos de Ren se apartaron de mi mejilla. Ya no podía ver su rostro ni sus ojos. Se apartó, y no lo vi moverse, pero oí cómo un cuerpo chocaba contra una pared.

—¡No! —exclamó alguien, y Tink se volvió bruscamente. Se oyó un grito.

¿Qué diablos estaba pasando? Me costó una barbaridad levantar la cabeza y despejar la vista, pero lo logré justo a tiempo para ver que Ren tenía a Tanner inmovilizado contra la pared rodeándole el cuello con una mano.

—Nos dijiste que aquí estábamos a salvo. —La voz de Ren sonaba demasiado monótona, demasiado fría—. Confiamos en ti.

—Aquí estáis a salvo —insistió Tanner. Su tono seguía sonando tranquilo a pesar de que Ren estaba a punto de estrangularlo—. Nosotros nunca...

—Es evidente que eso es una gilipollez —lo interrumpió Ren. Los músculos se le tensaron bajo la camiseta oscura cuando levantó a Tanner en el aire. —Mírala—. Transcurrió un momento y, luego, gritó—: ¡Mírala!

Tanner debió mirar hacia mí, pero el hombro de Ren me bloqueaba la visión.

—¿Te parece que está a salvo? —le espetó Ren.

Tink se apartó de mi lado.

—No —admitió Tanner—. Entiendo que estés disgustado. Yo también lo estoy. Y consternado... —Se interrumpió cuando Ren lo empujó de nuevo contra la pared.

—¡Tink! —exclamó Faye desde la entrada. ¿Cuándo había llegado?—. Tienes que separar a Ren de Tanner. ¡Él no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a Ivy!

Tink negó con la cabeza.

—Y una mierda. No pienso detenerlo, señorita. Tanner tiene suerte de que sea Ren quien lo tiene agarrado del cuello.

Eso era cierto. Yo había presenciado de lo que era capaz Tink.

Respiré bruscamente cuando Tink se volvió hacia mí. Nunca había tenido un aspecto tan propio del Otro Mundo como en ese momento. Sus rasgos mostraban una expresión feroz y brutal..., casi animal. Sin embargo, cuando me cogió la mano destrozada por la muñeca, lo hizo con delicadeza.

—Tienes un agujero en la mano.

Típico de Tink. Incluso en los momentos más atroces, seguía siendo el Capitán Obvio.

—Ren —dijo Tanner, y luego carraspeó—. Tienes que entender...

—Y tú tienes que cerrar la puta boca y escuchar —gruñó Ren—. Te voy a dejar dos cosas perfectamente claras. En primer lugar, vas a averiguar quién hizo esto, quién estaba implicado y lo sabía, y por qué. Y luego me vas a decir quiénes son exactamente esos hijos de puta condenados a muerte. Y lo segundo que más te vale entender sin el más mínimo atisbo de duda es que, si Ivy no sale de esta, si no abandona esta maldita sala por su propio pie, fresca como una rosa y sonriéndome, voy a quemar este puto sitio hasta los cimientos con todos vosotros dentro.

Caray.

—Ren —dijo Faye con voz ahogada.

—¿Entendido? —añadió Ren—. Dime que lo has entendido.

—Entendido —contestó Tanner con suavidad.

La cabeza me pesaba demasiado para mantenerla erguida. Me tumbé de espaldas, con la mirada clavada en el falso techo y las luces ultrabrillantes.

—Me siento rara —murmuré, o al menos eso me pareció. Mis labios se movieron, pero no logré oír mis propias palabras. El corazón me latía a trompicones dentro del pecho. No, no me sentía bien.

Me desentendí de las náuseas que me invadieron tras la punzada de dolor y dije:

—Ren.

Él apareció allí al instante, junto a mi cabeza. Me tocó la barbilla con la punta de los dedos y me volvió la cara despacio hacia él.

El pánico empezó a apoderarse de mí.

—No..., no me siento bien.

—¿A qué te refieres, cariño? —Su mirada se dirigió hacia el otro lado de la camilla—. ¿A qué se refiere?

Notaba la lengua pesada.

—No siento... las piernas.

Ren soltó un insulto y empezó a apartarse.

—¡No! —El pánico se intensificó mientras yo intentaba levantar la mano. Si Ren se alejaba, pensé que no volvería a verlo—. No me... dejes.

Su mano me acarició la frente.

—Estoy aquí contigo. No te voy a dejar. Nunca. Lo sabes, ¿verdad? —Su voz sonó más ronca—. Nunca te dejaré.

—Tiene un puñetero agujero en la mano —comentó Tink de nuevo.

—La mano es lo que menos me preocupa —contestó la voz femenina con tono cortante. Noté presión en el costado—. Necesito que me ayudéis a moverla. Tengo que echarle un vistazo a la espalda.

Se me secó la boca. Eso sonaba mal.

—No —gemí—. No me...

—Lo siento, cariño, pero tenemos que hacerlo —dijo Ren, inclinándose hacia mí. Aquellos preciosos ojos verdes eran todo mi mundo—. Será rápido. Te lo prometo. Pero hay que hacerlo.

No me dieron alternativa. Ren me sujetó el hombro derecho con cuidado mientras me acunaba la mejilla con la otra mano.

—Aguanta, cariño. Tú aguanta.

No quería aguantar. Sabía que esto iba a doler..., a doler mucho, y no creía que pudiera soportar más dolor. Entre la sensación abrasadora que me recorría la parte superior del cuerpo y las piernas entumecidas, había llegado al límite de mi resistencia.

Unas manos me sujetaron por la cadera. Tink. Era Tink. Le lancé una mirada de desesperación.

—Tengo que hacerlo —dijo con tono de súplica—. Luego puedes darme un puñetazo en la garganta. ¿Vale?

Me colocaron de costado.

Alguien gritó. Sonaba como si un tanque estuviera atropellando a un animal herido. Tardé un momento en darme cuenta de que era yo..., yo emitía ese sonido espantoso y entrecortado, y entonces el mundo empezó a desdibujarse de nuevo, pero Ren no lo permitió.

—Mantén esos bonitos ojos abiertos para mí, Ivy. Ya lo sé. Lo siento, cariño. Lo siento mucho. Sé que duele. —Siguió hablándome mientras unas manos y unos dedos me recorrían la espalda, desde los hombros hasta la base de la columna—. Ya no queda mucho. ¿Vale? La médica te va a examinar y te va a curar.

La espalda y el estómago me ardían, el dolor abrasador me atravesaba el pecho.

—¿Tenemos... una... médica?

—Así es. —Ren dirigió la mirada por encima de mi hombro apenas un instante y luego volvió a mirarme—. Casi ha terminado. Unos segundos más. —Me besó la frente—. ¿Estás aguantando, cariño?

Creí contestar que sí. Sabía que mis labios se habían movido, pero no oí nada. No me pareció que Ren me hubiera oído tampoco, pero entonces me volvieron a tender de espaldas y parte de la agonía empezó a desvanecerse..., todo empezó a desvanecerse.

Perdí el conocimiento de nuevo, quizá durante unos segundos, y, cuando desperté, me pareció que Ren decía:

—Ahí fuera, me dijo que lo sentía. ¿Por qué diría algo así?

—No lo sé. —Me pareció que se trataba de Tink.

Noté que Ren me apartaba el pelo de la mejilla y entonces vi su rostro justo delante del mío. Parecía estar gritando, pero sonaba como si estuviera muy lejos, como si se encontrara al otro extremo de un túnel.

—Estoy aquí —dije con voz áspera—. Todavía sigo aquí.

—Sí, cariño. —Me dedicó una sonrisa débil—. Estás aquí.

—Es grave —dijo la mujer, la que supuse que era médica—. Es muy grave.

—No me digas, Sherlock. ¿Y qué hacemos? —preguntó Tink con tono firme.

—Creo que no me estáis entendiendo —contestó ella—. Los desgarros de la espalda son profundos..., demasiado profundos. No hay duda de que tiene heridas internas, y eso a causa únicamente de las puñaladas.

—Vale. Pues cúrala —le ordenó Ren.

La fae estaba conectando algo a una vía intravenosa.

—Yo no soy cirujana. No tengo experiencia con esta clase de heridas...

—Pues ve a buscar a un cirujano —le espetó Ren, dejando la mano inmóvil sobre mi coronilla.

—Aquí no tenemos cirujanos —contestó Faye con suavidad—. Casi nunca sufrimos heridas de este tipo. Y, cuando ocurre, no necesitamos un médico para curarnos. Si un fae se alimenta, puede curarse solo.

—Yo traeré uno. —Tink se apartó de la camilla—. Dadme media hora.

Un momento. ¿Qué iba a hacer?

—No puedes traer a un cirujano así sin más —alegó Faye—. Estoy segura de que eso se considera secuestro.

—Me importa una mierda —soltó Tink—. Además, cuando lo traiga, puedes emplear un hechizo de seducción con él.

—Nosotros estamos en contra de eso —repuso ella—. No...

—¿Estás de coña? —intervino Ren—. Me da igual que estéis en contra. Sin necesitamos un cirujano, vamos a traer a un puto cirujano.

—No hay tiempo —dijo la fae, y toda la sala se quedó en silencio—. No nos queda tiempo para eso.

—¿Qué? —preguntó Ren con desesperación en la mirada.

Me negué a parpadear siquiera mientras contemplaba el rostro de Ren, y recorría con mi ojo sano la dura línea de su mandíbula y la curva de su pómulo para grabarlos en mi memoria.

Había tanta belleza en él, tanto por dentro como por fuera, que a veces no creía merecerlo, ni a él ni a su..., su *bondad*. Sobre todo cuando por mi culpa habíamos malgastado un tiempo tan valioso. Esta última semana podríamos haber hecho tantas cosas, podríamos haber almacenado recuerdos para toda una vida.

—Puedo hacerle una transfusión. Tenemos algo de sangre, pero es semihumana —prosiguió la fae—. No tengo ni idea de cómo le afectará: si la ayudará o le hará daño.

—Hazle la transfusión —decidió Tink.

—La transfusión solo nos proporcionará un poco más de tiempo, pero no el suficiente —aclaró ella—. La tensión le está bajando por momentos. Su ritmo cardíaco es demasiado alto. Ha perdido demasiada sangre, y sigue sangrando. No estaría lo suficientemente estable como para operarla. Si no fuera en parte fae, ni siquiera tendríais ocasión de despediros.

Ren dirigió la mirada hacia el otro lado de la camilla. Un músculo se le crispaba en la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

Dejé de escuchar en ese momento, porque ya creía saber lo que iba a intentar explicarle a Ren. No oí las palabras, pero supe que tenía razón. Lo vi en la mirada atónita de Ren cuando se posó en mí. Supe lo que le había dicho por la expresión de negación que se reflejó en su rostro y la forma en la que su mano se contrajo contra mi frente fría. No necesité oírlo, porque oí el repentino grito de protesta de Tink.

Me estaba muriendo.

No en un par de días. Ni en unas horas. Me estaba muriendo ahora mismo.

—No. No. Dios, no. —Volví a escuchar la voz de Ren cuando se acercó y me cubrió la mejilla con la mano. Apretó la frente contra la mía. Su voz fue un susurro áspero—. Esto no está pasando.

Quise tocarlo. Rodearlo con el brazo, consolarlo, pero estaba demasiado cansada y me pesaban mucho los brazos.

—No te voy a dejar morir. Ni hablar. —Me besó la frente y, cuando se apartó, tenía los labios manchados de rojo... con mi sangre. Apretó la mandíbula mientras miraba hacia el otro lado de la camilla—. Mantenla con vida hasta que regrese con un médico.

Un médico no iba a servir de ayuda.

Me rodeó un tumulto de voces. Oí súplicas dirigidas a Ren para que fuera realista y también amenazas, la mayor parte procedentes de Ren. Tink se había quedado callado.

Inhalé de forma entrecortada y aparté la mirada de Ren, porque no podía soportar el dolor que se reflejaba en su rostro. Dejé vagar los ojos por la sala y vislumbré una figura al fondo, apoyada contra la pared, donde antes estaba Tanner.

Merle.

Nos observaba con rostro inexpresivo y, por algún motivo, me costó apartar la mirada; de pronto, ya no la vi. Los párpados me pesaban demasiado, pero oí que Tink decía con voz suave:

—Hay otra forma.

7

Parpadeé y una luz suave se abrió paso a través de la oscuridad. Seguía en la sala a la que me había llevado Ren, pero habían bajado la intensidad de las luces del techo. Todo era más suave.

—Hola. Has vuelto.

Ren me tocó la barbilla, inclinándose la cabeza apenas unos centímetros a la izquierda. Entonces lo vi y se me partió el corazón. Tenía los ojos vidriosos y las densas pestañas húmedas mientras me acariciaba el labio con el pulgar. ¿Estaba llorando? No recordaba haberlo visto llorar nunca.

La sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Estaba empezando a preocuparme. Pensé... —Se le quebró la voz—. Pensé que te había perdido.

Yo también lo pensé. No recordaba haberme desmayado de nuevo. Lo último que recordaba era que Tink estaba diciendo algo acerca de que había otra forma y luego solo había una oscuridad impenetrable e incontenible. Sin sueños. Sin pensamientos. Pero tuve la sensación de que solo habían transcurrido unos minutos.

Durante ese corto intervalo de tiempo, la sala prácticamente se había vaciado. Solo quedaban Tink y Faye con Ren. Los dos primeros se encontraban al pie de la camilla y Tink sujetaba a Faye con fuerza por el hombro. La fae parecía estar a punto de salir huyendo de la sala.

Mi mirada regresó despacio hasta Ren.

Su débil sonrisa flaqueó y el pulgar le tembló contra mi labio.

—Necesito que aguantes un poquito más, ¿vale? Necesito que hagas eso por mí. ¿Puedes?

Tenía un «sí» en la boca, pero no estaba segura de si la palabra brotó o no.

Él se acercó un poco más y sus ojos de color verde intenso apresaron los míos.

—Te quiero, Ivy. ¿Lo sabes? Tú has sido la única. Siempre serás la única. Joder, te quiero muchísimo, y por eso tengo que hacer esto. —La voz se le quebró de nuevo, sonó ronca y áspera—. Lo siento, cariño. Perdóname.

¿Por qué se estaba disculpando? La confusión se extendió por mis pensamientos enmarañados. ¿Perdonarlo?

Tink prácticamente empujó a Faye hacia delante. La fae, que por lo general se movía con elegancia y agilidad, dio un traspié. Se detuvo junto a mi cabeza y lanzó una mirada furiosa por encima del hombro.

—No estoy de acuerdo con esto. Si supierais lo que él le hizo y cómo...

—Ya lo sé —le espetó Ren, apartando su mirada de la mía—. Lo sé, pero prefiero que se cabree y me odie a que se muera. Hazlo ya.

La confusión dio paso a la inquietud. ¿Qué estaba pasando? Intenté hacer funcionar mi lengua. Quería saber qué estaba ocurriendo, pero entonces Ren se inclinó y me besó en la frente. Se mantuvo en esa posición, con los labios a escasos centímetros de los míos.

Algo..., algo oscuro y sedoso despertó en la boca de mi estómago.

—Tink —dijo Faye—. Tú no quieres hacer esto. No sabemos qué le hará a...

—Te aseguro que no hacerlo sería una decisión muy imprudente. —Tink se había acercado más y hablaba con una voz dura que yo nunca le había oído emplear—. Lo digo en serio, Faye. Me caes bien, pero Ivy me cae mejor. Si la dejas morir, será lo último que hagas en esta vida. Así que no compliques más las cosas.

—Puede que os arrepintáis de esto. —Faye me colocó una mano en la cabeza—. Vas a tener que sujetarla cuando haya terminado —le dijo a Tink, y, cuando habló de nuevo, su voz tenía un tono pastoso y seductor—. Mírame, Ivy.

No pude evitar obedecer.

Moví la cabeza y mi nariz rozó la de Ren. La mirada de Faye se adueñó de la mía. La fae movió los labios y entonces sentí que caía, que me hundía, y no regresaba a la superficie. La única palabra que pronunció resonó una y otra vez en mi mente.

«Aliméntate».

En la pequeña parte de mi cerebro que seguía funcionando con normalidad, supe lo que había ocurrido. Faye había utilizado un hechizo de coacción. Pero daba igual que fuera consciente de ello. Era como resistirse a

la atracción de un chute de morfina. Era imposible negarse. Experimenté un atisbo de pánico debido al miedo a perder el control, pero se desvaneció antes de formarse del todo.

—Ivy —susurró Ren en el espacio que separaba nuestras bocas.

Entonces besó con suavidad mis labios destrozados y ensangrentados, y yo..., yo no le devolví el beso a pesar de que mis labios tocaron los suyos.

No, no besé a Ren.

Un hambre atroz brotó en el fondo de mi ser, una acuciante aberración que me hizo arder la sangre.

Inhalé.

El primer sorbo de la esencia de Ren fue como adentrarme en un viento invernal tras un largo e interminable verano. Un frescor reparador se deslizó por mi lengua y me bajó por la garganta.

«Sí».

Inhalé de nuevo. Profundamente. De manera implacable.

Ren dio un respingo y apoyó el puño en el fino colchón, junto a mi cabeza. Los dedos con los que me rodeaba la mandíbula se estremecieron, pero yo lo tenía aferrado y no iba a soltarlo. Ren sabía a...

Era como un subidón de cafeína que despertó cada parte de mi ser. Era como lanzarme de cabeza a un lago helado. Sabía a vida.

Experimenté una punzada de dolor y luego un frescor lánguido y maravilloso comenzó a avivar mis sentidos. Levanté la mano destrozada de la camilla y agarré a Ren por la nuca, manteniéndolo pegado a mí.

Él gimió en mi boca. El sonido fue una mezcla de dolor y algo más cálido e intenso. Algo que sabía a verano y sol. «Placer».

Seguí alimentándome de él, introduciendo su esencia en mi cuerpo hasta que ya no supe dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Sentí que me rodeaba su aroma fresco que siempre me recordaba al aire libre. Sentí que Ren me rodeaba. Una corriente eléctrica me corrió por las venas. El aire crepitó... o tal vez fuera mi piel. Sí, era mi piel cobrando vida. Mis débiles músculos se llenaron de fuerza. Los tejidos volvieron a unirse. El corazón, que antes me latía a trompicones, ahora me palpitaba con fuerza en el pecho.

La mano de Ren cayó hasta mi hombro. Me clavó los dedos, tirando de mi camiseta y hundiéndose en mi piel. No me dolió. Oh, Dios, no, era maravilloso. Todo lo era. La sed constante se había aplacado, pero yo...

Quería más.

Me recorrió una sensación de poder, de puro poder. Mi cuerpo tenía todo el control. Yo tenía el control y nada ni nadie iba a cambiarlo. Como si fuera

una cobra atacando, coloqué bruscamente a Ren debajo de mí. Él siguió agarrándome el hombro con la mano mientras me sentaba a horcajadas sobre sus caderas. Un fuego infinitamente dulce me recorría el cuerpo. Mi boca estaba pegada a la suya, al igual que nuestras caderas. Un gemido brotó de Ren, haciéndome estremecer, y respondí de igual forma. Otro tipo de necesidad cobró vida. De pronto, noté todo el cuerpo tenso e inflamado.

Quería que *todo él* estuviera dentro de mí.

Llevé la mano entre nuestros cuerpos y localicé el botón de sus vaqueros. No me costó nada desabrochárselos. Mi mano pasó veloz a ocuparse de mi pantalón.

Todo el cuerpo de Ren dio un respingo debajo de mí, pero no me soltó; sus dedos me apretaban el hombro y luego se aflojaban.

—Detenla —ordenó alguien con aspereza—. Detenla antes de que lo mate.

¿Matarlo? No quería matarlo. Simplemente lo quería a él, todo de él, en todos los sentidos, porque era mío. Quería follar y alimentarme, y no quería que nada se interpusiera entre nosotros...

La mano de Ren se apartó de mi hombro y me rodeó la nuca. Noté que le temblaba el brazo mientras su boca se movía contra la mía, con debilidad al principio, pero aun así me distrajo. Ren me besó..., me besó mientras yo inhalaba. Su mano se crispó, tirándome del pelo. La punta de su lengua contra la mía lo cambió todo.

Dejé de inhalar a la vez que un estallido de deseo me abrasaba la piel. Besarse. Besarse era tan agradable como alimentarse, así que le rocé la lengua con la mía mientras su pecho se expandía. Me invadió un imperioso deseo. Mi cuerpo necesitaba a Ren de una forma casi dolorosa. Palpitaba por él. La lujuria me hacía hormiguesear la piel mientras balanceaba las caderas contra las suyas. Temblé al sentirlo, duro y grueso...

—Ren.

Un sonido animal brotó del fondo de mi ser y resonó por la sala. Había alguien cerca, demasiado cerca de nosotros. Interrumpí el contacto y alcé la cabeza.

—Marchaos —dijo Ren, jadeando, mientras me sujetaba la cabeza cada vez con menos fuerza—. No me va a matar.

—¿Estás loco?

Solté un gruñido bajo de advertencia mientras ladeaba la cabeza. Me daba igual quién se estuviera acercando, pero lo haría trizas si intentaba interponerse entre nosotros.

—La tengo controlada. —Los labios de Ren se deslizaron sobre los míos, captando mi atención. Agarré la parte delantera de sus pantalones, rasgando la cremallera—. Marchaos *ya*, joder.

Oí una maldición y luego una voz que reconocí vagamente dijo:

—Como quieras. Pero es un suicidio.

—¡Fuera! —gruñó Ren cuando encontré lo que estaba buscando y rodeé su cálido miembro con las manos.

Alguien respondió, pero sus palabras se desvanecieron en medio de la necesidad que me palpitaba por las venas. Una puerta se cerró de golpe y entonces Ren tiró de mis pantalones con manos temblorosas.

—Tómame. —Su voz sonó ronca y áspera, fue como un latigazo contra mi piel sensible—. Toma todo lo que necesites de mí.

Todo se redujo a una confusa maraña de manos temblorosas y piel resbaladiza. Ren ya no me sujetaba con tanta fuerza. Su mano se había deslizado hasta la piel desnuda de mi cadera, pero lo sentía arder en mi interior, sus caderas se alzaban a la vez que las mías descendían para ir a su encuentro. El aire olía a sangre y sexo. Una inmensa y atroz tensión se iba propagando por mi interior mientras yo devoraba a Ren, mordisqueándole los labios, chupándolos y lamiéndolos. Ráfagas de energía me recorrían mientras me levantaba y me dejaba caer de nuevo sobre él.

—Bésame, cariño —gimió Ren con voz ronca—. Bésame, Ivy.

¿No lo estaba besando? No. Me había estado alimentando de nuevo, absorta en las sensaciones en conflicto mientras experimentaba otro subidón, otra descarga de placer.

La mano de Ren se contrajo en mi cadera.

—Ivy. *Por favor*. —Lo sentí estremecerse debajo de mí—. Te quiero.

«Te quiero».

Esas dos palabras resonaron una y otra vez en mi mente, perforando la bruma roja que nublaban mis pensamientos. «Te quiero». Sentí una opresión en el pecho. «Te quiero». Aparté mi boca de la suya, me incorporé y eché la cabeza hacia atrás. La tensión de mi interior se volvió insoportable. Solté un grito desenfrenado. Debajo de mí, Ren tembló y gimió mientras alzaba las caderas una última vez, haciéndome ahogar una exclamación. Su orgasmo me hizo estallar. Me invadió una sensación increíblemente intensa, como si todas las terminaciones nerviosas se hubieran activado al mismo tiempo por todo mi cuerpo. Nunca había sentido nada igual. Me desplomé contra el pecho de Ren, con el cuerpo tembloroso.

Lo último que recuerdo antes de sumirme en la nada que me aguardaba fue sentir la mano de Ren subiéndome por el centro de la espalda y oírle susurrar aquellas dos palabras una y otra vez.

—Te quiero.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me di cuenta enseguida de que me encontraba en aquella sala y estaba tendida sobre su cuerpo cálido y duro.

Me moví ligeramente para poder levantar la cabeza y echar un vistazo. El rostro de Ren estaba vuelto hacia mí. Tenía los ojos cerrados y unas ojeras marcadas que parecían moretones. Presentaba un aspecto demacrado impropio de él.

Noté la boca seca mientras levantaba la mano y le tocaba la mejilla. Tenía los dedos cubiertos de sangre seca.

—Ren.

Percibí movimiento tras sus párpados, pero no abrió los ojos. Deslicé la mirada hasta su pecho. Subía y bajaba con respiraciones irregulares y superficiales. Me hice a un lado en la estrecha camilla.

No..., no me sentía bien.

Me bajé de la camilla y me mantuve en pie con piernas endebles. Noté las manos sudorosas cuando me agaché y me subí los pantalones. La cinturilla estaba desgarrada, pero se mantuvieron en su sitio. Ren seguía sin moverse.

¿Qué había hecho?

En el fondo de mi mente, conocía la respuesta; pero notaba la cabeza embotada, los músculos débiles y los huesos quebradizos.

Y la piel..., tenía la piel entumecida.

—No me siento bien —susurré en medio de la sala silenciosa.

Miré a mi alrededor y se me cortó la respiración cuando las paredes sin ventanas parecieron encogerse, estrechándose. Una presión me atenazó los pulmones. Me dirigí a trompicones hacia la puerta.

La puerta se abrió de golpe antes de que la alcanzara. Tink apareció en el umbral, con el pelo rubio platino tan despeinado que parecía que había estado pasándose las manos por él durante horas.

—Ivy. —Miró a Ren—. Sigue vivo.

Un estremecimiento me subió por la columna. Por supuesto que Ren seguía vivo. No había querido matarlo. Quería...

—Y todavía me tiene traumatizado el hecho de que por poco os montáis una peli porno justo delante de mí. —Tink entró en la habitación—. Se me había olvidado que eso ocurre después...

—No me siento bien —murmuré.

Notaba calambres en el estómago. Me apoyé una mano en el vientre, inspirando con dificultad.

—Para serte sincero, no tienes buen aspecto.

Intenté apartarme a un lado, pero me fallaron las piernas. Tink se movió veloz como un rayo y me agarró. De algún modo, acabamos en el suelo y él me sostenía la barbilla. Tenía la mirada cargada de preocupación.

—¿Qué te pasa? ¿Algo va mal? —me preguntó.

Todo iba mal.

La sensación de entumecimiento que notaba en la piel se propagó, penetrando en mis huesos y órganos.

—No..., no me siento.

Tink frunció el entrecejo.

—Eso no tiene sentido.

—No puedo...

De pronto, el entumecimiento se volvió en mi contra. Comenzó como un hormigueo, pero luego empezó a arder.

—La piel..., me *duele*.

Tink se me quedó mirando, y por su expresión me pareció que caía en la cuenta de algo, pero el ardor se intensificó. Levanté la mano, casi esperando verla en llamas, a la vez que se me escapaba un grito.

—Mierda —masculló Tink—. Mierda. Mierda.

Todo mi cuerpo se sacudió contra el suyo mientras el fuego se extendía por mi piel, bajándome desde la base de la columna hasta las piernas y después subiéndome por el torso y los brazos. Seguí gritando mientras los músculos se me quedaban rígidos y se me doblaba la espalda.

—Ivy. —Una voz débil y áspera atravesó el velo de dolor.

Mi mirada desesperada se desplazó hacia la derecha. Ren se estaba bajando de la camilla. Dio un paso, pero cayó de rodillas y recorrió a gatas el resto de la distancia. En su rostro macilento se dibujó una expresión de sorpresa.

—Ivy...

Un dolor como nunca había experimentado ni sabía que fuera posible martirizaba todo mi cuerpo. Me aparté de Tink de una sacudida, pero él me agarró por la cintura mientras Ren me sostenía el rostro con las manos. Lo vi

mover los labios, pero no pude oír ni una sola palabra de lo que decía. Nada tenía sentido aparte de la forma en la que mi cuerpo se estaba haciendo pedazos desde dentro.

Un chillido agudo escapó de mi garganta, un sonido que normalmente me habría erizado el vello de todo el cuerpo, porque parecía provenir de un fae. La rigidez abandonó mi cuerpo y doblé las piernas, jadeando, mientras el fuego disminuía un poco.

Entonces, cuando pensé que ya había terminado, un hambre voraz brotó en mis entrañas. Era casi tan atroz como el ardor. Mi mirada pasó de Tink a Ren.

Me invadió la necesidad.

Me lancé hacia él, enseñando los dientes, pero Tink me sujetó mientras Ren se cayó de culo.

—¿Qué le está pasando? —preguntó con la voz cargada de pánico—. Pensaba que la habíamos curado.

—Así es —contestó Tink con un gruñido, retorciéndose mientras yo arremetía contra él..., contra Ren—. Y ahora está pagando las consecuencias.

*E*l paso de las horas se volvió impreciso, un distorsionado caleidoscopio de intensa necesidad y deseo devorador..., lujuria por Ren y lo que había dentro de él. Luego el dolor regresaba, abriéndose paso a través del ansia, desgarrándome.

Perdí el conocimiento de forma intermitente. Tink me apretaba contra él mientras Ren me apartaba el pelo empapado de sudor de la cara. Me susurraba algo, pero yo solo era consciente del fresco y agradable abismo en el que flotaba.

Y entonces ocurrió.

Un frío intenso me envolvió sin previo aviso. El frío fue tan brutal que sentí como si tuviera la piel en llamas. Noté pinchazos en cada centímetro de mi cuerpo, como si me estuvieran clavando agujas por toda la piel hasta llegar al hueso. El dolor se apoderó de mí una vez más, convirtiéndose en todo mi mundo, pero esta vez se trataba de un fuego gélido.

—¿Qué..., qué está pasando? —pregunté con voz ahogada, incapaz de ver a través del dolor. La sala..., el mundo entero era blanco.

—Tomaste demasiado. —La voz de Tink sonó tensa—. Fuiste demasiado lejos. Lo siento, Ivy. Lo siento.

Sus palabras no tenían sentido. Las palabras en general dejaron de tener importancia para mí cuando el fuego helado se intensificó. De mi garganta brotaron gritos, un sonido muy diferente de los chillidos anteriores.

Me di cuenta de que me movían, pero solo supe que Tink ya no me sujetaba. Reconocí el aroma de Ren. Me envolvió por completo, rodeándome la cintura con brazos temblorosos y entrelazando sus piernas trémulas con las mías. Se me arqueó la espalda, tensando su abrazo casi hasta el límite.

Y entonces..., entonces fue como si apagaran un feroz incendio con agua. El dolor apenas se alivió al principio; pero, con el tiempo, fue desapareciendo poco a poco como humo arrastrado por el viento. Tras el ardor, me sumí en un familiar sueño profundo. No estaba segura de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero me costó despertar. Notaba los párpados como si me los hubieran cosido, y tuve que esforzarme por abrirlos.

Lo primero que vi fue el techo bajo. La enfermería. Estaba en la enfermería. ¿Por qué? Hice memoria, pero los recuerdos eran confusos y estaba demasiado cansada como para recopilar los vagos y enigmáticos fragmentos y averiguar qué demonios estaba pasando.

Pero sabía que no estaba sola.

Tuve que hacer un gran esfuerzo, pero logré volver la cabeza hacia la izquierda.

Tink estaba sentado junto a la camilla en una de las sillas de metal. Tenía un tobillo apoyado en la rodilla. *Dixon* estaba acurrucado en su regazo. El gatito hacía lo mismo de siempre: dormir. Ese gatito vivía a cuerpo de rey.

La última vez que había visto a Tink no llevaba a *Dixon* con él. Y no estaba solo. Ren estaba con él... y me sujetaba.

—Ren —dije con voz ronca.

La mirada de Tink se posó en la mía. Se me quedó mirando sin decir nada, y empecé a inquietarme.

Intenté hablar de nuevo, pero tenía la boca tan seca como el desierto del Sáhara. Carraspeé.

—¿Qué..., qué está pasando?

Tink me dedicó una mirada solemne.

—«La noche es oscura y alberga horrores».

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Siempre he querido decirle eso a alguien. Lo único que me falta es el vestido rojo y la capucha de Lady Melisandre.

Lo observé, sin saber qué responder.

—Hay otras frases que siempre he querido emplear, ¿sabes? —prosiguió, recostándose en la silla—. Como cuando la gente tiene malas noticias. Alguien dice que se le acaba de averiar el coche y yo soltaría: «Los Lannister te mandan recuerdos». O que le acaban de echar del trabajo y, ¡toma!: «El norte no olvida». Eso probablemente me convierta en un duende cabrón, pero me da igual.

No tenía ni idea de a qué venía esa fijación con las referencias a *Juego de Tronos* en ese momento, pero intenté sentarme y entonces me di cuenta de que no podía moverme. Me miré el cuerpo, confundida. Una fina manta blanca me cubría hasta la cintura, pero eso no era lo que me mantenía sujeta.

Unas tiras blancas, hechas de algún tipo de tejido, me rodeaban las muñecas y los tobillos. El estómago me dio un vuelco. Estaba atada.

—T-Tink, ¿por qué... estoy...?

—¿Atada como si estuvieras participando en un perverso juego sado? —Se inclinó hacia delante, con cuidado de no molestar a *Dixon*—. «Los Lannister te mandan recuerdos».

—¡Tink! —Me invadió el pánico.

Él apartó la mirada y luego volvió a posarla en mí.

—¿No te acuerdas?

Tuve el presentimiento de que preferiría no recordarlo.

—Te atacaron —me explicó.

Sí. De eso me acordaba. Iba paseando tranquilamente por el patio y dos faes me atacaron.

—Me apuñalaron —musité, llena de rabia y horror—. Mierda, me apuñalaron.

—Pues sí. Te dieron unos buenos tajos. También tenías un agujero en la mano, y te aseguro que era una pasada. Podía ver el otro lado de la habitación a través de él.

Intenté verme la mano.

—Ya estás curada. —Me dio una palmadita en la mano izquierda—. Ni rastro de agujero en la mano ni de puñaladas mortales. Estás como nueva. —Hizo una pausa—. Mejor aún.

—¿Cómo...?

Me interrumpí. Más recuerdos iban aflorando. Me estaba muriendo. Me estaba desangrando debido a las heridas internas, pero no había muerto.

De pronto recordé a Ren inclinado sobre mí. Me estaba diciendo que me quería y que yo había sido la única, que siempre sería la única, y que...

«Lo siento, cariño. Perdóname».

¿Perdonarlo?

El corazón se me desbocó en el pecho. Los fragmentos de lo ocurrido la noche anterior empezaron a encajar.

—Has estado durmiendo una eternidad —continuó Tink—. Bueno, no una eternidad, pero sí unos cuatro días.

¿Cuatro días? Joder.

—Me preocupaba que estuvieras muerta y empezaras a apestar pronto.

Me vinieron a la mente imágenes de mí encima de Ren, moviéndome contra él mientras uníamos nuestros cuerpos de forma desenfrenada, cubiertos de sangre. ¿Habíamos...?

—¿Dónde está Ren? —exigí saber, intentando sentarme—. ¿Y por qué estoy atada?

—Bueno, verás, es una historia bastante larga llena de giros sorprendentes en la trama y probablemente alguna que otra incongruencia.

—¡Tink!

Me miró a los ojos y recordé oír cómo le gritaba a Ren porque... oh, Dios, me estaba alimentando de él. Me había alimentado de Ren.

La inquietud se transformó en auténtico terror.

—¿Dónde está Ren? —grité—. Tink, ¿dónde está?

El pequeño *Dixon* se removió en su regazo y Tink le colocó una mano sobre la cabeza.

—Cálmate. *Dixon* necesita su quinta siesta del día.

Entorné los ojos.

—Te lo juro por Dios, Tink. Como no me respondas, te voy a matar con mis propias manos.

—¿Lo ves? Ese es el problema, y por eso estás atada. Solo es una medida de precaución. Ahora que estás despierta, Tanner vendrá...

—¿Precaución contra qué?

Se tomó un momento antes de contestar.

—Has cambiado, Ivy. No pensamos que ocurriría. No había forma de saberlo.

Se me disparó el pulso.

—¿Eso qué coño significa?

El duende hizo una mueca.

—Bueno, digamos que ahora te brilla un poco la piel.

Me quedé boquiabierta.

—Como a un fae —añadió.

8

Tardé un rato en procesar lo que Tink me estaba contando, porque era imposible que lo hubiera oído bien.

—¿Que me brilla la piel?

—Sí. Como a un fae —repitió—. No estás toda plateada ni nada por el estilo, simplemente parece que te hayas puesto el mismo tipo de loción que supongo que usan las *strippers*.

Me lo quedé mirando y luego dirigí rápidamente la mirada hacia lo que podía ver de mi piel. Llevaba una camiseta de manga larga —no era mía, pero no iba a centrarme en esa gilipollez en este momento— y las malditas correas de las muñecas solo me permitían entrever la parte superior de mis manos. La piel parecía normal. Observé con atención mientras lograba levantar la mano unos centímetros. La luz se reflejó...

—¡Joder! —exclamé, abriendo los ojos como platos. Era cierto. La piel me brillaba como si me hubiera untado una loción con purpurina—. Joder, mi piel...

—Brilla un poco, sí; pero, oye, podría ser peor. Podrías parecerte a Edward a la luz del sol, toda brillante y reluciente.

Lo fulminé con la mirada.

—Apenas se nota. Igual que lo de las orejas.

—¿Las orejas? —chillé.

—Pues sí —contestó alargando las sílabas—. Ahora son un poco puntiagudas. Como las mías. —Ladeó la cabeza, enseñándome las orejas—. Nadie se fijará. Además, puedes cubrirlas con todo ese pelo que tienes si te sientes insegura.

Ay, Dios mío. Ni siquiera era capaz de procesar lo que me estaba contando. Me gustaban mis orejas de humana, normales y redondeadas, ¿y

ahora me estaba diciendo que tenía orejas puntiagudas de fae?

¿Y que la piel me brillaba?

Tink chasqueó los dedos para captar mi atención.

—Hay más buenas noticias, ¿sabes? Puesto que has estado fuera de combate un par de días, has pasado los peores efectos durmiendo.

Realicé una inspiración profunda y regular, pero eso no me ayudó a mitigar el creciente pánico.

—¿Cuáles son esos peores efectos entre los que no se incluyen que la piel me brille y las orejas se me hayan vuelto puntiagudas?

Dixon aprovechó ese momento para estirar las patitas delante de él. Tink bajó la mano y le rascó detrás de la oreja.

—Verás, mientras dormías, no estabas siempre dormida. A veces estabas despierta.

Me vinieron vagos recuerdos a la mente, destellos de rabia y deseo, de la necesidad de...

Inhalé bruscamente, apretando los ojos con fuerza.

—A veces tenías hambre, como si fueras una zombi devoradora de cerebros —añadió Tink con suavidad—. Por eso estás atada. Faye opina que lo peor ya ha pasado. Es como si ya te hubieras desintoxicado, y ahora simplemente tienes que lidiar con ciertas ansias.

Entonces recordé.

Se me hizo un nudo en el estómago. Recordé a Faye susurrándome una orden. «Aliméntate». Esa única palabra me resonó una y otra vez en la mente, y me alimenté.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Ren está bien?

—Bueno, ya sabes...

—¿Ren está bien? —exigí saber. Me costaba respirar.

Tink apartó la mano de la cabecita de *Dixon*.

—Ren está bien. Está vivo. Él habría preferido estar aquí, pero a Tanner y Faye les preocupaba que estar cerca de un humano ahora mismo no te fuera a ayudar a superar las ganas de dejarlo seco.

Me inundó una oleada de alivio, pero justo después experimenté una emoción descarnada al asimilar por completo lo que había ocurrido.

—Me..., me obligasteis a alimentarme de Ren.

—No teníamos elección, Ivy. Te estabas muriendo y era lo único que podíamos hacer para...

—¡Deberíais haberme dejado morir! —grité, haciendo que *Dixon* diera un respingo en el regazo de Tink.

Intenté calmarme, pero tenía el corazón en un puño.

Tink frunció el ceño.

—Es una putada que digas algo así, Ivy.

—¡Es una putada que me obligarais a alimentarme de Ren!

—Él estuvo de acuerdo. Ren haría cualquier cosa por salvarte.

—¿Incluso obligarme a hacer algo tan horrible? —pregunté con la mirada borrosa—. Que Ren se prestara no hace que esté bien. Podría haberlo matado.

La expresión de Tink se suavizó.

—Pero él está bien, y tú también lo estarás.

—Salvo porque, al parecer, la piel y las orejas me han cambiado. No estoy bien.

Y eso no era todo. Me había alimentado de Ren y luego habíamos practicado sexo..., sexo salvaje y desenfrenado.

—Bueno, sí, es cierto. No sabíamos que ocurriría, pero...

—El príncipe me hizo lo mismo. Me obligó a... —Se me quebró la voz. La rabia se propagó por mis huesos y tejidos—. ¿Qué me habéis hecho?

—Te salvamos...

—¿Qué me habéis hecho? —grité.

Tink abrió mucho los ojos.

—No..., no lo sabemos, Ivy.

No me lo podía creer. Morirse era un asco. Por supuesto. Pero me habían obligado a alimentarme contra mi voluntad..., a alimentarme de Ren, ¿y me había transformado en sabía Dios qué? Sentí ganas de vomitar. ¿Cómo iba a volver a mirar a Ren a la cara?

¿Cómo iba a volver a mirarme al espejo? Todavía no había acabado de asimilar del todo que era una semihumana, ¿y ahora esto? No podía. No podía lidiar con esto.

—Todo irá bien.

—Aléjate de mí —musité.

—Ivy —contestó Tink con voz entrecortada.

Una rabia violenta y un miedo amargo se arremolinaron como una tormenta en mi interior, dotándome de una fuerza que no sabía que poseía. Levanté el brazo izquierdo, rasgando las ataduras.

—Caray. —Tink se puso en pie de golpe y sujetó a *Dixon* contra su pecho mientras se apartaba de la camilla—. Ivy...

Me arranqué la correa de la otra muñeca, me senté y me volví hacia él.

—Quiero que desaparezcas de una puta vez.
Tink se quedó inmóvil apenas un instante, y luego se largo.

No podía quedarme sentada ni tumbada en la camilla. Mis pensamientos se movían al mismo ritmo vertiginoso que mi corazón.

¿Qué me habían hecho?

Me arranqué las correas de los tobillos con manos temblorosas y bajé las piernas de la camilla. Me puse en pie descalza, sorprendida al descubrir que no estaba mareada. Al levantar la mano izquierda, me fijé por primera vez en la cicatriz roja e inflamada que tenía en el dorso. Tenía la misma cicatriz en la palma. Apreté la mano con fuerza y pude recordar con claridad el intenso dolor cuando la rama me atravesó la mano.

Ahora apenas me molestaba.

El brillo de mi piel se hizo patente cuando giré la mano y la tenue luz se reflejó en ella. Se me cayó el alma a los pies. Un millar de preguntas brotaron en mi mente, pero ya suponía las respuestas.

¿Me había alimentado de forma excesiva y eso me había cambiado?

¿Quién sabía que tal cosa era posible? Nadie. O tal vez todo el mundo y, simplemente, no me lo habían dicho.

Me invadió una avalancha de emociones, atenazándome la garganta. Cerré los ojos con fuerza. No me lo podía creer. Encima de todo lo demás, ahora era...

No sabía qué era.

Respiré trémulamente y abrí los ojos. Recorrí la sala con la mirada. Las paredes estaban desnudas, pero había un cuarto de baño a mi derecha. Me dirigí hacia allí a toda prisa y encendí la luz.

Me detuve delante del espejo ovalado situado encima del lavabo de porcelana y no permití que la maraña de rizos pelirrojos distrajera mi atención.

—Ay, Dios —susurré.

Aquí la luz era más brillante, y cuando alcé la barbilla, el brillo de mi piel se intensificó. Parecía que hubiera cogido uno de esos iluminadores pijos y me lo hubiera pasado por toda la cara.

Por lo general, tenía la misma pinta cuando intentaba perfilarme el maquillaje.

Aunque Tink tenía razón. No se notaba demasiado. Ni un desconocido ni un humano normal que no tuviera idea de que los faes eran reales se darían cuenta, pero ¿y yo?

Yo sí lo noté.

Además, eso no era todo. Mis facciones parecían más... marcadas. Más delicadas. Esto tampoco era algo demasiado evidente, pero mi rostro estaba diferente.

Me aferré al lavabo y me incliné hacia delante, observando mi reflejo con atención. Apenas se notaban unos leves moretones donde había recibido puñetazos que debería haber sido capaz de desviar. Tenía una diminuta marca roja en el labio inferior. Un cardenal casi imperceptible me recorría la mandíbula.

Casi parecía que hubieran transcurrido semanas desde la pelea en la que me habían dejado para el arrastre. Una pelea que debería haber sido capaz de manejar con un brazo atado a la espalda, pero debía ser sincera conmigo misma.

Últimamente tenía la mente hecha un lío; todavía seguía así, y no había estado comiendo ni durmiendo bien. Estaba débil, y mira cómo había acabado.

Con dos puñaladas y un rosario de heridas.

¿Tenía los ojos más pálidos? Siempre habían sido de color azul claro, pero ahora eran casi... iridiscentes; el tenue tono azul creaba un marcado contraste con mis pupilas negras.

Alcé una mano temblorosa y me aparté el pelo mientras giraba la cabeza hacia un lado.

Ahogué una exclamación.

El borde superior de mis orejas era indudablemente puntiagudo. Nada exagerado, y una persona normal seguramente tampoco se fijaría, pero estas no eran mis orejas.

Esta no era mi piel.

Me solté el pelo, me situé frente al espejo y me miré los dientes. Normales. Me recorrió un estremecimiento de alivio. Por lo menos no tenían ese extraño aspecto afilado como los de la mayoría de los faes, así que supuse que eso era un consuelo.

Me volví bruscamente al oír abrirse la puerta de la habitación. ¿Y si era Ren? Se me hizo un nudo en el estómago. No estaba preparada para verlo. No sabía si alguna vez estaría preparada, pero...

—¿Ivy? —preguntó la voz de Faye.

No era Ren. Me invadió una oleada de decepción. No quería verlo y, sin embargo, una recóndita parte de mi ser quería que fuera él. La misma parte que había querido que fuera Ren quien estuviera allí sentado, esperando a que me despertara.

Últimamente, la situación entre nosotros había sido rara. Ahora sería incomodísima..., si es que quedaba algo entre nosotros.

Suspiré y salí del cuarto de baño. Faye estaba sola, con la mirada clavada en la cama y, seguramente, en las correas rotas.

La rabia se avivó de nuevo.

—Me coaccionaste.

Faye alzó la barbilla.

—Yo no quería. Debes creerme. Sé lo que te pasó cuando estuviste con el príncipe. Se lo advertí a ellos. Pero no querían dejarte morir.

Recordé su renuencia a participar y la amenaza de Tink.

—Tal vez lo correcto hubiera sido dejarme morir.

—Ivy, en el fondo, seguro que no piensas eso.

—Tú no tienes ni idea de lo que pienso —le espeté—. No tienes ni puta idea de cómo me siento.

La fae guardó silencio un momento.

—Tienes razón. Dejarte morir habría sido más fácil. Habría solucionado el problema con el príncipe. Por lo menos, de forma temporal.

Hice una mueca.

—Pensaba que opinabas que toda vida humana era valiosa.

—Así es. —Se acercó a la silla y se sentó—. Pero lo que te obligué a hacer no fue algo natural. En lo que te has convertido no es algo natural.

Respiré de forma brusca.

—Vaya, eso me hace sentir muchísimo mejor.

—No pretendo hacerte sentir mal.

—En ese caso, deberías esforzarte más —repuse con tono cortante.

A Faye se le tensaron los hombros.

—Ya sé que estás disgustada. Y te entiendo. Pero a lo hecho, pecho. Estás viva.

—¿A qué precio? —pregunté, dando un paso hacia ella—. Ni siquiera sabes qué soy.

Su mirada se posó en mí.

—Supongo que las veces que te alimentaste mientras estuviste con el príncipe y esta última desencadenaron tu parte fae, haciéndola más dominante. Ese debe ser el motivo por el que tienes más características

faéricas. Sencillamente, tus genes faes ahora son más fuertes. No sé en qué te conviertes eso, pero no eres completamente fae. Sigues siendo Ivy.

Que la piel me brillara y tener orejas puntiagudas no me hacía sentir como Ivy.

—¿Y tú sabías que ocurriría esto?

—Nunca lo había visto, pero sabía que podía pasar. No pensé en ello en ese momento. Solo pretendía salvarte, como Ren y Tink me exigieron. — Hizo una pausa—. ¿Cómo te sientes? ¿Tienes hambre?

Ignoré la pregunta.

—¿Dónde está Ren?

Faye bajó la mirada.

—Ahora mismo está interrogando a todos los faes de este edificio para ver si tuvieron algo que ver con el ataque. No está aquí contigo porque queríamos asegurarnos de que fuera seguro para él. Algo de lo que nos costó una barbaridad de tiempo convencerlo.

Me aparté y me pasé una mano por el pelo sucio y grasiento.

—¿Está...?

—Está bien —me aseguró con un tono mucho más suave—. Y no parece que lo vayas a atacar, así que vendrá en cuanto le diga que no hay problema.

Cerré los ojos, respiré hondo y contuve el aire en los pulmones.

Faye se quedó callada un momento.

—Sé que estás cabreada con él..., con todos nosotros, pero lo hizo porque te quiere.

Pero ¿todavía me querría cuando me viera? ¿En cuanto se diera cuenta de que cada vez era más fae? ¿En cuanto pensara detenidamente en lo que había hecho, en que me había permitido que me alimentara de él igual que la zorra de Breana?

—¿Ivy?

Exhalé y abrí los ojos. Un nudo de miedo me oprimía la garganta.

—He cambiado. Es evidente. Pero ninguno de vosotros sabe cuánto. Por ejemplo, ¿ahora voy a tener que alimentarme de humanos?

—Ningún fae debe alimentarse para sobrevivir, Ivy. Es una elección. Tu esperanza de vida debería ser normal, pero puede que seas más fuerte que antes. Puede que también hayan cambiado otras cosas. La cuestión es que no tenemos ningún precedente en el que basarnos. Para empezar, nunca ha habido muchos semihumanos. Solo sé de uno o dos que se alimentaron de humanos, pero esos semihumanos estaban en el Otro Mundo. Solo tenemos registros de su existencia. Ellos también cambiaron, como tú.

Me volví hacia ella cuando algo de lo que dijo captó toda mi atención.

—¿Qué otras cosas?

Faye le echó un vistazo a la camilla vacía y luego fijó en mí su pálida mirada.

—¿Te acuerdas cuando te hablé de volverte... adicta?

Me quedé de piedra. Había planeado hablar con ella de ese tema, pero..., bueno, acabaron cosiéndome a puñaladas.

—Sí. Me acuerdo.

—Espero que hayas pasado durmiendo la peor parte..., las ansias que surgen tras alimentarse, pero el impulso perdurará un tiempo. Seguirás sintiendo esa necesidad.

Comprendí perfectamente a qué se refería, pero de todas formas se me revolvió el estómago. Esa necesidad ya estaba presente antes de alimentarme de Ren.

—Tendrás que tener cuidado —me aconsejó—. Cuando estés con Ren.

No fue necesario que entrara en detalles sobre a qué se refería. Me rodeé la cintura con los brazos y empecé a pasearme, trazando un pequeño círculo.

—Hablas como si el hecho de tener piel brillante y orejas puntiagudas no fuera gran cosa.

—Para mí no lo es.

La fulminé con la mirada.

—Vaya, no me digas.

—Apenas se nota —añadió—. Puede que ahora todo esto te parezca abrumador, pero podría haber sido peor.

Durante un momento, me quedé anonadada.

—Claro, podría estar muerta, y tal vez ese fuera mi destino.

Una expresión horrorizada se dibujó en el rostro de Faye.

—No lo dices en serio.

Quizá sí, quizá no. No estaba segura. No es que quisiera morir, pero... ya no me sentía yo misma, y había perdido el control. De mi vida, de mi destino, de mi meta e incluso de mi propio cuerpo.

Y entonces recordé aquel instante de decepción cuando desperté en el patio y comprendí que no estaba muerta.

El nudo que me comprimía el estómago se expandió. Aceleré el paso.

—Casi muero en una pelea que debería haber ganado. Me obligaron alimentarme de mi *novio*. —El volumen de mi voz subió al recordar lo que le hice después..., lo que hicimos—. Y despierto días después y descubro que mi cuerpo ha cambiado. Por no mencionar el hecho de que un príncipe fae

psicópata me retuvo en contra de mi voluntad. No finjas que lo que me ha pasado no es nada del otro jueves. Todo mi mundo cambió en cuando descubrí que era una semihumana. Prácticamente todo lo que creía saber hasta ese momento era una puta mentira; pero, cuando me miraba al espejo, todavía seguía viéndome a mí misma. Seguía siendo Ivy. Ahora, cuando me miro al espejo, no me reconozco, y no se trata solo de los cambios físicos.

La lástima se reflejó en el rostro de Faye, y eso posiblemente fuera lo que menos deseaba ver en ese momento. Respiré hondo, apartando la mirada, y procuré volver a centrarme.

—¿Cuánto crees que durará este deseo de dejar seca a la gente?

Faye se quedó callada un momento.

—No lo sé. Puede que unos días. Un par de semanas.

¿Semanas? Se me tensaron los músculos de los hombros. No podría lidiar con esto durante semanas.

—¿Tú no te has alimentado nunca?

—No.

Me detuve y la miré por encima del hombro.

—¿Y Drake nunca se dio cuenta? ¿No le pareció sospechoso?

Faye se giró hacia mí.

—Drake nunca me prestó atención. Breena y Valor solían tenerlo ocupado cuando no estaba intentando convencerte de que te pasaras al lado oscuro.

Fruncí el entrecejo, con la sensación de que allí había algo que no encajaba.

—Sé que has pasado por mucho, Ivy, y que encontrar el cristal es la menor de tus preocupaciones; pero quería que supieras que los faes que estábamos esperando llegarán mañana. Tuvieron que retrasar la fecha de llegada. Han tenido que extremar las precauciones para no despertar las sospechas del príncipe. —Se puso en pie y se alisó los vaqueros con las manos—. Espero que puedas unirte a nosotros.

En otras palabras, quería decir que esperaba que consiguiera controlarme el tiempo suficiente para acudir a la reunión. Asentí, distraída, dándole vueltas a lo que Faye acababa de contarme.

¿Cómo era posible que el príncipe no se hubiera dado cuenta de que no se alimentaba de humanos? ¿A nadie de su equipo le pareció sospechoso?

Porque a mí, desde luego, me parecía muy sospechoso que no se hubieran dado cuenta.

9

Supuse que Faye no me consideraba peligrosa, puesto que me permitió salir de la enfermería. Mientras recorría el hotel conmigo, comprendí que no lo hacía porque le preocupara que fuera a empezar a atacar a los faes. Me acompañaba porque me habían dado una paliza. Era como una especie de guardaespaldas que yo no quería ni debería necesitar.

Por suerte, me dejó en el ascensor, pero mis pasos se ralentizaron a medida que me acercaba a la habitación que compartía con Ren. El corazón parecía a punto de salirseme del pecho cuando me detuve delante de la puerta. ¿Estaría dentro? Estiré la mano hacia el picaporte, aterrorizada.

Dios Santo, ¿cuándo me había vuelto tan gallina? Era ridículo. Respiré hondo, abrí la puerta de golpe y entré en la habitación fresca.

La cama estaba perfectamente hecha, pero la habitación estaba vacía y silenciosa. Tenía el mismo aspecto que la última vez que estuve allí: sobrio y ordenado.

Echaba de menos mi apartamento.

Echaba de menos a mi antigua yo.

Exhalé bruscamente y me dirigí al cuarto de baño. Tenía la piel y el pelo cubiertos de suciedad de varios días e intenté convencerme de que en cuanto me duchara las cosas estarían más claras, tendrían más sentido, y que tal vez —solo tal vez— me sentiría yo misma, a pesar de todo.

Mantuve la mente en blanco a propósito mientras me desvestía y evité mirarme al espejo cuando pasé por delante de él camino de la ducha.

No tenía ganas de saber si también me brillaban las tetas.

Me restregué una y otra vez como si así pudiera quitarme aquel estúpido brillo. Cuando terminé, notaba la piel impoluta y hasta me dolía un poco. Acababa de ponerme unas mallas y una camiseta que Tink me había regalado

el año pasado por mi cumpleaños —con muñecos troles zombis, nada más y nada menos— cuando la puerta se abrió. Me di la vuelta y me quedé sin aliento al ver que se trataba de Ren.

Se detuvo en seco y ensanchó ligeramente los ojos mientras me recorría con la mirada, de la cabeza a los pies, fijándose sobre todo en la camiseta, pero aun así su asombro era evidente. Y yo no sabía si se debía a que no esperaba encontrarme en el cuarto o a mi nuevo y reluciente aspecto.

Él, por su parte, parecía..., parecía estar bien. Lo encontré sano y guapo, con ese toque salvaje que lo caracterizaba. Al verlo ahora, casi podía imaginarme que no me había alimentado de él. Que no lo había visto con aquellas espantosas ojeras ni con las mejillas hundidas.

Pero recordaba perfectamente lo que le había hecho. Ese recuerdo alimentó las palabras que brotaron de mis labios.

—¿Te gusta mi nuevo *look*? —Mi voz rezumaba repugnancia—. Parezco un vampiro de *Crepúsculo*. —Giré la cabeza y me aparté el pelo mojado—. ¡Y mira! Ya no necesito un disfraz para Halloween porque tengo estas asombrosas orejas puntiagudas.

Él ladeó la cabeza mientras me observaba fijamente.

—Estás preciosa, como siempre.

Solté una carcajada áspera.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Preciosa y sexy. Aunque esa camiseta es un poco rara.

—Me la regaló Tink —contesté, preguntándome si Ren hablaba en serio. ¿Cómo podía pensar que estaba preciosa, si ahora era evidente que tenía sangre de fae?

—Me lo suponía. —Una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios carnosos—. Dios mío, no tienes ni idea de cómo me siento al tenerte delante. Viva. Hablando. Sexy, incluso con esa camiseta que no se debería haber fabricado nunca.

Me lo quedé mirando.

—Ahora la piel me brilla y tengo las orejas puntiagudas.

—Ni siquiera me fijé. A lo único que le estaba prestando atención era al hecho de que estabas en pie y respirando. —Me recorrió de nuevo con la mirada—. Pero, ahora que lo mencionas, creo que me mola.

Me quedé atónita.

—¿Cómo diablos va a molarte que me parezca más a las criaturas que nacimos para cazar y matar? Eso no tiene sentido.

Ren parecía desconcertado.

—No lo pillas. Podrías tener la piel verde y las orejas del tamaño de platillos volantes y aun así pensaría que eres absolutamente maravillosa.

En ese punto, empecé a preguntarme si estaría colocado.

—Esto va sonar como una puta cursilería, y me sorprende que haga falta que lo diga, pero no se trata solo de tu aspecto. No me malinterpretes, es un extra muy agradable; pero se trata de *ti*, Ivy. De lo que hay en tu interior, cariño.

Caray.

No era una cursilería para nada. Era..., en realidad era muy bonito, y algo que necesitaba oír y *quería* creer con desesperación.

Se hizo el silencio entre nosotros y entonces Ren se movió. Cerró la puerta con el pie sin volverse y empezó a avanzar hacia mí, apretando los labios con expresión resuelta. Él era de los que opinaban que una imagen vale más que mil palabras. Iba a demostrarme que todavía me consideraba hermosa. Iba a abrazarme. Me besaría, y yo no estaba segura de cuál sería mi reacción, de lo que era capaz.

Me puse tensa.

—Para.

Ren se detuvo de inmediato, con el ceño fruncido.

—Es que no sé si deberías acercarte a mí de momento. —Lo que dije a continuación me desgarró el alma—. No..., no sé cómo reaccionaré.

Pareció comprender a qué me refería.

—Confío en ti.

—Pues no deberías. —Aparté la mirada—. No deberías haber confiado en mí antes.

—Lo hice, y no me hiciste daño.

—¿Que no te hice daño? —pregunté, ahogando una exclamación—. Me alimenté de ti. Vi el aspecto que tenías después...

—Estaba bien..., estoy bien. Solo estaba cansado. Eso fue todo.

—Pero eso no fue lo único que hice.

Me ardieron las mejillas al recordar cómo le había desgarrado la cremallera de los pantalones.

—¿Lo que pasó después de que te alimentaras? —Su voz sonó más grave—. No tuve ninguna pega. Fue...

—Fue retorcido —repuse, sacudiendo la cabeza—. No estaba en mis cabales. Me alimenté de ti y luego...

—Te dije que tomaras de mí lo que necesitaras, y lo dije en serio. Te di lo que necesitabas, fuera lo que fuese.

—¿No te pareció que estuvo mal? —Mi voz apenas era un susurro.

—Creo que la forma en la que llegamos a ese momento estuvo mal, pero no lo que hicimos en aquella camilla. Nada de lo que pase entre nosotros estará mal.

Lo observé y comprendí que él creía que eso era cierto, pero yo todavía sentía que había hecho algo malo. Me rodeé la cintura con los brazos, desviando la mirada.

Ren se quedó callado un momento.

—Me encontré con Faye. Me dijo que te habías despertado y que estabas bien. Que habías subido a nuestro cuarto. Vine en cuanto me enteré. Debería haber estado allí. Quería hacerlo, pero...

—Ya lo sé. Querían asegurarse de que te no te iba a chupar la vida.

Torcí los labios formando una burda imitación de una sonrisa.

—Ni una sola vez creí que lo harías.

Dirigió la mano al costado sin dejar de mirarme. Entonces me di cuenta de que llevaba la estaca de espino. La desenganchó y la depositó en la mesita que había junto a la puerta. Supuse que lo de no llevar armas ahora quedaba descartado.

—Ni una sola, Ivy.

—¿En serio?

Lo miré de nuevo a los ojos y agradecí notar la misma rabia intensa que había sentido hacia Tink, a pesar de que sus intenciones habían sido buenas. La rabia era muchísimo más fácil de asimilar que la dantesca confusión y la ansiedad casi abrumadora.

—Podrías haberlo hecho, pero no lo hiciste. Paraste. —Ren dio un paso adelante antes de detenerse de nuevo—. Sé que siempre pararás.

Puede que él lo creyera, pero yo no.

—Eres un idiota si crees eso. Nunca deberías haber accedido a que me alimentara de ti. Fue demasiado peligroso...

—Correría el riesgo de nuevo. —Dio otro paso adelante—. No te quepa ninguna duda, correría el mismo riesgo otra vez para salvarte.

Me invadió la incredulidad, así como la ira.

—Sabes lo que puede ocurrirles a los humanos cuando se alimentan de ellos. Hemos tenido que sacrificarlos. ¡Tú mismo lo has hecho!

—Repito: correría el riesgo de nuevo. —Me sostuvo la mirada—. Fue mi decisión.

—¡Nunca fue tu decisión, Ren! Era mía, y me la arrebataron.

—¿Cuál era la alternativa? —Se detuvo, dilatando las aletas de la nariz—. Te estabas muriendo, Ivy. No había tiempo para traer a un cirujano ni para llevarte al hospital. Te estabas desangrando ante mis ojos. No había alternativa, porque dejarte morir nunca fue una opción.

—¡Si lo hubierais hecho, al menos no me habría visto obligada a alimentarme de ti como me forzó a hacer el príncipe!

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca, deseé no haberlas pronunciado.

Ren se quedó pálido.

—¿Preferirías estar muerta, Ivy?

Respiré hondo.

—No estoy diciendo eso.

—En ese caso, ¿qué estás diciendo exactamente? Y necesito que me lo expliques bien, cariño, porque me temo lo peor.

Me aparté, pasándome las manos por el pelo. No era idiota. Si Tink y Ren no hubieran obligado a Faye a coaccionarme, estaría muerta. Y no quería estar muerta.

Pero tampoco quería estar *así*.

Dios, no quería *nada* de esto.

—Ivy.

Pronunció mi nombre con tanta suavidad que reaccioné sin pensar. Me volví hacia él, bajando las manos.

—Cuando te encontré fuera, pensé que era demasiado tarde. Cuando te llevé a aquella maldita sala, estaba cubierto de tu sangre. Empapado. —Mientras hablaba, su mirada no se apartó ni un instante de la mía—. Y, cuando la médica me dijo que te estabas muriendo, fue como si una parte de mi ser se muriera en ese preciso momento.

Quise decir algo.

—Déjame terminar y luego puedes gritarme y cabrearte todo lo que quieras —insistió, así que no dije nada—. Nunca he tenido tanto miedo como en ese momento. Iba a perderte incluso antes de tenerte. Y, cuando Tink dijo que podría haber otra forma, fue la única alternativa que me quedaba, y tomé esa decisión sabiendo que podrías odiarme por ello. Tomé esa decisión sabiendo que podría resultar herido. Tomé esa decisión sabiendo que tal vez nunca me perdonaras.

La voz de Ren sonó más ronca.

—Prefiero que estés cabreada conmigo el resto de tu larga vida que permitir que se apague la estrella más brillante del puto cielo. Puedes odiarme

hoy, y mañana, pero por lo menos tendrás un mañana, y pienso asegurarme de que vivas muchísimos más días para seguir enfadada conmigo.

Madre mía.

No sabía cómo responder a eso. La emoción me atenazó la garganta. Se me anegaron los ojos en lágrimas. Di un paso atrás y luego a un lado. Me senté en el borde de la cama y me incliné hacia delante, apoyando los brazos en el regazo.

Ren no hizo ni un ruido, pero lo sentí acercarse. Me sorprendí cuando se arrodilló delante de mí. Colocó las manos a ambos lados de mis caderas, cerca pero sin tocarme.

—Siento haber participado en obligarte a alimentarte. Detesté hacerlo, sabiendo por lo que habías pasado. Me odié por no haber estado contigo cuando te atacaron. Joder. Ojalá no te hubiera dejado sola la noche en que me contaste que eras una semihumana. Podría haber impedido todo esto.

Me puse tensa.

—Ren...

—Ya sé que vas a decir que no fue culpa mía; pero, si no me hubiera comportado como un gilipollas y no me hubieran capturado, el príncipe nunca podría haberse hecho pasar por mí. Nada de esta mierda habría pasado.

Eso no era cierto. Aunque Ren hubiera aceptado por completo lo que yo era en cuando se lo conté, Drake habría encontrado otro modo.

Era así de siniestro y psicópata.

—Y tendré que vivir con ello el resto de mi vida —añadió, levantando las manos despacio. Encontró las mías y entrelazó nuestros dedos—. Y tendré que vivir con la decisión que tomé y la que te impedí tomar. Estoy completamente dispuesto a hacerlo, pero no me arrepiento ni por un instante de tomar esa decisión para salvarte, aunque signifique que me odies.

En el fondo, yo sabía la verdad y comprendía la ironía. Si la situación fuera a la inversa, si Ren fuera un semihumano y se estuviera muriendo, yo habría hecho lo mismo para salvarlo.

Habría tomado la decisión por él.

Habría anulado su voluntad.

Lo habría salvado, aunque me costara su amor.

Sentí una opresión en el pecho y susurré lo único de lo que estaba segura en ese momento.

—No te odio.

Ren me apretó las manos con más fuerza mientras inclinaba la cabeza. El pelo le cayó hacia delante y, cuando habló, su voz sonó áspera.

—No puedo perderte.

—No me has perdido.

Llevó mis manos hasta su boca y depositó un beso en el dorso de cada una.

—¿Y por qué me parece que ya ha pasado?

Intenté liberar las manos, sorprendida, pero él no las soltó.

—¿Qué te hace pensar eso?

Me contempló con aquellos ojos del color de la hierba cubierta de rocío.

—¿De verdad te hace falta preguntarlo, cariño?

Me dispuse a contestar que sí, pero la palabra nunca llegó a salir de mi boca. Me esforcé por encontrar una forma de contradecirlo, pero no se me ocurrió nada. Aunque no fue porque Ren tuviera razón. Al menos, no como él pensaba.

Porque no se trataba de que él me estuviera perdiendo.

Era yo la que me estaba perdiendo a mí misma.

10

Ren y yo no hablamos mucho después de aquello, pero me convenció para bajar con él a cenar, y no tuve el valor de inventarme una excusa.

Entonces descubrí que Ren había confiscado las dagas de hierro en algún momento y nos armamos por si acaso a alguien se le ocurría retarme a un segundo asalto.

—¿Había alguien más involucrado en el ataque? —le pregunté mientras me enganchaba la daga a la cadera. Me alegraba haberla recuperado. Me cubrí el cinturón y la daga con la camiseta.

—No, que yo sepa. —Abrió la puerta y bajamos por el pasillo—. Y, créeme, he sido muy convincente en cuanto a la importancia de contarme la verdad.

Le eché un vistazo. Tenía la mandíbula apretada.

—Entonces, ¿crees que fue cosa de esos dos solos?

Ren asintió mientras apretaba el botón para que el ascensor subiera.

—He interrogado a casi el ochenta por ciento de los faes que viven aquí. Por ahora, ninguno estuvo involucrado.

¿Al ochenta por ciento?

—Madre mía, has estado muy ocupado.

Las puertas del ascensor se abrieron y él se hizo a un lado para dejarme entrar.

—Puesto que me prohibieron entrar en tu habitación, tuve que buscar la forma de mantenerme ocupado. O acabaría volviéndome loco.

Me rodeé la cintura con los brazos y me concentré en las paredes revestidas con paneles marrones. No era capaz de imaginarme cómo me sentiría si Ren estuviera herido y no pudiera verlo.

—Tengo que hacerte unas preguntas. —Se apoyó contra la pared, captando mi mirada—. ¿Los faes te dijeron algo?

Asentí, exhalando despacio.

—No vinieron a por mí porque trabajo para la Orden. —Hice una pausa—. O trabajaba. Quién sabe, a estas alturas. En fin, que lo hicieron porque soy una semihumana y...

Entonces recordé de pronto lo que me había dicho aquel fae. Joder, se me había olvidado que me había asegurado que el príncipe me encontraría aquí, que con el tiempo acabaría penetrando el hechizo de protección.

Se me hizo un nudo en el estómago al mismo tiempo que las puertas del ascensor se abrían en la planta baja.

—¿Y qué? —me preguntó Ren mientras salía.

Lo seguí. Un escalofrío me recorría la piel.

—Solo estaban asustados. Eso fue todo. —Lo miré a los ojos—. Solo estaban asustados.

—Me importa una mierda que estuvieran muertos de miedo o no. —Se le endureció la mirada—. Se suponía que aquí estabas a salvo. Y no lo estabas.

Las puertas se cerraron a nuestra espalda, pero ninguno de los dos se movió.

—Y debería haber sido capaz de defenderme.

—No llevabas una daga, algo que no volverá a ocurrir.

—Con o sin daga, debería haberlos despachado con facilidad o, al menos, haber escapado —señalé. Todavía me indignaba lo fácil que les había resultado a los faes—. No estaba preparada ni estaba prestando atención.

Ren se acercó a mí.

—Acabaste con uno, Ivy. Sin armas. Después de que te apuñalaran. Reconócete cierto mérito.

Mis labios se movieron, pero no llegaron a formar una sonrisa de verdad. No era capaz de sonreír con las palabras del fae resonándome en la mente.

—Tengo que hablar con Tanner ahora mismo. Te veo en la cafetería.

Ren ladeó la cabeza.

—Puedo acompañarte.

—No es necesario. —Lo rodeé rápidamente—. Solo serán unos minutos. Vuelvo enseguida.

Ren intentó protestar, pero no le di la oportunidad de decir nada. Bajé trotando por el otro pasillo y me alivió no verlo cuando eché un vistazo por encima del hombro.

No me costó encontrar a Tanner. Estaba en su despacho. Cuando irrumpí en la habitación, estaba sentado en un sillón de orejas tomando el té con Merle.

Merle había sido excluida de la Orden hacía años, algo que siempre me había molestado, puesto que aquella mujer les había dedicado su vida y se había sacrificado con creces por ellos. Se rumoreaba que un fae la había atrapado sin la protección de un trébol y que desde entonces le faltaba un tornillo, pero ¿quién sabía si era cierto? Puede que Merle fuera algo excéntrica, pero a mí siempre me había parecido una persona muy perspicaz.

Y no pude evitar recordarla al fondo de la sala a la que Ren había llevado mi cuerpo ensangrentado. Su rostro se había mantenido inexpresivo. ¿Podría haber tenido ella algo que ver con el ataque?

Aunque Merle fuera rara, siempre me había dado la impresión de que yo le caía bien.

—Ivy. —Tanner depositó la diminuta tacita en una bandeja y me sonrió a pesar de que era evidente que le sorprendía verme—. Me alegra mucho verte recuperada.

—¿En serio? —repuse, clavando la mirada de forma deliberada en la espalda de Merle. Ella no se volvió.

—Por supuesto. —La pregunta pareció sorprenderlo—. Lo que te ocurrió fue algo inexcusable y tienes mis más sinceras disculpas por ello. Te prometí refugio. Y no lo obtuviste.

Antes de que yo pudiera responder, Merle intervino.

—Ivy ha sido adiestrada como miembro de la Orden. No debería haber tenido problemas para encargarse de dos faes normales y corrientes. En mis buenos tiempos, yo podía eliminar a cuatro en un abrir y cerrar de ojos.

Caray.

Clavé la mirada en su espalda, entornando los ojos.

—Vaya, gracias por hacer que suene como si fuera culpa mía que me hayan apuñalado.

—No fue culpa tuya —se apresuró a añadir Tanner—. Me alegra saber que, de momento, Ren no ha descubierto a ningún conspirador.

Posó la mirada en mi cadera, donde la daga creaba un leve bulto.

—Aunque entiendo por qué consideráis necesario llevar armas.

—No he venido a hablar del ataque.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —Merle me miró por encima del hombro mientras me acercaba a donde estaban sentados—. Supongo que debe de ser

algo bastante urgente, teniendo en cuenta que te has olvidado de que es de buena educación llamar antes de entrar.

Por muy bien que me cayera Merle, decidí ignorarla.

—¿El príncipe puede encontrarme aquí?

Tanner frunció el ceño mientras se inclinaba hacia delante en el sillón.

—A pesar de lo ocurrido, aquí estás a salvo, Ivy. Puedo asegurarte que...

—No pregunto si estoy a salvo —lo interrumpí—. Porque, digas lo que digas, es evidente que no es así. Te estoy preguntado si el príncipe puede detectarme aquí.

Tanner miró a Merle, que bebió un sorbo de té de su tacita, y se tomó un momento antes de contestar.

—Un potente hechizo oculta nuestra presencia, incluso a otros faes. A menos que sepan dónde buscar, no nos encontrarán.

Yo no tenía un pelo de tonta.

—Eso no responde a mi pregunta, Tanner.

El fae juntó las manos y ladeó la cabeza.

—El hechizo no es infinito. Todo tiene un límite, Ivy. Antes, el príncipe no nos estaba buscando; pero, a estas alturas, estoy seguro de que sabe que estamos en Nueva Orleans. Nos estará buscando, y es poderoso.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Y eso qué significa exactamente?

Merle bajó la taza.

—Significa, querida, que el príncipe podría abrir una brecha en el hechizo. No resistiría frente a su poder.

Madre mía.

—Así que, en resumen, me estáis diciendo que, si llega a descubrir que el Hotel Faes Buenos está aquí, ¿podría deshacer el hechizo y entrar?

A Tanner se le borró la sonrisa del rostro mientras asentía con la cabeza.

—Así es, pero no tenemos motivos para creer que pueda llegar a detectar nuestra presencia.

—¿Y eso por qué? —pregunté—. Aquí hay cientos de faes. Cualquiera de ellos podría decirle lo que no debe al fae equivocado.

—Saben lo que hay en juego —me aseguró Tanner—. Ninguno quiere que el príncipe lo encuentre. Saben lo que les ocurriría.

Aunque así fuera, eso no garantizaba que el príncipe no fuera a encontrar este sitio algún día.

—¿Nunca se os ha ocurrido que podría tener a alguien de su equipo espiándoos como hizo Faye?

Tanner apretó los labios. Merle no contestó, y yo me pregunté si se les habría pasado siquiera por la cabeza. De lo contrario, eran unos completos idiotas.

Noté una opresión en el pecho.

—¿Qué pasaría si el príncipe entrara aquí?

—¿Aparte de que te atraparía? —Merle alzó la barbilla. Su rostro sin arrugas disimulaba su verdadera edad—. Puesto que no se alimentan, estos faes no pueden competir con el príncipe y sus guerreros. —Merle me dedicó una mirada penetrante—. Si el príncipe viene, no sobrevivirán al ataque.

Cerré los ojos. Así que el fae que me atacó tenía razón.

—Mi presencia aquí los pone a todos en peligro.

—La presencia del príncipe en este mundo pone en peligro a toda criatura viviente —repuso Tanner. Cuando abrí los ojos, vi que se había vuelto a recostar en el sillón—. Los faes que consideran este lugar un refugio lo saben.

—Me parece que a algunos no les hace mucha gracia —comenté.

No había nada que Tanner pudiera responder a eso.

—Vamos a ver si lo he entendido bien. ¿Los faes que viven aquí están a salvo siempre y cuando el príncipe no se entere de la existencia de este sitio? Pero, si se entera, ¿encontrará el modo de entrar y los matará a todos por puro placer?

Tanner se puso pálido.

—Eso es poco probable, pero sí.

¿Poco probable? Ya, claro. Creía conocer lo suficiente a Drake como para saber que, tarde o temprano, acabaría encontrando este sitio.

—Me parece que olvidaste mencionar todo esto en tu discurso de bienvenida al Hotel Faes Buenos cuando llegamos.

—No olvidó mencionarlo, querida. Prefirió no hacerlo. —Merle me miró a los ojos—. La seguridad de quienes viven aquí es irrelevante comparada con la misión de evitar que el príncipe plante su semilla en tu vientre.

Me dieron arcadas.

—¿Podrías no volver a expresarlo así? ¿Por favor?

—Es la verdad —repuso ella—. Estos faes morirán si el príncipe descubre la ubicación de este lugar, estés tú aquí o no. Mantenerte lejos de sus garras tiene prioridad absoluta.

Me costó digerir aquello. No me gustaba saber que mi vida —o, más bien, mi vientre— tenía más valor que las vidas de otros.

—O también podría morirme. Eso resolvería el problema.

Merle no apartó la mirada.

—Así es; pero, al parecer, cuesta matarte cuando puedes alimentarte y curarte.

—No fue decisión mía.

—Lo sé. —Algo se reflejó brevemente en su rostro. ¿Pesar? ¿Compasión? ¿Estreñimiento? ¿Quién sabe?—. Soy consciente de que tú no habrías tomado esa decisión, pero aquí hay quienes la tomarán por ti. Y lo seguirán haciendo, para salvarte.

Merle tenía razón.

—Pero el hecho de que yo esté aquí implica que las probabilidades de que el príncipe descubra este sitio son mayores.

—Eso es irrelevante, querida —repitió Merle.

La miré un momento y luego me volví hacia Tanner.

—Cada vez que alguien sale ahí fuera, al mundo más allá del hechizo que protege este edificio, corre el riesgo de que lo vea uno de los secuaces del príncipe. —Se me aceleró el corazón—. Como cuando Ren y Faye salieron a buscar el cristal. Los podrían haber visto y seguido.

—Faye es precavida y conoce los riesgos —afirmó Tanner.

—¿Y qué pasa con Ren?

Cuando Tanner no contestó, me vino una idea horrible a la mente. ¿Ren estaba al tanto del peligro que suponía que me quedara aquí? No. Él nunca habría accedido a poner a estos faes en peligro. Pero entonces recordé lo que había hecho por mí. Era evidente que yo no tenía ni idea de hasta dónde llegaría para mantenerme a salvo.

—Dijiste que no había ningún problema en que me quedara aquí.

—Y así es, Ivy. —Tanner cogió su taza—. Hemos sobrevivido aquí más tiempo del que te imaginas sin que nos descubran aquellos de quienes deseamos permanecer ocultos. Y así seguiremos.

—Ahora las cosas han cambiado. Eso fue antes de que llegara el príncipe.

Tanner negó con la cabeza.

—Las cosas, simplemente, se han complicado un poco. —Una leve sonrisa de aprobación se dibujó en su rostro—. Aprecio tu preocupación por mis hermanos y hermanas, más de lo que te imaginas, sobre todo después de lo que te ha ocurrido; pero estamos dispuestos a correr el riesgo para asegurarnos de que el príncipe no abra esos portales y destruya el reino de los mortales como hizo su corte con nuestro mundo.

Estaba claro que no todos los faes que vivían aquí estaban dispuestos a correr ese riesgo.

—Yo no aprecio tu preocupación —replicó Merle—. Es una insensatez y te llevará a tomar decisiones estúpidas.

—¿No te importan estos faes? —le pregunté.

En su rostro apareció una pequeña sonrisa, que me recordó a la de una abuela.

—No quieres que responda a eso.

—Y no vamos a pedirle que lo haga —añadió Tanner.

No me cabía en la cabeza que dieran tan poca importancia a los riesgos o que pensarán que yo estaría de acuerdo. Los habitantes de este sitio eran faes, pero no les hacían daño a los humanos. Al igual que Tink, solo trataban de sobrevivir. Y Tink y Ren también estaban aquí. Para mí, su seguridad tenía prioridad absoluta.

—Esto no me parece bien.

—No esperamos que te parezca bien —contestó Merle—. Solo esperamos que lo *acceptes*. Te criaste en la Orden. Sabes que a veces hay que sacrificar a muchos para proteger a unos pocos. Has vivido así toda tu vida. Cíñete al plan, Ivy. Nada ha cambiado.

Tomé aire bruscamente y me volví hacia Tanner.

—Debéis comprender que solo es cuestión de tiempo antes de que el príncipe se entere de que me estáis escondiendo aquí. No se trata de *si* se entera, sino de *cuándo*. ¿Qué haréis entonces? ¿Cuánto resistirá el hechizo?

Tanner tomó un sorbo de té.

—En el mejor de los casos, dispondríamos de semanas. —Hizo una pausa mientras sus ojos pálidos se posaban en los míos—. Pero, si tenemos suerte, serán días. Horas, en caso contrario.

«¿Ceñirme al plan?».

Oh, claro que iba a ceñirme al plan. Cerré de un portazo, encendí la luz y me dirigí con paso decidido al estrecho armario que había junto a la cómoda.

Vi en el suelo del armario la bolsa de viaje que Tink había usado para guardar algunas de mis cosas, la agarré y la lancé sobre la cama.

¿Días? ¿Horas? ¿Semanas? No tenían ni idea del tiempo del que disponíamos antes de que el príncipe encontrara este sitio y atravesara el hechizo. No era algo improbable. Era inevitable. Había demasiados faes aquí, demasiadas variables desconocidas en juego. Estando yo aquí, el príncipe descubriría el Hotel Faes Buenos, y no me cabía ninguna duda de que la primera persona a la que mataría sería a Ren.

Clavé la mirada en la bolsa de viaje mientras una oleada de pánico me brotaba en la boca del estómago. Supe, con repentina claridad, que no podía contarles a Ren ni a Tink lo que me proponía hacer. Ninguno de los dos querría que me marchara. Me detendrían, y el objetivo era precisamente mantenerlos a salvo.

Eso significaba que debía marcharme sin ellos.

Un dolor atroz me atenazó el pecho mientras me volvía hacia la cómoda. ¿Podría hacerlo? ¿Podría largarme de aquí sin despedirme? ¿Sin un beso más? ¿Sin un «te quiero» más?

¿Y Tink?

Se cabrearía muchísimo, y probablemente sacaría a Ren de sus casillas de tal modo que este se plantearía matarlo a sangre fría, pero debía entenderlo. Tink sabía de lo que era capaz el príncipe.

—Ay, Dios —musité, presionándome la base de la mano contra la frente. Me ardía la garganta. Cerré los ojos.

¿Qué estaba haciendo?

El pánico dio paso a un pesar tan intenso que me desgarró el alma. Debía abandonarlos. Lo sabía perfectamente. Solo así estarían a salvo hasta que localizaran aquel maldito cristal, o yo... encontrara el modo de debilitar al príncipe para poder matarlo.

Bajé la mano y abrí los ojos. Observé la cómoda a través de un velo de lágrimas. Todo el mundo estaba empeñado en enviar al príncipe de vuelta al Otro Mundo porque matarlo era prácticamente imposible, pero nada era del todo imposible.

Alguien debía saber cómo debilitarlo lo suficiente como para conseguir cortarle la cabeza.

Di un paso al frente con determinación y abrí el cajón. Puesto que el príncipe podía detectar mi presencia, debía saber que todavía me encontraba en Nueva Orleans. Si me marchaba, me seguiría. Simplemente, tendría que seguir moviéndome hasta averiguar cómo debilitar lo suficiente a ese cabrón como para matarlo. Mientras tanto, Ren y Tink podrían trabajar con Tanner para encontrar el cristal. Estarían a salvo, y eso era lo único que importaba.

La puerta se abrió mientras sacaba varios pantalones del cajón. Me volví rápidamente y vi a Ren en la entrada.

Mierda.

Supuse que no sabría si podía marcharme de aquí sin verlo ni despedirme. Pero las cosas acababan de ponerse mucho más duras.

Todo su cuerpo emanaba tensión mientras su mirada pasaba de mis manos a la bolsa de viaje abierta sobre la cama.

—No viniste a la cafetería. —Se quedó callado un momento—. ¿Qué estás haciendo, Ivy?

Lo que estaba haciendo en ese preciso momento era quedarme paralizada a medio camino entre la cama y la cómoda, apretando los pantalones contra el pecho.

—Pues..., hago la maleta.

Ren entró en el cuarto y cerró la puerta.

—¿Para ir adónde?

No tenía ni idea de qué responder. No había planeado verlo antes de marcharme.

Frunció el ceño mientras se acercaba.

—¿Qué estás haciendo, cariño?

Tragué saliva, con la mirada clavada en la bolsa. Una gran parte de mi ser deseó poder mentirle, pero ya le había mentido demasiadas veces. Aunque

fuera una putada, debía decirle la verdad.

—Tengo..., tengo que marcharme.

—¿Marcharte? —Se detuvo a mi lado—. Vale. Tengo la sensación de que me he perdido una parte fundamental de la historia. ¿Ha pasado algo más? — Sus ojos verdes centellearon—. ¿Alguien ha intentado atacarte de nuevo?

—No ha habido ningún ataque entre el momento en el que nos separamos y ahora. —Guardé los pantalones en la bolsa y lo miré—. ¿Sabías que el príncipe puede atravesar el hechizo que protege este sitio?

Su expresión se suavizó.

—Aquí estás a salvo, Ivy. Pase lo que pase. Me voy a asegurar de...

—¡No me preocupa mi seguridad! —exclamé, frustrada—. ¿Por qué todo el mundo lo menciona como si necesitara que cuidaran de mí? Me dieron una paliza. Casi me muero, pero estoy viva y no tengo miedo.

Sus preciosos ojos se llenaron de confusión.

—No digo que tengas miedo, pero no pasaría nada si lo tuvieras, Ivy. Nadie te culparía.

Me di la vuelta, soltando una maldición entre dientes, y agarré un puñado de ropa interior. La cuestión era que no tenía miedo. Estaba cabreada. Furiosa. Sentía rabia constantemente, pero no miedo. No por mí misma.

—No tengo miedo.

Ren no dijo nada mientras metía la ropa interior en la bolsa.

—Ivy...

Me giré bruscamente hacia él.

—¿Sois conscientes de que aquí yo soy la única a la que el príncipe no va a matar? Siento destriparte el final, pero, a menos que encuentre otra semihumana en algún sitio, voy a sobrevivir a esta historia. No puedo decir lo mismo del resto de vosotros.

—Ya, y lo que quiere de ti no será un camino de rosas, Ivy.

Apreté los puños.

—Sé perfectamente lo que quiere de mí. Créeme. Lo presencié en primera fila.

Ren retrocedió, con expresión arrepentida.

—Lo siento. Ha sido cruel soltarte eso.

—Da igual. —Le resté importancia con un gesto de la mano—. No puedo quedarme aquí. El príncipe sabe perfectamente que sigo en Nueva Orleans. Debe estar buscándome. Solo es cuestión de tiempo antes de que siga a un fae hasta aquí.

—¿Así que... vas a marcharte del único lugar que podría protegerte de él para proteger a los faes que viven aquí?

—Pues sí. —Me acerqué a la cómoda para buscar camisetas—. Eso lo resume bastante bien. Y no nos olvidemos de que no todo el mundo está encantado de tenerme aquí. No es que los culpe. Si me voy, estarán a salvo.

—Eso es absurdo.

—No creo que pienses eso de verdad.

—Te voy a ser sincero. Me importan una mierda estos faes.

Me volví hacia él, ahogando una exclamación.

—Por el amor de Dios, Ren.

—¿Qué pasa? —Respiró hondo, mirándome a los ojos—. Es la verdad. No es que quiera que les pase nada malo. Salvo por esos cabrones muertos que fueron a por ti, el resto parece buena gente, pero no hay elección posible cuando se trata de tú o ellos.

Eso hizo que se me derritiera el corazón, aunque estuviera mal.

—Mi presencia no solo pone en peligro a los faes. También a Tink. Y a ti. —El pánico se propagó por mi estómago y me subió por el pecho—. Al príncipe le encantaría matarte. Y lo sabes.

Un músculo le palpitó en la mandíbula.

—Y a mí me encantaría vérmelas cara a cara con ese desgraciado.

Me quedé horrorizada. La simple idea de que se enfrentara al príncipe me dio ganas de ponerme a chillar hasta quedarme ronca.

—¿Lo dices en serio? Sabes de lo que es capaz. No es como luchar contra un fae normal, ni siquiera contra un antiguo. El príncipe...

—Ya sé de lo que es capaz —gruñó Ren, con un brillo amenazante en la mirada—. No subestimes la fuerza de mi odio por ese hijo de puta.

—No es eso, pero...

—Sé cuidarme. Y Tink también. No nos haces un favor marchándote.

Agarré unas camisetas y las llevé a la cama.

—No se trata de haceros un favor. Es que... —Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza antes de intentarlo de nuevo—. No podría seguir viviendo si os pasara algo a ti o a Tink. ¿Lo entiendes? No podría soportarlo.

—Y nosotros sentimos lo mismo por ti. Creo que ya lo sabes.

Así era.

Solo hacía falta ver lo que ya habían hecho para salvarme. Ren se pasaría el resto de su vida sintiéndose culpable por obligarme a alimentarme. Tink probablemente no se sintiera tan mal por ello, pero esa no era la cuestión. Se

estaban viendo obligados a hacer sacrificios y a tomar decisiones espantosas por mi culpa.

Aquello debía terminar ya mismo.

La voz de Ren sonó más cerca, más controlada.

—Entiendo que no quieras poner a esta gente en peligro. Que quieras protegernos a Tink y a mí. Pero, cariño, simplemente, estás... reaccionando por lo que te pasó. Actuando por instinto. No lo estás pensando bien.

Solté las camisetas en la bolsa de viaje.

—Estoy reaccionando porque tengo que hacer algo. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que el príncipe asalte este sitio o a que algún fae del otro veinte por ciento con el que no has hablado tal vez decida matarme para proteger a su familia. No pienso hacer eso.

Ren me colocó una mano con suavidad en el hombro, pero aun así di un respingo al notarlo. Esta vez, sin embargo, no apartó la mano como hacía normalmente cuando me ponía nerviosa. En cambio, me volvió con cuidado hacia él.

Respiré hondo.

—No puedo quedarme aquí, Ren. Sabes que no puedo hacerlo. No me parece bien poner en peligro las vidas de otros, y sé que a ti tampoco.

Me dio la impresión de que él estaba a punto de discrepar de esa última afirmación.

—Viene ayuda en camino. Unos faes que pueden localizar el cristal. Llegan mañana.

—Pero ¿y si no funciona? ¿Y si no pueden encontrar el cristal a tiempo? Y, si conseguimos el cristal, ¿cómo diablos vamos a atrapar al príncipe y a llevar su sangre y la mía en el cristal al Otro Mundo?

Ren apretó la mandíbula.

—Bueno, todavía no hemos cruzado ese puente...

—Esa es la cuestión. No creo que ese puente se haya construido siquiera, así que ¿y si nunca lo cruzamos?

—Lo haremos —repuso él con voz dura—. Aunque tenga que construir el puto puente con mis propias manos.

Suspiré.

—Deberíamos estar centrándonos en encontrar un modo de debilitarlo. Debe haber algo por ahí, alguien que lo sepa.

Ren se quedó callado un momento.

—¿Y eso es lo que quieres hacer ahí fuera? ¿Averiguar si es posible?

—Tiene que ser posible. El príncipe tiene que tener alguna debilidad y, por muy difícil que resulte matarlo, tiene que ser más fácil que completar el ritual de la sangre y la piedra.

Y yo sabía exactamente por dónde iba a empezar.

La Orden y la Élite. Si había algún grupo ahí fuera que tuviera alguna idea, tenían que ser ellos, y ya iba siendo hora de que empezaran a hablar.

Transcurrió un largo momento de silencio.

—Vale —dijo entonces Ren, enderezando la espalda como si hubiera llegado a alguna conclusión—. ¿Adónde iremos?

—Todavía no lo tengo pensado —admití.

Decidí no mencionar el tema de hacerle una visita a la Orden. No podría quedarme mucho tiempo en Nueva Orleans. La visita al cuartel general tendría que ser rápida, y tenía el presentimiento de que correría la sangre. Esta vez no me pillarían desprevenida. Oh, no, ni hablar.

—Pero creo que debería alejarme lo máximo posible. ¿A Europa, tal vez? Tengo algo de dinero ahorrado. Creo que podré largarme antes de que el príncipe se dé cuenta de dónde estoy.

—¿Y luego, qué? —me preguntó, cubriéndome las mejillas con sus grandes manos. Me acercó a él, apretándome contra su pecho. Me rodeó la cintura con un brazo—. Cuéntame cuál será el siguiente paso.

Me relajé y solté un pequeño suspiro. El cansancio invadió mis huesos y músculos. No quería dejar a Ren. Dios, eso era lo que menos deseaba en este mundo.

—No lo sé. Seguir moviéndome hasta que... averigüemos cómo devolverlo a su mundo o cómo matarlo, pero yo estaré bien lejos y tú..., Tink y tú estaréis a salvo.

En un instante, se produjo un cambio radical en Ren. Lo recorrió un leve estremecimiento, y luego todo su cuerpo se puso tenso.

—Espera. ¿Piensas marcharte sin mí?

Torcí los labios en una mueca de tristeza.

—No quiero dejarte; pero, si no estoy contigo, ya no estarás en peligro..., bueno, estarás en menos peligro. El príncipe me seguirá. Solo tendrás que enfrentarte a..., al peligro habitual, que es mucho mejor que un príncipe psicópata.

Ren se apartó y me alzó la barbilla para mirarme a los ojos.

—Estabas haciendo la maleta para marcharte sin mí. —Pareció comprenderlo de pronto—. Joder. Si no hubiera entrado aquí, ¿te habrías

molestado siquiera en despedirte? ¿O pensabas escabullirte sin decir ni una palabra?

Mierda.

No quería responder porque él no entendería la respuesta.

Ren apartó la mano. Retrocedió un paso y luego otro.

—Maldita sea, Ivy.

Esto no iba bien.

—No sé qué decir.

—Creo que eso lo resume todo —repuso él con voz ronca.

—No..., no, no resume *nada*.

Otra clase de pánico brotó en el centro de mi pecho. Nada estaba saliendo según lo había planeado. Claro que tampoco había planeado gran cosa. Ren tenía razón en que estaba actuando por instinto.

—No lo entiendes. Si me...

—Tienes razón. No lo entiendo, Ivy. No me cabe en la cabeza que pudieras marcharte de aquí sin decirme nada. —Me recorrió con la mirada de una forma que me hizo pensar que no estaba seguro de a quién tenía delante—. ¿Me harías eso después de todo lo que ha pasado?

Me puse tensa.

—Haría cualquier cosa para protegerte. Igual que tú harías cualquier cosa para protegerme, ¿no?

—¿Pretendes tomarme el pelo? —estalló—. ¿Protegerme incluye hacer que me dé un puto ataque?

Crucé los brazos.

—No, pero...

—Vale. ¿Y hacer que me vuelva loco de preocupación? —Dio un paso al frente, bajando la barbilla—. ¿Protegerme también significa hacerme creer que te ha vuelto a pasar algo horrible? ¿Qué otro fae te atacó, o algo peor?

Di un respingo.

—Te habría dejado una carta. No me...

—¿Una carta? No me lo puedo creer.

Levantó una mano y se pasó los dedos por el pelo revuelto.

—Debería haberlo sabido. —Bajó la mano y soltó una risa áspera—. Ya lo has hecho antes.

—¿Qué quieres decir con eso? Que yo sepa, esta es la primera vez que nos vemos en este aprieto.

Ren me miró con expresión de incredulidad.

—No es verdad. En aquella maldita mansión, hiciste un trato con ese hijo de puta para liberarme.

Dejé caer los brazos a los costados.

—Eso no tiene nada que ver con esto.

—¿Ah, no? Te pusiste en peligro sin necesidad.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? —grité, esforzándome por contener las lágrimas—. Iba a matarte. ¿Es que no lo entiendes? ¿Qué más se suponía que debía hacer?

—¡Cualquier cosa menos acceder a entregarte a ese monstruo para liberarme! —respondió él, también a gritos y con el cuerpo tenso.

Me costaba respirar. Retrocedí un paso, tambaleándome.

—¿Pensabas que lo había olvidado? —Negó con la cabeza—. No pienso dejarte salir de aquí para que vuelvas a hacerlo.

—¿Vas a detenerme? —le espeté—. ¿A encerrarme en este cuarto? ¿A encadenarme a la cama?

Esbozó una media sonrisa, carente de humor.

—No me tientes, Ivy, porque es evidente que necesitas que alguien tome mejores decisiones por ti.

El corazón me retumbaba en el pecho. La rabia constante que llevaba bullendo en mi interior desde mucho antes de escapar de las garras del príncipe entró en erupción como un supervolcán.

—¿En serio?

—En serio. —Se cruzó de brazos—. Al menos, así sabré que no voy a encontrarte tirada en medio de un charco de sangre o que no andarás por ahí pidiendo a gritos que te capturen.

Perdí los papeles.

—¡Entonces no eres mejor que el príncipe!

Ren se quedó lívido. Supe de inmediato que me había sobrepasado. No estaba bien retener a nadie en ningún sitio; pero, por el amor de Dios, Ren no se parecía *en nada* al príncipe.

¿Qué me pasaba?

Tenía que pasarme algo para haberle dicho eso. Algo horrible. Pero no tuve ocasión de realizar una introspección detallada para averiguar cuánto se me había ido la olla exactamente.

El rostro de Ren se volvió inexpresivo.

—Tanner dice que los faes deberían llegar mañana. ¿Puedes esperar hasta entonces antes, de salir huyendo a hacer...? —Apartó la mirada un momento y luego volvió a posarla en mí—. ¿A hacer lo que quiera que vayas a hacer?

Me estremecí. Su voz sonaba increíblemente distante..., fría. Nunca me había hablado así. Jamás.

—¿Te quedarás? —insistió. Sus ojos color esmeralda centelleaban—. ¿Te quedarás hasta que llegue esa gente que Tanner cree que puede ayudarnos a localizar el cristal? Si es un fiasco, no diré ni una palabra. Prométeme que te quedarás por lo menos hasta entonces. Por favor.

Una parte de mí no quería arriesgarse a esperar ni otra hora. Quién sabía cuándo se presentarían estos faes detectores de cristales mágicos. No me cabía ninguna duda de que el príncipe descubriría este sitio, pero probablemente disponíamos de un par de días antes de que ocurriera. Puede que incluso una semana. No obstante, cuando el príncipe viniera, yo sabía que ni siquiera tardaría horas en entrar.

Ren... Ren me lo había pedido *por favor*, y en lo único que yo podía pensar era en él diciéndome esas mismas palabras, rogándome que aguantara cuando estaba herida.

Solté un suspiro entrecortado y me senté en la cama.

—Vale. Me quedaré hasta que lleguen, pero si no pueden ayudarnos...

—Te largas —gruñó—. Entendido.

Levanté la mirada hacia él.

—Ren...

—No —me interrumpió, y se me revolvió el estómago—. No quiero oírlo, sea lo que sea.

Me puse tensa. La rabia era patente en su expresión y en el tono de su voz. La mantenía bajo control, pero estaba presente, como si fuera el ojo de una tormenta en el centro de un huracán.

—Sé que has pasado por un infierno y que intentas asimilarlo. Joder, sé que una gran parte de ti sigue atrapada en ese infierno, sobre todo después del ataque y de lo que hicimos para salvarte..., de lo que pasó entre nosotros después. Sé que una gran parte de ti sigue allí, en aquella casa. Por eso te despiertas por las noches y te pasas los días escondiéndote de mí..., de todo el mundo. Por eso no hablas conmigo.

—Sí..., sí que hablo contigo —contesté con un nudo en la garganta.

—Y una mierda —repuso él—. Verte sufrir y no tener ni idea de cómo ayudarte me mata..., me reconcome cada puto día. Me duele más que nada que me hicieran en esa maldita casa.

—¡Tú tampoco has hablado conmigo! —le recordé—. No es que hayas estado muy comunicativo precisamente.

—Nunca me has *preguntado*, Ivy.

Me quedé sin aliento. Ay, Dios. Tenía razón. Nunca..., nunca le había preguntado.

—Pero ¿quieres que te lo cuente ahora? Vale. Como ya sabes, me capturaron la noche en que me dijiste que eras la semihumana. Estaba distraído y caí de lleno en la trampa que me tendió esa zorra. Me dejaron inconsciente, y cuando desperté estaba en aquella celda oscura, encadenado a una maldita pared. Al primero que vi fue al príncipe, y así supe lo que iba a hacer. Después de alimentarse y darme una buena paliza, se transformó en mí. Luego me dejó en manos de Breena.

Se me revolvió el estómago.

—Esa puta sabe cómo usar las uñas y los dientes.

Recordé la imagen de su pecho desnudo. Tenía desgarros y mordiscos en la piel. Noté la misma furia que había sentido al verlo entonces, y me invadió de nuevo un impulso asesino.

—¿Te...?

—¿Que si me obligó a follar con ella? —La ira destelló en su mirada—. ¿Eso cambiaría las cosas?

—Por supuesto que no. —No podía pensar con claridad—. No habría sido culpa tuya. Mi opinión sobre ti no cambiaría ni nada por el estilo.

Ren se mantuvo callado un buen rato.

—Se divirtió conmigo, pero le interesaba más jugar con mi mente que con mi cuerpo. Estoy convencido de que en realidad los humanos le dan asco y nunca se rebajaría a tirarse a uno. ¿Acaso te dijo otra cosa?

Experimenté cierto alivio, pero fue una sensación agridulce. Saber que lo que Breena me había asegurado que había pasado entre ellos era mentira no atenuaba las cosas horribles que le habían hecho a Ren.

—Sí, y nunca supe si debía creérmelo. Faye me dijo que no era verdad, pero me habría mentado para impedir que atacara a Breena. —Recordé las pullas de la fae—. Sabía dónde tienes el tatuaje de la Orden.

Llevaba las tres espirales entrelazadas en el mismo lugar que yo, cerca del hueso de la cadera.

—El pasatiempo favorito de aquellos faes era dejarme en pelotas para que se me congelaran los huevos.

—Madre mía.

Solté un suspiro entrecortado y me volví a sentar en la cama. El cansancio me envolvió de nuevo, atenuando la rabia hasta que apenas quedaron rescoldos.

El silencio se interrumpió cuando Ren dijo:

—Soy consciente de que solo sé una décima parte de lo que te pasó allí, aunque siempre he querido saberlo todo. Cada maldito y horrible detalle para poder ayudarte a superarlo. Pero he esperado, porque quería que estuvieras preparada..., que sintieras que podías hablar conmigo. Así que no me cabe en la cabeza que fueras a huir sin mí, sin ni siquiera decírmelo. Que no me quieras a tu lado, pase lo que pase.

Cualquier posible respuesta se transformó en ceniza en mi boca. No pretendía darle esa impresión. Para nada.

Ren tragó saliva con dificultad.

—¿Y sabes en lo que acabo de caer? Todo este tiempo has estado huyendo sin mí, ¿verdad? Nunca ha habido un nosotros. Tú vas por tu cuenta y yo voy detrás, persiguiéndote.

Las lágrimas habían formado un nudo en mi garganta cuando me puse en pie con las rodillas temblorosas.

—Te equivocas. Ren, no...

—¿Tú crees? Deberías meditarlo. —Retrocedió y abrió la puerta—. ¿Sabes qué es lo que más me jode, Ivy? Que estabas dispuesta a quedarte, pero no por mí..., no por nosotros. Y eso no tiene nada que ver con intentar protegerme. Me estabas dejando tirado. Estabas dejando tirado lo nuestro..., si es que alguna vez existió.

12

*E*sa noche estuve pensando largo y tendido.

Fue lo único que hice.

Y, por una vez, no me pasé la noche pensando en lo que había ocurrido o en lo que podría haber ocurrido mientras el príncipe me tuvo cautiva. Ni siquiera pensé en el ataque que sufrí. En cambio, me quedé tumbada en la cama, con la mirada clavada en el anodino techo blanco, rumiando lo que había dicho Ren.

No volvió al cuarto después de marcharse. Yo no me dormí, ni tampoco volví a guardar *toda* la ropa en la cómoda, sino que me preparé una pequeña bolsa de emergencia con dos mudas y la guardé de nuevo en el armario por si nos quedábamos sin tiempo.

Y entonces aguardé.

Parte de mí esperaba que Ren regresara, pero la otra parte sabía que mi plan le había hecho mucho daño y unas pocas horas no iban a sanar esa herida. No pretendía que las cosas salieran así. Es que...

Dios mío, es que tenía la mente hecha un lío.

Ahora que estaba aquí, sola, sin más compañía que mi estúpido cerebro, comprendía que lo de salir huyendo sin tener ni idea de adónde ir había sido algo increíblemente estúpido y cruel. Tremendamente cruel, no solo con Ren sino también con Tink.

Ren tenía razón sobre lo que habría supuesto mi marcha para ellos. Habría sido un golpe muy duro, y aunque mis intenciones eran buenas, para ser sincera, las motivaba el pánico.

Me dejé llevar por el pánico, y llegué a la conclusión de que huir, al menos, era mejor que quedarme de brazos cruzados.

O que me apuñalaran.

«Todo este tiempo, has estado huyendo sin mí».

Me pasé varias horas intentando encontrar argumentos en contra de esa afirmación. ¿Llevaba todo este tiempo huyendo de él? No quería creerlo, porque era demasiado horrible.

Dios, odiaba admitirlo, pero era cierto. Le había puesto las cosas muy complicadas a Ren desde el principio. Aunque no se trataba de que quisiera hacerme la dura. Cuando lo conocí, era el primer tío que me interesaba desde la muerte de Shaun. Me había mostrado reservada, no estaba acostumbrada a sentirme atraída por alguien. Las cosas mejoraron entre nosotros cuando al fin me abrí a él..., cuando al fin me permití enamorarme de Ren.

Pero entonces descubrí que era la semihumana.

Ahí fue cuando empecé a mentirle..., cuando empecé a *huir*. Puede que no físicamente, pero sí mentalmente. No le había contado que había visto al príncipe fuera del Café du Monde. Le había ocultado mi auténtica naturaleza hasta que se lo solté prácticamente en plena calle. Ren había sido adiestrado desde que nació y formaba parte de la Élite. Sabía cuidarse solo, pero mi confesión lo había pillado por sorpresa, haciendo realidad su mayor temor. No solo eso, sino que además había tomado decisiones continuamente sin tenerlo en cuenta. No se trataba de que tuviera que pedirle opinión para todo. Bien sabía Dios que Ren nunca esperaría eso de mí ni de nadie; pero cuando estás con alguien, cuando estás enamorado, incluyes a esa persona en tus planes.

Formáis un equipo.

No le ocultas cosas a esa persona. Ni que decir tiene que no le mientes, ni la comparas con un monstruo.

Era consciente de que había metido la pata, más de una vez, y mucho antes de caer en las garras del príncipe.

Ahora, el abismo que nos separaba parecía insalvable.

No me extrañaba que Ren estuviera desilusionado. Nunca tuvimos ocasión de mantener una relación normal. De tener citas o pasar los fines de semana en casa sin hacer nada, conociéndonos y sacándonos inevitablemente de quicio. Nunca habíamos tenido ocasión de tener peleas normales, sobre qué comer o si queríamos algo más en el futuro. No tuvimos la oportunidad de forjar confianza en el otro, por lo que me asombraba lo tolerante y paciente que se había mostrado Ren hasta hacía unas horas. Todavía éramos... nuevos en esto, y nunca tuvimos ocasión de evolucionar ni llegar a nada.

Todo había sido accidentado al principio, arduo a la mitad y ahora... tal vez al final..., era una catástrofe a punto de desatarse.

Nuestra relación se hacía añicos.

No toda la culpa era mía. Que Ren participara en el hechizo de coacción y me permitiera alimentarme de él no fue moco de pavo. Yo sabía por qué lo hizo. Incluso lo entendía, pero aun así había ocurrido y seguía interponiéndose entre nosotros. Pero ¿aparte de eso? Era lo bastante madura como para admitir que, por lo demás, era culpa mía.

No tenía ni idea de si se podría solucionar o si Ren querría reparar los daños, pero sabía a ciencia cierta que nada de eso importaría si Ren acababa muerto o si el príncipe se las arreglaba para reproducirse. Nuestra relación era la menor de nuestras preocupaciones. Eso no quería decir que no me sintiera como si me hubieran abierto el pecho y arrancado el corazón. Porque así era. Dolía tanto como una puñalada en la espalda.

Pero debía centrarme. Debía recobrar la compostura antes de pensar siquiera en poner mis asuntos en orden.

El príncipe iba a encontrarme tarde o temprano. Porque, por el momento, yo era un objetivo más fácil de localizar que a otra semihumana en algún lugar del mundo, sobre todo teniendo en cuenta que la Élite se dedicaba a cargarse a cualquier semihumano que se cruzara en su camino.

Para que todo el asunto de la fabricación del bebé del apocalipsis funcionara, el acto debía ser consentido. El príncipe debía ser consciente de que eso no iba a ocurrir jamás, así que ¿qué esperaba conseguir? La única razón por la que había logrado que aceptara quedarme con él, estar con él, fue para liberar a Ren.

Porque *Drake* contaba con una baza.

Y esa baza todavía existía.

A altas horas de la madrugada, se me ocurrió de pronto que me había equivocado al creer que el príncipe mataría a Ren en el acto, y esa idea me tuvo dando vueltas de acá para allá por el cuarto hasta que el sol empezó a salir.

El príncipe no mataría a Ren. Oh, no, lo usaría en mi contra, como había hecho antes. Haría lo mismo con Tink si lo descubría. Todavía contaba con los medios para controlarme. Lo único que necesitaba era echarle el guante a alguno de los dos.

Me detuve junto a la ventana y contemplé las estrellas que se iban desvaneciendo.

Había vuelto al punto de partida.

Aunque me marchara de aquí, el príncipe podría ir a por Ren, porque sabía que eso me haría regresar desde los confines de la Tierra. Haría lo mismo de antes, lo usaría, y, aunque yo comprendía lo que estaba en juego,

estaba enamorada de él. No podía permitir que le hicieran daño por mi culpa. No podría soportarlo otra vez. Otra vez no, después de lo de Shaun. Esa era mi debilidad.

No Ren, sino mi pasado.

Comprendí, con un escalofrío, que solo me quedaban tres opciones y, a medida que las últimas estrellas se iban apagando, supe que huir no era una de ellas.

Encontrar el cristal y llevar a cabo el ritual.

Averiguar cómo debilitar al príncipe y matarlo.

O seguir la senda que le había impedido a Tink contarme desde el principio que era una semihumana. La misma senda de la que Ren y Tink me había apartado unos días antes, y que consistía en quitarme de en medio de forma permanente.

Cuando me miré al espejo, comprobé que estaba hecha un asco; solo había dormido un par de horas y seguía sin saber nada de Ren. El aspecto saludable que había adquirido al absorber su esencia vital quedaba amortiguado por las profundas ojeras y la piel... ligeramente brillante que no brillaba del todo. Tink se había equivocado en eso. Y yo también.

Se trataba de un lustre plateado muy leve que solo daba la sensación de brillar. Lo sabía porque ya llevaba un buen rato plantada delante del largo espejo situado detrás de la puerta del cuarto de baño, desnuda.

Antes de que mi piel empezara a dar la impresión de que me había cubierto de pies a cabeza con sombra de ojos, no solía dedicarme a contemplar mi cuerpo completamente desnudo. Después de todo, no me hacía falta comprobar la multitud de cicatrices y estrías que tenía, pero aquí estaba.

¿Por qué? Pues porque tenía un nuevo lema vital. Y era muy simple.

Mantener la calma.

Puesto que borrarle del mapa no era precisamente mi opción favorita y no podía ayudar a localizar el cristal, lo único que podía hacer era encontrar un modo de debilitar al príncipe.

Pretendía obligarme a aceptar que mi cuerpo había cambiado. Era innegable que mi piel tenía un tono distinto, mis facciones eran más angulosas, más marcadas, mis orejas eran puntiagudas y, sí, mis ojos eran..., bueno, eran una pasada. Es decir, el contraste entre el iris y la pupila era impresionante. La gente seguramente pensaría que llevaba lentes de contacto

de color. Podía con esto. Mi cuerpo había cambiado, pero seguía perteneciéndome.

Mi mirada descendió más abajo del ombligo.

Iba a tener que conseguirme una maquinilla. O hacerme la cera.

Pero podía con esto, porque debía hacerlo. Puede que mi aspecto hubiera cambiado un poco. Puede que me hubieran dado una paliza unos días antes. Puede que hubiera perdido una pequeña parte de mi ser cuando Drake me mantuvo cautiva. Puede que me hubiera perdido por el camino, pero seguía siendo Ivy.

Me giré hacia un lado y suspiré.

Y mi culo desnudo seguía sin ser la octava maravilla. Cabría esperar que los genes faéricos reforzados me hubieran dado un bonito trasero en forma de corazón o algo por el estilo. No me habría quejado de eso.

Qué se le iba a hacer.

Me giré hacia el otro lado y pasé mis manos por mis costados y mi espalda, rozando con mis dedos el borde rugoso de una nueva cicatriz.

Tragué saliva con dificultad y me situé de nuevo frente al espejo. Mantuve los ojos abiertos mientras deslizaba las manos por la cintura e iba ascendiendo hasta llegar a los pechos. Mantuve las manos allí, cubriéndolos.

Todo esto era..., era mío.

Mi cuerpo no le pertenecía al príncipe. Ni a Ren. Y, desde luego, no le pertenecía a ninguna absurda profecía. Era *mío*: la piel plateada, las orejas puntiagudas y todas las cicatrices me pertenecían solo *a mí*.

Al caer en la cuenta de que prácticamente me estaba sobando mis propias tetas, puse los ojos en blanco y bajé las manos. Me vestí enseguida y me dejé el pelo recogido porque no me avergonzaba de mis orejas. No. Para nada.

Fui en busca de Tink, algo que resultó muy sencillo. Solo tuve que buscar la mesa más concurrida y ruidosa de la cafetería.

Estaba literalmente rodeado de admiradores. Lo único que se veía era su llamativo pelo rubio platino en el centro de una docena o así de cabezas más pálidas.

Ignoré los retortijones de mi estómago al oler la carne cocida y entré con aire resuelto en la cafetería. También iba a tener que comprar antiácidos, porque lo de no poder comer era una estupidez. Había sido una de las razones por las que me habían dado una paliza.

Las cabezas se alzaron y siguieron mi avance. Las conversaciones se interrumpieron. Se propagaron los susurros.

Empecé a encorvarme bajo el peso de las miradas, pero me contuve. La antigua Ivy no agacharía la cabeza. A ella le importaría un bledo.

Así que a la nueva Ivy también.

Planté en mi rostro la misma sonrisa de suficiencia que siempre sacaba de quicio a David, alcé la barbilla y me acerqué a la mesa de Tink. Hasta que llegué, no caí en la cuenta de dos cosas.

Tink no tenía a Dixon con él.

Y... Ren estaba en la mesa.

Que no lo hubiera visto hasta entonces demostraba que también necesitaba mejorar urgentemente mis habilidades de observación. Pero allí estaba, con la cabeza rojiza inclinada sobre un plato de claras de huevo y lo que supuse que sería beicon de pavo y tostadas integrales.

Porque a Ren le iba la comida sana.

Me quedé de piedra al verlo. No había regresado al cuarto mientras yo estuve allí, pero estaba recién duchado. Todavía tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa. Llevaba una camiseta negra de manga larga, que se había arremangado hasta los codos. No tenía ni idea de dónde se habría duchado, puesto que no había vuelto al cuarto.

Un millar de palabras se me amontonaron en la boca. Quería disculparme. Quería decirle que él tenía razón. Quería pedirle que me ayudara a arreglar las cosas.

Pero no dije nada de eso, porque a ninguno de los dos nos haría gracia mantener esa conversación en público. A mí no, desde luego, ya que seguramente acabaría llorando como un bebé.

Tuve el presentimiento de que Ren supo que yo estaba allí sin tener que levantar la vista. Quizá fuera por la forma en la que las conversaciones se apagaron en la mesa, o tal vez fuera cosa de ese extraño sexto sentido suyo, pero se le tensaron los hombros y dejó de masticar.

Tink, por otro lado, no tenía ni idea de que yo estaba allí... o sobre la faz de la tierra, porque parecía estar comiéndose con los ojos al fae que tenía enfrente. El intercambio de miradas rezumaba tal carga sexual que no me habría venido mal aprender algo. No obstante, cuando vi que Tink separaba los labios y parecía estar a punto de lamerle el labio inferior, intervine.

Carraspeé.

—Tink.

—¡Ivy! —Me dedicó una sonrisa radiante. Tenía delante tres platos vacíos y ya se había olvidado del fae—. ¿Has venido a comer con nosotros?

—Eh..., no. Ya he comido. —Conseguí comerme un plátano mientras bajaba, así que no era mentira. Me había propuesto hacer borrón y cuenta nueva—. Necesito hablar contigo.

Tink soltó un profundo suspiro.

—Mira, el incendio de anoche fue poca cosa. Lo apagué antes de que se propagara, y ya me he disculpado. De todas formas, hacía falta reformar la habitación.

Me obligué a apartar la mirada de Ren, que todavía no se había dado por aludido.

—No, no se trata..., un momento. ¿Hubo un incendio anoche?

—Uy. —Tink se recostó en la silla, con los brazos cruzados—. Olvídalo. ¿De qué quieres hablar?

Me disponía a contestarle pero decidí no hacer preguntas sobre el asunto del incendio, porque seguramente no querría enterarme de los detalles.

—Quiero hablar contigo. —Miré a Ren de reojo. Tras dejar de comer, había soltado el tenedor y había colocado las manos sobre la mesa—. En privado, Tink.

—Vaya, qué misterioso. —Tink empezó a ponerse en pie—. Me apunto. Ren levantó la vista entonces y nuestras miradas se encontraron.

—Hola.

Aquella única palabra sonó monótona, carente de sentimientos. Vacía.

—Hola —logré responder con voz ronca.

Me observó un momento y me armé de valor para pedirle que nos acompañara. Pero entonces él apretó la mandíbula. Cogió su plato, se levantó y se alejó de la mesa.

—Hasta luego.

—Espera... —Me interrumpí, porque era inútil. Ren ya había cruzado media cafetería. Verlo marcharse fue como si me arrancaran el corazón.

—¿Qué diablos...? —preguntó Tink.

Me volví hacia él, intentando contener el repentino y estúpido torrente de lágrimas. Tuve ganas de darme una patada a mí misma. No pretendía excluir a Ren de esta conversación. No había esperado verlo, así que había malgastado un tiempo muy valioso quedándome plantada como un pasmarote.

La operación «Mantener la calma» había empezado a las mil maravillas. Respiré hondo.

—¿Podemos salir al pasillo?

—Sí. —Tink frunció el ceño—. Claro.

Empleé esos segundos en recobrar la compostura. Debía centrarme, no podía echarme a llorar.

—¿Qué pasa entre Ren y tú? —me preguntó en cuanto salimos al pasillo—. ¿Tú eres el motivo por el que casi me arranca la cabeza esta mañana cuando le dije que estaba hecho un asco? Porque parecía que hubiera salido malparado de un rodeo.

Me detuve, cruzándome de brazos.

—Ni siquiera quiero saber qué significa eso.

—Pues significa que te fo...

—Tink —lo corté—. No te pedí que salieras para hablar de Ren.

—Pero yo quiero hablar de él. Casi ni os dirigisteis la palabra ahí dentro. Fue muy raro.

—Ya lo sé. Anoche nos peleamos, pero no pasa nada. Todo se arreglará.

—¿Qué? —Su expresión se tiñó de preocupación—. ¿Fue una pelea de las gordas? ¿O de las pequeñas? Ay, Dios mío, ¿vais a romper? ¿Con quién voy a vivir?

—¿Que con quién vas a vivir? —Me lo quedé mirando, atónita—. No tienes doce años ni eres nuestro hijo.

—Pero necesito que me cuiden. Que me quieran. Necesito una cuenta de Amazon Prime.

—Pues búscate un trabajo. Pareces lo bastante humano.

—¿Un trabajo? —Puso cara de espanto—. La pérdida de sangre debe haberte afectado al cerebro, porque estás desvariando.

—Vale. Esta conversación no lleva a ningún sitio. Todo va bien. Cambiemos de tema. —Hice acopio de paciencia—. Mira, me gustaría hacerte un par de preguntas sobre el príncipe.

Una fae que pasaba cerca se detuvo y ahogó una exclamación. Su piel plateada adquirió un tono gris más pálido.

Agarré a Tink del brazo y lo metí en una habitación cercana. Era pequeña y dentro únicamente había una mesa redonda y dos sillas.

—Siéntate.

Se dirigió con aire despreocupado a la silla más alejada de la puerta y se sentó, estirando sus largas piernas.

—Qué morbo.

Sacudí la cabeza mientras cerraba la puerta.

—A ti te falta un tornillo.

Tink sonrió de oreja a oreja.

—Se podría decir lo mismo de ti.

—Cierto —musité, sentándome frente a él—. Pero ya nos analizaremos mutuamente más tarde. Una vez me dijiste que matar al príncipe era imposible, pero no hay nada imposible.

Tink colocó un brazo sobre el respaldo de la silla.

—Bueno, sí, técnicamente no es imposible.

—Exacto. —Apoyé los brazos sobre la mesa—. Sabemos que una estaca de espino debilita a un antiguo...

—Para poder cortarle la cabeza —añadió, concluyendo la frase por mí—. Se le puede hacer lo mismo al príncipe. Pero, como ya sabes de primera mano, cortarlo siquiera con una estaca no es tarea fácil.

—Es verdad. —El príncipe me había dado una buena tunda siempre que habíamos peleado, y la última vez yo llevaba una estaca de espino—. Así que la única forma de matar al príncipe es debilitarlo lo suficiente para poder luchar contra él.

Tink asintió despacio.

—Vale, así que tiene que haber algo que lo debilite, ¿no? Así sería más fácil matarlo.

—Sí. Una estaca de espino. —Me miró entrecerrando los ojos—. Pero eso ya lo sabes.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa.

—Tiene que haber otra cosa que no requiera enfrentarse cuerpo a cuerpo con él. Necesito que lo pienses, Tink.

El duende ladeó la cabeza.

—Ya lo he pensado.

—Pues esfuérzate más —insistí—. Necesito que lo pienses detenidamente. Puede que sea algo pequeño. O puede que no. Vivías en el Otro Mundo cuando el príncipe estaba allí. Tal vez viste algo... u oíste algo.

Tink arrugó la nariz.

—Lo único que le vi hacer fue alimentarse y follar. Mucho. Oí un montón de gemidos y gritos. Y no eran gritos de dolor. El príncipe siempre fue un capullo, ¿sabes?, pero no tanto como ahora. ¡Vaya! A lo mejor el sexo es una debilidad para él.

Enarqué las cejas.

Él se encogió de hombros.

—Aunque lo dudo mucho. Después de todo, aunque no paraba de hacerlo, no me pareció que lo debilitara. Seguramente le daba fuerzas. Como si cada vez que se corriera recargara energía como Mario...

—Vale, dejemos de lado el tema del sexo. —Me iba a hacer falta restregarme el cerebro con un esparto.

Tink apoyó un pie sobre la mesa.

—¿A qué vienen estas preguntas? Tenía entendido que había unos faes en camino que podían ayudarnos a localizar el cristal, ¿no?

—Así es, pero quiero tener un plan de reserva preparado por si no lo encuentran —le expliqué—. Además, vamos a necesitar su sangre. Y no va a ser fácil, puesto que enfrentarse cuerpo a cuerpo con él es casi imposible.

Antes de que Tink pudiera responder, la puerta se abrió sin previo aviso y apareció Faye.

—Nuestros invitados han llegado.

13

Tink y yo seguimos a Faye por el pasillo, hacia el despacho de Tanner, que supuse que se había convertido en la sala de reuniones oficial. No tenía ni idea de dónde se encontraba Ren, si ya estaba en la habitación o venía de camino. No me gustaba que estuviéramos tan distanciados, pero dejé ese problema para luego.

Rocé con la mano la daga que llevaba a la cadera cuando Faye se detuvo delante del despacho de Tanner. La fae se fijó en el movimiento de mi mano.

—Nuestro invitado no pretende hacerte daño.

Noté que la palabra «invitados» había pasado de plural a singular. Le eché un vistazo a la puerta.

—Eso lo juzgaré por mí misma.

—Es comprensible —apuntó Tink, cruzándose de brazos.

Faye bajó la mirada.

—Sí. Es cierto. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Cómo te sientes, Ivy?

—Bien.

Por su expresión, comprendí que no se lo creía del todo, pero no insistió. Cuando se volvió y abrió la puerta, la seguí despacio, sin saber qué esperar.

—Madre del amor hermoso —musitó Tink, deteniéndose detrás de mí.

Supe de inmediato qué había provocado esa reacción.

En uno de los sillones de orejas, estaba sentado un desconocido que parecía un... bueno, un vikingo. No de esos rigurosos a nivel histórico, sino de los que aparecían en las portadas de las viejas novelas románticas que yo solía leer. Era alto y de hombros anchos, con muslos gruesos como troncos. Tenía una espléndida melena de cabello rubio que le llegaba más abajo de los hombros. La sencilla camiseta blanca que llevaba se tensaba sobre su amplia espalda.

El desconocido era increíblemente atractivo y estaba claro que no se trataba de un fae común y corriente. Tenía pinta de antiguo, que eran los más peligrosos. Hasta hacía poco, creíamos que no quedaban faes antiguos en nuestro mundo.

Por lo visto, estábamos equivocados.

Tenía el presentimiento de que la Orden nos había mentido.

No obstante, había algo familiar en las facciones de este fae que me inquietaba. En los pómulos marcados y la boca expresiva. Y también en la frente. Algo en su cara y su complexión me recordó...

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Se parecía a Drake..., era una versión más cálida del príncipe de la corte de invierno. Miré a Faye, pero ella no pareció inmutarse mientras se sentaba en el sofá situado junto a la ventana. Seguro que ella también había notado el parecido. Habría estado bien que me advirtiera que el desconocido habría podido pasar por el primo de Drake.

Noté una corriente de aire junto al brazo izquierdo. Volví la cabeza bruscamente. Ren estaba allí, silencioso como un puñetero fantasma. Nuestras miradas se cruzaron y se me aceleró el corazón. Ren interrumpió el contacto visual y se fijó en el desconocido. La única emoción que dejó traslucir fue la mandíbula apretada.

¿Estaría viendo lo mismo que yo?

—¿Quién es esta? —preguntó el desconocido, observándome como si fuera un insecto bajo la lente de un microscopio.

Tanner se puso en pie detrás del escritorio; pero, antes de que pudiera presentarme, Tink se adelantó y se colocó a mi lado.

—Es Buffy, la del pelo feo.

Me volví despacio hacia él.

—«¿Buffy, la del pelo feo?».

El duende asintió con la cabeza con entusiasmo, echándole un vistazo al desconocido.

—Sí, es como una combinación de Buffy y Beyoncé, las dos mujeres más alucinantes de todos los tiempos. Tú eres como Buffy. Una tía de armas tomar. Pero no eres Becky, la del pelo bonito. Tienes el pelo feo. Todos lo sabemos.

Me lo quedé mirando, atónita.

—Mi pelo no está tan mal.

—Vaya que sí. —A Tink le brillaban los ojos—. No eres una Becky para nada.

—Me parece que no ser una Becky es un cumplido —intervino Ren. Cuando lo miré, percibí diversión en su mirada—. Pero estoy seguro de que ser una Becky no tiene que ver solo con el pelo.

Los odiaba a los dos. Profundamente.

El desconocido alzó la barbilla y luego se puso en pie, dilatando las aletas de la nariz.

—Es a ti a quien busca el príncipe de la corte de invierno. Eres su semihumana.

Alto ahí.

¿Qué?

Ren se puso tenso.

¿De verdad acababa de decir eso?

Oírlo fue comparable a oír que en la cabina de tu avión se ha producido una descompresión a diez mil metros de altitud.

—No soy suya.

Una ceja rubia se enarcó.

—Pero eres la semihumana.

—Y tú eres un fae al que le van a dar un puñetazo en la garganta en menos de cinco segundos.

Él soltó una risita baja, suave, casi sensual.

—¿Así recibes a alguien que ha venido a ayudarte?

—Exiges saber quién soy y luego me dices que soy de Drake...

El fae soltó un bufido: enseñó sus dientes afilados y bufó de verdad. Puse cara de sorpresa mientras él hacía una mueca de desagrado.

—No pronuncies su nombre.

—¿Por qué? Ni que fuera Voldemort.

—¿Voldemort? —Parecía confuso.

Me lo quedé mirando un momento y luego sacudí la cabeza.

—Da igual. ¿Y tú quién eres?

El fae inclinó la cabeza.

—Soy Fabian. —El aire que lo rodeaba titiló como si un centenar de luciérnagas hubieran alzado el vuelo—. El *príncipe* Fabian de la corte de verano.

Me quedé boquiabierta. ¿El príncipe Fabian? Ni Faye ni Tanner habían mencionado en ningún momento que uno de nuestros invitados fuera un *príncipe*.

Un príncipe.

Un príncipe que podía fecundar a una semihumana.

Ren cayó en la cuenta al mismo tiempo que yo, porque se colocó de pronto a mi lado.

—Relájate —dijo Fabian—. No me interesa lo más mínimo fecundarte.

Lo miré, atónita.

Vaya, qué directo.

—Me alegra oírlo. —Tink sonreía como si fuera Prime Day en Amazon.

Tanner carraspeó.

—Lo lamento. Sé que habrá debido sorprenderos que nuestro invitado sea un príncipe.

—Y que lo digas —gruñó Ren—. Nunca mencionaste que estuviéramos esperando a otro puñetero príncipe.

—Ni que los invitados fueran en realidad uno *solo* —añadí.

—No he viajado solo —explicó Fabian, sentándose—. La presencia de mis consejeros no es necesaria en esta reunión. Están descansando.

—Consejeros. Qué cosas —murmuré.

El príncipe ladeó la cabeza.

Faye cambió de posición iluminada por un rayo de luz que entraba por la ventana.

—No sabíamos que Fabian vendría. Suponíamos que enviaría a...

—Un consejero. Ya lo pillo —la interrumpí—. No sabía que hubiera todavía un príncipe de la corte de verano, vivito y coleando.

—Hasta hace poco, no sabías que la corte de verano todavía existía —me recordó Tanner con tacto, sin dejar traslucir nada en el tono de su voz.

Tenía razón. Siempre habíamos creído que las cortes de los faes habían sido disueltas. Era evidente que nos habíamos equivocado o nos habían mentido.

—Nuestra corte prácticamente quedó destruida en la guerra contra la corte de invierno. La seguridad y la ubicación de los miembros restantes de la realeza no es algo que nos tomemos a la ligera. Perdonadnos por no contároslo, pero a nuestro príncipe no le interesa cumplir la profecía.

—Y, aunque quisiera, no serías mi tipo. —Fabian se recostó en el sillón y cruzó una pierna sobre la otra—. A diferencia del príncipe de la corte de invierno, mi obligación para con nuestro mundo no compensa rebajarme a procrear con una semihumana.

Vaya.

Me aliviaba oírlo, pero también me sentía ofendida en cierto sentido. Lo había dicho como si yo fuera un asqueroso organismo unicelular.

—Es bueno saberlo —comentó Ren apoyándose contra la pared. Parecía relajado, pero yo sabía que estaba listo para entrar en acción—. Perdónanos por no desplegar la alfombra roja. Los príncipes del Otro Mundo no nos han causado muy buena impresión. Por no mencionar que te pareces al de la corte de invierno.

Por fin. Menos mal que no era la única que se había dado cuenta.

Fabian frunció el ceño.

—No me parezco nada a ese cabrón.

—Bueno —contesté alargando la palabra—, un poco sí. ¿No crees, Faye?

La fae asintió con la cabeza.

—Veo cierto parecido.

—Yo he visto al príncipe de la corte de invierno —intervino Tink con aire pensativo—. Y no se parece a él.

Sacudí la cabeza.

—El color del pelo es diferente. Y también algunos rasgos de la cara, pero... se parecen.

—No sé yo —caviló Tink, arrugando el entrecejo.

La mirada del príncipe se posó en Tink, evaluándolo.

—Un duende. Hace más de cien años que no veo uno.

Tink le dedicó una amplia sonrisa.

—Y nunca has visto un duende como yo.

Puse los ojos en blanco.

—Ya tendrás tiempo de sobra luego para subirle el ego a Tink...

—Y, con suerte, también otras cosas —contestó Fabian con soltura.

Madre mía.

Ren disimuló una carcajada.

—Sí, claro. Esto..., bueno, así que eres un príncipe. ¿Cuántos miembros de la corte real hay aquí en nuestro mundo? ¿Y todos opinan igual que tú?

—¿Sobre lo de no estar interesados en verte desnuda ni mucho menos tener relaciones sexuales contigo?

Entrecerré los ojos. Por el amor de Dios.

—Sí, eso mismo. Gracias por expresarlo con tanta amabilidad.

—Los miembros de la corte que siguen con vida, que son pocos, no desean cumplir la profecía. Justo como ha dicho Tanner. Vinimos aquí para huir del dominio de la corte de invierno, para vivir nuestras vidas. Somos conscientes de lo que supondrá su presencia para este mundo. Lo destruirá, como su reina y él han hecho con nuestro mundo.

—¿Su reina? —preguntó Ren.

—¿Mab? —Me volví hacia Tink al recordar que él siempre la estaba nombrando.

El duende me miró.

—Mab no eligió bandos. No apoya a la corte de invierno ni a la de verano. No es tan mezquina como Titania o Morgana.

—Un momento. Pensaba que se trataba de la misma persona con distintos nombres —dijo Ren.

Yo pensaba lo mismo, porque eso era lo que nos había enseñado la Orden. Además, estaba convencida de que Morgana era un personaje completamente ficticio, parte de las leyendas artúricas.

Fabian soltó una risita burlona.

—Si eso es lo que creéis, ¿quiénes somos nosotros para contradeciros?

Dios, menuda ayuda.

—Esos nombres han sido intercambiables a lo largo de los años, han ido reemplazándose unos a otros en diversos mitos. —Tanner se sentó y apoyó un brazo sobre el escritorio—. Pero no son más que eso: mitos. La verdad es que no se trata de la misma persona. Las leyendas que cuentan los mortales nunca han representado nuestro sistema político con exactitud.

Ren sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Creéis que también hay una reina aquí?

—No sabemos si alguna reina ha llegado a este mundo —contestó Faye—. Esperemos que no. Eso sería una complicación añadida.

La cabeza me daba vueltas.

—Pero ¿y si ha venido una?

—La reina Morgana tomó partido por la corte de invierno durante la guerra. Se convirtió en su reina. —Fabian torció el labio en una mueca de indignación—. Si ha venido a este mundo, le arrancaré la columna con mis propias manos.

Enarqué las cejas.

—Asesinó a mi hermano durante la Gran Guerra y nos negó el honor de enterrar su cuerpo. —Una luz funesta iluminaba los ojos del príncipe desde el interior—. Morgana es... ¿Cómo decís los humanos? ¿De lo peor?

—Eso es. —Ren descruzó los brazos—. ¿Tenemos pruebas de que ella u otra reina esté involucrada en esto?

—No —respondió Faye—. Yo estuve con el príncipe y no vi a Morgana ni a ninguna otra reina.

—¿Sabrías reconocer a Morgana? —Fabián se giró en el sillón para mirarla—. Es la reina de muchos rostros y ha perfeccionado el arte del

engaño. Solo un miembro de la realeza podría reconocer a esa zorra. —Hizo una pausa—. O, casualmente, un duende. La habilidad de los duendes para no dejarse engañar ni siquiera por los hechizos de seducción más potentes fue uno de los motivos por los que la corte de invierno les dio caza.

Faye, que había adquirido su forma humana, bajó la mirada. Su piel morena adquirió un tono más opaco.

—Si la reina estuviera aquí, ¿cómo la mataríamos? —inquirí.

—Igual que a cualquiera de nosotros —contestó el príncipe—. Decapitándola.

Estas preguntas me recordaron mi conversación anterior con Tink.

—Pero es evidente que primero tendríamos que debilitarla. Igual que a *Drake*. —Ignoré la forma en la que Fabian apretó los labios—. ¿Cómo debilitamos lo suficiente a uno de los vuestros como para enfrentarnos a él cara a cara?

Se hizo el silencio en la habitación mientras el príncipe me observaba desde su asiento.

—¿Y por qué quieres saber cómo debilitar a un miembro de la realeza?

Enfrenté su mirada abrasadora.

—Pues para matar a Drake, evidentemente.

—Pensaba que necesitabais ayuda para localizar el cristal. —Fabian se inclinó hacia delante, apoyando ambos pies en el suelo. Entonces me di cuenta de que no llevaba zapatos. Qué raro—. No para matar al príncipe de la corte de invierno.

—Necesitamos ayuda con el cristal. —La mirada de Tanner iba del príncipe a mí—. El príncipe de la corte de invierno tuvo a Ivy cautiva en cierto momento. Es comprensible que su actitud hacia él sea un tanto... mortífera.

—Y no es la única —soltó Ren.

—Mi actitud no es un tanto mortífera —aclaré—. Sino muchísimo.

—¿Pensáis que os voy a contar cómo debilitar al príncipe de la corte de invierno? ¿Lo que supondría qué sabrías cómo debilitarme a mí? —Fabian soltó una risita—. No digáis tonterías.

Erguí la espalda y di un paso al frente.

—Quieres que confiemos ciegamente en ti y, sin embargo, tú no estás dispuesto a hacer lo mismo. No tenemos motivos para usar esa información en tu contra. Simplemente, quiero matar a Drake, porque no pienso pasarme semanas o meses o el resto de mi vida mirando por encima del hombro por si

aparece, preguntándome si las personas que conozco están a salvo o las usará para llegar hasta mí.

Fabian posó su gélida mirada en mí, con una sonrisita de suficiencia en el rostro.

—Niña tonta. Te crees muy especial, como si fueras la reina de la fiesta.

Ren resopló. Lo fulminé con la mirada antes de volverme hacia Fabian.

—¿No sabes quién es Voldemort, pero conoces esa expresión? No dices más que gilipolleces.

Fabian ladeó la cabeza.

—Es fácil reconocer a alguien que se cree superior a los demás.

—Ya, y cuando alguien dice eso de otra persona, es porque se siente identificado.

—A palabras necias, oídos sordos —murmuró el príncipe—. Yo soy goma y tú, pegamento. Lo que dices me rebota y se te pega.

Me quedé boquiabierta. Dios mío, era como mantener una conversación con una versión más maleducada de Tink.

El susodicho, por cierto, prácticamente vibraba de emoción cuando se inclinó y me susurró al oído.

—Me gusta este tío. Me gusta *mucho*. ¿Me lo puedo quedar de mascota?

El príncipe lo oyó y el interés se reflejó en sus pálidos ojos azules.

—Nunca he sido la mascota de un duende, pero... he oído cosas. Cosas interesantes.

Me hacía falta urgentemente la ayuda de un adulto, pero todos los *adultos* contemplaban el techo, fingiendo que no estábamos ante una versión en carne y hueso de Tinder faérico.

Tink se enderezó.

—Cuenta, cuenta.

Fabian avanzó hacia nosotros.

—Es cierto que los duendes tienen el ra...

—Vale —intervino Ren, para gran alivio de Tanner, a juzgar por su expresión—. Nos hemos desviado del tema. Estabas comentando que Ivy no debería creerse especial.

Dios bendito, estaba a punto de lanzar mi daga hacia el otro extremo de la habitación y clavársela al príncipe en el ojo, arrearle un puñetazo a Tink y tirar a Ren por la ventana.

—Muy bien, *Fabio* —le espeté—. ¿Puedes dejar de insultarme y contarnos algo útil? ¿Para variar?

El príncipe arrugó el ceño.

—¿Eres dura de mollera? No me llamo Fabio, sino Fabian.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. —Carecía de paciencia para explicarle quién era Fabio
—. Habla claro de una vez.

La sonrisa de suficiencia del príncipe de la corte de verano se hizo más amplia.

—El príncipe ha encontrado otra semihumana y se ha marchado de Nueva Orleans, llevándose el cristal con él.

14

Se armó la de Troya a mi alrededor mientras yo permanecía allí, en el centro de la habitación, mirando fijamente al príncipe de la corte de verano. Faye se había puesto en pie, igual que Tanner. Ren se había adelantado y hacía preguntas, pero no oí lo que decía. Tink, por su parte, mantenía la calma. Más o menos. Se estaba comiendo otra vez a Fabio con los ojos, como solía hacer Ren antes conmigo, cuando no estaba cabreado.

En cuanto a mí..., estaba tan perpleja que no podía pensar en nada que no fuera el torbellino de emociones que me invadía. Una destacaba entre las demás. Alivio. Era tan potente que me mareé.

El príncipe no estaría buscándome.

Ren estaba a salvo.

Y Tink.

Y yo también.

Bueno, a salvo en la medida de lo posible, pero Drake ya no estaba dándome caza.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Es probable que no fuera una reacción normal. Después de todo, Drake todavía seguía ahí fuera empeñado en dejar preñada a alguna pobre semihumana; pero ya no iba a por mí.

Una carcajada brotó en mi garganta, pero la sofoqué antes de que escapara, mientras parpadeaba para contener las lágrimas de alivio. Nadie lo entendería.

Aunque eso me convirtiera en una persona horrible, no pude evitarlo. Me quité un peso de encima. Todavía teníamos que ocuparnos de Drake, pero me sentí... *libre*.

—Creía que la Élite había matado a todos los semihumanos. —La voz de Tanner se alzó por encima del jaleo, captando mi atención.

—La Élite ha dado caza a todos los semihumanos que ha logrado descubrir. —La respuesta de Ren me hizo estremecer, pues yo era uno de ellos—. Eso no quiere decir que acabaran con todos los que hay por el mundo. Está visto que al príncipe se le da mejor encontrarlos que a nosotros.

—No sé yo. Probablemente habéis matado a un mogollón —apuntó Tink. Ren le lanzó una mirada siniestra antes de volverse hacia Fabian.

—¿Cómo sabes eso?

—Al igual que el príncipe de la corte de invierno ha enviado exploradores en busca de posibles semihumanas, nosotros los hemos tenido vigilados a ellos. —Fabian bostezó, como si esta conversación lo aburriera—. Partió con sus consejeros hace dos días.

¿Hace dos días? ¿Mientras yo estaba inconsciente porque unos faes intentaron matarme debido a que creían que el príncipe seguía aquí? Otra carcajada casi histérica se originó en el fondo de mi vientre.

—¿No tenías ni la más mínima idea de que estuvieran buscando otras semihumanas? —le preguntó Ren a Faye.

—Sé que Valor quería que el príncipe se buscara otra; pero, que yo sepa, no se habían puesto manos a la obra. —La incredulidad era palpable en su voz. Había perdido su forma humana en algún momento—. ¿Adónde fue?

Fabian estiró las piernas y las cruzó sobre los tobillos.

—Eso no lo sabemos.

—Parece ser que estáis enterados de todo lo demás, pero ¿eso no lo sabéis? —pregunté con aspereza.

—Así es. —Me miró—. Eso es justo lo que digo. Era demasiado arriesgado que mis espías los siguieran.

El alivio que experimenté al descubrir que Drake no estaría buscándome empezó a desvanecerse.

—En ese caso, podría estar en cualquier parte con esa semihumana.

Fabian se encogió de hombros con elegancia.

—Esto lo cambia todo —dijo Faye, desplomándose en el asiento, sin la delicadeza habitual—. No sabía que tuviera exploradores ni creí que pudiera encontrar otra semihumana tan rápido.

—No cambia nada. —Todas las miradas se posaron en mí.

Era la verdad. Todo había cambiado para mí, pero nuestra misión seguía siendo la misma..., salvo que ahora era más grave y apremiante.

—Tenemos que encontrar al príncipe y enviarlo de vuelta al sitio del que salió o matarlo.

Ren se volvió bruscamente hacia mí.

—¿Estás loca?

—¿Cómo dices?

—Lo único que tú vas a hacer es mantener ese culito aquí plantado — anunció como si no fuera consciente de que estaba adentrándose en arenas movedizas—. Puede que el príncipe ande tras otra semihumana, pero tú también lo eres, Ivy.

—No me digas —le espeté—. Pero yo soy la única que decide adónde va mi culo.

El enfado ensombreció sus ojos verdes.

—Si el príncipe se ha ido, no tiene sentido que vayas tras él. Lo más inteligente y lo más seguro es que te quedes aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y tú vas a ir tras él?

Ren apretó la mandíbula.

—*Es mi trabajo.*

—¡Y el *mío* también!

Tink me tocó el brazo con suavidad.

—Tiene razón, Ivy. —Miró a Ren con los ojos entornados—. Se ha explicado de pena, pero tiene razón.

—Gracias —soltó Ren antes de inspirar hondo—. Mira, entiendo que también es tu deber, pero sigues estando en peligro. Podría volver a centrarse en ti.

Me crucé de brazos y ladeé la cadera, adoptando la postura típica de cabreo.

—Y yo entiendo que es tu deber, pero te das cuenta de que la única forma que tiene el príncipe de controlarme es a través de ti, ¿no?

Ren retrocedió un paso, con la espalda rígida.

—Eso es. Medítalo, colega. —Había cogido impulso y ahora nada iba a pararme—. Como salgas ahí fuera, si no te mata, te capturará. Usarte para obligarme a acceder a sus requerimientos seguramente le resulte mucho más fácil que convencer a una semihumana desconocida para echar un polvo.

—En realidad —intervino Faye—, si la semihumana no sabe lo que es él ni lo que es ella misma, no sería demasiado complicado. Los rollos de una noche son algo habitual.

Tanner se sentó con aire abatido.

—Qué desastre.

—Sigue siendo demasiado peligroso que vayas —insistió Ren, ignorándolos—. No pretendo comportarme como un capullo, pero, cuanto más lejos estés, mejor.

—Así que tengo que quedarme de brazos cruzados, ¿no? ¿Y qué se supone que debo hacer mientras tanto? ¿Ocuparme del jardín? ¿Tal vez aprender a tejer?

—Al menos así estarías entretenida. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Dicen que las manos ociosas son el juguete del diablo.

Iba a asestarle un puñetazo.

En serio.

—Te voy a meter estas manos ociosas tan hondo por el culo que pensarás que te has convertido en una marioneta.

—¿Sabes qué? —Ren se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Que puede que me guste.

Me invadió un sofoco de rabia y algo completamente diferente. No presté atención a esa otra sensación y me encaré con Ren.

—No pienso quedarme atrás. Ni lo sueñes.

—Por el amor de Dios, es imposible razonar contigo. —Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—Dejad de pelearos —intervino Tink, paseándose entre nosotros—. Me pone nervioso.

—A mí me da ganas de comer palomitas —comentó Fabian.

Me volví hacia el príncipe de la corte de verano.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Vienes desde quien sabe dónde...

—De Florida —replicó el príncipe.

—¿Quién lo hubiera dicho? —masculló Ren en voz baja.

—¿Has venido a decirnos únicamente que Drake se ha ido? ¿No podrías haber llamado por teléfono, por ejemplo?

Tanner suspiró desde detrás del escritorio.

—Todavía me necesitáis. —El príncipe entrelazó los dedos—. Después de todo, ¿cómo planeáis encontrar el cristal? O al príncipe de la corte de invierno, ahora que no sabemos adónde ha ido. Y, aunque lo descubramos, él será más listo y ocultará su presencia. Podemos detectarnos mutuamente, pero él no sabrá que trabajo con vosotros.

—¿De verdad va a creerse que un príncipe de una corte que él ayudó a erradicar ha venido a la misma ciudad para cenar con él? —dijo Ren con tono áspero, planteando una buena pregunta.

Un músculo palpitaba en la mandíbula de Fabian.

—No me considerará una amenaza. Más bien sentirá curiosidad. —Su mirada se posó en mí—. Esa será su debilidad.

Mientras le sostenía la mirada sin achicarme, tuve el presentimiento de que esa no era la única debilidad que existía.

—Todo eso carece de importancia si no sabemos adónde ha ido el príncipe —dijo Faye alzando las manos—. Podemos quedarnos aquí sentados discutiendo quién se va y quién se queda, pero todo eso da igual. No tenemos ni idea de adónde fue.

—Muy cierto —intervino Tink.

Todo el mundo se puso a especular a mi alrededor, pero eso era lo único que podían hacer: especular. Lo que no servía para nada. No podíamos seguir pistas falsas ni guiarnos por sospechas. No teníamos tiempo. Debíamos encontrar a alguien que supiera...

Entonces caí en la cuenta.

—Sé quién podría saber adónde ha ido Drake —anuncié, y todas las miradas se volvieron hacia mí—. Marlon... Marlon St. Cryers. Ya sabéis, uno de los constructores más importantes de la ciudad —añadí cuando todo el mundo siguió mirándome fijamente—. Es un antiguo que trabajaba codo con codo con Drake. Él podría saber dónde está.

Tanner se volvió hacia Faye.

—¿Te parece posible? ¿Crees que Drake confiaba lo suficiente en él como para compartir esa información?

—Estaban bastante unidos, así que es posible. —Sus ojos pálidos brillaron de entusiasmo—. Vale la pena comprobarlo.

—Entonces, eso es lo que haremos —afirmé con tono decidido—. Encontraremos a Marlon y nos aseguraremos de que hable.

La reunión prácticamente concluyó después de eso. Tanner consideraba que todo el mundo debía «calmarse y ver las cosas con perspectiva» antes de hablar de salir a buscar a Marlon. Ren me lanzó una mirada que dejaba claro que nuestra conversación —más bien discusión— no había terminado antes de salir hecho un basilisco de la habitación. El príncipe Fabian se puso en pie con elegancia; cuando me di cuenta de que había centrado toda su atención en Tink, salí al pasillo. Ren ya había desaparecido.

Faye me siguió y, cuando la miré, la tensión era evidente en su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó, asintiendo con la cabeza, pero todavía tenía mala cara—.

Es algo que dijo Fabian sobre la reina Morgana. Que no la habría reconocido si la hubiera visto.

Respiró hondo y se colocó el pelo detrás de la oreja.

—La simple idea de haber estado cerca de ella sin saberlo me da escalofríos.

Arqueé las cejas.

—¿Es tan mala?

Faye se detuvo y se volvió hacia mí.

—Lo que se dice de ella en los cuentos para entretener a los niños no es más que eso: cuentos. —Sacudió ligeramente la cabeza—. Solo los más ancianos de mi raza relatan entre susurros las historias de su brutalidad, de su espantosa crueldad. Ha cometido crímenes tan graves, que fue despojada de la habilidad de crear vida. En cierto sentido, es como nuestro hombre del saco, algo que todos tememos. Su odio hacia la corte de verano solo se ve superado por su odio hacia los humanos.

Faye apartó la mirada, tragando saliva con dificultad.

—Si ella está de por medio, que los portales que conducen al Otro Mundo se abran será la menor de nuestras preocupaciones.

*T*ras aquella espeluznante conversación con Faye, intenté encontrar a Ren, porque estaba deseando pasar al segundo asalto de nuestra discusión. Era consciente de que le había hecho daño la noche anterior, pero eso no cambiaba el hecho de que él no tenía ningún derecho a intentar decirme lo que podía o no podía hacer.

Por desgracia, se había esfumado del mapa, lo cual fue decepcionante, porque me dieron más ganas de gritarle.

La verdad era que me gustaba gritarle. Me hacía sentir... normal. Era una locura, pero me daba igual.

Como no lo encontré por ninguna parte, pasé al plan B. Me dirigí al gimnasio. Aunque no entré en la sala con las cintas de correr, sino en una más pequeña con el suelo cubierto de gruesas colchonetas y en la que había un saco de arena.

Allí me pasé el resto del día, repitiendo yo sola antiguas sesiones de entrenamiento, como si tuviera de nuevo dieciséis años. Unos meses atrás, habría rechazado la idea de que me hiciera falta practicar técnicas de evasión o movimientos rudimentarios, pero ahora era más sensata. Necesitaba practicar todo lo posible, sobre todo si pretendía enfrentarme de nuevo al príncipe de la corte de invierno.

Aunque hubiera estado bien contar con un contrincante.

Pasé al saco de arena, usando la daga de hierro. No la clavé con todas mis fuerzas, porque supuse que a mis anfitriones no les haría gracia tener un saco lleno de cortes, pero adquirí velocidad. Mientras tanto, una sensación que ahora ya me resultaba demasiado familiar fue brotando en mi estómago. Se parecía a un hambre acuciante, pero era más bien un ansia, como la que supuse que debía sentir un adicto. Era mucho menos intensa que en otras ocasiones, pero seguía allí, como una sombra en mi interior.

El sudor me chorreaba en los ojos cuando la puerta se abrió y entró un sople de aire fresco en la sala. Arranqué la daga del saco y, al volverme, vi a Brighton.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta y se sujetaba la punta de la coleta con una mano.

—Lo siento. No pretendía interrumpirte.

—No te preocupes. —Me pasé un brazo por la frente y enfundé la daga—. ¿Qué pasa?

—Estaba dando una vuelta y te vi aquí dentro. —Señaló con un gesto de la cabeza la ventanita que había en la puerta—. No te había visto desde..., bueno, desde que te atacaron. Tienes buen aspecto.

—Sí. Diría que he tenido suerte, pero supongo que solo estoy bien porque soy medio fae. —Aquellas palabras salieron de mis labios con más facilidad de la que creí posible—. Alimentarme me salvó la vida.

—Eso he oído. ¿Te importa que me sienta o sería una distracción?

—Siéntate. —Me encogí de hombros—. De todas formas, ya había terminado.

Brighton cogió una de las sillas plegables y la abrió.

—¿Cómo lo llevas? Lo de alimentarte, digo.

Me dispuse a contestar que lo llevaba bien, pero eso no fue lo que dije.

—Sinceramente, no lo sé. —Me acerqué a ella—. A ver, me alegra estar viva, pero no me gusta lo que hice para conseguirlo.

—Es comprensible —respondió, mirándome.

Aparté la mirada y me mordí el labio.

—¿Sabes lo que hicieron Ren y Tink?

Se produjo un momento de silencio.

—Tengo entendido que obligaron a Faye a someterte a un hechizo de coacción.

—Así es. Me enfadé muchísimo con ellos, pero...

—¿Ya lo no estás?

—Todavía estoy enfadada. —Exhalé bruscamente y me senté en la colchoneta, delante de ella—. Y, al mismo tiempo, no lo estoy. Entiendo por qué lo hicieron. Se lo agradezco, pero no me parece bien.

Brighton juntó las manos en su regazo.

—Supongo que la cuestión es si puedes perdonarlos.

—Ya lo he hecho —afirmé, y era la pura verdad—. No me quedó más remedio, ¿sabes? Porque yo habría hecho lo mismo para salvarlos.

Brighton esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, pues yo me alegro de que sigas viva.

Me pregunté si su madre opinaría lo mismo. Aunque, en realidad, daba igual.

—Yo también. A pesar de todo. —Me recosté apoyándome en las manos—. ¿Te has enterado de la visita que hemos tenido?

Brighton asintió.

—Sí. Es increíble. ¿Otro príncipe? ¿Y otra semihumana? —Se le tensaron los hombros—. La puta Orden nos ha mentado desde el principio.

Sofiqué una carcajada. No pude evitarlo, porque no recordaba haberla oído soltar nunca un exabrupto.

—Casi todo lo que creíamos saber resultó ser falso. —Apretó los labios—. ¿Qué otras mentiras nos habrán contado?

—Dios mío, podría ser cualquier cosa. Pero tiene que haber algún motivo para que no nos hablaran de los faes buenos ni las cortes reales. —Estiré las piernas—. ¿Y la Orden sabrá que el príncipe se ha marchado?

—Ni idea, y en este momento es demasiado peligroso ponerse en contacto con ellos para averiguarlo. —Se recostó en el asiento—. Pero vamos a tener que hacerlo. En cuanto consigamos el cristal, necesitaremos la ayuda de la Orden para abrir los portales.

—O también podemos matar al príncipe. —Ignoré su exclamación de sorpresa—. Aunque es probable que también necesitemos a la Orden para eso, teniendo en cuenta que nos haría falta toda la ayuda posible.

Brighton señaló algo evidente.

—Matar al príncipe es casi imposible.

—Casi imposible —repetí poniendo énfasis en el «casi»—. Debe tener otra debilidad aparte de un ego descomunal, y el príncipe de la corte de verano sabe cuál es. —Arrugué la nariz—. Entiendo que no le entusiasme compartir esa información; pero, si podemos debilitarlo, es probable que podamos matarlo.

Brighton lo meditó.

—Y luego solo tendríamos que preocuparnos de los otros príncipes y princesas. Después de todo, ¿quién sabe cuántos miembros de la corte de verano hay aquí?

Resoplé.

—Exacto. ¿Se supone que debemos creernos que a todos les va el rollo *hippie* de «vive y deja vivir»? —Se me ocurrió algo de pronto—. Y dudo mucho que su príncipe no se alimente de humanos. Prácticamente rezumaba poder.

—Creo que...

La puerta de la sala se abrió y apareció Tink. No estaba solo.

—Merle y compañía te estaban buscando —anunció, y luego se hizo a un lado—. Les dije que lo más probable era que estuvieras aquí o en la biblioteca, y decidí acompañarlos porque soy todo amabilidad. —Miró a Brighton y la saludó con la mano—. ¡Hola!

Brighton pareció hundirse en la silla a la vez que murmuraba:

—Hola.

Tink se volvió.

—También he encontrado a tu hija. Soy muy servicial.

Enarqué una ceja mientras dirigía la mirada más allá de Tink. Tanner se encontraba detrás de Merle. Ninguno de los dos parecía muy contento.

Me senté derecha. Supuse que querrían comentar el plan para encontrar e interrogar a Marlon.

—¿Qué pasa?

Merle irrumpió en la sala. Le colgaba algo de metal de la mano. Un momento. ¿Eso eran... unas *esposas*?

—Ren nos lo contó.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué os contó? —preguntó Tink, mirándonos con el ceño fruncido.

Los ojos de Merle eran gélidos como glaciares.

—Ivy planea huir.

16

Por un momento, el hecho de que Ren se hubiera chivado me dejó tan atónita que ni siquiera reaccioné.

Joder, ¿de verdad había ido a ver a Merle y Tanner?

¡Iba a darle tal patada en el culo que no podría sentarse en una semana!

—¿Qué? —gritó Tink, y su voz resonó en las paredes de la salita—. ¿Vas a huir?

—Ya no —dijo Merle, levantando las esposas.

Entonces me quedó claro el objetivo de las esposas. Me puse en pie bruscamente.

—¿Vas a esposarme? ¿Es que estás mal de la cabeza?

Merle aferró las esposas con más fuerza.

—Mi cabeza está en excelente forma, niña.

¿En excelente forma? Eso ni siquiera tenía sentido. Daba igual. Cuando dio un paso hacia mí, me llevé la mano a la daga.

—Como te acerques un centímetro más, vas a comprobar que esta daga sí que está en excelente forma.

—¡Ivy! —exclamó Brighton, levantándose de la silla.

Merle se quedó inmóvil.

—Planeabas huir...

—*Planeaba* marcharme cuando pensaba que el príncipe seguía aquí, lo cual solo me incumbe a mí. —Cerré los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura de la daga—. Pero ahora eso es irrelevante, ¿no?

—Eso es lo que trataba de explicarle a Merle. —Tanner, siempre en su papel de mediador, se situó a mi derecha.

—Sigue siendo peligroso. Da igual que el príncipe haya encontrado a otra semihumana a la que fecundar. —Merle alzó la barbilla—. No nos conviene

que Ivy ande también por ahí. Como dijo Ren, debe quedarse aquí, lejos del príncipe.

Me esforcé por no alterar la voz.

—En primer lugar, si quiero marcharme, lo haré. Nadie va a retenerme aquí en contra de mi voluntad. Ya he pasado por eso y me dejó huella. No pienso repetir la experiencia.

Merle hizo ademán de responder, pero Tanner le colocó una mano en el brazo, silenciándola.

—Es cierto. No la retenemos en contra de su voluntad. Puede marcharse cuando le plazca.

Agradecí su apoyo, pero todavía no había terminado.

—En segundo lugar, te estás pasando tres pueblos. —Se me tensaron los músculos del cuello—. Es verdad que, cuando me enteré de que el príncipe podía atravesar el hechizo que rodea este sitio, planeé marcharme. No soportaba la idea de que mi presencia pusiera en peligro a todos los que viven aquí, y me importa una *mierda* que estés de acuerdo o no.

Los ojos de Merle se ensancharon ligeramente.

—Pero accedí a quedarme hasta que llegaran los invitados. Aunque nada de eso importa ya. Drake ha encontrado otra semihumana y, a pesar de que es un alivio enorme, eso no implica que no tenga que cumplir con mi deber. — Cuando Merle se disponía a hablar de nuevo, se lo impedí—. No te conviene tener esa discusión conmigo. Lo digo en serio. Porque no vas a ganar.

Merle guardó silencio.

—Mamá —dijo Brighton con suavidad—. No puedes esposar a Ivy. No está bien.

—En ocasiones, lo necesario no siempre es lo correcto —contestó ella con tono frío.

Hice caso omiso de esa perla de sabiduría, porque en este momento tenía asuntos mucho más importantes de los que ocuparme. Miré a Tanner.

—¿Cuándo vamos a planear cómo encontrar a Marlon?

—Ya lo hemos planeado —contestó él, sin apartar la mirada de Merle.

Empecé a acalorarme.

—¿Cuándo?

Tanner me miró entonces.

—Hace unas horas. Un equipo sale a las nueve de la mañana para ir a buscarlo.

Me enfurecí.

—Y supongo que se me excluyó convenientemente de esa reunión, ¿no?

Tanner desvió la mirada.

Se me escapó una carcajada amarga.

—Pero apuesto a que Ren sí asistió. ¿Os contó durante la reunión que tenía planeado huir?

—Me lo dijo antes de que llegaran Fabian y sus consejeros —contestó Tanner—. Estoy seguro de que no pretendía que pasara *esto*.

Le dirigió una mirada irónica a Merle.

—Cometí el error de mencionárselo a Merle, que, como puedes ver, se lo ha tomado a pecho.

Yo sí que estaba a punto de tomármelo a pecho.

—Mañana voy a ir con ese equipo. —Rodeé a Tanner y Merle, retándola en silencio a acercarme las esposas—. Y no hay más que hablar.

No les di ocasión de responder, sino que salí al pasillo con aire indignado. Apenas conseguí dar unos pasos.

—Ivy. Espera. —Era Tink.

Respiré hondo y me volví para soltarle que lo que fuera que quisiera decirme podía esperar, pero vi la expresión de su rostro. Parecía afligido.

—¿Ibas a dejarme?

Ay, Dios.

—Yo...

—¿De verdad ibas a hacerlo? —Se acercó despacio, con la mirada cargada de emoción—. ¿Por qué?

Me pasé las manos por la cara y sacudí la cabeza.

—Eso da igual. El príncipe...

—Ha encontrado otra semihumana y ya no le interesas. Sí, lo sé, estaba allí. —Abría y cerraba las manos a los costados—. Pero ¿y antes? Planeabas dejarme..., dejarnos. Por eso Ren está tan disgustado.

—Bueno, está disgustado por muchas razones; pero, sí, esa es una de ellas.

Tink se me quedó mirando tanto rato que empecé a ponerme nerviosa.

—Así que ibas a marcharte sin decírmelo.

Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro, incómoda.

—Me enteré de que el príncipe podría atravesar el hechizo de protección y me..., me entró el pánico. Solo podía pensar en que os iba a usar a ti o a Ren. Pensé que, si me marchaba, ya no estaríais en peligro.

—¿No se te ocurrió pensar que nos preocuparíamos y saldríamos a buscarte?

—No lo pensé bien.

—No. —Pude ver el dolor en sus ojos—. Está claro que no.
La vergüenza me envolvió con si fuera un manto áspero.
—Lo sé, y lo siento. Es que haría..., haría cualquier cosa para protegeros.
—Y nosotros haríamos cualquier cosa para protegerte —contestó con suavidad—. Me salvaste la vida, Ivy.
—Y tú a mí —le recordé.
—Y me gritaste por ello. —Cuando me dispuse a contestar, prosiguió—. Entiendo por qué. En serio.
Me restregué el talón de la mano contra la cadera.
—¿Podemos..., no sé..., hacer borrón y cuenta nueva? Lo siento mucho. Era un plan estúpido...
—Un plan cruel y estúpido.
—Sí. —Suspiré—. Es verdad.
Tink alzó la barbilla.
—Ya perdí a mi familia una vez. No quiero volver a perderla, Ivy. Sentí que me sofocaba.
—Y eso es lo que eres para mí..., incluso Ren —dijo, y deseé que Ren estuviera aquí para oírlo—. Vosotros dos sois lo único que tengo. Si me hubieras abandonado, no lo habría soportado.
La culpa me oprimió la garganta. Era una sensación con la que tendría que aprender a vivir. Di un paso al frente y apoyé la mano en su brazo.
—Lo siento, Tink. Es que me entró el pánico, y sé que no es una buena excusa, pero es la verdad. Me entró el pánico y no pensé en lo que supondría para Ren y para ti. Y eso estuvo mal, porque vosotros dos sois lo único que me queda. Sois... —Inspiré hondo—. Sois mi familia.
Tink me observó un momento y luego se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus largos brazos. Me abrazó..., me abrazó fuerte. Reaccioné sin pensar y le devolví el abrazo. Apreté los ojos para contener el repentino torrente de lágrimas y apoyé la cara contra su pecho.
Estaba descubriendo que Tink daba unos abrazos maravillosos.
—Estás perdonada —me murmuró al oído—. Pero, si se te vuelve a ocurrir hacer algo semejante, no te lo perdonaré.
—Vale —susurré con voz ronca.
—Y entraré en la página de Amazon y compraré un montón de cosas raras. Además, haré pública mi lista de deseos, lo que significa que será tu lista de deseos —prosiguió—. Y no quieres eso.
Un atisbo de sonrisa me tiraba de las comisuras de los labios cuando me aparté.

—No quiero eso.

—Bien.

Dirigí la mirada hacia la puerta cerrada del gimnasio.

—Tengo que encontrar a Ren. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Creo que está en la piscina.

Me quedé boquiabierta.

—¿Hay una piscina?

Tink me miró como si fuera medio lela.

—¿Con todo lo que has deambulado por este sitio, todavía no has dado con la piscina? No estás disfrutando a tope de la vida.

*T*ink tenía razón.

No estaba disfrutando a tope de la vida si no sabía que había una maldita piscina en este edificio, y al parecer había una en la primera planta. El leve olor a cloro me guio y, con cada paso que daba, la ira que me había invadido antes resurgió con el ímpetu de un millar de soles abrasadores.

Sabía que lo de marcharme había sido un error. Ren había estado en lo cierto. Había sido una reacción instintiva, pero contárselo a Tanner era pasarse.

Era hora de tomármelo a pecho, y eso no incluía llorar ni sentirme como una cretina.

Empujé la puerta de doble hoja con las manos, entré de sopetón en la sala y me quedé parada de inmediato. Abrí los ojos como platos. La sala era amplia y estaba muy iluminada gracias a las ventanas que cubrían el lado opuesto, del techo al suelo. La piscina era enorme, de esas de tamaño olímpico; pero no fue la piscina lo que me privó de la capacidad de moverme.

Fue Ren.

—Madre mía —murmuré.

Él no me oyó, porque en ese momento estaba deslizándose bajo el agua como si fuera una especie de dios acuático. Su cuerpo se movía con elegancia y rapidez mientras nadaba. Me pareció que solo llevaba puestos unos calzoncillos negros. Vi una pila de ropa cuidadosamente doblada sobre un banco cercano y casi pude imaginármelo allí de pie, doblando los vaqueros y la camiseta. Había colocado los zapatos debajo del banco.

El tatuaje de la pantera que llevaba en la espalda se movía con él. El brillo del agua realzaba en cierto sentido aquella asombrosa obra de arte. Los

músculos de su espalda se flexionaron cuando salió a la superficie en la parte profunda de la piscina. No me vio al principio, lo cual estuvo genial porque me proporcionó más tiempo para espiarlo mientras levantaba los musculosos brazos para apartarse el agua y el pelo de la cara.

Se me secó la boca a la vez que notaba una punzaba que me bajaba desde el pecho hasta las entrañas. Ren era tan...

Volvió la cabeza de pronto hacia mí. Sus ojos eran como esmeraldas pulidas rodeadas de densas y húmedas pestañas.

Se hizo un tenso silencio mientras nos mirábamos. Él fue quien lo interrumpió.

—Hola —dijo. Se alejó del centro de la piscina y se dirigió al borde donde me encontraba.

Parpadeé despacio, esforzándome por controlar mis hormonas. Vale, sí. Ren estaba buenísimo y parecía una especie de dios. ¿Y qué? Yo no me distraía con tanta facilidad.

—Ahora mismo, estoy supercabreada contigo —le solté.

—¿En serio? —contestó él con tono cortante, apoyando un brazo en el cemento. Esbozó una sonrisa ladeada—. ¿Esta mañana no estabas también cabreada conmigo? ¿Hay alguna diferencia?

—Vaya. —Solté una carcajada áspera—. Así que te parece gracioso, ¿no? La sonrisita burlona no se le borró de la cara.

—Siempre me pareces graciosa, cariño.

Conque esas teníamos.

—¿Ah, sí? Yo te voy a enseñar algo gracioso de verdad.

Levantó el otro brazo y lo apoyó en el cemento.

—Estoy deseando verlo.

Di media vuelta, me acerqué al banco y agarré su ropa.

—Ivy...

Me volví, con actitud malévola, y me acerqué corriendo al borde de la piscina.

—No te atrevas. ¡Te lo juro por Dios, Ivy! —Los músculos de los brazos se le tensaron cuando se impulsó para salir de la piscina. En cuestión de segundos, estaba en pie—. Ivy...

—Demasiado tarde —dije, y lancé su ropa al agua.

Él se giró, pero no había forma de salvar sus pertenencias. La camiseta y los pantalones aterrizaron con un satisfactorio chapoteo. Ren se quedó mirando las prendas un momento.

—¡Joder! —exclamó.

Me giré hacia él, sonriendo como el Sombrero Loco.

—¿A que eso ha sido muy gracioso?

Me miró con los ojos entornados.

—¿Es que se te ha ido la olla?

—No, pero creo que a ti sí.

—¿Yo soy el loco? ¡Acabas de tirar mi ropa a la piscina!

—¡Y ojalá pudiera volver a hacerlo!

Me acerqué a él con aire indignado. Puesto que me sacaba como treinta centímetros, tuve que echar la cabeza hacia atrás para fulminarlo con la mirada.

—¡Te chivaste a Tanner!

Ren pareció comprender de pronto a qué venía todo esto y puso los ojos en blanco.

—¿Por eso has tirado mi ropa a la piscina? Por el amor de Dios, Ivy. — Soltó una breve carcajada—. Se lo conté a Tanner esta mañana antes de que se presentara el príncipe de la corte de verano.

—Ah, ¿así que, como te chivaste antes de que se volviera irrelevante, no pasa nada?

Ren frunció el ceño.

—Tanner debía saberlo por si no cumplías tu promesa y te largabas.

Me quedé atónita.

—¿Vas en serio?

Retrocedió un paso, apartándose el pelo mojado de la cara.

—Tan en serio como tú cuando lanzaste mi ropa a la puta piscina.

—Estoy a punto de lanzarte *a ti* a la piscina —le espeté, esforzándome por no apartar la mirada de su cara, porque estaba todo mojado y tenía un montón de piel a la vista—. No tenías por qué contárselo.

Un músculo le palpitaba en la mandíbula cuando desvió la mirada y..., maldita sea, bajé la vista. Observé su pecho duro y mojado. Unas gotas de agua seguían deslizándose por sus abdominales marcados. La cinturilla de los calzoncillos le quedaba tan baja que casi resultaba indecente, y la prenda dejaba muy poco a la imaginación. La tela empapada se pegaba a cada largo y duro centímetro...

Un momento. ¿Estaba empalmado?

Abrí los ojos como platos.

Pues sí. Así era.

—Mi cara está aquí arriba —comentó, con tono burlón.

Me puse colorada mientras levantaba rápidamente la vista.

—Gilipollas.

—No es que me importe que me mires como si quisieras darme un bocado; pero, ahora mismo, me preocupa que me muerdas de verdad.

Me crucé de brazos.

—Te prometí que me quedaría hasta que supiéramos algo del cristal, y lo habría hecho. —Apreté los puños—. Podrías haber confiado en mí.

Ren alzó la mirada hacia el techo, sacudiendo la cabeza.

—Confío en ti, Ivy. Confío en que siempre vas a hacer lo que menos me imagino.

Ladeé la cabeza.

—Te la estás jugando.

Ren desvió la mirada de nuevo y frunció el ceño cuando sus pantalones pasaron flotando por delante de nosotros.

—Siento que te pareciera mal que se lo contara a Tanner, pero creí que debía saberlo, teniendo en cuenta que nos ofreció refugio... No es que resultara un refugio muy efectivo, pero la intención es lo que cuenta. ¿Quién sabe qué habría ocurrido si te llegas a marchar, qué consecuencias podría haber tenido para este sitio? Pero, claro, no pensaste en eso. —Mi dirigió una mirada dura—. Ya sabes, mientras planeabas tu gran huida y eso.

Mierda, tenía razón en eso, pero no pensaba admitirlo.

—¿Sabes lo que hizo Merle?

—No le conté una mierda a Merle.

—Pero Tanner sí. Se presentó hace unos minutos con unas esposas. Sí. Esposas.

—¿Qué? —Soltó una carcajada, y esta vez su risa sonó más desenfadada, más real—. Habría pagado por verlo.

—¿Me estás tomando el pelo?

Él dijo algo y se volvió a reír, y juro que la ira me cegó. Me lancé hacia delante y lo empujé por el pecho con las manos.

Ren dejó de reír cuando perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

No estoy muy segura de cómo se sucedieron los hechos a continuación. Ren agitó las manos y debió agarrarme del brazo, porque cuando me quise dar cuenta estaba cayendo de lado a la piscina.

El manto de agua silenció mi chillido al engullirme. Casi me hundo hasta el fondo, apretando los ojos y conteniendo la respiración.

Joder, el agua estaba muuuy fría.

Toqué el fondo de la piscina con los pies y me impulsé hacia arriba. Salí a la superficie, jadeando. Oí un chapoteo a mi lado, que me indicó que Ren

estaba haciendo lo mismo. El impacto había hecho que se me soltara el pelo, que ahora me cubría la cara como si fuera un velo rojo y enredado. Empleé un brazo para nadar hacia un lado y el otro para apartarme el pelo de la cara.

Ren se volvió hacia mí en el agua y me miró con cara de asombro.

—Me has tirado a la piscina.

—¡Tú me has tirado a mí!

Toqué la escalerilla con los pies.

Ren se me quedó mirando un momento y luego hizo algo impensable. Se echó a reír. Se reía a carcajada limpia, agarrado del otro extremo de la piscina.

Su risa resultaba... contagiosa.

Me temblaron los labios y entonces se me escapó una risita. Fue como si se rompiera un dique. Una leve carcajada y perdí el control. Nuestra risa se elevó hasta el techo. Me reí tanto que me dolía el estómago, porque esto — nuestro comportamiento— era ridículo.

Me costaba respirar cuando llegué a la parte menos profunda, donde pude ponerme en pie con el agua hasta el pecho.

—Somos unos idiotas... —me interrumpí al mirar a Ren. Estaba allí plantado, observándome, con la boca ligeramente abierta como si acabara de presenciar un eclipse solar total—. ¿Qué pasa?

—Pues... —Sacudió la cabeza y se sonrojó—. Es que hacía muchísimo tiempo no te oía reír así.

Fruncí el ceño, dejando flotar los brazos a los costados. Nuestras miradas se encontraron a pesar de la distancia.

—Es... como si hubiera pasado mucho tiempo. Es agradable reír así. — Me sentí tonta al admitirlo, así que me puse colorada.

Ren se apartó de la pared y nadó hacia el centro de la piscina.

—Ha sido precioso.

Me mordí el labio mientras lo miraba acercarse.

—¿En serio?

—Sí. —Llegó a la parte donde pudo tocar el suelo con los pies. Transcurrió un momento de silencio durante el que vi cómo su pecho subía y bajaba con respiraciones bruscas—. Ojalá te oyera reír más a menudo.

Una emoción se propagó por en mi interior, dejándome sin aliento.

Ren se detuvo.

—Lo único que quiero es que tengas ganas de reír más a menudo. Al fin y al cabo..., eso es lo único que deseo.

Estaba a punto de decirle que había cosas mucho más importantes que desear, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta porque yo

también quería eso. Yo también lo deseaba.

Noté que estaba a punto de echarme a llorar.

—Habla conmigo —me suplicó con dulzura, como siempre lo hacía—.
Habla conmigo, Ivy.

Fue como si el borde afilado de una daga rozara un globo demasiado inflado. Estallé, dejando escapar todos mis pensamientos y sentimientos, que me envolvieron y amenazaron con volver a sumergirme.

Se acabó el esconderse, el fingir. Se acabaron las mentiras. Cerré los ojos.

—Yo... ya no sé quién soy.

Ya estaba.

Lo había dicho.

Lo había dicho en voz alta y se lo había dicho a Ren. No podía retractarme, no podía borrar esas palabras una vez pronunciadas. Imposible.

—Ivy. —Dijo mi nombre como si estuviera sufriendo. Como si él también fuera un globo reventado.

Mantuve los ojos cerrados porque no podía mirarlo a la cara.

—Desde lo de..., lo del príncipe, no me he sentido yo misma. Hice cosas y sé..., sé que él me obligó a hacerlas, pero me hizo sentir que no era yo. — Saqué las manos del agua y apreté los puños—. Ahora ni siquiera parezco yo misma, y tengo esto dentro de mí..., esta necesidad que no estaba antes..., esta hambre. Me...

Apreté los labios, inhalé bruscamente por la nariz y abrí los ojos. Ren no se había acercado más. Permanecía inmóvil como una estatua, pero me observaba, y supe que no había apartado la mirada en ningún momento.

—Y no he dejado de darle vueltas, ¿entiendes? Me paso las horas intentando encontrar sentido a todo lo que ha ocurrido. Por eso aquellos faes me dieron una paliza. No estaba prestando atención, ni he estado comiendo bien, y..., y esa noche decidí hablar contigo por fin. Iba a contarte lo que me estaba ocurriendo, pero te..., te vi con Tink y Faye en una de las salas comunes, y parecías tan relajado. Tan relajado y normal que no quise estropearlo. No quise arrebatarte eso.

Ren cerró los ojos, con el rostro tenso.

—De verdad que tenía planeado hablar contigo esa noche, pero entonces..., entonces pasó lo del ataque. —Respiré entrecortadamente—. Después me alimenté y nos..., ya sabes lo que pasó. Luego me enteré de que

el príncipe podía atravesar el hechizo de protección y me entró el pánico. Me acojoné y sí..., ¡sí! Mi plan era una estupidez. Una reacción instintiva. Tenías razón. Y Tink también, porque además era una idea cruel. Y siento no habértelo contado. Estaba huyendo, y estuvo mal, pero solo quería asegurarme de que los dos estuvierais a salvo, porque Tink y tú sois lo único que tengo. Quería tener el control, pero no lo medité bien.

Ren había abierto de nuevo los ojos. Estaba pálido y tenía una expresión tensa. Me costó mirarlo, porque su rostro reflejaba lo mismo que sentía yo.

—Y, esta mañana, me..., me desperté y me dije que todo iba a ir bien. Que iba a mantener la calma. Que yo tenía el control. Que podía ignorar el hambre. Que mi cuerpo me pertenecía, igual que mis pensamientos. Que podía acostumbrarme a tener la piel ligeramente plateada y las orejas un poco puntiagudas. Incluso me recogí el pelo para demostrarlo. —Estaba divagando, pero no podía detenerme—. Esta mañana, me desperté diciéndome que tenía el control, y... resulta que no es verdad.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo mientras retrocedía hasta chocar con la pared de la piscina.

—Tú me dices que tengo que quedarme aquí, luego Merle intenta esposarme a sabe Dios qué, y yo lo único que quiero es que las cosas vuelvan a ser como antes.

Ren tensó la mandíbula y transcurrió un largo momento de silencio.

—Lo siento.

Me lo quedé mirando sin saber qué decir, pues no esperaba esa respuesta.

—No pretendía arrebatarte eso hoy. Joder. —Levantó una mano y se la pasó por la cabeza, echándose el pelo mojado hacia atrás—. Solo quería que estuvieras a salvo, y si el príncipe se había marchado de Nueva Orleans, estarías a salvo aquí.

—Ya lo sé —susurré, limpiándome las lágrimas que me bajaban por las mejillas—. Pero tengo que acompañarte cuando vayas a buscar a Marlon. Tengo que...

—Recuperar el control. Lo entiendo. —Bajó la mano mientras avanzaba, agitando el agua—. Te he complicado las cosas a pesar de que pensaba que te lo estaba poniendo más fácil, que estaba haciendo lo correcto.

—Los dos nos hemos equivocado —admití en voz baja, y era cierto. Los dos pensábamos que estábamos haciendo lo mejor para el otro; pero, al final, estábamos haciendo más mal que bien.

Ren apartó la mirada, apretando la mandíbula.

—Sí, pero yo te eché en cara que pretendieras marcharte sin mí, y luego voy y planeo hacer lo mismo.

—Pero tú seguramente tenías pensado decírmelo antes de irte —señalé.

—Eso da igual. —Se le tensaron los músculos de los hombros—. Somos un desastre, ¿verdad?

Me quedé otra vez sin aliento. Ren no me estaba mirando, y sentí que se me encogía el estómago como si estuviera en una montaña rusa.

—Ya sé que probablemente no quieras seguir conmigo. Sé que te hice daño y... maldita sea, tenías razón cuando dijiste que siempre he estado huyendo. No tienes que seguir persiguiéndome. No está bien. —Tragué saliva con dificultad mientras él giraba la cabeza hacia mí—. Ni siquiera tuvimos la ocasión de tener una relación normal. No me sorprende que no esté funcionando. No podemos...

—¿Qué?

Ren se desplazó por el agua como si hubiera nacido en dicho elemento. En cuestión de segundos, estaba justo delante de mí, cubriéndome las mejillas con las manos.

—Hagamos una pausa, porque quiero dejar algo muy claro.

Nuestras miradas se encontraron y fui incapaz de responder siquiera.

—Estaba cabreado contigo. Y es probable que tú sigas cabreada conmigo. Nos peleamos y tenemos que resolver algunas cosas, pero eso es normal. Toda la mierda con la que debemos lidiar más allá de nosotros no es normal, pero sigue habiendo un nosotros. —Me dirigió una mirada escrutadora—. Sigo queriéndote. Sigo aquí contigo. ¿Tú ya no sientes lo mismo?

El corazón estaba a punto de explotarme en el pecho. Hasta ese momento, no era consciente de cuánto necesitaba oír eso..., recordar que esto era normal. Las parejas se peleaban. A veces decían cosas de las que se arrepentían. A veces no estaban de acuerdo y hacían cosas que podían herir al otro. Ni que Shaun y yo no hubiéramos discutido nunca. Hubo veces en las que uno le colgaba el teléfono al otro. O le cerraba la puerta en las narices. Pero... se me había olvidado.

Se me había olvidado que podíamos capear la tormenta juntos.

Y eso era lo que hacía que *esto* fuera diferente, que fuera especial; porque yo sabía que ahí fuera, en el mundo *normal*, había gente que nunca superaba el primer obstáculo, que se rendía en cuanto las cosas se ponían difíciles o debían admitir que se habían equivocado. Los obstáculos a los que nosotros les habíamos hecho frente eran inmensos. Y seguían presentes, de una magnitud descomunal, irguiéndose imponentes sobre nosotros y

acechándonos como la sombra del invierno cuando te aferras desesperadamente a la calidez del verano.

—Sigo aquí —dije con voz trémula. Me temblaba todo el cuerpo—. Sigo contigo. Sigo queriéndote. Nunca he dejado de quererte. No podría.

No estoy segura de quién se movió primero. Podría haber sido yo. Quizá fue Ren. No obstante, la distancia que nos separaba se desvaneció y no sé si él me besó o yo lo besé. Nos aferramos el uno al otro. Ren me cubrió las mejillas con las manos. Yo me agarré de sus hombros, poniéndome de puntillas.

Y, cuando nuestros labios se unieron, nos dimos un beso infinitamente dulce y tierno. Nuestras bocas se rozaron, dando paso a una lenta exploración, como si estuviéramos familiarizándonos de nuevo el uno con el otro... y, en el fondo, así era.

Noté su piel desnuda bajo mis manos, caliente y mojada. Ren desplazó una mano, rozándome la oreja con los dedos, y la hundió en mi pelo. Separé los labios, musitando su nombre, y el beso se hizo más profundo a la vez que el cuerpo de Ren se estremecía, pegado al mío.

Dios, había echado esto de menos: la cercanía, la intimidad. Lo que ocurrió entre nosotros después de que me alimentara de él no había sido íntimo. Simplemente, nos habíamos dejado llevar por una necesidad feroz. Esto era diferente.

Deslicé las manos por su pecho, hasta donde su corazón palpitaba a un ritmo tan desenfrenado como el mío.

Ren se apartó para preguntar:

—¿Estás bien?

¿Lo estaba? Nos encontrábamos en una piscina y, *minutos* antes, estábamos discutiendo. Podría entrar alguien en cualquier momento, pero seguía habiendo un nosotros, y eso era lo único que me importaba. Deseaba a Ren. Lo necesitaba con una intensidad que no había experimentado nunca, y lo estaba besando sin intentar absorber su esencia.

Necesitaba esto.

—Sí —contesté, y supuse que también debería demostrárselo.

Le rodeé el cuello con un brazo y me pegué a él, uniendo nuestras bocas. Este beso no se pareció en nada al anterior. No empezó siendo dulce y lento.

Oh, no.

Ren dejó escapar aquel gruñido gutural que siempre me hacía estremecer y transformaba mi sangre en lava fundida. Crispó la mano con la que me sujetaba la nuca y bajó la otra hasta rodearme la cintura con el brazo,

fundiendo nuestras caderas. El beso se hizo más profundo y el primer roce de su lengua contra la mía fue como acercar una cerilla a un reguero de gasolina.

Ren me empujó, atrapándome entre su cuerpo y la pared de la piscina. Ladeé la cabeza mientras su mano se deslizaba por mi cadera hasta el muslo. Gemí contra su boca cuando me levantó la pierna e hizo que le rodeara la cintura con ella.

Puesto que él solo llevaba calzoncillos y yo unas mallas finas, casi parecía que no hubiera nada entre nosotros. *Casi*. Podía notar su dura erección contra mi entrepierna y, cuando empujó las caderas hacia delante, pensé que me iba a correr allí mismo.

Mi cuerpo reaccionó por instinto. No estaba pensando en que nos habíamos peleado, en que yo había cambiado ni en lo que el príncipe me había hecho. Nada de eso tenía cabida. Nos besábamos como si hubiéramos cruzado un desierto y acabáramos de encontrar agua. Cada vez que yo mecía las caderas, él respondía de igual forma. Nuestros cuerpos se movían, agitando el agua, y nuestras manos exploraban, deslizándose sobre piel mojada. Él metió las suyas debajo de mi camiseta y las fue subiendo por mis costillas, más y más, hasta que pensé que se me iba a salir el corazón del pecho.

Entonces, Ren se detuvo.

Interrumpió el beso y apoyó la frente contra la mía, jadeando. Me cubrió la mejilla con una mano.

—Tal vez..., tal vez deberíamos ir más despacio. —Noté su cálido aliento sobre mis labios—. Quiero asegurarme de que estés lista para hacer esto.

Me derretí por dentro. Le acaricié la mandíbula mientras abría los ojos, buscando su mirada. Lo miré fijamente.

—Estoy lista. Listísima, y... no quiero esperar.

Ren gruñó algo muy parecido a «gracias a Dios» y luego me besó de nuevo. Nuestras manos tantearon a ciegas en el agua. Conseguí liberar su pene y, de algún modo, él se las arregló para bajarme las mallas empapadas hasta las rodillas. Fue una labor compleja y no parábamos de reírnos porque, madre mía, las mallas mojadas suponían todo un reto; pero, entonces, las risas se apagaron.

Ren me sostuvo la mirada con una intensidad abrasadora mientras me levantaba lo suficiente como para notar su erección entre mis muslos. A continuación, desplazó los labios sobre los míos y a lo largo de mi mandíbula mientras llevaba una mano hasta mi sexo. Cuando introdujo un dedo, casi estallo como un barril de pólvora.

—Dios mío —jadeé contra su boca, aferrando su brazo.

Ren movió la mano, presionando la palma justo contra el punto más sensible. Añadió otro dedo y ambos soltamos un gemido. No pude soportarlo más y, cuando dobló aquel dedo dentro de mí, el primer orgasmo fue tan intenso que dejé caer la cabeza contra su hombro para silenciar un grito.

—Te he echado de menos —dijo con voz ronca y entrecortada—. Joder, te he echado tanto de menos.

Una emoción en estado puro brotó a medida que mi cuerpo se estremecía. Ren me fue repartiendo besos por el cuello para que levantara la cabeza.

—Te he echado de menos —contesté—. He echado todo esto de menos.

—Ya no —me prometió—. Nunca más.

Entonces me penetró, como yo deseaba, como lo deseaba *siempre*. Al principio, resultó impactante. Ren no era pequeño precisamente y, con las mallas por las rodillas, yo no podía separar mucho las piernas, y por algún motivo eso hizo que todo fuera mucho más... *guau*. La fricción..., la presión era increíble.

Ren empezó a moverse. Me sujetó la nuca con una mano y me rodeó la cintura con la otra mientras empujaba las caderas contra las mías, realizando una larga y profunda embestida tras otra.

Hacer esto, sabiendo que podrían descubrirnos en cualquier momento, era una locura, pero eso no nos detuvo. Solo estábamos nosotros dos, moviendo nuestros cuerpos al unísono hasta que nos invadió el frenesí y el agua salpicó por encima del borde de la piscina.

—Joder, cariño —gruñó Ren, y sentí que aquella abrumadora tensión volvía a crecer en mi interior, una mezcla de anhelo y lujuria.

Ren me empujó hacia atrás y noté que el cemento áspero se me clavaba en la espalda mientras él se hundía hasta el fondo en mis entrañas y se restregaba contra mi hasta llevarme de nuevo al orgasmo. Me corrí, soltando un grito, mientras él escondía la cabeza en mi cuello y me penetraba una vez más y luego otra antes de estallar también, pronunciando mi nombre con un suspiro brusco que me produjo un cosquilleo en aquella zona extrañamente sensible que tenía en el cuello, debajo de donde me latía el pulso.

Me quedé flácida en sus brazos, con la mejilla apoyada en su pecho resbaladizo. Fui vagamente consciente de que Ren se retiraba de mí y me bajaba para que pudiera apoyar los pies en el fondo de la piscina. Aunque no se apartó, sino que siguió abrazándome con fuerza.

Apoyó el mentón en mi coronilla mientras su respiración se iba ralentizando. Permanecimos así un rato, sin hablar. Solo se oían nuestras

respiraciones y el murmullo del agua.

Fue Ren quien rompió el silencio. Me apretó la nuca con la mano y me preguntó:

—¿Estamos bien?

Por primera vez en días, no tuve que pensar en cómo responder. Supe la respuesta de inmediato.

—Todo se arreglará.

18

Practicar sexo sin alimentarme no solucionó todos los problemas que teníamos y a los que aún debíamos hacerles frente; pero, desde luego, me calmó lo suficiente para hablar de ellos.

—No sé tener una relación —admití con la mejilla pegada al pecho de Ren.

Después de salir de la piscina, regresamos a nuestro cuarto y nos pusimos ropa seca. Bueno, más o menos: Ren se puso unos pantalones de chándal y yo cogí una camiseta suya lo bastante larga como para cubrir todas las partes interesantes. Luego nos tumbamos en la cama, él de espaldas y yo de costado, pegada a él. Ren me rodeaba la cintura con el brazo y tenía la mano apoyada en mi cadera.

—A ver, creo que antes sabía. Cuando estaba con Shaun. Pero supongo que he olvidado cómo se hace.

—No creo que haya una sola forma de tener una relación. —Su mano permanecía inmóvil, pero el pulgar realizaba un movimiento lento y continuo—. Y ¿sabes qué más creo?

—¿Qué?

Ren se colocó de costado y, de pronto, estábamos cara a cara.

—Que debemos darnos un respiro.

Recorrí su rostro con la mirada.

—Me gusta cómo suena eso.

Me dedicó una sonrisa ladeada mientras su mano ascendía por mi costado.

—Lo digo en serio. Los dos las hemos pasado canutas. Todavía lo estamos superando. Vamos a cometer errores, no somos perfectos.

Junté las manos entre nuestros cuerpos y esboqué una leve sonrisa.

—Tú eres prácticamente perfecto.

Ren cogió uno de mis rizos y lo estiró.

—No, no soy perfecto. Esta mañana debería haber mantenido la boca cerrada. —Soltó el mechón y observó cómo recuperaba su forma original—. Tienes derecho a estar cabreada por eso.

Sí, todavía lo estaba.

—Y tú tienes derecho a estar cabreado conmigo por intentar dejarnos tirados.

—Cierto. —Me tocó la mejilla con un dedo, sonriendo—. Fíjate, estamos de acuerdo en algo.

—Así que ¿no te vas a poner como loco cuando mañana me levante y me prepare para ir a buscar a Marlon?

—No. —Suspiró—. No va a ser fácil, pero lo soportaré.

—Bien.

Deslizó el dedo por mi pómulos.

—Y tú vas a seguir hablando conmigo, ¿verdad? Sobre todo cuando sientas que ya no sabes quién eres. Vas a permitirme ayudarte a recordarlo, ¿de acuerdo?

Los ojos se me anegaron en lágrimas de inmediato. Ren se dio cuenta, porque su mano se quedó inmóvil, con el pulgar justo debajo de mi labio.

—¿De acuerdo? —insistió.

—De acuerdo —contesté con voz entrecortada.

Bajó la mano y me pasó el pulgar por el labio.

—Prométemelo, Ivy.

Tuve que tragar saliva para aliviar el repentino nudo que me oprimía la garganta.

—Te lo prometo.

Se inclinó hacia mí, reemplazando el dedo por sus labios, y me besó con ternura. Cuando se apartó, su mirada parecía un poco menos taciturna.

—Cuando estábamos en la piscina y dejaste que hiciera realidad tus sueños...

—Ya te vale.

Entonces sonrió de oreja a oreja y el corazón me dio un vuelco. ¡Se le marcó un hoyuelo! Y estaba segura de que, si pudiera verle toda la cara, ambos habrían hecho acto de presencia.

—¿Cómo te sentiste? Aparte de extasiada, claro está.

Puse los ojos en blanco.

—Me sentí... normal. No estaba pensando en... —Me sonrojé, pero no me permití retraerme—. No estaba pensando en él ni nada parecido.

Si eso lo tenía preocupado, no lo demostró.

—¿Y qué hay de lo de absorber mi esencia?

El calor que sentía en las mejillas se intensificó, pero no me dejé vencer por la vergüenza.

—No sentí deseos de alimentarme. Ni se me pasó por la cabeza.

—Eso está bien, ¿no?

—Sí, pero es que... no sé si siempre será así o si volverá a apoderarse de mí... esa ansia. —Me obligué a continuar—. Es decir, sigue ahí. No constantemente, pero es como... una indigestión.

Él alzó una ceja.

—Aunque es más grave que la acidez de estómago —añadí.

Ren guardó silencio un momento.

—Tienes que confiar en ti misma, Ivy. Ya sé que se dice pronto, pero no quisiste alimentarte ni siquiera cuando te estabas... muriendo. Y, cuando lo hiciste, te detuviste. Esa parte de ti no ha desaparecido. No me preocupé ni un instante por si te abalanzabas sobre mí como el bicho ese de las pelis de *Alien*.

Solté una risita suave.

—Es bueno saberlo.

—Confío en ti. —Me miró fijamente a los ojos—. Y pienso asegurarme de que empieces a confiar en ti misma.

Mi vista se empañó de nuevo, y el hecho de me diera un beso en la nariz no ayudó.

—Ahora, pasemos a un tema mucho más serio.

Ay, Dios.

Ren se apoyó en un codo.

—No estoy seguro de si te has dado cuenta, pero eres muy fuerte.

—Pues claro que soy fuerte —murmuré.

Apoyó la mano en la curva de mi cintura.

—No, Ivy. Más fuerte de lo que crees.

Lo miré con cara de confusión.

—Cuando me tiraste a la piscina, no fue porque perdiera el equilibrio. No debería haberte resultado tan fácil empujarme.

Mi ceño se hizo más pronunciado, pues no estaba segura de si debería sentirme ofendida por ese comentario.

—Llevo entrenándome desde que tengo uso de razón. Derribarte no es tan difícil.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—Y yo llevo entrenándome desde que tengo uso de razón. Además de que peso unos cincuenta kilos más que tú. Pero, cuando me empujaste, fue como si me golpeará un camión.

—Caray —mascullé—. Eso no es muy halagador.

Ren se rio entre dientes y me miró enarcando las cejas.

—Quiero probar algo, ¿vale? Quiero que me sujetes.

Me quedé asombrada.

—¿Lo dices en serio?

Asintió con la cabeza.

—Quiero comprobar si puedes...

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me incorporé, coloqué las manos en sus hombros y lo empujé contra la cama. Luego me senté a horcajadas encima de él.

—Vale —dijo, riéndose—. Veo que te apuntas.

—Siempre estoy dispuesta a bajarte los humos —contesté con una sonrisa.

Me lanzó un beso y entonces noté que sus músculos se tensaban bajo mis manos. Empezó a incorporarse, pero empujé y lo mantuve relativamente inmóvil.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? Venga ya, Ren. Deja de jugar conmigo.

—No estoy jugando contigo.

Apretó la mandíbula mientras su cuerpo se tensaba debajo del mío. Levantó los hombros, pero ejercí más presión, impidiéndole levantarse.

—Madre mía —gruñó, desplomándose y perdiendo los centímetros que había conseguido avanzar—. A eso me refería.

Levanté la cabeza, confundida.

—¿De verdad no estás haciendo el tonto? ¿No te puedes levantar?

—No.

No me lo acababa de creer.

—Prueba otra vez.

—Como quieras. —Flexionó los abdominales y pude notar la potencia y la fuerza de su cuerpo. No estaba conteniéndose, pero tampoco estaba logrando grandes avances. Le temblaron los músculos—. ¿Lo ves?

Lo solté, atónita, y Ren se incorporó de golpe. Logró rodearme la cintura con un brazo antes de que yo saliera despedida.

—Joder.

—Y que lo digas. —En cuanto recobré el equilibrio, volvió a tumbarse en la cama—. A eso me refería. Eres más fuerte que yo.

Me lo quedé mirando, incapaz de reaccionar. Siempre había sido rápida y fuerte. Eso se conseguía con años y años de entrenamiento, pero Ren tenía más masa muscular. No debería haber podido con él.

El hoyuelo apareció en su mejilla.

—Y es supersexy.

Ladeé la cabeza, suspirando.

—¿Qué pasa? ¿Te acuerdas de aquella noche en la que me tumbaste?

—Claro que sí. Te colaste en mi apartamento —contesté con sorna.

—No me colé. Las puertas del balcón no estaban cerradas.

Puse los ojos en blanco.

—Aun así, entraste sin permiso, Ren.

Él pasó ese detalle por alto.

—En fin, que creo que tienes algo de la fuerza de una fae.

Me eché hacia atrás, colocando las manos en sus abdominales.

—¿Sabes?, supongo que por todo esto de ser semihumana nunca me enfermé de pequeña. Nunca me rompí ningún hueso, pero nunca he sido *tan* fuerte.

—Probablemente sea por alimentarte —sugirió, apoyando las manos con suavidad en mis caderas.

Recordé el momento en el que desperté.

—Faye me dijo que podría experimentar otros... cambios, y además... rompí las restricciones que me impusieron. Me había olvidado de eso.

—¿Restricciones? —Se le borró la sonrisa de la cara.

—Pues sí. ¿No lo sabías? Al parecer, les preocupaba que hiciera algo horrible. —Solté un largo suspiro, pensando en cuando estuve entrenándome horas antes. No me había empleado a fondo con el saco de arena, así que no me habría dado cuenta en caso de ser más fuerte que antes—. Puede que se me pase.

—Puede ser. —Ladeó la cabeza—. Pero fíjate en Faye o en Kalen y Dane. Ellos no se alimentan de humanos y son fuertes.

Y, además, yo había cambiado físicamente. Eso era innegable. Ser más fuerte no estaba mal. Nada mal. Teniendo en cuenta a qué me dedicaba y a lo que debíamos hacerle frente, era una bendición.

Qué curioso.

No estaba segura de qué me parecía aceptar esos cambios. Y entonces comprendí que podía aceptarlos. Solo tenía que permitirme hacerlo.

¿Podía ser tan fácil?

Me moví, pero me quedé quieta de inmediato. Algo había captado toda mi atención. Noté que Ren se estaba empalmando debajo de mí. Alcé las cejas.

—No me lo puedo creer.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Por si no te acuerdas, no llevas nada debajo de mi camiseta, y estás sentada encima de mí.

Un intenso hormigueo emanó desde donde podía notarlo, presionando contra mí.

—Llevas razón.

—Y, como te dije, me parece supersexy que puedas conmigo.

Me reí mientras me inclinaba hacia delante. Me maravilló la forma en la que sus abdominales se tensaron en respuesta y sus ojos verdes adquirieron un tono más oscuro.

—Debe estar bien ser un tío.

Entrecerró los ojos mientras deslizaba los dedos por el borde de la camiseta.

—Lo está cuando te tengo sentada sobre mi rabo.

Solté una carcajada y obtuve dos hoyuelos como premio.

Ren rodeó el dobladillo de la camiseta con los dedos.

—Quiero verte.

Me quedé sin aliento, porque supe a qué se refería. Se me aceleró el pulso de inmediato. Estaba en cueros debajo de la camiseta.

—¿Puedo?

Asentí con la cabeza, mordiéndome el labio.

Ren levantó la prenda y me la sacó por la cabeza. Cuando la lanzó sobre la cama, a su lado, me quedé completamente desnuda y no hubo forma de ocultar el hecho de que todo mi cuerpo tenía un matiz plateado.

Y Ren me observaba captando cada detalle.

Me miró a los ojos y luego su mirada fue descendiendo, con tal intensidad que casi parecía una caricia física. Noté que su mirada me recorría los hombros. Se me hincharon los pechos y se me endurecieron los pezones, y me costó permanecer allí sentada mientras sus ojos seguían avanzando, pasando sobre el vértice entre mis muslos hasta llegar a mis rodillas dobladas.

—Gracias —dijo, por fin, con voz ronca.

Se me secó la boca.

Las puntas de sus dedos se deslizaron por mis costados y mis caderas, bajaron por la cara externa de los muslos y luego volvieron a subir, pasando

por el bajo vientre. Sus manos se detuvieron justo debajo de mis pechos.

—Eres preciosa, Ivy. Ya te lo he dicho, ¿verdad?

—Sí —contesté, encontrando al fin la voz.

Se le dibujó una media sonrisa mientras me rozaba la curva de los pechos con los dedos.

—Me parece que no te lo digo con bastante frecuencia.

No pude contener un jadeo.

—Puedes seguir repitiéndomelo. —Se me entrecortó la voz cuando sus dedos se aproximaron a mis pezones antes de alejarse de nuevo—. No me importa.

Ren se mordió el labio inferior y lo mantuvo preso con los dientes. Ciertas partes de mi cuerpo se tensaron en respuesta. Me rodeó el centro de los pechos con los dedos, y la tortura de que se acercara para luego alejarse fue casi insoportable.

—Mañana vamos a tener que madrugar —comentó siguiendo los movimientos de sus dedos con la mirada.

—¿Cuál es...? —Me estremecí cuando se acercó una vez más—. ¿Cuál es el plan?

—Faye se está ocupando de averiguar dónde vive Marlon, puesto que no creo que se siga quedando en aquel hotel. —Deslizó las manos hasta mis costillas. A estas alturas, la expectativa me tenía jadeando—. Además, teniendo en cuenta que no suele presentarse en el Flux hasta la noche, no podemos permitirnos esperar hasta entonces.

—Estoy de acuerdo. —Tragué saliva, intentando concentrarme—. ¿Quién viene con nosotros?

Me sentí decepcionada cuando Ren mantuvo las manos en mi cintura.

—No estoy muy seguro todavía.

Me dispuse a responder, pero Ren se sentó de pronto. Me rodeó la cintura con un brazo y ladeó la cabeza ligeramente para besarme. Fue un beso breve, demasiado breve, y luego se apartó, mirándome a los ojos.

Al principio, no tuve ni idea de qué estaba tramando. Era evidente que quería llevar las cosas más lejos. Aparte de que me había desnudado, todavía notaba su erección, y aquella mirada intensa era inconfundible; pero no hizo nada al respecto.

Y entonces..., entonces comprendí qué se proponía, y por poco me echo a llorar.

Estaba esperando.

Me estaba pasando las riendas, me estaba dando todo el control.

—Te quiero —susurré, y entonces tomé el control y le mostré qué quería que hiciera primero con las manos y luego con la boca.

—*Me* ha costado mucho, pero creo que he descubierto dónde vive Marlon — anunció Faye a la mañana siguiente.

Estábamos sentados alrededor de una mesita de la cafetería. La gente se me había quedado mirando, pero no dejé que me afectara. En este momento no podía permitirme distraerme con tonterías, y lo estaba logrando. El hecho de que Tink estuviera sentado a mi izquierda y Ren a mi derecha ayudaba.

—No se ha alojado en el hotel desde que terminaron su nueva casa hace cosa de un mes —nos explicó Faye mientras yo cogía un trozo de beicon. Mi apetito no había vuelto a la normalidad, pero me hacía falta comer—. Se compró una casa antigua en Lake Vista. Terminaron de renovarla hace unas semanas.

—¿En Lake Vista? —pregunté, asombrada.

Madre mía, ese era uno de los barrios más lujosos y exclusivos de Nueva Orleans. Ser un fae antiguo y malvado debía salirle rentable.

—Pues sí. La casa está en Flamingo Street. —Volvió el portátil que tenía delante hacia nosotros para que le echáramos un vistazo a la mansión—. ¿A que es bonita?

—Qué envidia —susurré observando la preciosa casa de dos pisos y con un balcón. Faye había sacado la foto de la página web de una inmobiliaria.

Tink se inclinó hacia delante, entornando los ojos.

—¿Por qué no vivimos en un sitio así?

—Si quieres vivir en un sitio como ese —contesté, mirándolo—, vas a tener que buscarte un trabajo.

—No creo estar cualificado para ningún trabajo que te ayude a pagar esa casa.

Ren resopló.

—*A lo que íbamos*. —Mordisqueé el trozo de beicon—. Seguro que ese barrio está cercado.

—Y tienen guardias de seguridad —añadió Faye.

—No hay problema —comentó Ren mientras cogía una rebanada de pan integral y me la ponía en el plato.

Faye cerró el portátil.

—Nosotros no hacemos daño a los humanos.

—Descuida. —Ren dirigió la mirada hacia Dane y Kalen, que estaban sentados al lado de Faye—. Debemos colarnos en ese barrio con la mayor discreción posible.

—Y eso significa que quieres que coaccionemos a los guardias. —Dane se inclinó hacia delante, cruzando los brazos sobre la mesa—. Por mí, no hay problema.

Faye suspiró.

Disimulé una sonrisa mientras le daba un mordisco al pan, y me arrepentí de inmediato. Sin mantequilla ni mermelada sabía a cartón. Dejé caer la rebanada en el plato y tomé un sorbo de café para quitarme el mal sabor de boca. ¿Cómo rayos podía Ren comerse eso?

—Por mí, tampoco —dijo Kalen—. Pero dudo mucho que quienquiera que esté apostado en la entrada sea humano. Marlon tendría que ser idiota para permitir algo así.

—Bien pensado. —Ren le echó un vistazo a la rebanada que yo había desechado—. En cualquier caso, vamos a tener que actuar con rapidez y rogar que Marlon esté en casa.

—¿Y luego, qué? —preguntó Tink.

—Disponemos de un medio de transporte que no levantará sospechas de inmediato —contestó Dane, inclinando su cabeza morena hacia un lado.

—¿Y luego, qué? —repitió Tink.

Ignoré a Ren cuando le dio un empujoncito a eso que él llamaba pan, acercándomelo.

—Luego entramos en la casa.

Tink ladeó la cabeza mientras yo cogía otro trozo de beicon.

—Eso no va ser fácil, precisamente.

—No. —Ren soltó un profundo suspiro cuando comprendió que ni loca iba a volver a meterme ese pan en la boca, así que lo cogió de mi plato—. Por eso debemos ser rápidos, porque nos reconocerán de inmediato.

—Pero a mí no me conocen —señaló Tink—. Podría asestarles un ataque relámpago.

Me lo quedé mirando.

—De eso nada. Tú te vas a quedar aquí tranquilito.

Tink frunció el ceño.

—Pero...

—Deberías quedarte a hacerle compañía al príncipe Fabian —sugirió Faye—. No va a venir con nosotros.

Los labios de Tink esbozaron una sonrisa.

—Puedo encargarme de eso. ¿Cuándo os marcháis?

Kalen comprobó la hora en su móvil.

—En cuanto esta semihumana canija termine de desayunar.

Me detuve con el trozo de beicon a medio camino de la boca.

—¿Semihumana canija?

El fae me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Estás lista para hacer esto? —preguntó Dane, sin rastro de sonrisa—. No pretendo sonar como un capullo, pero has estado un tiempo fuera de juego y...

—Y dos faes me patearon el culo no hace mucho —concluí por él. Miré a Ren de reojo. Él me había hecho la misma pregunta esta mañana, y no me había sido fácil responder—. En cuanto a lo de si estoy lista, eso creo.

Esa respuesta no pareció convencer a Dane.

—Si Marlon está allí, habrá un montón de faes con él, y no se trata de un fae normal...

—Es un antiguo. Ya lo sé. —Se me tensaron los hombros—. Pero ya no soy la misma Ivy a la que atacaron en el patio.

—Está lista —afirmó Ren mirando a Dane a los ojos.

Dane se quedó callado un momento y luego dijo:

—Más le vale.

Entorné los ojos, pero entonces Ren me rodeó los hombros con el brazo y se inclinó para besarme en la sien, y me distraje por completo.

—Termina de comer —me susurró, rozándome la curva del pómulo con la nariz—. Y, con suerte, antes del almuerzo ya sabremos dónde está exactamente ese cabrón.

19

El medio de transporte resultó sorprendentemente ingenioso. Se trataba de la furgoneta de una floristería, salvo que dentro no había flores, solo un asiento en un lateral y cadenas atornilladas al otro.

Era la furgoneta ideal para un secuestrador.

Kalen y Dane iban delante. Faye se quedó en el hotel por si la reconocían, ya que no sabíamos si habría faes en la puerta de acceso ni si los faes la reconocerían nada más verla. La cuestión era que, si había faes en la puerta, se percatarían al instante de que Kalen y Dane también lo eran. El objetivo de la furgoneta era no llamar la atención mientras nos aproximábamos a la puerta, pero no iba a ayudarnos a cruzarla.

Estar fuera del Hotel Faes Buenos era..., Dios, me costaba expresarlo con palabras, pero no me había resultado fácil. Mientras que Faye y los demás pasaron como si nada por el hueco en la pared que había más allá del patio, a mí se me revolvió el estómago como si fuera un nido de víboras. Todo el mundo hablaba, pero yo no les prestaba atención. Me detuve en la abertura, incapaz de mover los pies.

Ren me colocó la mano en el centro de la espalda. No dijo nada, pero supe que había percibido mi recelo. Seguramente se me notaba en la cara. Con él a mi lado, abandoné la protección del patio y me di cuenta enseguida de que hacía más calor que la última vez que había estado afuera. La temperatura era más acorde para el mes de octubre en Nueva Orleans.

Me había resultado raro salir del patio y adentrarme en el mundo que existía más allá del hechizo que ocultaba el Hotel Faes Buenos. A pesar de que sabía que Drake y sus secuaces estaban muy lejos, casi esperé verlos surgir de la nada.

Pero no aparecieron.

Una parte de mí seguía anticipando algún tipo de trampa, que el príncipe se presentara de pronto y nos dijera que nos había engañado. La otra mitad de mí quería echar a correr y embeberse de todos los aromas buenos y malos de la ciudad.

No pude poner en práctica la última parte. No dispuse de mucho tiempo para asimilar que era... *libre*.

—Nos estamos acercando a la puerta —anunció Kalen, asomándose por la abertura que separa la parte delantera de la furgoneta.

Ren, que estaba sentado a mi lado en la parte de atrás, asintió.

—Entendido.

Kalen cerró la puerta y yo exhalé bruscamente mientras me pasaba las manos por las rodillas.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Ren en voz baja.

Me dispuse a contestar que no, pero luego asentí.

—Un poco. Hacía tiempo que no me ponía siquiera pantalones todoterreno.

Él me echó un vistazo.

—Te quedan de miedo.

—Gracias —contesté con una sonrisa.

A decir verdad, cuando me los puse esta mañana me quedaban más sueltos de lo que deberían, pero me sentía bien llevándolos.

Guardé silencio cuando la furgoneta se detuvo. No podía ver nada, lo cual era un asco, pero tanto Ren como yo nos pusimos tensos. Él dirigió la mano a la daga de hierro que llevaba a la cintura, y yo, a la que me había sujetado al muslo. Ren se había guardado la estaca de espino en la bota.

—Buenas —le oímos decir a Dane—. Traemos una entrega para...

—¿Qué diablos...? —exclamó una voz desconocida. Mierda.

Ren desenganchó su daga al mismo tiempo que oímos abrirse la puerta de un vehículo y, a continuación, un gemido de dolor. Alguien soltó un insulto y luego se hizo el silencio.

Ren y yo nos miramos. Sabíamos que eso podía significar una cosa u otra muy mala.

Supimos la respuesta enseguida.

La puerta trasera se abrió y apareció Kalen con un tipo cargado al hombro. Ren se levantó a toda velocidad para ayudarlo.

—Un fae y este humano —dijo Kalen mientras Ren y él tendían al hombre en la parte trasera de la furgoneta—. Está inconsciente, no muerto.

Está bajo los efectos de un hechizo. Supuse que lo mejor sería meterlo aquí por si aparece alguien y lo encuentra desmayado en el recinto.

—Bien pensado. —Ren colocó al humano de espaldas—. ¿Y el fae?

—Nos reconoció de inmediato —contestó Kalen, apretando la mandíbula—. Tuvimos que eliminarlo. —Dirigió la mirada hacia donde yo estaba sentada—. Ahora vamos a ir hacia la casa. ¿Preparados?

—Sí, señor —contesté, asintiendo.

Kalen ladeó la cabeza y luego la sacudió. Cerró la puerta y, entonces, la furgoneta arrancó de nuevo. Ren se sentó a mi lado mientras yo observaba al hombre inconsciente.

Tenía suerte de estar vivo.

—¿Sabes qué? —comenté, exhalando un largo suspiro—. Si fuera la Orden quien llevara a cabo esta misión, ¿lo habrían dejado sin conocimiento o lo habrían matado?

Ren tardó un rato en responder.

—Supongo que depende de quién fuera.

—Sí. —Era difícil de asumir porque, aunque sabía que se suponía que no matábamos a humanos, a veces ocurría. Muchas veces—. Imagino que sí.

Cuando la furgoneta aminoró la marcha una vez más hasta detenerse, Ren estiró el brazo y me rodeó la nuca con la mano.

—Eh.

Le permití volverme la cara hacia él.

—¿Sí?

—Te quiero. —Entonces me besó, deslizando los labios sobre los míos de una forma que me hizo estremecer—. ¿Vas a ir con cuidado?

Apoyé la frente contra la suya.

—¿Y tú?

—Sí, porque quiero llevarte a la cama al menos una vez más antes de tener que echarnos a la carretera. —Me mordisqueó el labio inferior—. ¿Qué te parece?

Me parecía genial, así que le devolví el beso.

—En ese caso, más te vale asegurarte de que no te hieran —le dije.

Ren sonrió contra mi boca.

—Podemos con esto.

—Por supuesto —susurré.

Me aparté de él cuando oí que la puerta del lado del conductor se abría y se cerraba.

Nos levantamos del asiento y nos dirigimos agachados a la puerta trasera, procurando no pisar al pobre tipo tirado en el suelo. La puerta se abrió segundos después, dejando entrar la luz del sol y bajamos de un salto.

No hubo tiempo que perder ni para pensar en lo que tenía que hacer o en lo que se requería de mí, porque ya lo sabía. Era algo arraigado en mis huesos y músculos. Había luchado y cazado miles de veces.

Hoy no tenía nada de diferente.

Podía con *esto*.

Ren y yo rodeamos la furgoneta, detrás de Kalen, justo a tiempo para ver cómo una fae alta bajaba corriendo por la amplia escalinata de piedra. Dane fue a su encuentro. Apenas lo vi moverse, pero le asestó un golpe certero. La fae retrocedió tambaleándose y, durante un momento, el asombro se dibujó en su rostro antes de contraerse.

Subí los escalones corriendo. El corazón me latía a toda velocidad debido a... la expectativa de la batalla. Había pasado mucho tiempo, pero esa mezcla de temor y excitación podía resultar un cóctel embriagador y peligroso. O podía agudizar los sentidos.

Y mis sentidos estaban agudizados.

Cerré el puño, aporreé con él la puerta de bronce de doble hoja y retrocedí un paso. Supe, sin volver la mirada, que mis compañeros estaban justo detrás de mí.

La puerta se abrió unos centímetros y entreví piel plateada. No me hizo falta más. Planté el pie en el centro de la puerta y la abrí de una patada. El fae que había detrás retrocedió, perdiendo el equilibrio. Se desplomó cuando Ren pasó a mi lado como una exhalación. Murió antes de poder dar la voz de alarma.

Aunque no era necesario que nadie diera la alarma.

Cuando recorrí el amplio vestíbulo con la mirada, vi varios faes: había una docena como mínimo vagueando por allí, hablando en una estancia parecida a un atrio o viendo la tele en la sala de recreo situada detrás de la escalera en forma de espiral.

Si había tantos faes, Marlon debía estar aquí.

—Anda, mira. —Ren se puso en pie con un movimiento ágil y elegante—. Una fiesta de bienvenida.

—¡Qué bien! —exclamó Dane haciendo girar una daga (una daga de hierro) en sus manos de fae. Llevaba guantes, al igual que Kalen, ya que el simple roce del hierro les quemaba la piel.

Los integrantes de la fiesta de bienvenida emitieron aquel espeluznante bufido tan característico de los faes supercabreados. A continuación, se lanzaron a la carga.

Una minúscula parte de mi ser se preguntó si tal vez no estaba lista, pero la adrenalina me bombeó por las venas y los años de entrenamiento se hicieron notar. El instinto tomó las riendas.

Crucé las baldosas de estilo español dando grandes zancadas, desenvainé las dagas que llevaba en los muslos y giré, clavando la hoja afilada en el pecho del fae situado a mi derecha. Arranqué la daga, me di la vuelta y eliminé al fae de mi izquierda antes de que el primero terminara de esfumarse.

Me atacó otro fae. Me agaché, le lancé una patada a las piernas y lo derribé. A continuación, le clavé la daga en el estómago. Me puse en pie de un salto y me lancé hacia la derecha, esquivando por los pelos lo que habría resultado ser un potente gancho. Apuñalé a aquel fae en la espalda, justo entre los omóplatos. Cuando me giré, ni siquiera me faltaba el aliento.

Ren agarró a un fae por el cuello con la mano. Clavó en mí sus brillantes ojos verdes mientras yo hundía la daga en las entrañas del fae que él tenía sujeto.

—Qué sexy.

Sonreí, poniéndome colorada.

—Si ya habéis terminado de comeros con los ojos, subid aquí —nos dijo Kalen desde la escalera.

—Danos un segundo más —contestó Ren.

Me guiñó un ojo antes de girar sobre sus talones y estrellar el hombro contra el fae que se le echaba encima por la espalda.

Puse los ojos en blanco y corrí hacia la escalera, subiendo los escalones de dos en dos. Kalen llegó a la primera planta y se encontró cara a cara con un fae muy alto y muy calvo. Un escalofrío de inquietud me bajó por la espalda. El fae se parecía a uno de los caballeros guerreros...

—Mierda —masculló Kalen y, un segundo después, el fae alzó la mano.

La daga salió volando de la mano de Kalen y se incrustó en la pared, donde la hoja se quedó temblando a causa del impacto.

Un *antiguo*.

Efectivamente. Se trataba de uno de los caballeros que habían cruzado el portal la noche en que el príncipe entró en nuestro mundo.

—Como de costumbre, has elegido el bando equivocado, fae de la corte de verano. —El antiguo avanzó con aire amenazante al mismo tiempo que unos pasos resonaban en la escalera a mi espalda—. Y morirás por ello.

El antiguo desplazó el brazo hacia un lado y, sin tan siquiera tocar a Kalen, lo lanzó contra la pared. Los paneles se resquebrajaron y brotaron nubes de polvo de yeso. Kalen cayó de rodillas, claramente aturdido.

El antiguo se volvió hacia mí, ladeando la cabeza. Al principio, me miró con curiosidad y luego comprendió quién era.

—¿Una semihumana?

—¡Hola! —dije con tono alegre, dando un salto.

Giré en el aire y le asesté una patada en el estómago. Aterrícé de cuclillas mientras el antiguo retrocedía tambaleándose hasta perder el equilibrio y apoyar una rodilla en el suelo. La sorpresa que apareció en su mirada igualaba la que yo misma sentía.

Una patada normal de ese estilo habría dejado fuera de combate a un humano durante horas. Habría aturdido a un fae normal, puede que incluso lograra tumbarlo, pero ¿a un antiguo? Como mucho, lo habría hecho trastabillar.

Y yo había derribado a este antiguo.

Sí que era más fuerte.

Me levanté con una amplia sonrisa, aferrando las dagas con fuerza.

—Sorpresa. No soy la típica semihumana.

—Pronto serás una semihumana muerta —contestó él, poniéndose en pie rápidamente.

—Oh, no sé yo. —Miré a Ren de reojo y asentí. Teníamos que quitarnos al antiguo de en medio antes de que Marlon escapara—. Ya estuve más o menos muerta. Pero no duró.

El antiguo empezó a levantar el brazo. Yo sabía de lo que era capaz, así que me lancé hacia delante, girando, mientras Ren pasaba corriendo a nuestro lado. Vi que Dane agarraba a Kalen del brazo y lo ayudaba a ponerse en pie al mismo tiempo que el antiguo me golpeaba la pierna. Salí despedida hacia un lado. Me volví, preparándome para el impacto. Choqué contra el suelo con fuerza, pero no solté las dagas e intenté sobreponerme al intenso dolor.

—No vas a volver a engañarme con ese truquito —dijo el antiguo, avanzando hacia mí.

Me levanté de un salto.

—Pero ya lo he hecho.

Se detuvo de golpe y dio media vuelta, pero ya era demasiado tarde. Ren arremetió contra él y el antiguo dejó escapar un gruñido gutural. Ren le arrancó la estaca de espino del pecho, con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Supongo que eres tú el que va a morir.

El antiguo se miró el pecho, boquiabierto. Pasé corriendo a su lado y le enseñé el dedo mientras me reunía con Dane y Kalen al otro extremo del pasillo. Todas las puertas estaban abiertas, y las habitaciones, vacías. Una puerta, de doble hoja, permanecía cerrada al final del pasillo. Estaba claro que se trataba del dormitorio principal.

Dane estrelló el hombro contra la puerta, que cedió y se abrió de golpe. Vi a Marlon de inmediato, de pie delante de una cama enorme. Levantó el brazo. Tenía algo en la mano. Una pistola.

Una pistola con la que apuntaba directamente a Ren.

—Mierda —murmuré.

Se me subió el corazón a la garganta. Me lancé hacia la izquierda, empujando a Ren a un lado, al mismo tiempo que el disparo resonaba en el pasillo.

Un atisbo de sorpresa se dibujó en el rostro de Ren, que me rodeó la cintura con el brazo, impidiendo que ambos cayéramos al suelo. Me miró a los ojos mientras se ponía derecho.

—Gracias, cariño.

Asentí y me aparté al oír otro disparo. Dale y Kalen se habían echado encima de Marlon. La bala se había hundido en el techo sin causar daños.

—¿Una pistola? —Kalen golpeó el brazo de Marlon. La pistola cayó al suelo mientras Dane le retorció el otro brazo—. Qué chabacano.

—Supongo que dependes demasiado de tus guardias, porque ha sido demasiado fácil —comentó Dane con una leve sonrisa—. Patético.

Cuando Dane se situó detrás de él, Marlon soltó con aire despectivo:

—Os vais a arrepentir de esto. Cuando el príncipe...

—Pero el príncipe no está aquí, ¿a que no? —dije, entrando en el cuarto—. Así que no va a hacer una mierda.

Marlon me miró, entornando los ojos, mientras Dane le rodeaba la muñeca con unas esposas de hierro y Kalen le obligaba a echar el otro brazo hacia atrás.

—Eres esa puñetera semihumana.

—La misma —contesté con una sonrisa, envainando una de las dagas.

—Siéntate —ordenó Dane, y luego se aseguró de que el antiguo obedeciera obligándolo a sentarse en un banco mediante un fuerte empujón en el hombro.

—Ahora te pareces menos a una semihumana y más a una fae —soltó Marlon—. Qué interesante.

—Pues sí. Es una larga historia, pero no he venido a contártela. —Me enganché la otra daga al muslo—. Porque, sinceramente, no me da la gana.

Marlon sonrió, enseñando los dientes.

—El príncipe debería haberte matado. Debería haberte follado a las primeras de cambio y luego haberte matado.

No tuve ocasión de responder a eso.

Ren se movió, veloz como una cobra al ataque, y le asestó tal puñetazo a Marlon en la mandíbula que lo tumbó de lado. Kalen agarró al antiguo mientras Ren se arrodillaba, pegando la cara a la de Marlon.

—Más te vale pensarte bien lo que le dices.

—Me acuerdo de ti. —Marlon soltó una carcajada y un hilo de sangre roja azulada le goteó de la comisura de la boca—. Eras la mascota de Breena.

Me puse tensa.

—Estoy deseando matar a esa zorra.

Marlon me miró enarcando una ceja.

—¿Crees que puedes matarla? —Se rio de nuevo—. No seas idiota.

—Casi le saco los ojos una vez. —Di un paso al frente, furiosa—. Y pienso volver a hacerlo. Muy despacio.

—¿En serio? Ella te sacará los tuyos y se los comerá de aperitivo.

Puse dichos ojos en blanco.

—¿Por qué iba a querer alguien comer ojos? Qué asco.

Kalen sonrió mientras agarraba a Marlon del pelo y lo obligaba a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Adónde ha ido el príncipe?

—¿Se ha marchado? —dijo el antiguo.

—No te hagas el tonto —repuse, cruzándome de brazos—. Sabes perfectamente que no está en la ciudad. Se fue porque encontró otra semihumana. Y tú vas a decirnos dónde está.

—¿Por eso has vuelto a aparecer tras tu audaz huida? —comentó Marlon con sorna—. Qué valiente eres.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia.

—Vamos a averiguar lo valiente que eres tú.

—No os pienso contar una mierda. —Marlon soltó un gruñido cuando Kalen le tiró del pelo—. Así que podéis matarme de una vez.

—Claro que vas a hablar —afirmó Ren. Ladeó la cabeza mientras se ponía en pie con la estaca de espino en la mano—. ¿Sabes qué es esto?

La mirada de Marlon se posó en la estaca. Apretó levemente los labios.

—Sí.

—¿Y sabes lo que te puede hacer? Te puede herir. —Ren sonrió mientras apoyaba la estaca directamente sobre el corazón del fae—. Te puede matar.

—El príncipe me hará lo mismo si se entera de que he hablado con vosotros. Moriré de todas formas. —Marlon tragó saliva—. Amenazar con matarme no te funcionará.

Vi que una sonrisa fría se dibujaba en los labios de Ren mientras hacía subir la estaca por el centro de la garganta del antiguo.

—Morir es fácil. Y no te lo voy a poner fácil.

Cumplió su palabra.

No fue fácil ni limpio. Fue sangriento y desagradable, y Marlon resistió bastante más de lo que habrían aguantado muchos otros. Cientos de finos cortes le cubrían cada centímetro de piel descubierta. En un par de ocasiones quise desviar la mirada, pero me obligué a no hacerlo; porque era Ren quien blandía la daga, y él no podía permitirse el lujo de cerrar los ojos. Así que me obligué a mirar y no me estremecí cuando un chorro de sangre brotó de una arteria vital de la garganta del antiguo, salpicando la cara de Ren y la parte delantera de mi camiseta. No aparté la vista ni una vez, y así supe a ciencia cierta que, cuando Marlon pronunció las palabras que habíamos estado esperando, era la verdad.

—San Diego —dijo el antiguo con voz entrecortada—. El príncipe se ha ido a San Diego.

Esas fueron sus últimas palabras.

20

No pudimos pasar mucho tiempo a solas tras regresar al Hotel Faes Buenos y reunirnos con Tanner y compañía.

San Diego.

Tardaríamos más de un día en llegar allí, unas veintisiete horas, y debíamos ir por carretera, puesto que llevábamos armas, e ir avión requeriría hechizar a demasiados humanos.

A Ren y a mí nos hacía falta una ducha, ya que no queríamos emprender el viaje cubiertos de sangre, y probablemente tardamos más de lo necesario en prepararnos porque a alguien —a él, concretamente— se le ocurrió que nos ducháramos juntos. Aunque no es que me quejara.

¿Cómo podría quejarme, cuando fue Ren quien me lavó las manchas de sangre de la cara? ¿O cuando yo hice lo mismo por él mientras permanecíamos debajo del chorro de agua? Me estaba planteando que deberíamos ponernos en marcha pronto cuando Ren se situó detrás de mí en la ducha. Y cuando su mano entró en escena, y también otras partes de su cuerpo, perdí toda capacidad de quejarme, planear o pensar en general.

—Hoy hicimos un buen trabajo —susurró contra un lado de mi cuello.

—Sí.

Me besó debajo de la oreja.

—Estuviste increíble, Ivy.

—Y tú también —contesté con una leve sonrisa.

—Ya. —Apartó la boca de mi cuello mientras rozaba con los dedos la parte más sensible de mi cuerpo—. No ha sido mi...

Cubrí su mano con la mía para retenerla ahí.

—¿No ha sido qué?

—Hoy no ha sido uno de mis mejores momentos.

Se empezó a borrar la sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

Ren se quedó callado un momento.

—Sabía lo que debía hacer para obligar a Marlon a hablar. Era consciente de que era un antiguo. De lo que nos habría hecho de tener ocasión. Pero, aun así, no me gusta haber tenido que hacerlo.

Sentí una opresión en el pecho.

—Pero no tuviste más remedio.

No respondió, así que hice ademán de volverme hacia él, pero la mano que me rodeaba el cuello me lo impidió. Ren guio mi cabeza hacia atrás, ladeándola ligeramente, y luego me besó, haciéndome perder el hilo de mis pensamientos. Hizo ascender la mano que tenía entre mis muslos y me rodeó la cintura con el brazo. A continuación, me hizo colocarme de puntillas.

Jadeé contra su boca cuando me penetró desde atrás, hundiéndose tan hondo que al principio pensé que no podría soportarlo, pero él me demostró que sí podía, una y otra vez. El agua y el jabón resbalaban por nuestros cuerpos. Extendí los brazos y planté las manos en los azulejos mojados que tenía delante mientras Ren me sujetaba por la cintura con un brazo y luego llevaba de nuevo la otra mano entre mis muslos. Me estimuló con los dedos y el rabo, su cálido aliento me acariciaba el cuello y sus palabras me abrasaban los oídos. Cuando me corrí, eché la cabeza hacia atrás contra su hombro, experimentando casi una experiencia extracorporal.

Hubo dos cosas que me dejaron anonadada. En primer lugar, no haber acabado dándome un porrazo, y en segundo, que, incluso después del polvo que echamos en la ducha, Ren tenía ganas de más mientras nos vestíamos.

A veces me preguntaba si sería humano, pero supuse que, simplemente, estábamos compensando el tiempo perdido.

Y teníamos mucho que compensar.

Cuando estuvimos listos, apenas nos quedaban unos minutos, y los empleé deteniéndome en la puerta y bloqueándola con mi cuerpo.

Ren, que llevaba nuestras bolsas en las manos, alzó una ceja.

—¿Qué haces?

—Quiero decir algo y quiero tener toda tu atención.

Me dedicó una sonrisa ladeada.

—Siempre tienes toda mi atención, cariño.

—Lo sé, pero quiero que ahora me escuches atentamente. —Inspiré hondo—. Lo que hiciste hoy para que Marlon hablara no ha debido de ser fácil. Lo

sé perfectamente. Me costó mirar, pero lo hice. Lo vi todo. Ya sé que no es lo mismo que hacerlo con tus propias manos.

—No. —Él soltó un suspiro brusco—. No es lo mismo.

—Pero tenías que hacerlo, Ren. Necesitábamos saber adónde había ido el príncipe. Hiciste lo que era necesario y no deberías malgastar ni un segundo pensando en ello.

Inclinó la barbilla y, durante un instante, no estuve segura de si iba a responder.

—No lo haré.

No me lo creí del todo.

—¿Me lo prometes?

Ren me miró a los ojos.

—Te lo prometo.

—Me encargaré de que lo cumplas —le aseguré.

Me lancé hacia delante, me puse de puntillas y lo besé en la comisura de la boca. Ren me abrazó y me apretó con fuerza contra su pecho. Tardé un rato en encontrar las fuerzas para apartarme.

—Más vale que nos pongamos en marcha.

—Sí —coincidió él con voz ronca—. De lo contrario, puede que no consigamos salir de este cuarto.

Me puse colorada mientras me volvía y abría la puerta, pues sabía que Ren era capaz de cumplir esa amenaza ciertamente agradable. Cuando llegamos al vestíbulo, descubrimos que un grupo bastante considerable nos estaba esperando junto a la puerta, que yo nunca había visto abierta y parecía conducir a la parte frontal del edificio.

Dane y Kalen se encontraban al lado de Faye y los tres llevaban bolsas de lona negra, así que supuse que formaban parte de nuestro séquito. Recorrí al grupo con la mirada y me alivió comprobar que Merle no estaba presente, aunque ver tantos rostros de faes que no reconocí me puso un poco nerviosa.

Tink sí estaba allí, a cierta distancia del grupo. Tenía una maleta bastante grande a su lado y llevaba colgada al hombro una... mochila de la Mujer Maravilla. Me separé de Ren y me dirigí hacia él.

—¿De dónde has sacado eso?

—Se la robé a una niñita fae. —Hizo una pausa—. Soy un malote.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta.

—Es broma —contestó, y no supe si creérmelo—. La compré en Amazon hace unos meses. Me pega con las mallas.

Lo observé mientras Ren se acercaba, sosteniendo dos vasos de cartón con café. Me pasó uno a la vez que me guiñaba un ojo.

—Gracias. —Luego me volví de nuevo hacia Tink—. ¿Por qué has bajado tus cosas?

—¿Por qué va ser? —Arrugó la nariz—. No tenemos ni idea de cuánto tiempo vamos a estar fuera, y no pienso llevar siempre la misma ropa.

—Tú no vienes, Tink. Te vas a quedar...

—No me voy a quedar aquí. Ni de coña. Os vais a San Diego, así que yo también. Me necesitáis.

Me dejé llevar por la frustración.

—Tink...

—Ahórrate la saliva —replicó él—. Ya sé que quieres que esté sano y salvo, pero puedo arreglármelas.

Yo era perfectamente consciente de que sabía arreglárselas, pero aun así no quería que se pusiera en peligro.

—¿Y qué pasa con *Dixon*? No puedes traerlo.

—Ya lo sé. Darle caza al príncipe y puede que matarlo no es lugar para un adorable gatito. Brighton lo cuidará por mí.

Enarqué las cejas y luego sacudí la cabeza mientras me acercaba a Tink.

—No quiero que estés en peligro.

Tink sonrió.

—Ivy-divy, ya sé que soy supermono y superadorable, pero creo que te olvidas de lo que soy capaz. Me necesitáis en este viaje.

Ren me rozó el brazo, captando mi atención.

—Por mucho que me duela admitirlo, Tink tiene razón. Su ayuda podría venirnos bien.

—No me niegues esto —añadió Tink, bajando la voz—. Vosotros arriesgáis la vida constantemente. Ya me he pasado demasiado tiempo viendo cómo lo hacéis. Es hora de que os eche una mano.

Quise seguir protestando, pero ellos tenían razón. Su ayuda podría venirnos bien. No podía negarle esta oportunidad. Suspiré.

—Vale.

—Genial. —Tink miró a Ren—. Un momento. ¿Ya no estáis peleados? Oh, por la reina Mab, ¡volvéis a estar enamorados!

Puse cara de sorpresa y, al echar un vistazo a mi alrededor, comprobé que varios de los desconocidos nos observaban con una mezcla de interés e indiferencia.

—Tink...

—Nunca dejamos de estar juntos —dijo Ren, rodeándome los hombros con un brazo.

La mochila roja y azul resbaló hasta el suelo cuando el duende se puso a dar palmadas como una foca sobreexcitada.

—¡Es cierto! Qué maravilla.

—Tink —repetí, pronunciando su nombre un poco más fuerte esta vez.

—Gracias a los dioses, ya no vengo de un hogar roto.

—Por última vez, Tink, no somos tus padres. —Sacudí la cabeza mientras me disponía a volverme, pero me detuve—. Y recoge esa mochila.

Ren se inclinó hacia mí mientras Tink recogía rápidamente la mochila del suelo.

—Hablas como su madre.

—Cierra el pico —le espeté entre dientes.

—Aquí estáis —dijo Tanner, surgiendo del gentío. No me miró como si ese no fuera mi sitio—. Permitidme presentaros a los consejeros de Fabian.

Los desconocidos se aproximaron y, tras oír una retahíla de nombres que sonaban muy propios de faes (salvo por el último tío, al que nos presentaron como Fred), supe que no recordaría ni uno solo de sus nombres.

Todos ellos sonrieron y nos saludaron con amables inclinaciones de cabeza, haciendo gala de muchísima más educación que su príncipe.

—Hay tres vehículos esperándoos fuera —anunció Tanner.

Faye se acercó, con varios paquetes en las manos.

—Cada uno de nosotros llevará un teléfono equipado con GPS que se podrá rastrear desde aquí por si ocurre algo y debemos separarnos —nos explicó Faye mientras me pasaba una bolsa.

Dejé el vaso de café en una mesa cercana y comprobé que la bolsa contenía cuatro teléfonos. Supuse que Tink viajaría con Ren y conmigo.

—¿Por qué hay cuatro?

—Porque voy a acompañaros.

Me volví, rechinando los dientes. Fabian había llegado, y transmitía la misma simpatía que una piedra.

—Me temo que vas a tener que montarte en otro coche.

—Pero Ivy... —se quejó Tink en voz baja—. Quiero que viaje conmigo.

Ren se atragantó con el café y se volvió, respirando con dificultad.

Miré a Tink.

—¿No crees que deberías expresar eso de otro modo?

—No, lo he dicho bien.

—Si viene con nosotros, no vamos a viajar juntos, ¿entendido? —No me podía creer que hubiera tenido que decirlo—. Creo que voy a ver con quién va Faye...

—Ni se te ocurra. —Ren me agarró por la parte trasera de la camiseta—. No vas a dejarme solo con ellos.

Fabian se acercó a Tink con garbo, observando la maleta.

—¿Qué hay en esa maleta? Parece... abultar bastante para ser ropa.

Bien pensado, el príncipe tenía razón.

Tink agarró el asa de la amplia maleta y miró a Fabian.

—Nuestro último recurso. Lo que significa que esta maleta no se puede abrir a menos que la cosas se pongan tan feas que la mierda nos llegue al cuello.

Ren me dio un golpecito con el codo.

—Oye, ¿qué crees que hay dentro?

—Ni idea, pero me parece que debería averiguarlo.

Fui a acercarme a él, pero entonces la puerta se abrió y la luz del sol entró a raudales. Al igual que me había ocurrido horas antes, me quedé asombrada un segundo al saber que podía salir tranquilamente de aquí.

Y eso era lo que estaba haciendo todo el mundo. Seguí a Ren afuera y vi que Faye y su equipo entraban en un todoterreno y los consejeros de Fabian se subían a algún tipo de Porsche lujoso; lo que nos dejó un todoterreno del tamaño de un tanque pequeño.

Ni siquiera intenté quitarle las llaves a Ren.

Tras cargar en el maletero las bolsas que Ren y yo habíamos preparado a toda prisa antes de salir del cuarto, rodeé el vehículo en dirección a la puerta del copiloto. Tink me pisaba los talones.

—¿Crees que el príncipe ya habrá encontrado a la semihumana?

—Espero que no. —Abrí la puerta—. Porque eso complicaría muchísimo las cosas.

—Haría más que complicarlas —repuso Fabian, observándome atentamente—. Si el príncipe de la corte de invierno la ha encontrado y ha conseguido lo que nos tememos, tendremos que tomar medidas.

Me puse tensa.

Ren me rozó la cintura con los dedos al pasar a mi lado.

—Lo haremos.

Tomar medidas.

Supe a qué se refería. Y detesté la idea. Porque podría haber sido yo perfectamente la que estuviera en esa situación..., podría haber sido yo con

quien hubiera que tomar medidas, como había dicho Merle cuando llegué aquí por primera vez. Pero, si el príncipe había encontrado a la semihumana y se había salido con la suya, debíamos impedir que el bebé naciera, y sabía que nuestros compañeros de viaje no iban a prestarse a mantener una conversación muy incómoda con esa semihumana y esperar que ella se ofreciera a hacer lo correcto.

Vi cómo Fabian se dirigía al otro lado del todoterreno y luego observé los otros vehículos.

No me cabía ninguna duda de lo que harían. Eliminarían a la mujer, sin más ni más.

Me asqueaba la idea de matar a una mujer inocente y a su hijo. No quería hacerlo. No quería que ninguno de nosotros lo hiciera.

Así que solo nos quedaba una opción.

—Más nos vale encontrarla nosotros primero —dije con determinación—. Y asegurarnos de que no se quede embarazada.

21

Todavía no habíamos salido del estado de Luisiana y ya me estaba planteando amordazar a Tink y Fabian. Solo llevábamos unas pocas horas de viaje y ya había aprendido dos cosas: que Fabian podía hacer que cualquier cosa sonara como si me estuviera insultando y que Ren poseía una habilidad mágica para aislarse de todo el mundo y centrarse en la carretera.

Me masajeeé la frente y miré por la ventanilla mientras recorríamos la autopista I-10. El paisaje consistía en una masa borrosa de edificios y árboles y, de algún modo, la conversación que provenía del asiento trasero había pasado a mí y mi pelo.

—Sinceramente, no creo que pueda cepillárselo —estaba diciendo Tink. Se había echado hacia delante, así que se encontraba en medio de los asientos—. Porque, cuando lo hace, su pelo se transforma en un pompón gigante.

Conté hasta diez mientras miraba a Ren de reojo. Vi que tenía una leve sonrisa en los labios y, si no hubiera estado conduciendo, le habría dado un puñetazo.

—Entonces, ¿no se peina nunca? —preguntó Fabian y, a juzgar por el tono de su voz, su confusión parecía sincera.

—Claro que me peino, imbéciles —solté, lanzándoles una mirada asesina por encima del hombro.

Ren resopló.

—La he visto hacerlo. Cuando tiene el pelo mojado.

—Hablemos de otra cosa que no sea mi pelo, ¿vale? —sugerí antes de que me viera tentada de saltar al asiento trasero como si fuera un mono araña rabioso y estrangularlos a todos.

—¿Cómo qué? —dijo Tink, recostándose en el asiento—. Estoy aburrido.

—¿Ya estás aburrido? Todavía nos quedan más de veinte horas de viaje —le recordé.

Tink dejó escapar un gemido.

—No lo soportaré.

—Yo podría entretenerte —sugirió Fabian—. Podríamos...

—Ni hablar —lo interrumpí, porque tenía el presentimiento de que su versión de entretener a Tink no sería apta para menores de edad y no me apetecía presenciarlo.

Miré fijamente al príncipe de la corte de verano. Era evidente que Tink le gustaba, pero a los faes les iba cualquier cosa con piernas y un agujero. Me invadió un instinto protector.

—Hablemos de ti, Fabian —sugerí.

El aludido estiró un brazo sobre el respaldo del asiento e inclinó la cabeza.

—Me parece bien.

—Por supuesto que sí —masculló Ren entre dientes.

Disimulé una sonrisa.

—¿Cuántos años tienes?

El príncipe enarcó una ceja rubia. Aparentaba que le faltaba poco para cumplir los treinta, pero el instinto me decía que esa no era su edad real.

—Más que algunos de los árboles que bordean esta carretera.

Así que mis sospechas eran ciertas. Le eché un vistazo a Ren y vi que estaba escuchando.

—Entonces, eso quiere decir que te alimentas de humanos, porque es evidente que no estás envejeciendo como Tanner.

—Soy el príncipe. Toda la corte real se alimenta de humanos.

—¿En serio? —comenté, apretando el puño en el regazo. Ese era otro detalle que Tanner no nos había revelado.

—No lo apruebas —dijo él, con una sonrisita de suficiencia—. Y, sin embargo, te alimentaste para salvar tu vida.

—No lo decidí yo.

Tink se inclinó de nuevo hacia delante.

—Lo que Fabian no ha mencionado es que cuentan con gente que se ofrece para se alimenten de ellos. No los obligan.

Enarqué las cejas.

—¿Se ofrecen o son coaccionados? Recuerdo a la gente que Drake tenía en su casa. Algunos daban la impresión de querer estar allí, pero dudo que ninguno de ellos supiera dónde se estaba metiendo.

Una sombra cruzó el rostro de Fabian.

—Aquellos que nos conceden el honor de alimentarnos de ellos lo hacen sin mediar coacción. Saben lo que somos. Eligen ayudarnos igual que nosotros los ayudamos a ellos.

No me lo tragaba ni por un momento.

—¿Y cómo los ayudáis exactamente?

—En mi comunidad, protegemos a los mortales que nos permiten alimentarnos de ellos. No les falta de nada: dinero, asistencia médica, seguridad...

Parecía que estuviera hablando de señoritas de compañía, pero supuse que sería mejor no comentarlo.

—¿Y saben de lo que sois capaces? ¿Que podríais absorber su esencia hasta el punto de convertirlos en criaturas descerebradas y trastornadas?

El príncipe entornó los ojos.

—Nunca tomamos más de lo que necesitamos. Si alguno de mis súbditos lo hiciera, sería ejecutado en el acto.

—¿En serio? —preguntó Ren, mirándolo por el retrovisor—. Eso es bastante drástico para unos seres que siempre han antepuesto su raza a la nuestra.

—Qué sabrás tú de nuestra raza —repuso Fabian—. Llevamos aquí mucho más tiempo del que crees. Piensa en ello.

—Ya pienso en ello —contestó Ren con tono cortante.

—No sabíais nada de la corte de verano ni que nos habíamos instalado aquí. Y el motivo es que no matamos. No abusamos de los mortales. Aunque no os lo creáis, los consideramos nuestros iguales.

—Ya sé que cuesta creerlo —intervino Tink—. Pero es la verdad.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunté.

—¿Por qué iba a mentirosos? —respondió, mirándome a los ojos.

—Qué sé yo. ¿Para que no lo matemos? —sugerí.

El príncipe resopló.

—No es fácil matarme.

—Sí, hablando del tema. Si de verdad eres la personificación de un fae no homicida que ama y aprecia a los humanos, ¿por qué no nos cuentas cómo debilitar a Drake?

Soltó una carcajada, que sonó demasiado fría para tratarse de un príncipe de la corte de verano.

—No confiáis en mí. ¿Por qué iba a confiar yo en vosotros? Puede que tú seas una semihumana y él, el Chico Maravilla...

—¿El Chico Maravilla? —repitió Ren, arrugando la nariz.

—Pero la Orden ya nos traicionó una vez —continuó Fabian, dirigiéndonos una mirada severa—. Tener que colaborar ahora con vosotros para detener al príncipe de la corte de invierno nos pone a mi gente y a mí en una situación de gran desventaja. ¿Creéis que he decidido viajar en este vehículo por él? —Dirigió la mirada hacia Tink—. Alguien debe teneros vigilados, pero no pondré en peligro a ninguno de mis consejeros.

Aquella afirmación no pareció molestar a Tink en absoluto.

—¿Cómo traicionó la Orden a la corte de verano? —preguntó Ren, deslizado una mano por el volante—. Tanner lo mencionó. Y ahora tú también. No tenemos ni idea de qué ocurrió.

—No tenéis ni idea de muchas cosas —respondió el príncipe con tono sarcástico, y luego sonrió.

Yo estaba a punto de perder los estribos.

—¿Pensáis alguna vez en eso? —Su mirada se encontró con la de Ren en el retrovisor—. ¿Os preguntáis por qué la Orden y tu querida Élite os han ocultado tantas cosas? A las mismas personas dispuestas a matar y morir por ellos sin sentir remordimientos ni cuestionarlo. ¿Alguno de vosotros se planteó que tal vez estuvierais matando a inocentes? ¿Que no todos los faes quieren dominar el mundo de los mortales? ¿Alguna vez, a lo largo de vuestras vidas increíblemente cortas, os preguntasteis si estabais luchando en el bando correcto?

La verdad que traslucían sus palabras me hizo sentir incómoda, así que me volví y clavé la mirada en el parabrisas. Miré a Ren de reojo un momento después. Mantenía la mirada fija al frente, pero un músculo le palpitaba en la mandíbula. Las preguntas del príncipe también lo habían afectado.

Y no era de extrañar. Había dado en el clavo. Habíamos matado y muerto por una organización que nos había mentido. Y aquí estábamos, juzgando a Fabian y los suyos.

—¿Qué hicieron? —pregunté en voz baja. No estaba del todo segura de si estaba preparada para oírlo o de si quería siquiera.

Fabian tardó tanto rato en contestar que pensé que no iba a hacerlo, pero luego dijo:

—Todo lo que sabéis es prácticamente una mentira.

Ren aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—¿Piensas ponernos al corriente?

—Nosotros no empezamos esta guerra con los mortales —contestó Fabian, mirando por la ventanilla, mientras Tink lo observaba en silencio—. No fuimos nosotros quienes rompimos la alianza entre nuestras razas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué alianza?

La sonrisa del príncipe me recordó a un padre mirando con condescendencia a su hijo.

—Antes podíamos viajar con más libertad entre nuestros mundos. De vez en cuando, algún fae atrapaba a un humano y se lo llevaba; pero, creedme, en esos casos, solía ser gente a la que nadie echaría de menos. Gente que se lo merecía.

Tink enarcó una ceja.

—Otros iban por voluntad propia. —Se encogió de hombros con elegancia—. Después de todo, somos hermosos, y a los mortales les atraen las cosas hermosas. En ese entonces, solía haber muchos más semihumanos.

Me mordí el labio. Seguía sin saber cuál de los dos era el fae: mi madre o mi padre. Era probable que nunca lo supiera.

—La Orden existe desde que cruzamos por primera vez, y la alianza estuvo vigente durante cientos de años. La Orden cazaba a quienes mataban mortales en este mundo y dejaba en paz al resto, y cuando nuestro mundo empezó a decaer y llegaron más faes, colaboramos con ellos para asegurarnos de que lo que le estaba ocurriendo a nuestro mundo no le pasara al vuestro. Les confiamos nuestro punto débil. Compartimos nuestros secretos y los ayudamos a sellar los portales; pero, al final, usaron todo lo que les enseñamos en nuestra contra. El hecho de que nos arrebataran el cristal no fue lo que provocó la desavenencia entre nuestras razas. ¿Tanner os dijo eso? Seguro que sí. No querría abrumaros con la verdad.

En el interior del vehículo reinaba un ambiente gélido.

—¿Y cuál es la verdad?

El príncipe apartó la mirada de la ventanilla.

—En cuanto sellamos los portales, la Orden masacró a todos los faes que habían luchado a su lado, se apoderó del cristal que usamos para cerrar los portales y luego mató a nuestro rey, lo que debilitó a toda la corte de verano y nos obligó a recluirnos.

Ahugué una exclamación de sorpresa.

—Ya nos encontrábamos debilitados, tras perder a nuestra reina y a mi hermano muchas décadas antes en la lucha contra la corte de invierno — prosiguió—. La Orden lo sabía. Confiábamos en ellos.

—¿Por qué? —pregunté un momento después—. ¿Por qué lo hicieron?

Fabian ladeó la cabeza.

—Hemos aguardado muchos años para conocer la respuesta a esa pregunta. Y tengo el presentimiento de que no tardaremos en obtenerla.

*H*ablar de traición despiadada y de lo que equivalía a asesinato a sangre fría dinamitó el ambiente dentro del vehículo. La única ventaja fue que Tink y Fabian permanecieron callados las siguientes horas.

Yo me pasé la mayor parte del tiempo meditando sobre lo que había dicho el príncipe. Al principio quise negarlo todo, porque llevábamos años y años oyendo una historia diferente; pero sabía que la Orden nos había mentido. Lo habíamos comprobado de primera mano. La cuestión era sobre cuántas cosas nos habían mentido y por qué se habían vuelto en contra de los faes que los habían ayudado.

No hallé respuestas, pero cuando nos detuvimos tras unas ocho horas de viaje, en algún punto del interminable estado conocido como Texas, para repostar y comprar comida, aproveché el poco tiempo que pude pasar a solas con Ren mientras echaba gasolina para conocer su opinión. Tink y Fabian se encontraban en la tienda situada junto a un local de comida rápida. Toda nuestra comitiva se había reunido con ellos, salvo por el fae llamado Fred, que permanecía plantado fuera del escaparate de la tienda, observando. Era evidente que estaba montando guardia.

—¿Qué opinas de lo que nos contó Fabian? —Me apoyé contra la puerta del acompañante, contemplando el atardecer con los ojos entornados.

—¿Sinceramente? —Se volvió hacia mí—. No creo que nos haya mentido. ¿Qué sentido tendría?

—Estoy de acuerdo. —Suspiré y levanté la mano para apartarme un rizo de la cara—. ¿Y eso de alimentarse de voluntarios?

—Tú y yo sabemos que hay gente que disfruta con ello. —Sacó la boquilla del depósito—. No sería de extrañar que cuenten con un harén de personas dispuestas a entregar un poco de sí mismas a cambio de dinero y protección.

Resoplé. ¿Un harén? Por algún motivo, me imaginé a un grupo de personas semidesnudas abanicando al príncipe con hojas de palmera.

—Y, para serte sincero, no sé qué opinar al respecto. Hace un par de meses me habría opuesto de plano, pero ¿ahora? Ahora todo ha cambiado. —Colocó la manguera en su sitio y se limpió las manos en los pantalones—. Creo que vamos a tener que renunciar a algunas de nuestras convicciones.

Asentí despacio.

—Me parece que tienes razón.

—Yo siempre tengo razón, ¿no lo sabías?

Solté otro resoplido.

—Eso es lo que tú te crees.

Ren se situó delante de mí, sonriendo.

—No es fácil asimilar todo lo que estamos descubriendo de la Orden. Te hace replantearse... algunas de las cosas que hemos hecho.

Se me revolvió el estómago.

—Sí.

Concretamente, me hacía replantearme a cuántos faes inocentes habría matado en el pasado. No los había pillado a todos con las manos en la masa. Algunos habían huido de mí.

Y yo les había dado caza como si fueran... animales, y los había matado.

—Eh —dijo Ren con dulzura, captando mi atención. Levanté la mirada y vi preocupación en sus ojos—. ¿En qué piensas?

—En los faes que he cazado. En si eran inocentes o no. En que puede que los haya asesinado...

—Basta. —Se inclinó hacia mí, situando nuestros ojos a la misma altura—. No podemos cambiar el pasado. Tenemos que aprender a vivir con él. No es que así sea más fácil asimilarlo, pero no nos queda más remedio.

Asentí de nuevo, porque tenía razón. No podíamos cambiar lo que habíamos hecho.

—Solo podemos cambiar lo que hagamos de ahora en adelante.

—Exacto —contestó. Miró por encima del techo del todoterreno—. ¿Quieres entrar conmigo o prefieres quedarte aquí fuera?

—Prefiero quedarme.

Ren bajó la cabeza y me dio un beso en la sien y luego otro en la comisura de la boca.

—¿Qué quieres que traiga de comer? Y no digas nada. Hace horas que no comes.

—Eres un mandón.

Entonces me besó y, cuando se apartó, me mordisqueó el labio inferior de tal forma que me provocó un hormigueo en ciertas partes interesantes de mi anatomía.

—¿Qué quieres que te traiga?

—Una hamburguesa y patatas fritas —cedí.

—Dalo por hecho —murmuró antes de besarme de nuevo. A continuación, se marchó, cruzando el aparcamiento con paso decidido.

Me comí la hamburguesa y las patatas que me trajo, todo salvo el tomate, porque me daba asco. Ren cogió la rodaja mustia y la incluyó en su hamburguesa.

La comida hizo que se me revoliera el estómago y, después, sentí una breve ansia de otra cosa. Era casi como querer un cigarrillo después de comer; pero me centré en Ren, Tink y Fabian que, mira tú por dónde, estaban discutiendo por el límite de velocidad, hasta que se me pasó.

Tink se quedó dormido en algún momento de la noche, al igual que Fabian. Me ofrecí a conducir, pero Ren insistió en seguir. Acabé echando una cabezada con la mano de Ren apoyada en mi muslo.

Desperté horas después cuando salí propulsada de repente hacia delante y el brazo de Ren me golpeó el pecho. Solté un gruñido, abriendo los ojos rápidamente.

Al principio, solo vi la carretera oscura y el tenue resplandor de unas luces traseras rojas.

—¿Qué pasa?

—Faye se ha detenido más adelante. —Ren cogió el móvil mientras Tink y Fabian despertaban en el asiento trasero—. No debería haberlo hecho.

Miré por la ventanilla y no vi más que oscuridad.

—¿Dónde estamos?

—A punto de entrar en Arizona. —Se llevó el teléfono a la oreja—. El otro grupo va por delante de...

Se encendieron unas luces varios metros más adelante, tan deslumbrantes en medio de la oscuridad que resultaban cegadoras.

Fabian apareció de repente entre los dos asientos frontales.

—Pero ¿qué...?

El silencio nocturno se llenó de disparos.

22

Al principio, todos nos quedamos paralizados, demasiado impresionados por el sonido que rasgaba el cielo nocturno. Los disparos no nos habían alcanzado, pero eso carecía de importancia. Las balas podían recorrer una distancia considerable.

—¡Alguien les está disparando! —Tink prácticamente se revolvía detrás de mí—. ¡Dejadme salir! Oh, por la reina Mab, ¡dejadme salir! —Tiró de la manilla de la puerta—. ¡Me los voy a cargar por osar dispararles a mis nuevos amigos! ¡Voy a enseñarles de lo que es capaz Tink!

—¿Activaste el cierre infantil? —le pregunté a Ren.

—Por supuesto. —Se giró en su asiento—. Quiero que los dos os quedéis en el maldito coche hasta que sepamos qué coño está pasando.

Fabian se inclinó hacia delante.

—Soy un príncipe. Puedo...

Ren pisó el acelerador y se desvió hacia el carril izquierdo un segundo antes de darme cuenta de que un vehículo se dirigía hacia nosotros a toda velocidad.

—¡Joder! —exclamé, agarrándome del asa situada encima de la ventanilla.

El coche había salido de la nada..., ¡del maldito desierto! El motor del todoterreno rugió mientras cogíamos velocidad y nos acercábamos al lugar en el que Faye había quedado atrapada.

—Me importa una mierda lo que seas —soltó Ren—. Pero, si nos están disparando, es muy probable que sepan quién va en estos coches. Lo que significa que esas armas no usan balas normales.

Comprendí de pronto a qué se refería.

—¿Piensas que se trata de la Orden?

—¿Quién más nos dispararía en medio de la noche, en medio de la puta nada?

—Si son ellos, eso quiere decir que sabían que veníamos.

Ahora mismo, no teníamos tiempo para ahondar en esa teoría.

—Te necesitamos vivo —le estaba diciendo Ren a Fabian—. Procura quedarte en el coche y que no te maten. Porque seguro que una bala en la cabeza te deja fuera de combate el tiempo suficiente para que te separen ese cabezón de los hombros.

—Pues sí, pero soy más rápido que una bala.

—Quedaos los dos aquí quietecitos, ¿vale? —les ordené—. Por lo menos...

La ventanilla trasera estalló sin previo aviso. Fragmentos de cristal salieron volando por el interior del vehículo. Me volví y vi algo rarísimo.

Fabian sujetaba a Tink contra el asiento y lo protegía con su cuerpo.

Vale. El príncipe acababa de ganarse unos cuantos puntos, pero ¿estaría Tink herido?

—¿Tink?

—Estoy estupendamente. —Su voz sonó amortiguada.

—Agáchate, Ivy. —Ren estiró una mano y tiró de mí hasta que acabé pegada al compartimento situado entre los asientos.

—¿Y qué pasa contigo? —protesté.

—No me va a pasar nada.

—Eso es muy...

—Hay una pistola en la guantera —dijo, frotándome la espalda—. Cógela, pero no te levantes.

Me incliné unos centímetros hacia delante, mascullando entre dientes, y abrí la guantera. Metí la mano dentro y agarré la Glock. Pesaba bastante.

Como miembros de la Orden, también nos habían adiestrado en el uso de armas de fuego, pero no las empleábamos con frecuencia y solíamos decantarnos por el método más sigiloso de apuñalar a nuestros adversarios.

—Yo puedo disparar.

—Dame eso.

—Y una mierda —siseé—. Estás conduciendo.

—Puedo hacer varias cosas a la vez.

Me empujó hacia abajo al mismo tiempo que mi ventanilla se hacía añicos.

Solté una exclamación ahogada cuando el cristal me rebotó en la espalda.

—¡Ren!

Me agarró la parte trasera de la camiseta con la mano. Los neumáticos chirriaron cuando pisó el freno de nuevo.

—Estoy bien. Pásame la pistola, Ivy.

Me liberé, maldiciendo entre dientes, y me incorporé en el asiento. Me volví hacia la ventanilla rota, haciendo caso omiso del crujido de los cristales. Estiré el brazo y disparé varias veces en dirección al sedán, que dio un patinazo por delante de nosotros.

—¡Maldita sea! —gritó Ren, agarrándome de nuevo por el hombro y obligándome a agacharme—. ¿Estás loca?

—¿Y tú? —le espeté—. No puedes conducir y disparar al mismo tiempo. No eres James Bond.

—Déjalo ser James Bond —dijo Tink, que seguía pegado al asiento—. Déjalo...

La ventanilla trasera del lado derecho estalló y una lluvia de fragmentos de cristal cubrió a Fabian.

Eché un vistazo entre los asientos y descubrí que habíamos dejado al sedán atrás mientras nos acercábamos a toda velocidad al vehículo en el que iba Faye. Ren cruzó entre los dos y se salió de la carretera. Dimos un bandazo cuando viró bruscamente a la izquierda. Noté que el todoterreno se levantaba sobre dos ruedas al girar.

—Los tenemos otra vez detrás —comentó Fabian como si tal cosa—. Me parece que pretenden matarnos a tiros o hacer que nos estrellemos.

Una nube de polvo se coló por las ventanillas rotas. Fabian tenía razón. Era evidente que intentaban matarnos a todos.

Me incorporé, soltando una maldición, mientras Ren me gritaba.

—¡Quédate agachado! —le ordené a Fabian.

El fae abrió mucho los ojos cuando apunté por encima de su cabeza y apreté el gatillo. El sedán que nos seguía viró de pronto a la izquierda y derrapó hasta detenerse unos metros después.

—Joder —susurré—. Creo que le he dado al conductor.

—Esa es mi chica —murmuró Ren un segundo antes de obligarme a agacharme de nuevo.

Matar al conductor no suponía que esto hubiera terminado. Era probable que hubiera más gente en el coche. Además, Faye y su grupo estaban atrapados, porque su vehículo no se había movido. ¿Quién sabía si seguían siquiera con vida? Teníamos que sacar la artillería pesada. Y contábamos con un arma muy potente. Un arma que necesitábamos que saliera con vida de

esta, pero que probablemente podría desatar la ira del kraken contra estos cabrones.

—Para el coche.

—¿Qué? —me preguntó Ren, extrañado.

Me liberé de su mano.

—¡Para el coche!

Me echó un vistazo y no sé qué vería en mi cara, pero soltó una impresionante retahíla de insultos antes de pisar el freno.

Dirigí la mirada hacia el asiento trasero.

—¿Puedes eliminar a los demás ocupantes de ese coche? ¿Y puedes hacerlo sin que te maten?

Fabian apartó la mirada de Tink y la posó en mí. Sonrió.

—Sí, puedo hacerlo.

—Pues hazlo. Yo te cubro.

Antes de que Ren pudiera detenerme, abrí la puerta y salí, manteniéndome agachada.

—¿Qué coño haces? —me gritó mientras él también salía del todoterreno.

—Distraerlos. —Avancé con cautela por el lateral del vehículo—. Deja de preocuparte por mí. Sé valerme sola. Más te vale hacer lo mismo, así que búscate un arma.

Me fulminó con la mirada un momento, y me gusta pensar que comprendió que no iba a ganar esta discusión.

—Hay armas en el maletero. Ivy...

—Yo me agenciaría una por si las cosas se tuercen. —Me puse en pie, avancé hacia el sedán, que seguía con el motor encendido, y abrí fuego—. ¡Ahora, Fabian!

La puerta trasera se abrió de golpe y el príncipe de la corte de verano salió. Pasó a mi lado con aire amenazante y el pelo ondeando por efecto de la repentina brisa caliente que surcó el suelo del desierto. Seguí disparando hasta que me quedé sin munición y luego tiré la pistola a un lado. Mientras tanto, Fabian soltó un rugido que no tenía absolutamente nada de humano... ni de fae.

Un resplandor amarillo brotó de su cuerpo, recubriéndolo de luz hasta que dio la impresión de que el sol hubiera salido por la noche solo para él. A lo lejos, oí que Ren abría el todoterreno, pero no conseguí apartar la mirada de Fabian.

Las puertas del sedán se abrieron. Dos..., no, tres personas salieron rápidamente. Los vi levantar las manos. Tenían armas. Mierda.

El aire se combó alrededor de Fabian y luego se expandió. Se me puso de punta el vello de todo cuerpo mientras daba un paso atrás, alejándome de él, al mismo tiempo que una ráfaga de poder sobrenatural surgía del cuerpo del príncipe, salía propulsada hacia delante y se estrellaba contra el sedán.

El vehículo se elevó en el aire, haciendo que dos personas como mínimo salieran despedidas. Aterrizaron con un ruido sordo mientras el coche explotaba en medio de un estruendo ensordecedor y se incendiaba como si lo hubiera golpeado una bola de fuego.

—Joder —mascullé.

Retrocedí a trompicones mientras desenfundaba la daga. Nunca había visto nada igual.

Fabian se lanzó hacia delante, a una velocidad pasmosa, y llegó hasta la primera persona tirada en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Agarró al primer tipo por el cuello y se lo partió al instante. A continuación fue a por el segundo hombre, que vi que iba todo vestido de negro. El príncipe le colocó la mano encima de la cabeza.

Y eso fue todo.

El hombre soltó el arma y se puso a gritar mientras se apartaba tambaleándose. Le brotaron llamas por todo el cuerpo como si se tratara de un caso de combustión espontánea.

Fabian se volvió, riéndose, y clavó la mirada en el tercer hombre, que seguía en pie. Salió huyendo, pero no llegó muy lejos. Fabian se le echó encima en un segundo y me llegó el olor a carne carbonizada.

Seguí caminando hacia atrás hasta que choqué con el todoterreno. Me volví y vi a Ren allí plantado, con un arma en la mano.

—Tal vez..., tal vez deberíamos haberlo dejado salir antes.

—Madre mía —murmuró Ren, con los ojos como platos.

El poder del que podía hacer uso el príncipe resultaba absolutamente aterrador. Era un arma de destrucción masiva con orejas puntiagudas y, al parecer, ganas de tirarse a Tink. Si él era capaz de hacer esto, ¿qué podría hacer exactamente el príncipe de la corte de invierno?

Tink asomó la cabeza por la ventanilla.

—A eso lo llamo yo subir la temperatura. Literal y metafóricamente.

Me volví hacia él.

—Me parece que deberías tener muchísimo cuidado con ese tío.

—Tenemos que llegar hasta los otros —dijo Ren, pasándome otra pistola—. Todavía se oyen disparos ahí atrás.

Me giré justo a tiempo para ver cómo Fabian eliminaba a los hombres que habían salido despedidos del coche. Me volví hacia Ren, con el estómago revuelto.

—Por favor, ten cuidado. Que no te peguen un tiro.

Él me dedicó una sonrisa pícaro.

—Mantente a salvo porque, cuando todo esto acabe, tengo un montón de ideas para rebajar la adrenalina que vamos a acumular con la pelea.

Madre mía.

Eso sí que era un gran incentivo para mantenerme viva.

Me puse de puntillas, le agarré la barbilla y acerqué su boca a la mía. Lo besé con toda la pasión que llevaba dentro. Fue un beso intenso y feroz. Cuando me aparté, me costó soltarlo.

—Te quiero.

Ren me rozó la cadera con la mano.

—Demuéstramelo luego.

Y entonces se marchó. Rodeó el todoterreno a la carrera y se dirigió hacia los faros cegadores.

Me volví hacia Tink.

—Quédate...

—Ni hablar. —Abrió la puerta, obligándome a retroceder un paso—. No soy un niño, Ivy. Sé cuidarme. Confía en mí.

—Ya sé que no eres un niño, Tink. —Otra rápida ráfaga de disparos resonó por la autopista—. Pero esto es muy peligroso.

—Ya lo sé. —Cerró la puerta tras él—. Pero puedo ayudar. Así que, si quieres cancelar tu suscripción a Amazon Prime, hazlo; pero no me pienso quedar en el coche mientras todos vosotros arriesgáis la vida.

Se oyó un grito y el retumbar de unos pasos contra el suelo. Si seguía discutiendo con Tink, iban a acabar matándonos a los dos.

—No te separes de Fabian.

Una sonrisa eufórica se le dibujó en la cara.

—No hace falta que me lo digas dos veces.

Cuando Tink pasó a mi lado a toda velocidad, me di la vuelta y vi que un hombre venía corriendo hacia mí. No lo reconocí, pero no había duda de que era humano. Alzó la mano y la luz de la luna se reflejó en una daga.

Un miembro de la Orden.

Mierda.

El hombre embistió y yo me agaché. Me levanté de un salto, me giré y le di una patada en la espalda. Me sobresalté al oír un crujido escalofriante.

Mi oponente se desplomó, sacudiéndose y sufriendo espasmos.

—Pero ¿qué...?

Retrocedí dando un traspié, asombrada de que una simple patada en la espalda le hubiera..., ay, Dios.

Ahora era más fuerte. ¿Cómo podía seguir olvidándome de eso?

Le había partido la columna de una patada en la espalda. Me volví, con un nudo en el estómago, pues ahora no tenía tiempo para asimilarlo. Esquivé el ataque de otro hombre que se abalanzó hacia mí. Él dio media vuelta, pero le agarré el brazo y se lo retorcí bruscamente. Me estremecí al oír el chasquido y me esforcé por ignorar el grito de dolor que profirió el hombre. Se le escapó la daga de la mano.

—No quiero matarte —le dije, aplicando presión en el brazo hasta obligarlo a ponerse de rodillas.

Era verdad que no quería matarlo. Matar humanos no era..., bueno, no era como matar faes. Los humanos no se encogían hasta desvanecerse. Al contrario, había sangre por todas partes y se tardaba un tiempo en superarlo.

—Así que, si te suelto, te vas a portar bien, ¿vale?

El hombre soltó una carcajada áspera.

—Más te vale matarme de una vez porque, si consigo levantarme, voy a acabar contigo, zorra.

—Caray. —El resentimiento me hizo apretar más fuerte—. Te acabo de romper el brazo, tío.

—Mátame —dijo con voz entrecortada—. ¡Vamos, hazlo, puta traidora!

Apreté la mandíbula al mismo tiempo que alguien gritaba a lo lejos. Vi un destello de luz anaranjada y supuse que Fabian debía estar prendiéndole fuego a algún infeliz.

—Eres un miembro de la Orden.

—Como lo eras tú —contestó él, girando la cabeza hacia un lado—. Pero nos traicionaste.

—Y una mierda. Yo no he traicionado a nadie. ¿Cómo supisteis que estaríamos aquí?

—¿Cómo va a ser? Os... —Se movió bruscamente y agarró la daga.

Solté un exabrupto cuando el hombre blandió el arma hacia atrás. Lo liberé y me aparté de un salto. Él se puso en pie a trompicones.

—Sea lo que sea lo que pienses de mí, estás equivocado. No he traicionado a la Orden. Estoy intentando impedir...

Se me echó encima como si fuera un tren de mercancías, y actué por instinto. No quería matarlo, pero tampoco quería que me matara de una

puñalada. Ya sabía por experiencia que eso era una putada.

Arremetí hacia delante y le hundí mi daga en el pecho, entre las costillas. La saqué, susurrando:

—Lo siento.

Él no dijo nada mientras caía de bruces.

Tragué saliva con dificultad y rodeé el todoterreno rápidamente, en dirección a los faros. Me mantuve entre las sombras y corrí hacia el vehículo en el que viajaban apiñados los consejeros del príncipe.

Todo el lateral estaba cubierto de agujeros de bala. Las ventanillas habían desaparecido. Aminoré el paso y la hamburguesa que me había comido antes casi acaba en el suelo.

Todos ellos... se estaban contrayendo despacio. Sus ojos pálidos mostraban una expresión de terror y dolor y la piel se les estaba desprendiendo. No tenían bocas. No podían emitir ningún sonido.

—Dios mío —murmuré con voz ahogada.

Aparté la vista y luego volví a mirar. Mi mirada se encontró con la de Fred. No supe qué decir, pero lo vi..., lo vi en sus ojos.

Me estaba suplicando.

Miré mi daga y supe qué me estaba pidiendo el consejero..., supe que podía poner un fin rápido al sufrimiento de todos ellos. Todo mi ser se opuso a aquella idea, lo cual no tenía sentido. ¿Podía matar durante la batalla, pero me costaba matar por compasión? Pero la verdad es que era diferente.

Cerré los ojos un instante, me obligué a echarle ovarios y, entonces..., lo hice. Me ocupé de ellos y, al terminar, me sentí hastiada de *todo* esto, porque sus rostros torturados por el dolor y la certeza en sus ojos de que los estaba enviando de vuelta a un mundo moribundo me acosarían durante el resto de mi vida.

Aunque esto no había terminado, ni mucho menos.

Me volví y me detuve de golpe al encontrarme a Fabian detrás de mí, con la mirada clavada en el vehículo.

—Tuve que hacerlo...

—Ya lo sé. —Me miró—. Gracias.

—No digas...

Vi movimiento por encima de su hombro, reaccioné sin pensar y disparé. Fabian se volvió ahogando una exclamación mientras otro miembro de la Orden se desplomaba.

—No me des las gracias por eso —dije, y luego eché a correr hacia el otro vehículo..., donde ya no se oían disparos.

Tink, que sí se había separado de Fabian, se encontraba más adelante. Estaba arrodillado junto a algo..., junto a alguien, e iba sin camiseta.

Faye..., se trataba de Faye.

—¿Está...?

—Estoy bien. No me han disparado, pero un trozo de cristal casi me amputa el brazo —contestó ella, con voz tensa. Entonces me fijé en que Tink le estaba vendando el bíceps con la camiseta—. Me voy a poner bien. Dane está..., está muerto.

Sentí una opresión en la garganta. Mierda.

—¿Y Kalen?

—Está con Ren —me explicó Tink, sin levantar la mirada—. Yo me quedo con ella.

Me dispuse a marcharme, pero me detuve.

—Siento..., siento lo de Dane.

Faye cerró los ojos.

Respiré hondo y eché a correr. Más adelante había un camión, de esos con focos en la parte superior. Procuré no hacer ruido, aunque no hacía falta. Entre nosotros había otro vehículo, que daba la impresión de acabar de llegar al lugar de los hechos. Ni por un instante se me pasó por la cabeza que estuvieran de nuestro lado. No era tan crédula.

Las puertas se abrieron y salieron cinco personas. Cinco. Genial. No vi pistolas, lo cual fue un consuelo. Fabian apareció de pronto a mi espalda.

Las cosas empezaban a pintar mejor.

Me invadió una descarga de adrenalina mientras me lanzaba hacia delante, contra el primer miembro de la Orden. Se trataba de una mujer. Se abalanzó sobre mí, pero pasé por debajo de su brazo, a tal velocidad que ni me vio. Me situé detrás de ella y me aislé por completo. No pensé en que se trataba de una humana ni en que antes estábamos en el mismo bando. No me pregunté si seguirían en mi contra si supieran cuánto nos había mentido la Orden. Para hacer esto, no me quedaba más remedio. No podía pensar en que acababa de apretar el gatillo y meterle una bala en el pecho.

Di media vuelta y le asesté una patada en la espalda a otra persona, que tuvo que apoyarse en una rodilla. Hundí la daga en el blanco y luego la extraje de nuevo.

Me volví al oír unos pasos que se me acercaban por la espalda y me aparté de un salto, evitando por los pelos que una daga se me clavara en el pecho. Empecé a darme la vuelta, pero entonces el cuello del hombre giró bruscamente. Cuando cayó al suelo, Fabian apareció detrás de él.

—Gracias —dije con voz ahogada.

—Te lo debía.

Fabian despachó enseguida a los demás miembros de la Orden, despejándome el camino para poder llegar hasta donde esperaba encontrar a Ren sano y salvo. Vi aparecer a alguien cuando me acerqué a la rejilla del camión. Levanté la pistola, preparada para volarle los sesos a quienquiera que fuese.

Kalen alzó las manos.

—Soy yo..., solo soy yo.

—Mierda. —Bajé el arma—. Casi te pego un tiro. ¿Dónde está Ren?

El fae señaló con un movimiento brusco de la cabeza.

—Ha capturado a uno.

Al parecer, Ren era el único con suficiente sesera como para dejar a uno con vida. Rodeé el lateral del camión detrás de Kale, manteniéndome alerta por si aparecían más miembros de la Orden.

Cuando vi a Ren, sentí el impulso de abalanzarme sobre él de puro alivio. Pero logré contenerme, principalmente porque estaba apuntando a alguien con una pistola y supuse que darle un achuchón no sería lo más apropiado en ese momento.

—Ahora que Ivy ha llegado, espero que cambies de opinión y empieces a hablar. —La voz de Ren sonó dura como el granito—. Ella tiene mucha menos paciencia que yo.

Esbocé una sonrisa de suficiencia mientras me situaba a su lado. Miré hacia donde apuntaba la pistola, pero tuve que bajar la vista porque Ren tenía a quienquiera que fuese de rodillas. Ahogué una exclamación al reconocer al hombre de pelo oscuro.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo mientras observaba al hombre que había matado al mejor amigo de Ren. El hombre que supervisaba las actividades de la Élite y había venido a Nueva Orleans para darme caza.

Kyle Clare.

23

Kyle no cambió de opinión. Pero tampoco es que me sorprendiera demasiado. Como miembros de la Orden, nos habían inculcado prácticamente desde la cuna que debíamos mantener la boca cerrada si el enemigo nos capturaba.

Y, para Kyle, nosotros éramos el enemigo.

Así que íbamos a tener que obligarlo a hablar, como a Marlon, y eso no me hacía ni pizca de gracia. Aunque Kyle fuera un capullo integral al que le hacía falta una buena dosis de karma.

Puesto que solo era cuestión de tiempo antes de que algún incauto con muy mala suerte se topara con nuestra escaramuza en la interestatal, debíamos abandonar la carretera y buscar un lugar seguro en el que interrogar a Kyle para averiguar cómo sabían que nos dirigíamos a San Diego.

Los integrantes que quedábamos del grupo nos apiñamos en el todoterreno, incluyendo a Kyle, que iba atado y amordazado. Llegamos a un espeluznante motel de carretera en el que normalmente ni me habría planteado alojarme; pero tenían habitaciones libres y parecía el tipo de sitio en el que solían oírse gritos en medio de la noche.

Pagamos tres habitaciones en efectivo, metimos a Kyle en la de en medio y lo atamos a una de esas incómodas sillas de escritorio. Solo estábamos Ren y yo en la habitación con él, pues supusimos que la presencia de alguno de los faes no lo induciría a portarse bien.

Además, Kalen andaba por ahí deshaciéndose de los vehículos dañados y buscando otros nuevos, y Faye estaba descansando para que se le curara el brazo. Me imaginé que Kalen iba a emplear un hechizo de seducción con alguien para que le entregara las llaves de su coche, pero ahora mismo tenía demasiadas cosas en la cabeza como para decidir si eso estaba bien o mal.

Ren se situó justo delante de Kyle, con los brazos cruzados.

—Te voy a quitar la mordaza, y espero que seas lo bastante sensato como para no hacer demasiado ruido.

Kyle lo fulminó con la mirada, y no supe predecir si se iba a comportar con sensatez o no.

—Queremos hablar contigo y necesitamos que nos escuches —prosiguió Ren, acercándose más—. Estamos en el mismo bando.

Un momento después, Kyle asintió. Ren le quitó la mordaza, y lo primero que salió de la boca del hombre fue:

—No estamos en el mismo bando, chico. Dejamos de estar en el mismo bando en cuanto supiste lo que era ella y no la mataste.

—Esta va a ser una conversación muy agradable —comenté, enarcando una ceja.

Kyle me lanzó una mirada siniestra.

—Debería haberme fiado de la corazonada que tuve cuando te conocí. Todas esas historias de que te enfrentaste al príncipe y sobreviviste no son más que gilipolleces.

—A pesar de lo que crees, sí me enfrenté al príncipe, y sobreviví. Y no solo eso, sino que luego me secuestró, y aun así sobreviví. —Le sostuve la mirada—. Pero yo no sabía que era una semihumana.

—Eso da igual —contestó él con tono despectivo.

—Sí, supongo que sí —cavilé—, porque estoy segura de que mataste a un montón de semihumanos en tus tiempos, personas que no tenían ni idea de lo que eran ni de por qué les hacías eso.

—¿Por qué no le preguntas a él a cuántos mató antes de conocerte?

Ren se puso rígido delante de mí.

—No tuvo huevos para liquidar a Noah. Ni a ti, al parecer. —Kyle sonrió—. Pero ha matado a...

—Cierra el pico —le espeté.

—¿No queríais hablar? —Se inclinó hacia delante hasta donde se lo permitió la cuerda que Ren había encontrado sabía Dios dónde—. ¿Qué se siente al saber que la única razón por la que vino a Nueva Orleans fue para meterle una bala entre ceja y ceja a la semihumana? Para matarte. Pero supongo que tienes un coño de oro, porque...

Ren se movió tan rápido que apenas vi cómo su puño se estrellaba contra la cara de Kyle, haciéndole echar la cabeza hacia atrás y provocando que la silla se levantara sobre dos patas. Ren apretaba la mandíbula con tanta fuerza

que podría haber partido piedras, mientras permanecía allí de pie, mirando al otro hombre.

Di un paso al frente.

—Para que lo sepas, me gusta la idea de que mi vagina sea dorada. Eso no es un insulto.

—Ya, no me extraña. —Kyle escupió sangre—. Esta luz es una mierda, pero puedo verte.

Tuve la impresión de que sabía a qué se refería Kyle y caí en la cuenta de que me daba igual. Fue toda una sorpresa, pero así eran las cosas. Sabía que tenía un aspecto diferente. Sabía lo que significaba, y me daba igual.

—Me importa una mierda lo que veas.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo ocultaste tu verdadero aspecto? —me preguntó con aspereza—. Porque sé perfectamente que, si David viera cómo eres en realidad, no seguiría defendiéndote.

Ladeé la cabeza mientras Ren se volvía para mirarme.

—¿David me defiende?

Durante un momento, pensé que Kyle no iba a responder.

—No quería creer que hubieras traicionado a la Orden. Pero es evidente que se equivocó.

—No he traicionado a la Orden. —Hice una pausa. Que David siguiera creyendo en mí era una noticia estupenda y sorprendente. Apreté los labios—. Bueno, matar a esos miembros de la Orden que nos atacaron se podría considerar traición, pero fue en defensa propia.

Kyle me miró. Se le estaba hinchando el ojo izquierdo, y supuse que habría sufrido esa herida junto a los vehículos.

—Pareces una puñetera fae. Me das asco.

El puño de Ren arremetió de nuevo a la velocidad del rayo y se hundió en el estómago de Kyle. El impacto resonó por la habitación. Ren agarró a Kyle por el hombro, evitando que la silla volcara.

—Me parece que querías decir que está preciosa. Pero lo entiendo, las palabras nunca han sido tu fuerte.

—Y cumplir con tu deber nunca ha sido el tuyo. —Kyle miró a Ren y soltó una carcajada—. ¿Verdad?

Se encontraban cara a cara.

—Sabes perfectamente que cumplí con mi puto deber una y otra vez.

—Pero no cuando importa.

—Te equivocas. Cuando importa, estoy haciendo lo correcto. —Ren se apartó mientras la silla se enderezaba—. Pero no estamos aquí para hablar de

lo que se supone que debí hacer. ¿Cómo supisteis dónde estábamos?

Kyle escupió más sangre.

—Que te jodan.

—Esa boca... —murmuró Ren dejando caer los brazos a los costados.

El líder de la Élite soltó otra carcajada, que sonó húmeda.

—¿Qué información crees que vas a sacarme? Tú y yo sabemos cómo va a acabar esto.

Los miré a ambos.

—¿Cómo va a acabar esto?

Kyle hizo una mueca de desdén.

—Me va a matar.

Miré a Ren, esperando a que contestara, y, cuando no lo hizo, decidí que era hora de intervenir.

—Vale. Nos hemos desviado del tema. ¿Sabes que el príncipe ha encontrado a otra semihumana?

A Kyle le palpitó un músculo en la mandíbula, que se le estaba amoratando con rapidez.

—No me digas.

—¿Y nunca se te pasó por la cabeza que, si el príncipe iba de camino a San Diego en busca de otra semihumana, tal vez yo no estuviera de acuerdo en quedarme embarazada y provocar el fin del mundo tal y como lo conocemos?

Transcurrió otro momento de silencio.

—Eso no cambia lo que eres y el peligro que representas.

Exhalé de manera ruidosa.

—Vale, tienes razón en eso. Pero ¿por qué crees que vamos a San Diego? Y no te atrevas a decir que para reunirnos con el príncipe, porque podría darte un puñetazo y, ¿sabes qué?, yo pego mucho más fuerte que Ren.

—Viajáis con un montón de faes. La respuesta es evidente.

—Estamos intentando detenerlo, estúpido hijo de puta. —Ren se situó detrás de la silla de Kyle—. Pero te interpusiste en nuestro camino y nos retrasaste. Así que más vale que no la haya encontrado.

—La rama de la Orden en San Diego ha estado vigilando por si el príncipe aparece. No somos idiotas.

Ren colocó las manos sobre los hombros de Kyle, haciéndolo dar un respingo.

—Eso es discutible.

Un atisbo de esperanza de que tal vez no fuera demasiado tarde brotó en mi pecho.

—¿Todavía no lo han visto?

Kyle no contestó.

—Eso no significa que no haya llegado, que no la haya encontrado ya. —Ren dobló los dedos, clavándoselos en los hombros—. Y, mientras tú estás aquí metiendo la pata, el príncipe se sale con la suya.

—Sabes que apenas tenemos tiempo para impedir que consiga lo que se propone —añadí, intentando razonar de nuevo con aquel hombre—. No hace falta que te guste lo que soy. Piensa lo que te dé la gana de mí, pero a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que no trabajamos para el príncipe.

—Pero colaboráis con los faes.

—Y esta no es la primera vez que la Orden colabora con ellos. —Ren sonrió cuando Kyle crispó el rostro—. ¿Te apetece hablar del tema?

Kyle guardó silencio.

—Eso es lo más interesante de todo esto. —Las manos de Ren se deslizaron por los hombros de Kyle, aproximándose a su cuello—. Me hablas del deber, pero todos vosotros no sois más que una panda de mentirosos. ¿Nunca se os ocurrió que alguno de nosotros podría cruzarse con la corte de verano y averiguar que la Orden y la Élite solían trabajar con ellos? ¿Que ayudaron a sellar los portales? ¿Que no matan humanos ni se alimentan de ellos?

Bueno, salvo por los miembros de la realeza. Ellos sí se alimentaban de humanos, pero decidí que era mejor no compartir esa información por el momento.

Los ojos de Kyle destellaron de ira.

—Se os adiestró para matar, no para hacerles preguntas a los faes mientras tomáis té con pastas.

Alcé las cejas.

—¿La Orden nos mintió, a todos, y sigue haciéndolo, porque pensaban que ninguno de nosotros hablaría nunca con un fae de la corte de verano ni creería lo que le dijera?

—Había funcionado hasta ahora.

Me lo quedé mirando un momento, anonadada.

—Eso es una estupidez como una casa.

Kyle me dedicó una sonrisita de suficiencia, con los labios manchados de sangre.

—A los miembros de la Orden no se os adiestra para *hablar* con los faes y escucharlos. Se os adiestra para atacar primero. Siempre.

—Repito: un plan estúpido y chapucero.

—¿Sabéis qué es estúpido? Que creáis que saldréis con vida de esta.

—Mira cómo tiemblo. —Puse los ojos en blanco—. Supongo que enviaste una alerta sobre nosotros y alguien nos vio. Así nos encontraste.

—Probablemente fuera en Texas —coincidió Ren mientras rodeaba el cuello de Kyle con la mano—. Cuando nos detuvimos a comprar comida. También me imagino que la secta del Sur de California va a estar buscándonos.

Kyle tragó saliva de forma visible. Aunque se comportaba como un tipo duro, estaba asustado.

Respiró hondo cuando Ren lo soltó y se apartó.

—No pienso contaros nada.

—No pasa nada —repuse con una sonrisa—. Porque ya nos has contado algo útil.

Kyle entornó los ojos.

—No os he contado una mierda.

—Oh, claro que sí. —Solté una carcajada suave mientras Ren me miraba—. Nos has dicho justo con quién debemos ponernos en contacto. Con David. El asombro de Kyle fue mayúsculo al caer en la cuenta.

—Así que... —Alcé la mano, extendiendo el dedo corazón—. Gracias por la información.

No había palabras para describir la satisfacción que sentí cuando se quedó lívido.

—Vamos, matadme de una vez.

—Me encantaría hacerte ese favor. —Ren pasó a su lado, dándole un manotazo en la nuca de camino—. Pero así solo te daría la razón y te demostraría que somos el enemigo.

Lo miré bruscamente, pero logré morderme la lengua. A juzgar por la expresión de Kyle, él estaba tan sorprendido como yo.

Ren le sonrió.

—Con suerte, dejarte vivir quizá haga que te entre en esa cabezota que estamos en el mismo bando. No me mancharé las manos con tu sangre. Ivy tampoco.

24

Reprimí un bostezo mientras seguía a Ren a la habitación de al lado. Habíamos amordazado a Kyle antes de salir y encendimos la tele por si acaso. Aunque no iba a ir a ninguna parte. A menos que desarrollara superpoderes y lograra liberarse de donde lo habíamos dejado...

Atado a las cañerías del cuarto de baño.

—¿De verdad vas a llamar a David? —me preguntó Ren, deteniéndose delante de cama, que estaba hundida por el medio.

Me pregunté cuántas personas se habrían quedado embarazadas y habrían muerto en aquella cama. Luego me dieron arcadas y decidí que no me hacía falta saberlo.

—Creo que él es nuestra mejor opción si, llegado el momento, debemos abrir los portales para enviar al príncipe de vuelta a su mundo.

—Es arriesgado. —Recorrió la pequeña y sórdida habitación de hotel con la mirada y enarcó las cejas al fijarse en el televisor, que parecía sacado de los años ochenta—. Puede que no crea que lo has traicionado, pero cuando...

Se quedó callado. Lo vi desatarse la daga y la estaca de espino. Las colocó en la mesita de noche situada más cerca de la puerta. También añadió una pistola.

—¿Cuando vea la pinta que tengo ahora? —concluí por él.

Ren se volvió hacia mí.

—No debería influir una mierda, pero podría pasar.

Me mordí el labio.

—Ya lo sé. Por eso será mejor que lo llame cuando lleguemos a San Diego. Llamarlo ahora es demasiado peligroso. Podríamos toparnos con otra emboscada por el camino si me equivoco con él.

—Es posible. —Se quitó las botas—. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Otros miembros de la Élite estarán buscando a Kyle. Probablemente dispongamos de un par de horas. Debemos descansar y luego ponernos de nuevo en marcha.

—Estoy de acuerdo.

—Creo que tienes razón —me dijo, pasándose una mano por el pelo revuelto—. Nos pondremos en contacto con David cuando llegemos a San Diego y... ya veremos qué hacer.

Asentí mientras lo veía sacarse la camiseta por encima de la cabeza, flexionando aquellos abdominales y pectorales marcados. No obstante, había algo raro en el tono de su voz, y cada vez que nuestras miradas se encontraban, él desviaba la suya.

—¿Qué vamos a hacer con ese gilipollas? ¿En serio vamos a dejarlo con vida?

Sus labios esbozaron una leve sonrisa.

—Deberíamos matarlo. Me encantaría hacerlo. Por un montón de razones. —Se sentó en el borde de la cama y me sorprendió que el armatoste no se desplomara—. Pero, si tú o yo lo matamos, simplemente le demostraríamos que tiene razón..., demostraríamos lo que deben pensar otros miembros de la Orden.

—Entonces, ¿vamos a dejarlo aquí?

Ren asintió mientras se pasaba la mano por el pelo otra vez.

—Me parece que es lo correcto.

A mí no me lo parecía para nada. Dejar a Kyle con vida implicaría que tendríamos que estar mirando constantemente por encima del hombro mientras nos encargábamos de Drake y todo lo demás. Debíamos discutirlo.

—Kyle tenía razón.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Sobre qué?

Ren se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las piernas.

—Sobre los semihumanos a los que he matado.

Todo pensamiento acerca de matar a Kyle se evaporó.

—Ren...

—¿Sabes cuántos fueron? —Bajó la barbilla y sacudió ligeramente la cabeza—. Yo sí.

Oh, no.

—Eso da igual.

—¿En serio? Pues a mí me parece que no da igual. —Se mantuvo callado un momento—. Te habría matado a ti si no hubiera llegado a conocerte..., si me hubiera enterado de que eras una semihumana antes de saber cómo eras.

A pesar de que oírle decir eso no fue agradable, me acerqué a él.

—Pero eso no fue lo que pasó.

—Podría haber pasado. —Cuando levantó la cabeza, tenía la mirada tan atribulada que se me encogió el corazón—. Eran como tú, Ivy. Algunos no formaban parte de la Orden, pero otros sí, y no tenían ni idea de lo que eran. No tenían ni idea de por qué estaban a punto de morir. Ni siquiera se lo vieron venir.

Me quedé sin aliento y no supe qué decir.

—A veces no me explico cómo puedes estar conmigo —prosiguió, y esas palabras me rompieron el corazón—. Cómo puedes mirarme, quererme, sabiendo por qué vine a Nueva Orleans.

Tragué saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta.

—Bueno, ayuda que no intentaras matarme.

Ren no sonrió como pensé que lo haría. Me puse en cuclillas delante de él, apoyando una mano en su pierna y rodeándole la barbilla con la otra.

—Mírame.

Levantó la vista despacio.

—Ya lo hago, cariño. Siempre te tengo presente incluso cuando no te tengo ante mis ojos.

Sus palabras me hicieron sentir una opresión en el pecho. Dios mío, Ren era..., era demasiado bueno para este mundo. Lo vi con una claridad repentina. Si no hubiera nacido en medio de todo esto, seguramente sería médico y estaría salvando vidas, o sería un profesor que formara una juventud mejor para el mañana.

Y quizá, si yo no hubiera nacido en medio de todo esto, también sería... demasiado buena.

—Quién eras antes y lo que hiciste no define quién eres ahora y lo que vas a hacer. —Le pasé el pulgar por debajo del labio—. Los dos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos, y me gusta pensar que no las habríamos hecho de saber la verdad. No somos los mismos de antes.

Ren cerró los ojos y giró la cabeza para darme un beso en la palma de la mano, pero percibí la tensión que emanaba de él.

—Hoy matamos gente..., gente con la que yo solía trabajar. Reconocí a tres, como mínimo.

»Sé que no nos quedó más remedio. Si no lo hubiéramos hecho, ellos no habrían dudado en matarnos. —Se estremeció—. Pero eso no hace que sea más fácil.

—Lo siento mucho —susurré.

Él no contestó y, mientras lo miraba, supe a ciencia cierta que Ren no podía mancharse las manos con la sangre de Kyle. Comprendí que no podía seguir insistiendo en matarlo.

Seguía muy tenso, y decidí que tenía que hacer algo por él. Cualquier cosa que aliviara su preocupación. Dormir ayudaría, y ambos lo necesitábamos, pero en ese momento lo único que yo deseaba era que dejara de sufrir y de despreciarse a sí mismo, y solo conocía una forma de lograrlo.

No me paré a pensar en la moqueta fina y sucia mientras me arrodillaba entre sus rodillas y le desabrochaba los pantalones.

Ren se enderezó y levantó la cabeza, agarrándome por la muñeca.

—Ivy...

Me estiré y lo hice callar con un beso suave mientras le bajaba la cremallera. Entonces lo noté: ya tenía el pene duro y erecto. Interrumpí el beso y me volví a sentar mientras lo miraba a los ojos.

—Por favor —susurré.

Ren me soltó la muñeca, levantando los dedos uno por uno.

Acabé de bajar la cremallera y le agarré los pantalones y los calzoncillos. Él levantó las caderas y pude pasárselos por las piernas y sacárselos. Entonces le agarré el rabo con la mano, asombrándome de notarlo suave como la seda y a la vez duro como el acero.

Ren soltó una exhalación brusca cuando desplazé la mano desde la punta hasta la base de su miembro y vuelta a empezar. Una gota de líquido resplandeció. Todo su cuerpo se sacudió cuando le rocé el glande con el pulgar. Lo miré a los ojos. Él me observó atentamente, con los labios ligeramente separados, mientras llevaba su mano hasta la parte posterior de mi cabeza, localizaba la horquilla con la que me sujetaba el pelo y me la quitaba. Los rizos me cayeron sobre los hombros formando una masa enredada, y entonces Ren hundió la mano en mi pelo y me rodeó la nuca. Empleó una leve presión para mostrarme lo que quería.

Noté su sabor salado en la lengua y el sonido entrecortado que brotó de su garganta me resonó en los oídos. No lo prolongué. No se trataba de jugar ni provocar. Se trataba de sacar su mente del lugar sombrío en el que se había sumido. Se trataba de aliviarlo. Me introduje su rabo en la boca y, aunque no

tenía demasiada experiencia haciendo mamadas, descubrí enseguida que, cuando le gustas a un tío, no hay forma de hacer esto mal.

Bueno, salvo probablemente usar los dientes de una forma no demasiado seductora, pero ese es otro tema.

—Ivy —gruñó Ren.

Todo su cuerpo se flexionó mientras yo chupaba e iba ascendiendo para pasarle la lengua por el glande. Soltó una palabrota y se le tensó el cuerpo.

Una oleada de calor me envolvió, recorriéndome por entero. Me invadió un anhelo distinto al deseo de consolarlo que experimenté momentos antes.

Abarqué su rabo con la boca hasta donde pude y eso pareció bastar, a juzgar por la forma en la que se le crispó la mano en mi nuca y los sonidos guturales que salían de su garganta. A continuación deslizó la mano hasta mi cuello, localizó mi pulso con el pulgar, aquel punto extrañamente sensible de mi cuerpo, y me masajé la piel con suavidad hasta que tuve que apretar los muslos con fuerza. Su pene se hinchó contra mi lengua un segundo antes de que Ren intentara apartarme, pero no se lo permití. Lo sentí palpar y lo oí gruñir mi nombre.

Cuando todo terminó, me senté, bastante orgullosa de mí misma. O, más bien, intenté sentarme. Pero eso no fue lo que ocurrió. Ren se movió con rapidez, me agarró por las axilas y me puso en pie. Ahogué una exclamación mientras sus dedos se ocupaban con premura de mis pantalones. Antes de darme tiempo siquiera a reaccionar, ya me había sacado los pantalones, las bragas y las botas.

Madre mía, este tío tenía talento.

Y era fuerte..., muy fuerte.

Ren me colocó de pie encima de la cama y luego se sentó, sujetándome de modo que una parte muy privada de mi anatomía quedara a la misma altura que su boca.

No dijo nada mientras yo lo miraba. El corazón me retumbó en el pecho al ver la intensidad cruda y feroz que se dibujaba en sus hermosas facciones. Asombrada, afirmé las piernas para mantener el equilibrio mientras él me aferraba las caderas..., el culo, clavándome los dedos.

Y entonces hundió la boca en mi entrepierna.

Sin previo aviso. Sin lentos preliminares. Empleó los labios y la lengua, chupó, lamió... Jadeé, agarrándome de su cabeza para sostenerme. Me devoró con su boca ardiente y húmeda.

Intenté decir su nombre, pero perdí todo control sobre mi cuerpo a medida que la tensión se apoderaba de mí. No era capaz de hablar con coherencia, no

era capaz de pensar en nada salvo en lo que su boca estaba haciendo entre mis muslos. Sentí que me iba a morir, que me estaba muriendo, y entonces ocurrió. Dejé escapar un grito y mi cuerpo se transformó en líquido mientras experimentaba un orgasmo palpitante e interminable. Se me doblaron las piernas.

Pero Ren me atrapó.

Me desplomé en sus brazos... lánguida, saciada y agotada. Apenas me percaté de que él se giraba de modo que quedamos tendidos de costado, con mi mejilla pegada a su pecho. No pronunciamos ni una palabra y él se quedó dormido así, abrazándome con fuerza como si temiera que fuera a salir flotando lejos de él.

Yo, por mi parte, no me dormí.

No pude hacerlo cuando la agradable bruma del orgasmo se disipó y pensé en lo que tenía que hacer.

Lo que tenía que hacer por Ren.

25

Ren seguía en la ducha cuando salí de la habitación. Le dije que quería echarle un ojo a Kyle para asegurarme de que estaba bien antes de ponernos en marcha. Insistí en hacerlo, porque no quería que él se acercara a aquel cabrón.

Era temprano y el sol matutino que inundaba el aparcamiento me hizo entrecerrar los ojos. Yo no era la única que estaba allí fuera.

Fabian se encontraba delante de la puerta de la habitación en la que reteníamos a Kyle.

—¿Llevas aquí toda la noche? —le pregunté.

—A ratos —contestó él, con rostro inexpresivo—. Quería asegurarme de que se quedara dónde está.

—No va a ir a ningún sitio. Créeme.

—No, no lo hará.

La frialdad de su voz hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie más.

—¿Dónde está Tink?

—Durmiendo en la habitación del fondo. Está con Faye. —Inclinó la cabeza—. ¿Por qué lo llamas así: Tink?

Enarqué las cejas mientras me apartaba un mechón de la cara. Aquella pregunta me sorprendió.

—Es que..., bueno, nunca me dijo cuál era su verdadero nombre y me recordaba a Campanilla^[1].

Fabian hizo una mueca.

—Qué interesante. —Se quedó callado un momento—. Os oí anoche.

Abrí los ojos como platos y me puse colorada. ¡Por el amor de Dios, si apenas habíamos hecho ruido! Bueno, hubo gemidos..., muchos gemidos de

tipo sexual. Las paredes de este sitio debían de ser tan finas como la maldita moqueta.

—No sé qué crees haber oído, pero no fuimos nosotros.

Él me miró con el ceño fruncido.

—Os oí a Ren y a ti hablando con el hombre de ahí dentro.

—Ah, *eso*. —Ahogué una carcajada. Dios mío. Y ahora me estaba poniendo en evidencia—. Sigue, entonces.

Dejó de fruncir el ceño, pero su mirada seguía siendo sombría.

—Por eso estoy aquí esperando.

Lo miré bruscamente. Transcurrió un momento de tensión, un momento cargado de entendimiento; entonces, Fabian se hizo a un lado y me dirigí hacia la puerta.

—También te oí gemir —añadió Fabian—. Parecías un alce pastando.

Me quedé boquiabierta.

—¿Un alce pastando?

—Sí. Así es. Me resultó sumamente... perturbador.

Madre mía. Por supuesto que no me parecía a un alce.

Le enseñé el dedo, roja como un tomate, y luego abrí la puerta del motel. La habitación estaba en calma, pero habíamos dejado la luz del cuarto de baño encendida y pude ver a Kyle desde la entrada.

Se había quedado dormido, con la barbilla apoyada contra el pecho y las muñecas atadas a la cañería. Aunque debía de tener los sentidos tan desarrollados como los de un gato, porque se despertó en cuanto di un paso hacia él.

—Buenos días —dije, acercándome—. Iba a traerte un café y un donut, pero entonces me acordé de que no me caes bien.

Él resopló y apartó la mirada.

—Si has venido a matarme por fin, hazlo de una vez, porque eres un coñazo.

—No he venido a eso. —Entré en el cuarto de baño y me senté en la tapa del váter—. Quiero hablar.

—Y yo quiero usar ese váter, así que, si tú no vas a usarlo, aparta el culo y desátame.

Solté una carcajada.

—Ni de coña. Por el momento.

Dirigió la mirada hacia mí despacio.

—Sabes que van a venir a buscarme. Ya tienen que estar ahí fuera, cercándoos.

—Sí, lo sé. —Crucé las piernas—. Así que no tenemos mucho tiempo.

—Casi no os queda.

—Casi.

Lo observé y noté el leve estremecimiento que lo recorrió.

—Aunque no te lo creas, el príncipe me secuestró. Me retuvo en contra de mi voluntad. Luché por seguir con vida y no ceder. No tienes ni idea de lo que tuve que hacer para lograrlo. —Se me hizo un nudo en la garganta, pero continué—. Puedes odiarme. Puedes odiar a Ren. Pero, ahora mismo, somos la mejor baza con la que cuenta el mundo. Estábamos en el mismo bando.

Un músculo le palpité en la mandíbula.

—¿Estábamos?

No abordé ese tema. Todavía no era el momento.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—¿Qué? —repuso él con tono brusco.

—Simple curiosidad. Un montón de miembros de la Orden se casan ente sí y tienen hijos. ¿Tú eres de esos? —Apoyé la barbilla en la palma de la mano—. No das el tipo. Ni llevas alianza. Lo único que te importa es el trabajo. El deber.

—Sí —contestó, furioso—. Erradicar a los faes es mi deber.

—¿Incluso a los que ayudaban a la Orden? ¿A los miembros de la corte de verano?

Él no contestó.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué no me lo cuentas? He oído la versión de ellos, pero sé que tiene que haber algo más. Tiene que haber algún motivo para que la Orden se volviera en su contra.

Kyle apretó los labios con fuerza y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la parte inferior del lavabo.

Sacudí la cabeza, con la mandíbula apretada. Tenía ganas de darle una patada en la cara, pero dudaba que eso lo hiciera hablar.

—No puede ser simplemente porque fueran faes.

Volvió la cabeza de repente hacia mí.

—¿Ah, no?

Me quedé helada.

—Da igual que se alimentaran o no de humanos o que ayudaran a la Orden. Los faes son una maldita abominación que infecta nuestro mundo... una puta enfermedad. La Orden no se daba cuenta, pero nosotros sí. —La ira destelló en sus ojos—. Hicimos lo que era necesario, como hacemos siempre.

¿Hablabas en serio?

—¿Tú..., la Élite se volvió en contra de los faes de la corte de verano porque eran faes?

—¿Hay otra razón de la que no esté enterado?

—Joder —musité, completamente anonadada—. ¿Eso es todo? Los traicionasteis, los matasteis, les robasteis el cristal. Hicisteis todo eso porque eran faes. Caray. No sé ni qué decir.

Kyle soltó una palabrota y me llamó idiota, pero lo único que yo pude hacer fue quedarme mirándolo. No había un motivo profundo ni un plan oculto. Se trataba, sencillamente, de... intolerancia y miedo. Si la Élite era así, entonces sus miembros no eran mejores que..., que los faes que querían apoderarse del mundo de los mortales.

Yo no me parecía en nada en ellos. Ni tampoco Ren. En cuanto nos enteramos de que había faes que, simplemente, trataban de vivir sus vidas sin hacerles daño a los demás, acordamos una tregua. No fue fácil, pero éramos...

Éramos seres humanos decentes.

Casi siempre.

Pero hoy no. Hoy yo no era una buena persona. Hoy era lo peor de lo peor.

Y me parecía bien.

Kyle soltó un profundo suspiro.

—Ren va a tener que matarme tarde o temprano, ¿sabes? Porque te encontraré y te mataré. Luego él vendrá a por mí y, si no me mata, lo mataré yo a él. Es un traidor.

Descrucé los brazos. Esta conversación había terminado.

—Ren no va a matarte.

Kyle esbozó una sonrisita de suficiencia.

—Si eso te parece sensato, entonces, además de ser una zorra, es que eres tonta.

—¿Sabes qué? Puede que sea una zorra, pero no soy tonta. —Me levanté del váter—. Comprendo por qué Ren piensa que dejarte con vida ayudará a limar asperezas con la Orden. Él es así. Es una *buena* persona. Es mejor que tú.

—Se está follando a una semihumana —me espetó.

Solté una carcajada que desprendía frialdad mientras salía del baño caminando de espaldas.

—Y lo disfruta muchísimo.

En su rostro se dibujó una expresión de repugnancia.

—Lo hará. Te lo aseguro. Él y yo volveremos a vernos las caras.

—Ahí te equivocas. De cabo a rabo. —Me detuve delante de la puerta principal—. Ren no va a matarte más adelante. No pienso permitirlo.

Kyle se rio.

—¿Qué? ¿Vas a hacerlo tú misma? ¿Y luego vas a mentirle? Te va a costar matarme desde ahí.

—No. —Esperé a que me mirara y entonces sonreí—. Tampoco voy a hacerlo yo, porque le prometí que no volvería a mentirle.

—¡Qué romántico! —soltó, sacudiendo la cabeza.

—Pues sí, lo es. —Agarré la puerta con la mano y empecé a abrirla—. Pero no he dicho que no fuera a matarte nadie, Kyle.

Me hice a un lado.

Y entró el príncipe de la corte de verano.

26

Kalen nos había conseguido uno de esos todoterrenos enormes en los que cabía un equipo completo de fútbol, así que ahora íbamos todos en un solo vehículo.

Todos los que quedábamos.

Solo llevábamos un día de viaje y ya habíamos perdido a cinco personas. Costaba pensar en ello, incluso admitirlo siquiera.

Supongo que por eso Faye y Kalen, que iban sentados en la última fila de asientos, guardaban silencio. Yo no conocía bien a Dale, pero me caía bien, aunque me hubiera llamado «semihumana canija».

Fabian también se mantenía callado. No me cabía duda de que se debía a que había perdido a todos sus consejeros. Todos y cada uno de ellos habían muerto en el coche, acribillados con balas de hierro.

Miré a Ren de reojo, mordiéndome el labio. Él no tenía ni idea de lo que yo había hecho. Como lo había planeado, nos marchamos sin que Ren comprobara cómo estaba Kyle, y tampoco me había preguntado por él. No le pregunté a Fabian qué le había hecho; pero, cuando partimos, era evidente que el príncipe estaba más relajado.

Estaba convencida de que le había hecho pagar por cada muerte que había ocurrido.

Una parte de mí seguía sin dar crédito a lo que me había contado Kyle. La Élite había traicionado a la corte de verano simplemente porque eran faes. Me resistía a creerlo. Quería que hubiera alguna razón que me ayudara a entender por qué la Élite había hecho eso. Pero solo se trataba de intolerancia y miedo.

Y solo me restaba esperar que esa intolerancia y ese miedo no se hubieran propagado por la Orden. Sabía que era lo más probable, pero Kyle había

dicho que David no quería creer que lo hubiera traicionado. Así que teníamos una oportunidad.

Sostuve el teléfono de prepago en la mano. Ni siquiera recordaba haberlo sacado del bolsillo, pero ya llevaba tantas horas sujetándolo que notaba que estaba caliente.

Llamar a David suponía un riesgo enorme, pero íbamos a tener que correr ese riesgo. Él era nuestra única esperanza de poder abrir los portales para enviar al príncipe de la corte de invierno de regreso a su mundo.

—Eh —dijo Tink en voz baja, inclinándose hacia delante entre los asientos—. Estaba pensando en algo.

Tratándose de Tink, era imposible predecir de qué se trataría. Me giré hacia él.

—¿En qué?

—¿Creéis que es posible que la Orden ya haya descubierto quién es la semihumana y la tengan..., no sé..., en custodia preventiva?

A Ren le palpitó un músculo en la mandíbula.

—Está claro que la Élite está en San Diego. Y, si han descubierto quién es la semihumana, no la tendrán en custodia preventiva.

Ren tenía razón. La matarían de inmediato. No intentarían mantenerla a salvo.

—Qué putada —comentó Tink.

—¿Te acabas de dar cuenta de eso?

—Pero está mal —insistió, mirándome.

Pues sí.

Sí, estaba mal.

Tink regresó a su asiento y, cuando le eché un vistazo a Fabian, el príncipe me miró.

—Si la semihumana sigue viva y no está embarazada, contará con la protección de la corte de verano —sentenció—. No permitiremos que sufra ningún daño.

—¿Y si está embarazada?

—En ese caso, ya lo resolveremos cuando llegue el momento..., si es que llega —contestó Fabian, mirando por la ventanilla. Esa respuesta distaba mucho de lo que opinaba el príncipe cuando emprendimos este viaje—. Pero roguemos que ese no sea el caso.

No estaba segura de si rogar nos había servido de mucho en el pasado, pero estaba dispuesta a intentarlo. No teníamos nada que perder.

Dedicamos el resto del viaje a debatir la estrategia a seguir en cuanto llegáramos a San Diego. Según Faye, Tanner se había encargado del alojamiento. Nos quedaríamos en una casa bastante apartada, a las afueras de San Diego, en Del Mar. Me pregunté si Tanner conocía al dueño de la casa o la habría alquilado por Internet, lo cual me dio ganas de reír. Faye sabía dónde guardaban las llaves de la propiedad y, a pesar de que el motivo de nuestra visita era muy serio, me emocioné al enterarme de que la casa estaba en la playa. Quería caminar descalzar por la arena, aunque solo fuera una vez.

Seguramente debería reorganizar mis prioridades.

Llamaría a David desde allí con el móvil de prepago. Los teléfonos que Tanner nos había proporcionado estaban encriptados y eran imposibles de localizar, ya que se comunicaban mediante conexión inalámbrica en lugar de torres de telefonía móvil. Eso no quería decir que David no pudiera localizarnos a través de Internet si usábamos una IP fija; por lo que, para asegurarnos, necesitábamos usar una red wifi pública.

Y luego..., bueno, solo nos quedaba rogar.

Rogar que David estuviera dispuesto a escucharme y aceptara reunirse con nosotros. Rogar que supieran dónde estaba el príncipe, y rogar que no fuera demasiado tarde.

Llegamos a San Diego aproximadamente a la hora de cenar y nos detuvimos en un restaurante de comida rápida que contaba con wifi gratis para llamar por teléfono y comprar algo de comer.

Aparcamos al fondo del aparcamiento y yo me quedé en el todoterreno con Ren mientras los demás entraban en el restaurante. Tink iba a traerme no una, sino dos raciones de palitos de pollo, y me alegró comunicarle que estaba deseando hincarles el diente.

No había experimentado más ansias desde aquella última vez, así que supuse que todo iba bien.

—¿Estás lista? —me preguntó Ren, mirándome a los ojos. Estaba recostado en el asiento del conductor, con el brazo apoyado en el respaldo del mío.

Asentí.

—Eso creo. —Vacilé, con los dedos encima del teclado numérico. Me sabía el número de David de memoria—. ¿Y si no lo coge?

—Pues sigues llamando hasta que lo coja.

Asentí de nuevo. Tenía un nudo en el estómago. ¿Y si Kyle había mentido? ¿Y si David ni siquiera estaba en San Diego? Había tantos riesgos.

Ren me acarició la mejilla, captando mi atención. Escudriñó mi mirada.

—Puedes hacerlo.

—Sí. —Intenté sonreír, pero era algo forzado—. David es como...

—¿Como qué?

Sacudí ligeramente la cabeza.

—Es como un padre para mí. Ya sé que suena estúpido...

—No. —Me pasó el pulgar por la mejilla—. Para nada.

Esta vez, me resultó más fácil sonreír.

—Es que, cuando Kyle dijo que David no se creía que hubiera traicionado a la Orden, me sentí aliviada, pero ¿y si piensa eso de mí? A ver, David puede llegar a ser un capullo, pero me..., me dolería.

Ren se inclinó hacia mí y me besó en el centro de la frente.

—Ojalá pudiera decirte algo que te sirviera de consuelo en ese caso; pero lo único que puedo decir es que, si cree eso de ti, entonces no te conoce en absoluto.

Giré la cabeza para besarlo en los labios y, cuando me aparté, tuve que tragar saliva para aliviar el nudo que se me había formado de repente en la garganta.

—Tengo que llamarlo.

—Sí.

Y eso hice. Marqué su número, activé el altavoz y esperé. Sonó una vez, dos y, a la cuarta, empecé a inquietarme por si no lo cogía.

Pero lo hizo, al quinto tono.

—¿Qué?

Me dio un vuelco el estómago y me quedé mirando el teléfono. No había ninguna duda de que se trataba de David. Solo a él se le ocurriría contestar así a un número desconocido.

Miré a Ren, que asintió con la cabeza.

—¿David? —Hice una mueca al notar que se me quebraba la voz—. Soy Ivy.

Obtuve un largo silencio por respuesta y luego:

—Estás viva.

No supe qué decir.

—Pues sí. Y Ren también.

—¿Piensas contarme dónde te has metido y qué has estado haciendo?

—Esa es mi intención. Por eso te llamo. Esperaba que estuvieras donde estoy yo.

—¿Y dónde es eso?

—En San Diego.

Aferraba el móvil con tanta fuerza que iba a hacerlo pedazos.

Transcurrió otro momento de silencio.

—Qué curioso. Yo también estoy ahí.

Bueno, supuse que al menos eso era una buena noticia.

—Ya sé que seguramente no te fías de mí, porque sabe Dios qué debes de estar pensando, pero no traicioné a la Orden. He venido a detener al príncipe. Igual que Ren.

—Tú no tienes ni idea de lo que estoy pensando. Y probablemente sea mejor así. Pero más te vale empezar a hablar y explicarme dónde diablos has estado. —David hizo una pausa—. Me imagino que tienes muchas cosas que contarme, jovencita.

Eso era cierto, tenía muchas cosas que contarle, pero empecé por lo más evidente.

—Soy una semihumana.

David no dijo nada.

—Seguramente ya lo sabes —continué. Me faltaba un poco el aliento—. Pero yo no lo sabía, no lo supe hasta que llegó el príncipe... Bueno, en realidad lo descubrí justo después, cuando me corté con una estaca de espino. Pero no lo sabía antes de eso. No tenía ni idea. Y Ren tampoco.

Cerré los ojos. Detestaba tener que hablar de esto.

—El príncipe nos secuestró a Ren y a mí. Me retuvo durante un tiempo, pero logré..., logramos escapar. Y, si has seguido al príncipe hasta aquí, debes ser consciente de que no logró lo que quería de mí.

—Puede que sí. —Hizo una pausa—. Puede que no.

El instinto me decía que David sabía que el príncipe perseguía a otra semihumana.

—Quiero que te reúnas con nosotros... solo con Ren y conmigo. Tenemos que hablar.

—Estoy de acuerdo.

—Solo queremos hablar, David. Así que nada de trampas. Estamos en el mismo bando.

—¿Qué te hace pensar que os tendería una trampa?

—Oh, ¿qué sé yo? —Abrí los ojos y contemplé las frondosas palmeras meciéndose en la brisa—. Tal vez porque un pelotón entero de miembros de

la Orden y la Élite intentaron matarnos en Arizona.

—¿Qué? —exclamó David.

Miré a Ren, pues no estaba segura de si su reacción era sincera.

Ren intervino entonces.

—¿No lo sabías, David?

—Vaya, hola, señor Owens. Me alegra saber que me escuchan por un altavoz. ¿Hay alguien más por ahí que quiera saludar?

—No hay nadie más con nosotros en este momento —contesté, poniendo énfasis en la última parte—. Pero no hemos venido solos. Hemos traído refuerzos.

—¿Para qué?

—Para acabar con el príncipe. ¿Para qué coño iban a ser si no?

—Cuidado con ese tono, jovencita —me advirtió David.

Por algún motivo, la reprimenda me hizo sonreír, porque eso era tan... tan típico de David.

—Lo siento.

Oí un profundo suspiro al otro lado de la línea telefónica.

—No sabía nada de ese asunto de Arizona. Supongo que fue cosa de Kyle. Y supongo que por eso no he vuelto a saber de él.

Noté que Ren me estaba mirando.

—Queremos reunirnos para hablar.

—¿Por qué no iba a pensar que sois vosotros los que me estáis tendiendo una trampa?

—Porque, si estuviera colaborando con el príncipe, no me molestaría en tenderle trampas a la Orden. Estaría embarazada y procuraría mantenerme lo más lejos posible de tu gente.

—¿Mi gente? —Soltó una carcajada—. ¿No eras de los nuestros?

—Siempre formaré parte de la Orden; pero me imaginé que, después de todo lo que ha pasado, eso ya no era una opción para mí —admití—. Estamos en el mismo bando, David. Da igual que yo sea una semihumana. Te lo juro.

David se mantuvo callado tanto rato que empecé a temer que hubiera colgado, pero luego dijo:

—Vale. Nos reuniremos esta noche a las once, en el Gaslamp Quarter, enfrente del Centro de Convenciones. Estaré junto al letrero.

Entonces colgó. Me quedé mirando el teléfono varios segundos antes de hablar.

—Bueno, supongo que ha ido bien, ¿no?

En realidad, la casa en Del Mar no era una casa.

Era una puñetera mansión: una grandiosa mansión de arenisca situada sobre un acantilado con vistas al océano Pacífico, en plena reserva natural de Torrey Pines.

Nunca en toda mi vida había visto nada igual.

—¿Por qué no vivimos en un sitio *así*? —me preguntó Tink mientras subía la maleta a rastras por la amplia escalinata.

Antes de que me diera tiempo a contestar, Fabian apareció a su lado.

—Este sitio palidece comparado con el lugar en el que yo vivo.

Tink abrió los ojos como platos.

—¿Tienes Amazon Prime?

—Por supuesto —respondió Fabian con una sonrisa.

Tink me miró.

—Me mudo.

—Vale —murmuré, demasiado distraída con la casa y la reunión que nos aguardaba.

Faye se había adelantado para abrir la puerta de doble hoja. El interior era igual de impresionante. Nos encontramos ante un amplio atrio y una elegante escalera en espiral.

—¡Me pido ser el primero para elegir cuarto! —exclamó Tink mientras pasaba corriendo a nuestro lado, aferrando la maleta contra el pecho y con la mochila de la Mujer Maravilla golpeándole el costado.

—¿Siempre es así? —preguntó Fabian, observando cómo Tink desaparecía por el pasillo.

Kalen resopló al pasar con su bolsa de lona negra en la mano. Era el primer sonido que emitía desde que subimos al todoterreno.

—Más o menos —le dijo al príncipe.

—Me gusta —contestó él, ladeando la cabeza—. Su vitalidad resulta... contagiosa.

—Tú lo llamas vitalidad, yo lo llamo hiperactividad —comentó Ren, que entró con nuestras bolsas.

Fabian se encogió de hombros a modo de respuesta.

Me lo quedé mirando fijamente.

—¿Te interesa Tink? ¿Te gusta de verdad?

El príncipe de la corte de verano se volvió hacia mí.

—Si te preocupa que le haga daño de algún modo, te aseguro que no tienes nada que temer.

Esa no era exactamente la respuesta que buscaba.

—Tink es como un hermano para mí..., un hermano raro y bastante pesado. Ya sé que me has asegurado que no le vas a hacer daño; pero, si lo haces, encontraré el modo de acabar contigo. Y no será agradable.

Fabian sonrió de oreja a oreja.

—Aunque parezca increíble, estás empezando a caerme bien.

Esa extraña respuesta me hizo fruncir el ceño.

—Todo aclarado, entonces.

Cuando me volví hacia él, Ren estaba sonriendo. No estaba segura qué opinar de Fabian, que estaba subiendo las escaleras en busca de un cuarto, de Tink o de ambas cosas.

Faye se acercó a nosotros, sacó una llave del llavero y me la pasó.

—Disponéis de unas horas antes de salir hacia la reunión.

Ren asintió con la cabeza.

—Necesito una ducha y una siesta.

—Sigue sin gustarme la idea de que vayáis solos —dijo Faye, cruzándose de brazos—. No me gusta nada.

—No vamos a ir solos —le recordé—. Kalen y tú también venís, pero no os pueden ver.

Ren y yo no éramos tan tontos como para acudir sin refuerzos. Y estaba segura de que David haría lo mismo.

—Ya lo sé, pero mantenernos donde no nos vean significa que tal vez no tengamos tiempo suficiente para reaccionar —argumentó.

Kalen se reunió con nosotros. Tenía una expresión sombría en la mirada.

—Si algún miembro de la Orden os mira siquiera de un modo que no me guste, me lo cargo.

—Bueno, David seguramente me mire de un modo que no te guste. Suele mirar mal a todo el mundo —le expliqué—. Pero no creo que David vaya a hacernos nada.

Por lo menos, eso esperaba.

—Más le vale —dijo Kalen.

Quizá fuera mejor que él no viniera. No obstante, antes de darme tiempo a sugerirlo, dio media vuelta, se alejó con paso airado y desapareció en el interior de la enorme mansión.

—¿Creéis que puede hacerlo? —preguntó Ren. Al parecer, había llegado a la misma conclusión que yo—. Esto ya es lo bastante arriesgado sin que alguien se precipite en alguno de los dos bandos.

Faye suspiró mientras se apartaba el pelo de la cara.

—Lo hará bien.

—Dane y él estaban muy unidos, ¿verdad? —le pregunté.

Faye asintió.

—Sí, pero todos..., todos sabíamos dónde nos metíamos cuando vinimos.

—Alzó la barbilla, pero le temblaba el labio inferior—. No hay mayor honor que morir por lo que está bien, por la corte de verano y por la humanidad. — Se le quebró un poco la voz—. Ahora, si me disculpáis...

—Claro —susurré, deseando poder decir algo más que le sirviera de consuelo.

Ren me dio un golpecito con el brazo.

—Vamos a buscar un cuarto.

Y eso hicimos. Se trataba de una bonita habitación situada al final del pasillo, en la primera planta. Una pared entera era de cristal y daba al mar. Dentro de una hora, el sol se pondría sobre el océano y..., y estaba deseando verlo.

Necesitaba verlo.

—Madre mía. —Ren dejó nuestras bolsas en el banco que había al pie de la cama—. Este cuarto es una pasada..., toda la casa es una pasada.

—Y que lo digas.

Me quedé mirando la inmensa cama.

—¿Crees que Tanner conoce a quienquiera que viva aquí?

—Supongo que sí. Después de todo, alquilar un sitio como este costaría una fortuna.

Ren observó la enorme tele situada justo enfrente de la cama.

—¿Fabian dijo que él vivía en un sitio como este? Creo que yo también voy a intentar mudarme con él.

—Cierra el pico.

Echaba de menos mi apartamento. Tink me había dicho que había pagado el alquiler, así que seguía teniendo casa. Gracias a Dios.

—Voy a darme una ducha —dijo Ren con una sonrisa—. ¿Me acompañas?

Nada en este mundo me habría gustado más, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Creo que voy a echarle un vistazo a la playa.

Ren me dedicó una sonrisa ladeada.

—Te echaré de menos.

Me reí.

—Bueno, al menos así no acapararé toda el agua.

—Cierto. —Estiró una mano hacia mí—. Ven aquí un momento.

Me acerqué y coloqué mi mano en la suya. Me apretó contra su pecho, rodeándome con los brazos, y me abrazó con fuerza. No dijo nada mientras bajaba la cabeza y yo levantaba la mía. No hizo falta. Todo lo que Ren sentía era patente en aquel beso. Probablemente fuera buena idea que no me duchara con él, porque no cabía duda de que después Ren no conseguiría descansar.

—No tardaré mucho —le prometí.

Me rozó la frente con los labios.

—Ten cuidado.

—Como siempre.

Salí de la habitación, regresé a la planta baja y localicé la puerta trasera que daba a una terraza..., que daba a una piscina gigantesca. Más grande que la del Hotel Faes Buenos.

Me puse colorada, porque recordé de inmediato lo que Ren y yo habíamos hecho en aquella piscina.

Seguramente nunca podría volver a mirar una piscina del mismo modo.

Al llegar al final del patio, vi el sendero que conducía a la playa. Me saqué las botas y los calcetines y me enrollé las perneras de los pantalones. No tardé mucho en bajar por el empinado sendero. Me detuve y exhalé bruscamente mientras hundía los dedos de los pies en la arena fresca.

Hacía más frío del que me esperaba, probablemente porque el príncipe de la corte de invierno estaba aquí, pero aun así la arena y las olas teñidas de dorado eran realmente preciosas.

Crucé la playa y me acerqué a la orilla mientras me soltaba el pelo, dejándolo ondear con la brisa.

El agua fría me rozó los pies y, durante un momento, vacié la mente de toda inquietud, toda preocupación y todo temor. No quería pensar en nada ni sentir nada aparte de esto.

El agua adquirió un intenso tono anaranjado a medida que el sol se fundía con el mar. Hubo un momento en el que dio la impresión de que el mundo estaba a punto estallar en llamas, en el que el agua y el cielo mostraron un asombroso despliegue de tonalidades rojas y azules; pero, entonces, el sol se hundió y se perdió de vista.

Realicé una inspiración temblorosa. Me ardían los ojos. Nunca pensé que vería ponerse el sol en la costa del Pacífico, y había sido espectacular.

Retrocedí hasta asegurarme de que las olas no podrían alcanzarme y luego me senté en la arena, teniendo en cuenta las dagas que todavía llevaba sujetas a los muslos.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí sentada, pero el cielo estaba cubierto de un manto de estrellas y reinaba el silencio. El único sonido que perturbaba la paz era el romper de las olas y el tráfico a lo lejos.

Las cosas podían salir bien esta noche: David nos creería, localizaríamos juntos al príncipe, con suerte lo detendríamos antes de que se hiciera con la semihumana y luego lo mataríamos o lo enviaríamos de vuelta al Otro Mundo. O podían ir estrepitosamente mal: Ren y yo caeríamos en una trampa y, por muy rápido que actuaran, Kalen y Faye no podrían impedirlo.

Pero teníamos que hacerlo.

Noté un intenso hormigueo en la nuca. Me volví y no me sorprendió ver la alta forma de Ren cruzando la arena.

—Deberías estar descansando.

—Ya lo hice —dijo, acercándose a mí—. Durante unos quince minutos. Luego miré por la ventana y te vi aquí sentada.

Se me había olvidado que la playa se veía desde el cuarto.

—Ren, nos espera una larga noche. Yo pude dormir a ratos por el camino.

—Ya lo sé. —Se sentó detrás de mí, estirando las piernas a ambos lados de las mías. Me rodeó la cintura con los brazos y me hizo recostarme contra su pecho—. Cuando te vi aquí fuera, me dije que debería dejarte tranquila, pero no pude resistirme.

Me reí y me relajé entre sus brazos.

Ren se quedó callado un momento.

—Esto es precioso.

—Sí. Deberías haber visto la puesta de sol. Fue... maravillosa.

—¿Te gustaría vivir aquí?

Me dispuse a contestar como lo habría hecho unos meses atrás, pero comprendí que mis —nuestras— circunstancias habían cambiado.

—Me gusta mucho Nueva Orleans, pero este sitio tiene algo que también me gusta. Podría vivir aquí.

—Yo también. Claro que estaría dispuesto a vivir a dondequiera que fueses, aunque fuera en Alaska.

—¿En serio? ¿En Alaska?

—Incluso en Alaska.

Me reí de nuevo.

—No te preocupes. Nunca me iría a vivir a Alaska.

Ren me besó la mejilla.

—Gracias a Dios.

Se me borró la sonrisa de los labios.

—¿Estás nervioso por lo de esta noche?

—Sería estúpido no estarlo.

—Cierto.

Ren se mantuvo callado un buen rato y luego dijo:

—Lo sé.

Me quedé sin aliento. El instinto me confirmó lo que necesitaba saber sin tener que preguntar. Ren estaba hablando de Kyle, y no supe qué decir. No es que pensara que nunca se enteraría; pero esperaba que, por lo menos, pasaran veinticuatro horas.

—Lo siento —contesté al fin—. No podía dejar que lo hicieras. No podía hacerlo yo misma, pero tampoco podía dejarlo vivo. Vendría a por ti...

—No te disculpes.

Me giré en sus brazos.

—Pero debería disculparme, porque no te lo conté. Debería...

—Entiendo por qué no me lo dijiste. —Su voz sonó áspera—. Querer dejarlo con vida fue una tontería.

—No lo fue. Y sí lo fue. Me refiero a que comprendo por qué quisiste hacerlo. Eso quizá les demostrara a los otros miembros que no los habíamos traicionado, pero él no habría dejado de perseguirnos. Habría provocado más muertes.

—Tienes razón. Y habría sido yo quien hubiera tenido que acabar con él. Ese hijo de puta se habría asegurado de ello, porque sabía..., sí, sabía que me afectaría.

—Por eso no pude permitir que ocurriera —admití en voz baja.

Ren guardó silencio un momento.

—Te aseguraste de que no... tuviera que cargar con su muerte en mi conciencia. Gracias. —Me rodeó la barbilla con la mano y me echó la cabeza hacia atrás para besarme—. Gracias, cariño.

No supe qué contestar a eso. Ni la más remota idea. Pero entonces Ren me rodeó de nuevo con los brazos y me abrazó con fuerza, bloqueando la fría brisa.

En ese preciso instante, le ofrecí una plegaria a cualquier deidad que estuviera escuchando para que esta reunión con David saliera cómo necesitábamos y no fuera una trampa.

Porque, si lo era, no pensaba morirme esta noche. No pensaba ver morir a Ren ni a Faye ni a Kalen. Lo que implicaba que seríamos nosotros los que mataríamos, y tampoco quería que pasara eso.

Pero estaba dispuesta a hacerlo si era necesario.

Ren y yo llegamos al distrito Gaslamp de San Diego treinta minutos antes de lo previsto para poder explorar la zona. Faye y Kalen también habían venido. No podíamos verlos, pero sabíamos que estaban ahí. Todos íbamos armados, pero llevábamos las armas bien ocultas.

Comprendí de inmediato por qué David había escogido este sitio. Estaba al aire libre y abarrotado de gente. Las calles bordeadas de bares y restaurantes me recordaron al Barrio Francés.

—Habría estado bien pasarnos por algunos de estos locales —comenté, contenta de que no se me revoliera el estómago ante el olor a carne de hamburguesa a la brasa.

Ren me apretó la mano con la suya.

—Deberíamos volver cuando todo esto haya acabado. Nos vendrían bien unas vacaciones.

Sonreí. Me gustó eso..., la idea de hacer planes. Me hizo sentir que había un futuro aguardándonos. Me dispuse a decirle eso mismo, pero Ren habló de nuevo.

—Mira. —Soltó un exabrupto entre dientes mientras me empujaba hacia un lado, apartándome del centro de la acera—. David ya está aquí. Y no ha venido solo.

—¿Qué?

No me sorprendía en absoluto que David hubiera hecho lo mismo que nosotros: llegar pronto para intentar controlar la situación. Seguí la mirada de Ren y tardé un momento en localizarlo.

Estaba sentado en el centro de un banco, con los brazos apoyados en el respaldo y las largas piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. A un desconocido le habría parecido un tipo normal que había salido a disfrutar

del frescor nocturno. Detrás de él se encontraba Miles Daily, el hombre que tomaría el mando si algo le pasaba a David.

Se me tensaron los hombros. Nunca sabía a qué atenerme con Miles. Era mayor que yo, debía tener treinta y tantos años y resultaba imposible adivinar en qué estaba pensando.

—No puedo culparlo por no venir solo —dijo Ren—. Y dudo que ellos dos sean los únicos que andan por aquí.

Recorrí el pequeño parque con la mirada, pero el hecho de que no reconociera ningún rostro familiar no implicaba que todas las personas y todas las parejas que vi no fueran miembros de la Orden. Podrían rodearnos docenas de ellos y no lo sabríamos, puesto que no conocíamos a ningún miembro de la secta de San Diego.

Miré a Ren y le apreté la mano.

—¿Listo? —le pregunté.

Desvié la mirada hacia donde David estaba sentado mientras Ren asentía. Luego me puse de puntillas y lo besé en los labios.

—Vamos allá.

Ren me soltó la mano mientras cruzábamos la calle. El corazón me retumbaba en el pecho. Dudaba que intentaran algo en un lugar tan público, pero ya me había equivocado antes.

—Eh —saludó Ren, subiendo a la acera de un salto—. Cuánto tiempo.

David y Miles nos miraron, pero supe que ya estaban al tanto de nuestra presencia antes de que nos acercáramos.

—Llegáis pronto —dijo David.

—Igual que vosotros —contesté.

—Pensaba que ibas a venir solo. —La mirada de Ren se posó en el lugarteniente de David—. ¿Cómo te va, Miles?

El aludido alzó la barbilla.

—No me puedo quejar.

Me pregunté quién estaría a cargo de la secta de Nueva Orleans, puesto que los dos estaban aquí. Iba a comentar eso mismo, pero no tuve ocasión, porque me situé bajo una farola.

David y Miles me vieron..., me vieron con claridad.

La postura relajada de David cambió en un instante. Dobló las piernas y se sentó derecho, abriendo los ojos como platos. Por primera vez en mi vida, vi una reacción en Miles. Se quedó boquiabierto mientras me recorría la cara con la mirada.

—Deberíais verme las orejas —dije, ya que llevaba el pelo suelto.

Miles cerró la boca de golpe.

—¿Qué coño...? —exclamó David. Me dio la impresión de que estaba a punto de ponerse en pie, pero no podía moverse.

Ren hizo ademán de situarse delante de mí, pero lo detuve con un gesto del brazo.

—Me veo diferente. Ya lo sé. Es una larga historia.

David se levantó entonces y dio un paso hacia mí. Noté que Ren se ponía tenso.

—¿Cómo? —preguntó David, con voz áspera—. ¿Cómo es posible? No pudiste haber...

—Es algo bastante reciente.

La intensidad con la que me observaban me estaba empezando a hacer sentir un poco incómoda.

—Os lo contaré todo, pero creo... —Le eché un vistazo a Ren, que parecía estar a punto de asegurarse de que miraran a otra parte—. Creo que deberíamos empezar por el principio.

—Sí. —La expresión de Miles se relajó y se volvió indescifrable—. Estoy de acuerdo.

Así que eso fue lo que hicimos. Ren y yo se lo contamos todo: cómo descubrí que era una semihumana, cómo el príncipe logró capturarnos a ambos y cómo escapamos. Incluso les dije que el príncipe me había obligado a alimentarme de humanos y que una fae me había ayudado a huir. Les contamos que me habían atacado y cómo me había curado.

Fue Ren quien explicó esa parte en voz baja.

—Yo tomé la decisión. No fue Ivy. De ser así, ella nunca habría accedido y no estaría aquí ahora.

David parecía un tanto turbado cuando se volvió a sentar, mientras que Miles no alteró el semblante ni lo más mínimo.

—Ren me salvó la vida..., alimentarme me salvó la vida. —Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro—. No me pareció bien. Lo que ha dicho Ren es cierto. Yo nunca habría accedido a hacerlo, y me cabreeé con él por ello, pero yo habría hecho lo mismo para salvar su vida. Por eso tengo... este aspecto. Reforzó mi parte fae, pero sigo siendo Ivy. —Alcé la barbilla al pronunciar las últimas palabras—. Quien soy no ha cambiado.

—Me cuesta bastante creerlo al mirarte y ver que has cambiado —repuso Miles.

—El hecho de que esté más guapa que antes no implica que no siga siendo la misma tía dura dispuesta a luchar por una buena causa —terció Ren.

Era probable que me enamorase aún más de él ese instante.

Miles ladeó la cabeza, con el ceño fruncido.

—No tenéis ni idea de por lo que hemos tenido que pasar para llegar hasta aquí. Ni la más remota —prosiguió Ren, empleando un tono más duro—. Y, si de verdad estuviéramos trabajando con el príncipe o contra la Orden, no estaríamos aquí ahora. No pongáis en duda mi lealtad, y más os vale no poner en duda la de ella.

—¿Eso es todo? —preguntó David con cautela.

—Sí —contestó Ren.

Más o menos. Se lo habíamos contado todo... salvo dónde se encontraban los miembros de la corte de verano y que algunos habían venido con nosotros. Tampoco les hablé de Tink.

—¿Por qué no os pusisteis en contacto conmigo..., con nosotros? —La voz de David dejó traslucir un matiz de rabia—. Enviamos gente a buscaros. A los dos. Estuvieron buscándoos durante semanas, hasta que supusimos que estabais muertos...

—O que habíamos traicionado a la Orden —añadí—. No pasó ninguna de esas dos cosas, pero ponernos en contacto era demasiado arriesgado. Todavía no me había recuperado del todo y me sentía... —Respiré trémulamente y lo intenté de nuevo—. No estaba preparada para hablar contigo, ni con nadie.

David me miró a los ojos un instante y luego apartó la mirada.

—¿Y Kyle? —preguntó Miles—. David me comentó que os topasteis con él por el camino. No hemos vuelto a saber de él.

—Está muerto. —Fui yo quien contestó—. Intentó matarnos y, de seguir con vida, hubiera seguido intentándolo. Así que está muerto..., es un mentiroso muerto.

—Palabras audaces —murmuró David.

—Pero ciertas. —Esperé a que pasara una pareja joven—. ¿Sabéis cómo consiguieron la Élite y la Orden cerrar los portales en su día?

Miles no respondió. Ni tampoco David.

—Sé que la Orden colaboró en el pasado con los faes para cerrar los portales. Así os hicisteis con el cristal. Y sé que la Élite traicionó a esos faes. Faes que no cazaban mortales..., que cazaban a otros de los suyos que sí lo hacían.

No pasé por alto el resoplido que oí.

—Kyle nos dijo que fue la Élite la que los traicionó, pero es imposible que la Orden no lo supiera. Ya sé que fue antes de nuestra época y que la historia ha cambiado a lo largo de los años, pero estoy viva gracias a esos faes buenos.

—Cuesta creer que exista algo así —comentó Miles.

—Te sorprendería descubrir la verdad sobre muchas cosas que antes dabas por ciertas —dijo Ren, mirándolo fijamente—. Yo me adiestré en la Élite. Y ahora sé que me adiestraron con un montón de mentiras.

—Ese comentario roza la traición. —Miles rodeó el banco—. ¿Eres consciente de ello?

—Sigue siendo la verdad —contesté, sin perderlo de vista—. La Orden sabía que había faes buenos..., que los faes nos habían ayudado. ¿Por qué no nos lo contaron nunca?

—La alianza entre nuestras razas tuvo lugar hace tanto tiempo que daba igual cómo fueran las cosas en aquella época —dijo David—. Si lo recuerdo bien, fueron los faes de la corte de verano quienes nos ayudaron antaño; pero, después de que se cerraran los portales, dejaron de existir. Habría sido demasiado peligroso para nuestros miembros saber que tal vez..., solo tal vez..., hubiera faes por ahí que no pretendían hacerles daño a ellos ni a otros mortales. Cada vez que vacilaran al decidir si el fae que tenían enfrente suponía una amenaza, serían vulnerables a un ataque.

—Eso lo entiendo, pero deberíamos haberlo sabido. —Apreté los puños—. Estaban ahí, siempre han estado ahí. Todo este tiempo, podrían habernos ayudado.

—Así es. Y muchos más de nuestros miembros habrían muerto intentando distinguir a los faes buenos de los malos —argumentó David—. Y te olvidas de que no teníamos motivos para creer que siguiera habiendo faes de la corte de verano. Nos dijeron que los habían matado a todos.

—«Masacrado» sería una palabra más apropiada.

Entendía la explicación de David, incluso tenía sentido, pero aquello no había estado bien. No obstante, si queríamos derrotar al príncipe, todos íbamos a tener que pasar página.

—Podemos pasarnos toda la noche discutiendo quién cometió la mayor traición y, mientras tanto, el príncipe logra acercarse más a la semihumana de San Diego.

—Porque por eso seguís aquí, ¿no? Si hubierais localizado a la semihumana, la habríais matado y no estaríamos manteniendo esta conversación —dijo Ren, alzando la barbilla—. Hemos venido a detener al príncipe, igual que vosotros.

—Sabemos cómo enviarlo de vuelta al Otro Mundo —añadí, y eso captó la atención de nuestros antiguos camaradas—. Él tiene el cristal, y sabemos que existe un ritual que lo dejará atrapado allí. Pero, si no podemos hacernos

con ese cristal y completar el ritual, lo mataremos. Sin embargo, puesto que no tenemos ni idea de cómo debilitar lo bastante a ese cabrón como para clavarle una estaca de espino o, ya puestos, decapitarlo, vamos a necesitar la ayuda de la Orden.

—Vamos a necesitar toda la ayuda posible —afirmó Ren—. Debemos trabajar juntos, y después podéis expulsarnos de la Orden. O exiliarnos. Lo que os dé la gana. Pero, por ahora, tenemos que dejar todo eso de lado.

—Sé que es mucho pedir —dije—. Pero os pido que nos creáis.

David apretó los labios y luego soltó un profundo suspiro mientras me miraba a los ojos.

—Hace años que te conozco, Ivy. Y sé que has tomado un montón de decisiones malas y tontas.

Vaya.

—Sueles ser imprudente e impulsiva —continuó. No me quedaba muy claro adónde quería ir a parar con esta lista de mis graves defectos—. Pero nunca has sido una traidora. Te creo.

Sentí un alivio tan intenso que casi se me doblan las rodillas. Miré a Ren y vi que se le habían relajado los hombros.

—Gracias —dije, porque no supe qué más añadir—. ¿Y tú qué opinas?

—El jurado todavía está deliberando —contestó Miles tras pensarlo un momento—. Pero tenéis razón. Necesitamos toda la ayuda posible para detener al príncipe. Tenemos que trabajar todos juntos.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Ren mientras me apoyaba una mano en la parte baja de la espalda.

David se puso en pie.

—Debemos trazar un plan.

—Pero este no es el momento apropiado. Aquí estamos demasiado expuestos. —Miles se cruzó de brazos—. La secta de San Diego nos ha alojado en una de las casas que tienen en el puerto. Podemos reunirnos allí... todos. Me refiero a quienquiera que os haya acompañado.

—Hemos venido con faes —contestó Ren—. ¿Estáis seguros de que esos miembros de la Orden los van a aceptar? ¿Y los de la Élite?

—¿Que me van a aceptar a mí? —insistí.

—Nos aseguraremos de ello —prometió David—. Todos debemos dejar muchas cosas de lado si queremos impedir que el príncipe se salga con la suya.

Miré a Ren.

Él asintió y dijo:

—Dónde y cuándo.

Cuando regresamos, reinaba el silencio en la casa de Del Mar. Ya habíamos puesto al corriente de todo a Faye y Kalen, pero no logramos encontrar a Fabian ni a Tink. Bueno, tampoco nos esforzamos demasiado, ya que supusimos que estarían metidos en alguno de los numerosos dormitorios.

Ren me detuvo cuando me dirigí hacia las escaleras. Me tomó de la mano y me llevó hacia la parte posterior de la casa, agarrando por el camino una manta de aspecto suave del respaldo del sofá. Me condujo a la terraza que rodeaba la piscina, hasta una de las mullidas tumbonas.

Así que allí fue donde acabamos tras la reunión con David y Miles; con las dagas en la mesa, al alcance de la mano, y los zapatos colocados debajo de la tumbona. Yo estaba tumbada de costado, entre sus piernas, y acurrucada contra su pecho. Nos habíamos tapado con la manta y ambos contemplábamos las estrellas que tachonaban el cielo nocturno acompañados del reconfortante arrullo del suave romper de las olas.

Me alegraba que Ren me hubiera traído aquí. Esto era algo tan normal que deseé poder parar el tiempo y hacer que este momento durara para siempre.

—Sí —dijo Ren por fin, deslizando los dedos con aire distraído por mi pelo—. Creo que podría vivir aquí.

Esbocé una sonrisa.

—Sobre todo con esta casa y estas vistas.

—Cierto —murmuró—. Pero lo único que necesito es poder ver las estrellas y tenerte aquí a mi lado, como ahora.

Se me ensanchó la sonrisa.

—Ya estás otra vez. Siempre dices lo que necesito oír.

Me apretó más fuerte con el brazo.

—No siempre. Y me parece que lo sabes.

—Pero, cuando lo logras, compensas las tonterías que sueltas a veces.

Ren se rio entre dientes mientras me estiraba un rizo. Transcurrió un momento de silencio.

—Creo que lo de esta noche ha ido bien.

Cerré los ojos.

—Sí.

—No pareces muy convencida.

Me mordí el labio. Tenía el estómago revuelto debido a los nervios y a algo más. Sentía... hambre, pero podía controlarla.

Ren soltó el mechón de pelo y me acarició la mejilla.

—¿En qué estás pensando?

Mi primer impulso fue contestar que en nada, pero me contuve antes de dejarme llevar por aquel mal hábito.

—Me..., me estaba preguntando si no había sido..., no sé..., demasiado fácil. ¿Sabes a qué me refiero? Puede que solo sean paranoias mías...

—No. No son paranoias tuyas. Bien mirado, sí que ha sido fácil.

Eché la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

—¿Crees que es una trampa?

La plateada luz de la luna le realzaba los pómulos.

—Tal vez, pero iremos preparados por si acaso.

Aun así, no pude dejar de repasar mentalmente, una y otra vez, la reacción de David al verme. Tanto Miles como él se habían quedado asombrados, pero me había esperado tener que esforzarnos más para convencerlos de que no los habíamos traicionado.

No obstante, David me conocía. Puede que no conociera muy bien a Ren, pero a mí me tenía calada.

—Gracias a Dios que David sigue aquí. Si no fuera por él, no creo que hubiéramos podido convencer a Miles.

—Nunca tengo ni idea de lo qué piensa ese tío —admitió.

—No te preocupes. Yo lo conozco desde hace años y sigo sin saberlo. — Volví a acurrucarme contra su pecho y le rodeé el costado con el brazo. Se me empezó a asentar el estómago, pero mi mente seguía inquieta—. Tengo..., tengo hambre.

—Seguro que hay comida... —Se interrumpió—. No te refieres a hambre de comida, ¿no?

—No —susurré, apretando su camiseta con la mano. El fondo de la garganta me ardía de vergüenza.

Ren continuó acariciándome la mejilla con los dedos.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Tragué saliva para aliviar el repentino nudo que se me formó en la garganta y cerré de nuevo los ojos.

—No lo creo. En realidad, no es tan grave. Se..., se me está pasando. Es que..., no sé. Simplemente, quería decirlo en voz alta.

El brazo que me rodeaba la cintura me apretó con más fuerza aún.

—Me alegro de que lo hicieras. Pero ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

Los músculos se me empezaron a relajar un poco a medida que la vergüenza se difuminaba. Ren no le había dado importancia. O, por lo menos, no la suficiente como para mostrar ninguna reacción apreciable. No sé cómo me había esperado que respondiera, pero el hecho de que no se quedara flipado y se comportara con naturalidad significó muchísimo para mí.

—Ya me estás ayudando.

—Me alegra oírlo, aunque no me parece estar haciendo gran cosa.

—Estás haciendo justo lo que necesito. —Le apreté el costado y suspiré. Necesitaba volver a centrarme—. Bueno, supongamos que la reunión no es una trampa. Aunque localicemos a la semihumana antes que el príncipe, todavía necesitamos encontrar el cristal o averiguar cómo debilitarlo lo suficiente para matarlo. Encontrar a la semihumana antes que él solo supone un pequeño paso en la dirección correcta.

—Pero es un avance. —Ren se quedó callado y transcurrieron varios minutos antes de que volviera a hablar—. Hay un tema que todavía no hemos discutido.

—¿Cuál?

—El ritual. —Se puso tenso—. Les pregunté a Tanner y a Faye sobre eso. Incluso a Merle. Ninguno de ellos me ofreció ningún detalle acerca de cómo se supone que vamos a realizar el ritual de forma segura.

—¿Te refieres a cómo se supone que voy a poner mi sangre y la del príncipe en el cristal mientras estoy en el Otro Mundo? —Apoyé una mano en su brazo.

—Sí. Este ritual me da mal palpito, Ivy. Nadie quiere hablar de él, ¿y para colmo tienes que estar en el Otro Mundo para llevarlo a cabo? —Se le enredaron los dedos en mi pelo cuando me rodeó la nuca con la mano—. No hace falta ser un genio para saber que hay un millón de cosas que pueden salir mal.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Sí, como... quedarme atrapada en el Otro Mundo.

—Eso no va a pasar —sentenció con voz firme.

Quise creerlo. Debía creerlo porque, de lo contrario, me aterrorizaba la simple idea de estar atrapada en el Otro Mundo con un príncipe muy cabreado. Pero no contábamos con suficiente información sobre el ritual, como, por ejemplo, de cuánto tiempo dispondría una vez iniciado para volver a cruzar el portal.

No obstante, una minúscula parte de mi ser sentía curiosidad ante la posibilidad de ver el Otro Mundo, aunque solo fuera durante apenas unos segundos.

—Creo que has dado en el clavo con lo de encontrar un modo de debilitar al príncipe —dijo Ren—. Enfrentarnos a él será peligroso, pero no tanto como el ritual. Solo nos falta averiguar cómo hacerlo.

A menos que a Fabian le diera por ponerse a hablar, no se me ocurría cómo íbamos a averiguarlo. Empezaba a sentir que no teníamos ni voz ni voto acerca de cómo se iban a desarrollar los hechos.

Siempre y cuando consiguiéramos llegar hasta ahí.

—¿Y os parece sensato? —nos preguntó Fabian a la mañana siguiente mientras desayunábamos en la cocina. La mesa era lo bastante grande como para diez personas—. ¿Creéis que podemos confiar en ellos?

—Tanto como ellos en nosotros —contesté mientras pelaba un plátano—. Ellos también se arriesgan al reunirse con nosotros.

—Pero ellos son más —apuntó Kalen, repitiendo lo mismo que había dicho anoche.

—Pero nosotros contamos con un príncipe. —Ren se sentó en el taburete situado a mi lado—. Si las cosas se ponen feas, estoy convencido de que puede cargarse a una docena de ellos en menos de cinco segundos.

Enarqué una ceja mientras masticaba el plátano.

—Esperemos que eso no sea necesario.

Fabian inclinó la cabeza.

—¿Os contaron algo sobre el príncipe de la corte de invierno o la semihumana?

—Todavía no. Espero que hoy nos pongan al corriente de...

Vi algo por el rabillo del ojo que me llamó la atención y me volví.

Santo cielo.

Bajé el plátano cuando Tink entró volando en la habitación..., una versión de Tink de treinta centímetros de alto y con alas vaporosas. Me quedé boquiabierta. Ren siguió mi mirada y dejó escapar un sonido estrangulado. Hacía tanto tiempo que no lo veía con esa forma que se me olvidó lo que estaba diciendo.

Tink voló por la cocina, moviendo las alas sin hacer ruido, pero todos nos quedamos mirándolo. Faye daba la impresión de estar a punto de caerse del taburete, mientras que Kalen..., madre mía, Kalen estaba empezando a sonreír.

El duende, que llevaba unos pantalones oscuros, pero iba descalzo y sin camiseta, rodeó la lámpara y luego volvió a descender.

—Tink. —Abrí los ojos como platos al verlo revolotear sobre el hombro de Fabian—. Eres... de tu tamaño habitual.

—Me he enterado de que esta mañana vamos a salir de excursión. Supuse que, con esta forma, soy demasiado mono como para que alguien me quiera matar. —Se posó en el ancho hombro del príncipe—. Además, así resulto menos intimidante. Por eso Ren no me mató en cuanto me vio.

—Ese no es el motivo por el que no te maté —repuso el susodicho con tono cortante.

Observé cómo Tink se sentaba en el hombro de Fabian.

Kalen miró a Faye y luego de nuevo a Tink.

—Nunca había visto un duende con esta forma.

—Yo soy el primer duende que ves —señaló Tink mientras daba golpecitos con los pies en la parte superior del pecho de Fabian—. Bueno, ¿cómo os gusta más? ¿Grande o pequeño?

Fruncí el ceño.

—Creo que... así —contestó Kalen—. Sí. Así.

—A mí no —murmuró el príncipe.

Tink se inclinó y agarró un puñado de pelo del príncipe. Lo apartó y le susurró algo al oído a Fabian, que respondió con una sonora carcajada.

No me interesaba para nada saber qué le habría dicho.

Cuando me terminé el plátano, ya era hora de marcharnos. Me bajé del taburete y salí al vestíbulo detrás de Ren. Tink abandonó el hombro de Fabian y voló hasta el mío. Se posó y se mantuvo en equilibrio apoyando una mano contra mi cabeza.

—Estoy deseando conocer a esos miembros de la Orden —comentó, acercándose un poco más a mi cabeza.

—¿Por qué?

—¡Porque me muero de ganas de verles las caras cuando me vean! — Soltó una carcajada que sonó más bien como una risita infantil—. Van a flipar.

Esbocé una sonrisa.

—Seguramente. Bueno, quiero que te mantengas cerca de mí o de Fabian, ¿vale? Por lo menos, al principio.

—Por supuesto... ¡Oh! —Se volvió en mi hombro e hice una mueca cuando se puso a gritar mientras me acercaba a la puerta—: ¡Fabian, no te olvides de mi maleta!

Ren dio media vuelta.

—¿Tu maleta?

—Sí. Es el plan B.

—¿Tenemos un plan B que implica tu maleta? —le preguntó Ren.

—Así es.

Tink alzó el vuelo de mi hombro y se posó en la maleta que Fabian sacaba rodando.

Me detuve mientras Faye y Kalen se dirigían a la salida.

—Esto... Tink, ¿no te parece que deberías contarnos qué hay en esa maleta?

—Mis cosas. —Se agarró del asa mientras Fabian los sacaba a la maleta y a él por la puerta principal. Tink me saludó con la manita—. Mis *amigos*.

—¿A qué te refieres con «amigos»? —Salí tras ellos a toda prisa. Afuera brillaba el sol—. ¡Tink!

—No pasa nada. —Levantó el vuelo y el príncipe colocó la maleta en la parte trasera del todoterreno—. No te preocupes, Ivy-divy.

Pero me preocupé, y mucho, porque no tenía ni idea de qué rayos llevaba en aquella maleta. Fui tras él, pero Faye se interpuso en mi camino.

Sus pálidos ojos azules rebosaban preocupación contenida.

—Ya sé que confías en esa gente, pero si es una trampa...

—Si es una trampa, lucharemos. Espero que no pase eso, pero no nos queda más alternativa. Necesitamos su ayuda.

La fae suspiró y apartó la mirada.

—Sí, es verdad.

Deseaba con todas mis fuerzas que Ren y yo no nos hubiéramos equivocado. Que no acabáramos arrepintiéndonos de esto. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Kalen se situó al volante y Faye ocupó el asiento del acompañante. Ren y yo nos sentamos en los asientos del centro, y el príncipe, en el trasero. Tink se

dedicó a revolotear entre nuestra fila de asientos y la de Fabian, sirviéndonos de distracción mientras nos dirigíamos hacia la casa situada en el puerto.

—Creo que es aquí —anunció Kalen—. Pero no es una casa.

Me incliné sobre Ren para echar un vistazo por la ventanilla lateral. Kalen tenía razón. La dirección nos había conducido a un bloque de apartamentos en Ocean Front Walk. El edificio tenía tres plantas.

—Es el sitio correcto —dijo Ren. Dio un golpecito con el dedo en la ventanilla para señalar lo que parecía ser un patio vallado rodeando la planta inferior.

Había varios hombres fuera. No iban vestidos como si fueran a dar un paseo por las dunas. Las gafas de sol les ocultaban los ojos y los vaqueros y las camisetas sueltas no conseguían disimular las dagas que yo sabía que llevaban.

Me apostaría cualquier cosa a que la verja era de hierro.

Regresé a mi asiento, con el corazón acelerado. ¿La Orden controlaba todo este edificio de apartamentos?

Ren me apretó la rodilla mientras Kalen aparcaba.

—Vamos allá.

Me volví hacia Tink, que se encontraba en el asiento al lado del príncipe.

—¿Tu mochila sigue por aquí? ¿La de la Mujer Maravilla?

El duende frunció su pequeño ceño.

—Pues sí. Está en la parte de atrás.

—Vale. Quiero que te metas dentro.

Tink arrugó la nariz.

—¡Pero me asfixiaré!

Puse los ojos en blanco.

—No voy a cerrar la cremallera del todo. Creo que lo más sensato es que no te vean de momento.

—Vale. Como quieras. Pero, si me asfixio, mi espíritu regresará y te perseguirá durante el resto de tu vida.

Lo ignoré y miré a Fabian.

—¿Me alcanzas la mochila, por favor?

—Caramba. Has dicho «por favor». —El príncipe giró la cintura—. Debe haberte dolido en el alma.

—Y que lo digas —mascullé, esperando a que Tink se metiera en la mochila.

Como era de esperar, el duende montó todo un espectáculo. Se acercó a la mochila dando pisotones y gimió cuando Fabian cerró la cremallera, dejando

un hueco de unos cinco centímetros en la parte superior.

Cuando cogí la mochila, me sorprendió cuánto pesaba.

—Ahí está David —anunció Ren, señalando hacia la ventanilla con la cabeza—. Nosotros saldremos primero y luego venís el resto, ¿vale?

Los faes estuvieron de acuerdo, y cuando miré a Fabian, lo vi asentir. Ren bajó del todoterreno y yo lo seguí, saliendo por la misma puerta. Una vez fuera, me colgué la mochila a la espalda.

Un segundo después, un puño diminuto me dio un golpe en el centro de la espalda. Solté un gruñido y volví la cabeza para susurrar:

—Basta ya, Tink.

—Aquí hace muuucho calor —protestó con tono quejumbroso.

—Cierra el pico —le ordené entre dientes. Mientras David se apartaba de la puerta de cristal que daba al patio, me pregunté si deberíamos haber dejado a Tink en la casa.

David saludó a Ren con un gesto de la cabeza pero, al igual que los demás miembros de la Orden que se encontraban en el patio, no apartó la mirada del todoterreno.

—¿Quién está ahí dentro? —preguntó.

—Faes. —Sentí una rápida patada en el riñón, pero no reaccioné—. Amigos nuestros. Venir aquí supone un gran riesgo para ellos.

—Y recibirlos supone un gran riesgo para nosotros.

Observé a los miembros de la Orden y noté el momento exacto en el que se dieron cuenta de que mi piel tenía un tono plateado, pero no le di importancia.

Ren se volvió y le hizo un gesto al resto de nuestro grupo para que bajara del vehículo.

—Estos son Kalen y Faye, de la corte de verano. Nos ayudaron..., nos han estado ayudando.

Un músculo empezó a palpar en la mandíbula de David a medida que los dos faes se acercaban despacio a nosotros. No dijo nada. Los saludó con un brusco gesto de la cabeza y los dos faes respondieron de igual forma.

—Joder —susurró otro miembro de la Orden, y así supe que Fabian estaba a la vista.

Fabian avanzó hacia ellos con aire despreocupado, como si hubiera salido a dar un paseo matutino. Rodeó la verja de hierro mientras la brisa agitaba su pelo rubio.

—Este es Fabian —anuncié—. El *príncipe* Fabian de la corte de verano.

No se me escapó la exclamación ahogada de los miembros de la Orden. Ni que se pusieron tensos. O que algunos se llevaron las manos a las dagas ocultas. Ren se situó más cerca de Fabian, pero el príncipe, simplemente, sonrió.

—No esperabais a un miembro de la realeza, ¿verdad? —dijo Fabian, ladeando la cabeza.

David se me quedó mirando.

—Pues no.

Me encogí de hombros.

—Quiero que os quede clara una cosa, y solo una. —Fabian se acercó más, y yo habría jurado que, en ese momento, incluso dejó de oírse el ruido del tráfico—. Si amenazáis a alguno de nosotros, puedo mataros a todos en un abrir y cerrar de ojos. No quiero tener que hacerlo. Quiero que trabajemos juntos, como en el pasado, pero ponedme a prueba y no sobreviviréis a las consecuencias.

Tink me dio un puñetazo en la espalda, supuse que para demostrar que opinaba igual.

Bueno, eso seguramente no era lo que David quería oír, pero contestó con tono cortante:

—Tomo nota. —A continuación, dio un paso al frente y se encaró con el príncipe—. Y, si alguno de vosotros le hace daño a algún miembro de la Orden, dedicaremos nuestro último aliento a mataros a todos.

La sonrisa de Fabian se ensanchó.

—Tomo nota.

—Muy bien. —Ren dio una palmada—. Ahora que eso ya ha quedado resuelto, ¿podemos proseguir?

David hizo una mueca de suficiencia.

—Seguidme.

El príncipe miró a los miembros de la Orden con una ceja enarcada y luego siguió a David y cruzó tras él la puerta del patio. Ren también se puso en marcha, seguido de Faye y Kalen. Yo ocupé la retaguardia.

—Bonita mochila —comentó con sorna uno de los hombres al verme pasar.

Me volví.

—¿Verdad que sí?

Noté otra patada en la espalda y me juré que, cuando esto hubiera acabado, iba a tirar a Tink por el váter.

Tras cruzar el patio, me di cuenta enseguida de que este no era un edificio de apartamentos normal y corriente. Solo lo parecía desde el exterior.

Un estrecho pasillo conducía a un espacio abierto que supuse que sería una amplia sala de reuniones, y que me recordó al cuartel general situado en el Barrio Francés. De la pared colgaba un mapa grande de lo que me imaginé que debían ser San Diego y las ciudades de alrededor. Había varias mesas con bancos parecidas a las de una cafetería y, como mínimo, tres docenas de miembros de la Orden.

Todos ellos estaban de pie, mirándonos fijamente a los cinco.

La mayoría nos miraba con hostilidad manifiesta. Solo unos pocos parecían sentir curiosidad. Vi a Miles junto a una mujer alta y de piel oscura cuya expresión resultaba casi tan indescifrable como la de él.

—Esta gente parece muy amistosa —comentó Ren entre dientes.

—Y que lo digas —respondí con un susurro.

David realizó unas presentaciones rápidas y, al llegar a la mujer, supe que se llamaba Liz y que estaba al mando de la rama de la Orden en San Diego.

—Tenemos entendido que luchamos en el mismo bando —dijo Liz, cruzándose de brazos—. Como os podréis imaginar, nos cuesta aceptarlo.

—Igual que a nosotros nos cuesta aceptar que la Orden esté de nuestro lado —contestó Faye, situándose al lado de Kalen—. Pero todos estamos en esto.

—Así es. —Liz levantó la mano y los miembros de la Orden se sentaron mientras ella posaba la mirada en mí—. Así que tú eres la semihumana.

Alcé la barbilla.

—Sí. Aunque suelen llamarme Ivy.

Liz ignoró ese comentario.

—¿Y el príncipe te mantuvo cautiva pero lograste escapar?

Asentí.

Liz inclinó la cabeza y supuse que ese gesto era una especie de forma de decir «buen trabajo».

—¿Qué llevas en la mochila?

Tink dejó de removerse y Fabian se volvió hacia mí.

—Llevo... a un amigo.

David alzó las cejas.

—¿Un amigo?

—Sí.

—¿Llevas a un amigo en la mochila? —insistió David.

Ren apretó los labios.

—Eso es.

Me descolgué la mochila del brazo con cuidado. Me agaché y la coloqué en el suelo. Introduje los dedos en el espacio entre las cremalleras y noté un pinchazo. Aparté la mano de golpe.

¡Tink me había mordido el dedo!

¡El muy cabrón!

—Pórtate bien —le advertí, sacudiendo la mano para aliviar el dolor.

Una risita apagada surgió del interior de la mochila.

—¿Qué coño...? —David se acercó un poco más—. ¿Qué llevas en la mochila, Ivy?

—Un incordio —mascullé mientras abría la cremallera—. Sal ya.

Varios miembros de la Orden se levantaron mientras otros intentaban ver por encima de las cabezas de los que estaban en pie. Me incorporé con un suspiro. Una manita surgió de la mochila y rodeó la tela, y luego apareció la otra.

Liz entornó los ojos.

—¿Qué es...?

Asomó una mata de pelo rubio de punta y luego una frente, seguida de dos grandes ojos redondos. A continuación, como sabía que todo el mundo estaba observando, Tink desplegó sus alas despacio para que quedaran a la vista.

Alguien soltó una palabrota.

Liz se quedó boquiabierta, pero no dijo nada.

—¿Es...? —David se interrumpió cuando Tink levantó la mano y meneó los dedos.

—Un chulito —dijo Ren con un suspiro, cruzándose de brazos.

Procuré reprimir una sonrisa.

—Este es Tink. Es..., bueno, es un duende.

—¿Un duende? —Liz sacudió la cabeza—. ¿Hay duendes en nuestro mundo?

—No. Tink es el único.

Tink aprovechó ese momento para salir volando de la mochila y ascender hasta mi hombro. Se posó allí, me agarró el pelo y... se escondió detrás.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco.

—En fin, que lo llevaba en la mochila. Es... un poco tímido.

Ren dejó escapar un sonido estrangulado.

—¿Tienes un duende? —Miles parpadeó con rapidez—. Pensaba que...

—¿Que la corte de invierno los había matado a todos? —concluyó Fabian por él—. Acabaron con casi todos. Tink es el único de su especie que hay en

este mundo.

Tink se asomó por detrás de mi cabeza, agarrándose de mi pelo, y susurró:

—¿A que parezco adorable?

—Más o menos. —Carraspeé—. Un día de estos os contaré cómo conocí a Tink.

Percibí un atisbo de asombro en la expresión de Liz.

—Me encantaría oír esa historia.

Eso me hizo sonreír.

—Pero tenemos que hablar del príncipe y la semihumana.

—Es cierto. —Liz observó cómo Tink se trasladaba a mi otro hombro. Todavía se le notaba la incredulidad en la cara. Sacudió ligeramente la cabeza—. No hemos conseguido descubrir quién es la semihumana, pero sabemos dónde está el príncipe. Que sepamos, todavía no se ha puesto en contacto con ella.

Yo era demasiado realista como para abrigar esperanzas. El hecho de que la Orden creyera que el príncipe todavía no se había acostado con la semihumana no significaba que no hubiera ocurrido.

—¿Y dónde está el príncipe?

—Se ha atrincherado en un complejo turístico —contestó Miles—. El Valencia.

Nunca había oído hablar de ese sitio, pero apostaría a que era bonito. Por el nombre, lo parecía.

—¿Y con cuántos faes cuenta? —preguntó Kalen.

—Llegaron con él aproximadamente una docena —contestó Liz—. Pero hay más. Los faes de la zona se han estado congregando en el complejo.

—¿La Orden no ha ido a por él? —preguntó Fabian, frunciendo el ceño.

—Hay humanos en el complejo. Demasiadas personas se verían atrapadas en el fuego cruzado. Eso llamaría demasiado la atención. Y los doce faes que trajo con él son caballeros. —Liz apretó la mandíbula—. Los miembros de la Orden somos valientes y estamos dispuestos a morir por la causa, pero no cometeremos una estupidez.

—¿Y qué os hace pensar que no se ha encontrado con la semihumana? —preguntó Ren.

—Tuvimos suerte cuando se marchó de Nueva Orleans. Lo descubrimos y pudimos seguirlo —nos explicó Miles.

Uno de los miembros de la Orden que se encontraba junto a las mesas intervino. Nos lo habían presentado al llegar. Estaba casi segura de que se llamaba Rob.

—En cuanto entró en la ciudad, pudimos rastrearlo por las matrículas de sus acompañantes. Lo hemos tenido vigilado desde que llegó al complejo. No ha salido ni una vez.

Aquí había... algo que no me cuadraba.

—Dos de sus caballeros salieron y volvieron a entrar, como si estuvieran haciendo recados. —Liz se acercó al mapa y señaló una chincheta negra—. Aquí está el complejo. Creemos que la semihumana debe estar por esta zona.

Un extraño escalofrío me bajó por la espalda mientras miraba a Ren y luego a Fabian, con Tink todavía agarrado a mi pelo. El príncipe de la corte de verano nos había dicho que su gente se había enterado de que Drake se había marchado de Nueva Orleans. Marlon nos había contado adónde había ido Drake y, mientras tanto, la Orden lo había visto partir.

Eso suponía... demasiadas coincidencias, o que el príncipe se había descuidado. Me costaba creer en la segunda opción, teniendo en cuenta que Drake se las había arreglado para mantenerse oculto hasta ahora e incluso había establecido su campamento base a las afueras de Nueva Orleans sin que la Orden lograra localizarlo. ¿Y ahora todo cristo lo había visto?

Esto me daba mala espina..., muy mala espina.

Retrocedí un paso.

—¿Qué pasa? —me preguntó Tink, hablándome directamente al oído—. Te has puesto más tensa que un pavo en Acción de Gracias.

Fruncí el ceño.

—No..., no estoy segura.

—Deben ser conscientes de que sabéis que están aquí —dijo Faye, con cara de preocupación—. Y deben estar preguntándose por qué no habéis atacado aún.

David asintió, separando las piernas.

—Supongo que creen que tenemos demasiado miedo.

—¿Y no es así? —comentó Fabian.

—Oh, oh —murmuró Tink.

El jefe de la secta de Nueva Orleans entornó los ojos.

—No tenemos miedo. Somos listos. Hemos estado trazando un plan.

—¿Y en qué consiste exactamente ese plan? —quiso saber Ren.

—Sabemos que el príncipe tiene el cristal —contestó Liz, apartándose del mapa—. Ahora, gracias a la semihumana, podemos completar el ritual y enviar al príncipe de vuelta al Otro Mundo.

Ren se puso tenso y, de pronto, el hecho de que los miembros de la Orden estuvieran tan dispuestos a aceptar nuestra presencia cobró sentido. Habían

comprendido que nos necesitaban..., que me necesitaban para librarse del príncipe, pero había algo más que me tenía con la mosca detrás de la oreja.

—Este ritual... —dijo Miles—. ¿Cómo se llamaba?

—El ritual de la sangre y la piedra —contestó Fabian.

—Eso es. He estado investigando un poco sobre el tema. —Miles me miró—. ¿Sabes en qué consiste?

—Sé que mi sangre y la del príncipe deben tocar el cristal. —Hice una mueca de dolor cuando Tink me pisó el pelo, dándome un tirón—. Y que debe llevarse a cabo en el Otro Mundo.

Miles enarcó las cejas.

—Pero ¿sabes lo que pasará después de que completes el ritual?

—¿Que me largaré de allí como alma que lleva el diablo? —conjeturé.

Alguien resopló, pero Miles dio un paso al frente, con el ceño ligeramente fruncido.

—Puede que me equivoque y no lo haya entendido bien; pero, por lo visto, todo aquel cuya sangre toque el cristal se quedará atrapado en el Otro Mundo.

Me quedé horrorizada.

—¿Qué?

—Los dos os quedaréis atrapados en el Otro Mundo. No solo el príncipe. —Miles miró a Fabian—. Me parece que, quienquiera que te hablara del ritual, olvidó mencionarte eso.

29

Dejé caer los brazos a los costados. Estaba atónita. Eso no podía ser verdad.

La mayor parte de mi ser se negó a creerlo, porque eso querría decir que todos..., todos me habían mentido.

—No —murmuró Tink, y luego añadió más alto—, no puede ser. — Caminó hasta el extremo de mi hombro—. ¡No!

Fui incapaz de moverme mientras empezaba a encajar las piezas mentalmente. Nadie había querido hablarle a Ren del ritual. Aquellos que sabían en qué consistía no habían mostrado reparos a la hora de aceptar mi transformación y confiar en mí..., en nosotros.

—¡La madre que me parió! —exclamó Ren, furioso, mientras se volvía hacia Faye y los otros faes de la corte de verano—. ¿Eso es verdad? ¿Ivy se quedaría atrapada en el Otro Mundo?

Faye se quedó lívida. Entonces supe que era verdad, y fue como si el suelo se abriera bajo mis pies. Sentí un vacío en el pecho.

—Ahora todo tiene sentido.

Ren se giró hacia mí.

—¿De qué coño hablas? Nada de esto tiene ni pizca de sentido.

—Claro que sí. —Se me había formado un nudo en la garganta y era incapaz de apartar la mirada de Faye—. Por eso me ayudasteis a escapar y os asegurasteis de mantenerme a salvo. No fue por pura amabilidad. Me necesitabais..., me necesitabais viva, a menos que encontrarais a otro semihumano. A un semihumano capaz de ir al Otro Mundo con el príncipe y completar el ritual.

David y Miles, junto con los miembros de la secta de San Diego, nos observaban en silencio. Quién sabe qué estarían pensando.

—Ya sabías que te necesitaban con vida para completar el ritual —intervino Fabian, volviéndose hacia mí—. Debe llevarse a cabo con la sangre de un semihumano y el príncipe de la corte de invierno. Y, para ello, debes estar viva.

—No me digas, genio —le espetó Ren—. Eso ya lo sabemos. También sabemos que el ritual debe realizarse en el Otro Mundo. Pero nadie mencionó nunca que ella se quedaría atrapada allí.

—Pues es algo bastante gordo como para olvidarse de mencionarlo —opinó Miles.

—No olvidamos mencionarlo. —Faye nos miró, rogándonos comprensión con la mirada—. Teníamos la esperanza de encontrar el modo de asegurarnos de que no te quedaras atrapada allí.

Solté una carcajada estrangulada.

—¿La esperanza?

—Qué situación tan incómoda —murmuró Liz entre dientes.

—Se acabó. —Ren se me acercó con aire indignado—. Nos largamos.

—¿Qué? —exclamé.

Me volví hacia él mientras Tink caminaba por mi hombro y apoyaba la mano en un lado de mi cabeza para mantener el equilibrio.

—No vamos a seguir adelante con esto ni de coña —dijo Ren, mirándome con aquellos ojos de color verde intenso—. Ni de puta coña.

Kale dio un paso hacia él.

—Ren...

—He dicho que no, joder. —Le lanzó al fae una furibunda mirada de advertencia que hizo que Kalen se detuviera—. No nos apuntamos para esto. Ivy no se apuntó para esto. No va a sacrificarse. Quitaos esa idea de la puta cabeza.

«Pero ¿acaso me quedaba más alternativa?».

Esa idea hizo que un escalofrío me bajara por la espalda. Justo como me temía anoche, solo nos quedaba otra opción: encontrar el modo de debilitar al príncipe el tiempo suficiente como para matarlo.

Levanté la barbilla, sintiéndome traicionada y furiosa a la vez, y miré a los miembros de la Orden.

—¿Sabéis cómo matar al príncipe?

David y Liz se miraron. Fue ella la que habló:

—Con una estaca de espino...

—Ya sabemos que una estaca de espino mataría al príncipe..., a cualquier príncipe. —Le eché un vistazo a Fabian, que alzó una ceja—. Pero ¿os habéis

enfrentado a un príncipe? ¿Y a un caballero o a un antiguo?

Liz apretó los labios.

—No hemos...

—En ese caso, no os dais cuenta de lo difícilísimo que es luchar contra un antiguo siquiera, y eso no es nada comparado con enfrentarse a un príncipe — les expliqué—. Así que supongo que no tenéis ni idea de cómo debilitar al príncipe.

—Tenemos a alguien aquí mismo que podría responder a esa pregunta — señaló David.

—Ivy —dijo Ren, con tono de frustración—. Vamos a...

Alguien gritó afuera. Me di la vuelta tan rápido que Tink levantó el vuelo de mi hombro y se sostuvo en el aire a mi lado.

Los goznes de la puerta por la que habíamos entrado reventaron. Un cuerpo voló por el aire y chocó contra el suelo con un golpe sordo. Se trataba de un miembro de la Orden, uno de los que estaban fuera. Tenía la garganta... Dios mío, se la habían arrancado, dejando el tejido interno al descubierto.

—Mierda —dije mientras cogía mis dagas.

Los miembros de la Orden se levantaron rápidamente de las sillas y todo de lo que me acababa de enterar quedó en segundo plano.

Volví a experimentar la misma sensación de antes, la que insistía en que todo esto, desde el momento en el que el príncipe se marchó de Nueva Orleans hasta ahora, había sido demasiado fácil. Había tenido el presentimiento de que esto era una trampa, y todos habíamos caído en ella.

Otro cuerpo aterrizó cerca del primero, procedente del pasillo.

—¡Nos atacan! —gritó Liz, blandiendo sus armas—. ¡Preparaos!

—Atrás, Tink —dije, aferrando las dagas con más fuerza, y le rogué a Dios que el duende me hiciera caso.

Una corriente de aire gélido se adentró en la amplia sala de reuniones, extendiéndose por el suelo.

Ren apareció a mi lado, con la estaca de espino en la mano.

—Esto no pinta bien.

—Y que lo digas.

Un rugido sacudió las paredes e hizo que se me encogiera el estómago. Un tenso segundo después, cruzaron la entrada. Kalen echó el brazo hacia atrás y lanzó su daga. El arma se hundió en el pecho del primer fae, derribándolo; pero luego entró otro por la estrecha abertura, y otro más, hasta que docenas de faes abarrotaron la habitación. La mayoría no eran faes normales. La mayoría eran antiguos: los caballeros del príncipe.

—Joder —susurré, reprimiendo una oleada de miedo.

Nos enfrentamos a ellos de frente.

Me dejé guiar por el instinto cuando las dagas zumbaron por el aire. Algunas fallaron y repiquetearon al caer al suelo polvoriento, mientras que otras acertaron en el blanco. Los gritos y los gemidos se mezclaron con el sonido húmedo de la carne al desgarrarse y los huesos al romperse. Era un auténtico caos, y enseguida perdí de vista a Tink en medio de la multitud de cuerpos que se movían a toda velocidad.

Ren abatió al fae situado más cerca, moviéndose con la agilidad y elegancia de un bailarín. Di media vuelta y enterré mi daga en el pecho de un fae al mismo tiempo que Fabian empezaba a brillar como el sol. Lo vi avanzar con decisión, alzando un brazo. Una abrasadora bola de fuego se formó en su mano mientras David se veía las caras con un caballero.

Fui hacia ellos, pero una fae se interpuso en mi camino. Cuando me hice a un lado, resbalé al pisar algo húmedo..., sangre. Recobré el equilibrio y, al levantar la mirada, vi que la fae venía hacia mí. Se abalanzó hacia mí, pero no me atacó. Entonces lo entendí. Su intención era impedirme luchar. No pretendían hacerme daño. Sabían que era la semihumana y que..., que me necesitaban con vida. Pero, si existía otra semihumana, yo era prescindible.

Aunque, ahora mismo, eso daba igual.

Me lancé hacia ella y la agarré del brazo cuando intentó esquivarme. Dejé escapar un grito cuando le retorcí el brazo, obligándola a darse la vuelta. Le clavé la daga en el pecho y luego la volví a arrancar mientras soltaba a la fae. Cuando se desplomó en el suelo, su cuerpo ya se estaba contrayendo.

La temperatura descendió de nuevo. Me volví bruscamente hacia la entrada y vi que una mujer alta y esbelta entraba con calma en la habitación. *Breena*. Aquella zorra estaba aquí. Mi cerebro activó el piloto automático y me dirigí hacia ella sin dudarle. Iba a acabar con esa puta, tan cierto como que me llamaba Ivy Morgan.

Otro miembro de la Orden llegó primero hasta ella. Se trataba de Rob, que alzó el brazo para atacarla, pero ella se movió con rapidez..., con siniestra rapidez. *Breena* extendió la mano y le atravesó el pecho.

Me detuve de golpe, boquiabierta y horrorizada. Un momento. Eso no tenía sentido. Era imposible.

Breena retiró la mano cubierta de sangre. Sostenía..., sostenía el corazón de Rob en la mano. Pero ella no era una antigua. Solo era una fae normal. ¿Cómo diablos...?

El corazón se me desbocó al ver al príncipe, que cruzó la entrada mientras Breena dejaba caer el órgano mutilado. El miedo y la rabia me invadieron al observar a Drake.

El príncipe recorrió la habitación con la mirada hasta que en sus expresivos labios se dibujó una mueca de suficiencia. Me había localizado.

Drake sonrió.

—Hola, Ivy. Cuánto tiempo.

Me quedé helada al oír un rugido de rabia incontenible a mi espalda. Era Ren. Él había hecho que se me pusiera de punta todo el vello del cuerpo.

Fabian dio media vuelta, con cara de asombro, y pronunció una única palabra en un idioma que no entendí.

Drake tensó los hombros mientras su mirada pasaba de mí al príncipe de la corte de verano. Algún tipo de emoción se reflejó en su rostro al mirar al otro príncipe.

Madre mía, se parecían tanto que podrían ser...

—No. —Fabian bajó el brazo y el brillante resplandor que lo rodeaba se fue apagando mientras se tambaleaba. Aunque resultara increíble, se tambaleó al retroceder un paso—. No. Mis ojos me engañan. No eres tú. Estás muerto.

¿Qué coño estaba pasando? ¿De qué estaba hablando Fabian, y por qué se miraban así?

—¡Ivy! ¡Ivy! —Tink revoloteaba cerca del techo, batiendo las alas como loco, mientras chillaba mi nombre de un modo que hizo que el pánico se apoderara de mí—. ¡Es ella! ¡Es...!

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

La zorra de Breena giró bruscamente la cabeza y siguió el vuelo de Tink con la mirada. En su cara se apreció un atisbo de sorpresa y luego extendió los brazos.

Una onda de energía se propagó por la habitación. Me golpeó a la altura de las rodillas, levantándome en el aire y lanzándome hacia atrás. Entreví a Tink volando hacia atrás antes de estrellarme de espaldas contra el suelo. Una niebla gélida se introdujo en la habitación mientras me colocaba de costado. Se me había escapado una de las dagas.

Esa clase de poder... no era normal.

—¡Ren! —grité, poniéndome de rodillas—. Ren...

—Aquí —contestó con un gruñido, y vi su mano entre el denso humo blanco. Sus dedos, con los nudillos manchados de sangre, rodearon los míos. Ren me apretó la mano y luego me soltó.

Una risa suave se abrió paso entre la niebla..., una risa que me provocó un escalofrío de miedo.

Me levanté despacio, respirando con dificultad y aferrando la única daga que me quedaba. La niebla helada se replegó, dejando a la vista a los que seguían en pie.

No eran muchos, pero vi a David y a Miles cerca de Kalen y Faye. Y también a Liz. Al no ver a Tink, se me cayó el alma a los pies.

Al que sí vi fue a Drake, que respiraba de forma brusca.

Y no estaba solo. Algo surgió como si fuera un espectro, alto y delgado, y a medida que la niebla se retiraba vi una corona de hueso, y supe qué era Breena.

Ren soltó un gruñido.

—*Joder.*

Detrás del príncipe de la corte de invierno se erguía una reina, sonriendo con la boca empapada de sangre.

30

—*M*ierda —susurré, paralizada de asombro.

Entonces cobraron sentido los gritos de advertencia de Tink. Un duende vería a Breena tal y como era..., no se dejaría engañar por su disfraz. Tink había visto a la reina y había intentado avisarnos.

Pero ya era demasiado tarde.

Teníamos enfrente a una puñetera reina, que se parecía a Breena, pero no era exactamente igual. Su cabello era ahora plateado como la escarcha y le llegaba casi hasta la cintura. Tenía la cara de Breena, pero la barbilla era más marcada, los ojos más grandes y los labios más carnosos. Sus ojos azules resultaban luminosos en contraste con la piel del tono de la plata fundida.

Y aquella corona...

Parecía estar hecha de verdad de huesos doblados en forma de semicírculo y afilados hasta formar tres puntas, de las cuales la del centro era la más alta.

Le rozó el hombro a Drake con la mano, haciendo que este apartara la mirada del príncipe de la corte de verano.

—Céntrate, amor mío —murmuró—. Céntrate.

El príncipe se quedó inmóvil.

Tras ellos había tres caballeros y otros dos faes. Aunque habíamos acabado con gran cantidad de ellos, eso no era suficiente... Con la reina aquí, no era suficiente ni de lejos.

Alguien, algún tonto audaz, se abalanzó hacia ella, blandiendo lo que parecía ser una estaca de espino. Se trataba de un miembro de la Élite. La reina lo agarró del brazo y le partió el hueso con un gesto de la muñeca. El hombre gritó mientras ella lo acercaba de un tirón. Como si fuera una cobra atacando, lo mordió en el cuello. El grito se transformó en un gorgoteo mientras brotaban chorros de sangre entre la niebla. La reina levantó la cabeza

y soltó al hombre, que cayó al suelo, con la garganta desgarrada. A continuación, se volvió hacia nosotros.

—¡Me cago en la leche! —exclamó Miles a mi espalda con voz ahogada.

La reina ladeó la cabeza. Le bajaban chorros de sangre por la barbilla.

—¿Sorprendidos?

Se me formó un nudo de miedo en la garganta. Durante todo este tiempo, ¿Breena era la reina?

—¿Y el duende? —preguntó—. ¿Dónde está?

Yo no tenía ni idea de dónde estaba Tink pero, adondequiera que hubiera ido, rogaba que fuera lejos de aquí.

—Eres una zorra —gruñó Fabian—. Una zorra mentirosa y traidora.

—Ten cuidado —contestó ella, pasándose el dorso de la mano por la boca—. Tengo entendido que eres el último de tu corte. Bueno... —Soltó una carcajada mientras echaba un vistazo al inmóvil y silencioso Drake y le apoyaba una mano en el pecho—. El último que *sabe* que lo es.

Fabian dilató las aletas de la nariz.

Un momento. ¿Drake era...?

La mirada de la reina se posó en mí.

—Mírate. Debo decir que has mejorado con los cambios. Aunque no demasiado. —Aquellos ojos gélidos localizaron a Ren—. En cuanto a ti, sigues tan apetitoso como te recordaba.

Me invadió una potente furia.

—¿Sabes de qué me acuerdo yo? De que casi te saco los ojos.

Los labios manchados de sangre de la reina formaron una sonrisa más amplia.

—Sí, yo también me acuerdo de eso, y tengo planeado devolverte el favor pronto, muy pronto. Sin embargo, de momento, todavía te necesitamos con vida.

Me puse tensa y aferré la daga de hierro con más fuerza.

—Nunca hubo una semihumana aquí, ¿verdad?

—No, zorra idiota. Aunque puede que haya una. —Se encogió de hombros de una forma curiosamente delicada—. No tengo ni idea. Necesitábamos hacerte salir de tu escondite. —Se rio cuando Ren maldijo entre dientes—. De lo contrario, ¿crees que nuestros movimientos habrían sido tan evidentes?

Lo sabía.

Maldita sea, lo *sabía*.

Nos habían engañado. Deberíamos haber sido más sensatos. Y ahora estábamos atrapados aquí, todos, con Drake o quienquiera que fuese y una puñetera reina.

—¿Por qué San Diego? —quiso saber Liz—. ¿Por qué aquí?

—Porque es donde hay más miembros de la Orden. Ninguna otra ciudad cuenta con más miembros en una única ubicación —contestó David—. Acabar con la secta de San Diego tendrá consecuencias catastróficas.

Todo ocurrió muy deprisa.

Varios miembros de la Orden avanzaron, blandiendo sus dagas de hierro. Kalen gritó una advertencia, pero fue demasiado tarde. Agarraron a otros miembros por el hombro y los degollaron.

Me giré, horrorizada, y vi cómo David le cortaba el cuello a Liz.

—¡No! —chillé. Ni siquiera sé por qué lo hice. Ya era demasiado tarde.

Liz se llevó las manos a la garganta, intentando contener el flujo de sangre, mientras se tambaleaba y luego caía de rodillas. Solo habían transcurrido un par de segundos cuando se desplomó en el suelo con los demás miembros de la Orden.

Miré a David, con los ojos como platos, y sentí que se me partía el corazón. No podía creerlo. David nos había traicionado... a todos. Intenté decir algo, pero no supe qué decir mientras miraba a aquel hombre que era lo más parecido que tenía a un padre. Era como lo que había pasado con Val, salvo que peor, mucho peor.

—¡Hijo de puta! —exclamó Miles con voz ronca. Miraba a David con horror e incredulidad y, por primera vez en mi vida, vi auténtica emoción en su cara—. ¿Cómo? ¿Cómo has podido hacerlo?

—Porque no podemos ganar esta guerra. —David se pasó la daga por los pantalones para limpiar la sangre y me miró—. ¿Nunca te preguntaste por qué acepté con tanta facilidad en qué te habías convertido? ¿O lo que le hicisteis a Kyle? Sabía que había ido a por vosotros. Y sabía que lo mataríais, uno de los dos o ambos.

Me quedé sin respiración. Claro que me lo había preguntado. Ambos lo hicimos, pero anhelábamos tener esperanzas. Qué idiotas. Todos habíamos sido unos completos idiotas.

—En este momento, por toda la ciudad, los demás miembros de la Orden están corriendo la misma suerte. Al igual que en Nueva Orleans, según lo previsto. Con lo que no contaba era con que hubiera un duende de por medio. —La reina torció los labios, mostrando sus dientes afilados—. ¿Dónde está?

Respiré entrecortadamente, dejé de lado todo pensamiento relacionado con David y miré a la reina a los ojos. Tendría que asimilar esta nueva traición después..., si es que había un después.

—No sé a qué te refieres.

—Vale. Así que quieres jugar. Me encantan los juegos. —Unió las manos—. A este juego lo llamo «matar a todo el mundo». Menos a ti. Todavía te necesito, pero los demás están a punto de morir. —Miró a Faye—. Empezando por ti.

Faye se sobresaltó, pero se mantuvo firme. Kalen se situó a su lado.

—O puede que no. —La reina avanzó—. Puede que empiece por él.

El corazón me dio un vuelco. La reina estaba mirando a Ren.

—Como le toques un pelo, te vas a arrepentir.

—Lo dudo mucho. —Se movió tan rápido que no fui capaz de percibirlo. Un segundo después, se había situado detrás de Ren y le rodeaba el cuello con sus largos dedos—. ¿Te gusta este juego, Ivy?

Ren hizo rechinar los dientes y se mantuvo inmóvil, sin apartar la vista de mí. El corazón me latía rápido, demasiado rápido, cuando me llevé la daga a la garganta. No vacilé. Ni siquiera durante un segundo.

—Si le haces daño, me corto el cuello y tendrás que buscarte otra semihumana. ¿Te gusta ese juego?

La reina ladeó la cabeza, con los labios apretados.

—¿Te matarías para salvarlo?

—Sin dudarlo.

—Ivy —dijo Ren con voz ahogada.

Una expresión de absoluta incredulidad se reflejó en la cara de la reina.

—No te...

El sonido de unas ruedas de plástico deslizándose por el suelo de madera hizo que todos dirigiéramos nuestra atención hacia la puerta. Al principio me costó creer lo que veía. Parpadeé, pensando que tenía que estar viendo visiones, pero mis ojos no me engañaban.

La maleta de Tink avanzó por el suelo, pasando por delante del príncipe y deteniéndose cerca de Fabian. A continuación, Tink entró zumbando en la habitación, volando veloz como un pequeño misil, en dirección a la maleta. Agarró la cremallera con sus diminutas manitas y tiró. Un lado de la maleta se abrió y salieron cientos de muñecos troles que se desparramaron por el suelo formando un mar de pelo azul chillón y fucsia.

—¿Qué coño...? —dije mientras daba un paso atrás, tambaleándome.

La reina, que seguía sujetando a Ren, ladeó la cabeza.

Todos nos quedamos mirando, porque había cientos de muñecos troles rodando por el suelo, por la sangre, y era una imagen realmente estrambótica.

Tink avanzó volando, se sostuvo en el aire por encima del mar de muñecos y levantó los brazos.

—Alzaos, mis pequeñines.

Los muñecos temblaron en el suelo y luego se sacudieron. Todos ellos. Sus cuerpecitos de plástico se estremecieron, y entonces... dejaron de ser de plástico. Doblaron las piernas. Movieron los brazos. Giraron las cabezas. Sus ojos eran de un tono azul muy pálido, como los de todas las criaturas del Otro Mundo.

Me quedé muda de asombro.

Los muñecos troles se incorporaron sobre sus piernitas regordetas. Abrieron la boca y emitieron un chillido agudo que me erizó el vello de los brazos.

Vaya, esto me iba a provocar pesadillas el resto de mi vida.

—Joder —susurré—. En lugar de ser el Rey de la Noche, es el Rey de los *Troles*.

Las cabezas de los muñecos se volvieron hacia la reina.

La reina soltó un grito de rabia y empujó a Ren a un lado, lanzándolo a más de un metro de distancia. Corrí hacia él, que había apoyado una rodilla en el suelo, lo agarré de la mano y lo ayudé a levantarse.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Ren, mirando los muñecos con cara de asombro—. Ahora mismo.

—Estoy de acuerdo.

Lo agarré con fuerza de la mano y llamé a Tink a gritos mientras los muñecos se lanzaban en estampida hacia la reina. Tink voló hasta mi hombro mientras yo me volvía hacia Faye y Kalen. El fae me miró y asintió con la cabeza.

Los muñecos alcanzaron a la reina y se agarraron a su vestido con sus manitas. Docenas de ellos empezaron a subirle por las piernas.

La reina se arrancó uno del muslo con un alarido. La boquita del muñeco estaba cubierta de sangre. ¿Además mordían? Lo aplastó con la mano soltando un grito de rabia. Docenas de muñecos treparon por ella, hasta la altura de su estómago, y le clavaron las manos y... las bocas. Los caballeros intentaron acercarse a su reina, pero ellos también estaban sucumbiendo ante la invasión. Los envolvieron por completo, como si fueran una alfombra de muñecos troles carnívoros.

Me iba a hacer falta terapia..., años de terapia.

Ren se dirigió a la puerta y Tink saltó de mi hombro al suyo, pero unas manos me agarraron por la espalda, apartándome de Ren. Le solté la mano cuando me obligaron a darme la vuelta. Me encontré cara a cara con David.

—No puedo dejar que te vayas —me dijo, sujetándome más fuerte—. Lo siento, Ivy.

No me paré a pensar en lo que estaba a punto de hacer, pero sentí una opresión en el pecho y me ardieron los ojos mientras aferraba la daga.

—David —murmuré con voz ronca.

Me miró a los ojos un segundo antes de que le hundiera la daga en el centro del pecho. David intentó hablar, pero no pronunció ninguna palabra. Ninguna en absoluto. Vi cómo se le nublaban los ojos.

Exhalé bruscamente y solté la daga mientras trataba de contener las lágrimas. Di un respingo cuando otra mano me tocó el brazo. Me volví y vi a Miles a mi lado.

—Tenemos que irnos —me dijo—. Ya.

Incapaz de hablar, obligué a mis pies a moverse. Echamos a correr, resbalándonos a causa de la sangre derramada por el suelo. Al llegar a la entrada, me di cuenta de que Fabian no estaba con nosotros. Se encontraba delante de Drake, hablando tan rápido que no pude entenderlo.

En el centro de la habitación, la reina daba vueltas mientras lanzaba malvados muñecos troles en todas direcciones.

Fabian recogió una daga del suelo. Me detuve, con el corazón en la garganta. La daga era de hierro. No mataría a Drake si...

Pero Fabian no lo apuñaló.

Se hizo un corte en la palma de su propia mano, haciendo brotar la sangre. A continuación, alzó la mano ensangrentada, la deslizó por el centro de la cara de Drake y la apretó contra su boca.

Todo el cuerpo del príncipe de la corte de invierno se sacudió al mismo tiempo que algo parecido a miles de luciérnagas lo rodeaba, envolviendo su cuerpo con un titilante brillo dorado. Transcurrieron uno o dos segundos y luego las luces resplandecientes se desvanecieron.

El príncipe de la corte de invierno permanecía allí de pie, con sus luminosos ojos azules muy abiertos y la mirada perdida. Fue como si una capa de oscuridad se desprendiera y se disipara. El tono negro de su pelo dio paso al rubio. Las sombras se borraron de sus mejillas. Sus facciones seguían siendo las mismas, pero él ya no pertenecía a la corte de invierno, sino a...

Pero ¿qué cojones...?

—¡Ivy! —Ren regresó a mi lado.

—Mira —susurré—. Míralo.

Ren siguió mi mirada.

—¿Qué coño...?

El príncipe retrocedió un paso mientras miraba con asombro a Fabian y luego a nosotros. Nuestras miradas se encontraron, y se le contrajo todo el rostro como si sufriera.

Choqué con Ren cuando el príncipe se dio la vuelta y profirió un sonido tan aterrador como inhumano y primitivo. El aire se llenó de olor a quemado a medida que una potente descarga de energía se propagaba por el suelo.

La onda expansiva alcanzó primero a los caballeros, que estallaron sin dejar rastro, desintegrándose en el acto.

A los miembros de la Orden que nos habían traicionado se les desprendió la piel. Sus huesos quedaron reducidos a polvo. El impacto fue tan intenso que sus sombras quedaron grabadas en el suelo.

La reina, que seguía intentando quitarse de encima a los muñecos troles, se volvió hacia el príncipe. Abrió mucho los ojos por el asombro, y entonces la descarga de energía la golpeó. Tanto ella como los muñecos salieron despedidos hacia atrás. La reina chocó contra la pared... y la atravesó.

—Creo que deberíamos irnos. —Ren me agarró el brazo y empezó a retroceder—. Ya mismo.

Aparté la mirada de la extraña escena, di media vuelta y eché a correr por el pasillo hasta alcanzar al resto del grupo.

—¿Y qué pasa con Fabian? —preguntó Tink cuando las puertas del patio estuvieron a la vista.

—Olvídate de él —contestó Ren.

—¿Qué? —exclamó Tink, alzando el vuelo del hombro de Ren.

—Ni hablar. —Lo apresé en el aire, agarrándolo por la cintura—. No vas a volver a entrar ahí.

—Pero...

—No. —Lo sujeté bien mientras salíamos en tropel al patio—. Y no te atrevas a mordirme ni cambiar de forma.

Tink puso cara larga, pero lo ignoré mientras corría por el aparcamiento. Kalen ya había sacado las llaves mientras se dirigía a toda velocidad hacia la puerta del conductor. Faye ocupó el asiento del acompañante y Miles se situó en la segunda fila de asientos. Ren entró y se giró hacia mí, tendiéndome la mano. Entonces, echó un vistazo por encima de mi cabeza.

—¿Qué coño...? —soltó, e hizo ademán de volver a salir.

Me volví y me quedé boquiabierta.

Fabian salió como un vendaval por la puerta, acompañado de Drake, que todavía tenía la cara manchada de sangre.

—¿Se puede saber qué diablos haces? —Fui a coger una daga, pero me di cuenta de que no me quedaba ninguna—. ¿Qué haces con Drake?

—Este no es Drake —contestó Fabian, agarrando al otro príncipe del brazo.

—¡Y una mierda! Puedo reconocerlo incluso con el pelo rubio.

—Te equivocas.

—Fabian, ese es el príncipe de la corte de invierno. —Faye había bajado la ventanilla—. Cuando estuve infiltrada, lo vi todos los días. Es Drake.

El príncipe de la corte de invierno entrecerró los ojos y se los protegió de la luz mientras se tambaleaba.

—Soy...

Se quedó callado y dio un respingo, como si algo o alguien se le hubiera acercado a la cara.

—Ese no es el príncipe de la corte de invierno —intervino Tink, golpeándome la mano—. Yo lo he visto, Ivy. Sé qué aspecto tiene Drake. Lo vi en el Otro Mundo, ¿recuerdas?

Sacudí la cabeza, confundida.

—Tenemos que irnos —nos advirtió Kalen—. Tenemos que largarnos de aquí.

—Dejadnos subir —nos ordenó Fabian.

—Ni lo sueñes. —Ren me empujó hacia el asiento—. Voy a matar a ese hijo de puta. Me importa un carajo que ahora se parezca al príncipe de la playa.

Ren se bajó del todoterreno antes de darme cuenta de qué se proponía. Un instante después, le asestó un puñetazo al príncipe en la mandíbula, haciéndole echar la cabeza hacia atrás. Me lancé hacia él, con un nudo de miedo atenazándome la garganta. El príncipe lo iba a...

El príncipe volvió la cabeza despacio hacia Ren. Tenía el labio partido. No levantó las manos ni hizo nada cuando el puño de Ren arremetió de nuevo, golpeándolo debajo de la barbilla y empujándole la cabeza hacia atrás.

—¡Para! —gritó Tink—. ¡Tienes que parar, Ren!

Ren echó de nuevo el brazo hacia atrás, pero Fabian le agarró el puño.

—Como le vuelvas a pegar, me aseguraré de que no quede ni rastro de ti.

Aferré la parte trasera de la camiseta de Ren con la mano libre y tiré de él. No cedió hasta que le rodeé la cintura con el brazo.

—Ya basta.

—No. —Ren negó con la cabeza—. No basta ni por asomo.

—¡No es Drake! Míralo. Es otro —gritó Tink, y entonces aquel pequeño cabrón me clavó los dientes en la mano.

—¡Ay! —Lo solté y sacudí la mano para aliviar el dolor. Tink salió volando del vehículo, hacia el hombro del príncipe—. No tenemos tiempo para esto, Tink. Aléjate de...

—¡Si no los dejáis entrar a los dos, yo no voy!

Miré boquiabierta al maldito duende.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Y tú? —replicó Tink.

—Este no es Drake —dijo Fabian, con voz entrecortada—. Es mi hermano.

El trayecto de regreso a Del Mar fue... incómodo y tenso.

Probablemente se debiera a que el príncipe que nos había secuestrado a Ren y a mí, que había intentado seducirme para provocar un apocalipsis feérico y que era un asesino psicópata, iba sentado en el asiento trasero del todoterreno, mirando en silencio por la ventanilla.

Entre eso, el ejército de muñecos troles, la traición de David y la aparición de la reina, este había sido oficialmente el peor día de mi vida.

Ren se sentó mirando hacia el asiento trasero y se pasó así todo el camino hasta la casa. Miles hizo lo mismo, y yo también.

Al príncipe le pasaba algo raro.

No habló. No nos miró. Ni siquiera respondió a ninguno de los comentarios cortantes sobre él. Simplemente, se quedó allí sentado, mientras a mí me costaba creer que me encontrara en un vehículo con él y no intentara matarlo.

—Estaba bajo los efectos de un hechizo —nos explicó Fabian, observando a Drake. Saltaba a la vista que eran hermanos. Yo ya había notado el parecido antes y ahora, con el cambio de color de pelo, era evidente—. Creíamos que había muerto en la Gran Guerra contra la corte de invierno. Lo vi caer, pero no pude llegar hasta él. La reina Morgana se llevó su cuerpo. Pensábamos que lo había hecho para negarnos los ritos de enterramiento tradicionales. Pero ahora sé la verdad. La reina lo hechizó.

Y ahora sabíamos a qué reina nos enfrentábamos. Cómo no, tenía que ser a la que todos los faes temían. Genial. Vaya suerte la nuestra.

—¿Dices que no es responsable de sus actos porque estaba bajo un hechizo? —preguntó Ren con tono duro.

—Sí. —Fabian miró a Ren—. Eso es justo lo que digo.

—Gilipolleces —gruñó Ren—. Ese cabrón...

—Estaba bajo el hechizo de la reina —lo interrumpió Fabian—. Igual que cuando un humano se encuentra bajo un hechizo de seducción. Se trata de un poderoso sortilegio que solo puede llevar a cabo un rey o una reina. Y que está prohibido.

Ren se inclinó hacia el respaldo del asiento.

—Me importa una mierda.

—Sé que es difícil de aceptar. A mí también me cuesta aceptarlo. Creedme —dijo Faye, que se había girado en el asiento—. Pero, cuando uno de los nuestros se encuentra bajo un hechizo, no puede controlar lo que hace. Igual que un mortal.

Miles se puso tenso.

—Mató a montones de miembros de la Orden, con sus propias manos o por orden suya.

—Y aquel ante el que respondías nos traicionó a todos, incluidos sus propios hombres —le recordó Faye.

La verdad que contenían aquellas palabras me hizo cerrar los ojos con fuerza. No era capaz de pensar en lo que David había hecho ni en que yo lo había matado.

Miles no respondió, porque no había nada que pudiera decir a eso. Abrió los ojos.

—Pero no es lo mismo. No sabíamos lo que David estaba haciendo ni cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Pero sí sabemos lo que *él* estaba haciendo —dije mirando al príncipe.

—Pero él no es así. —Tink se posó en el respaldo de nuestro asiento—. Ese no era él de verdad. Ya visteis lo que hizo cuando despertó del hechizo. Lanzó a la Reina Zorra a través de una pared.

—Me importa una mierda.

—Todo esto es una gilipollez —masculló Ren.

—Déjame adivinar. No se acuerda de todas las cosas horribles que hizo, ¿verdad? —pregunté con aspereza.

El príncipe volvió la cabeza despacio y me miró a los ojos.

—Me acuerdo de todo lo que hice. *De todo*.

Respiré bruscamente mientras un escalofrío me recorría la piel. Su voz... se parecía a la del príncipe que yo conocía pero, al mismo tiempo, sonaba diferente. Él volvió a clavar la mirada en la ventanilla.

—Eso no cambia nada —sentenció Ren.

—Lo cambia todo —repuso Fabian—. Ya lo veréis. Dadle tiempo. Lo entenderéis.

Ren soltó una carcajada sarcástica.

—Esto es increíble.

Sí que lo era. Todo aquello, pero aquí estábamos. Sentí que me hacía falta una distracción, porque estaba deseando quitarle la estaca de espino a Ren de la mano y clavársela en el pecho a aquel cabrón, hubiera estado bajo un hechizo o no.

Miré a Tink.

—¿Vas a explicarnos lo de esos muñecos troles?

El duende suspiró mientras se paseaba por el respaldo del asiento, dándole patadas a algo que ninguno de nosotros podía ver.

—Me fastidia haber tenido que dejarlos allí. Son mis pequeñines.

¿Pequeñines? Parecían criaturas sacadas de una pesadilla.

—¿Cómo conseguiste que se movieran? —Recordé que solía encontrármelos repartidos por mi apartamento—. ¿Siempre han podido hacerlo?

—Verás, cojo una gota de mi sangre y se las pongo en el pelo, así puedo reanimarlos.

Me quedé atónita.

—Lo intenté un par de veces en casa. —Me miro encogiéndose de hombros—. A veces, se escapaban.

Ay, Dios mío.

¡Los malditos muñecos siempre habían estado vivos!

—Madre mía, no sé qué parte de lo que ha pasado hoy es la más jodida —murmuró Ren.

—La reina —contestó Faye—. Esa es la parte más jodida.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Miles.

Nadie respondió.

Porque nadie tenía una respuesta. Nos habíamos pasado todo este tiempo creyendo que nos enfrentábamos a un príncipe psicópata, pero ahora debíamos lidiar con una reina, y ninguno de nosotros estaba preparado para eso.

Ren me cogió de la mano, impidiéndome subir la escalinata, mientras los demás entraban en la mansión.

—Ven aquí —me dijo.

No me dejó alternativa. Aunque tampoco es que me hiciera falta. Tiró de mi mano, me apretó contra su pecho y me rodeó con los brazos.

Cerré los ojos, dejando escapar un suspiro entrecortado, y me embebí de su presencia y su calidez. Transcurrió un rato antes de que Ren dijera:

—Lo siento mucho. —Me besó la frente y luego cada uno de los párpados—. Sé cómo te sientes por lo de David.

Me estremecí.

—Por eso se mostró tan comprensivo y aceptó en qué me había convertido. Mierda. Pensé que era porque... —No puede terminar la frase. Ahora mismo, me resultaba imposible—. Es que no me lo puedo creer. Nunca, ni en un millón de años, se me habría pasado por la cabeza que pudiera traicionarnos.

—Lo sé.

Subió la mano por el centro de mi espalda, entrelazando los dedos en mi pelo.

—¿Cuándo paso? ¿Siempre estuvo trabajando con la reina? ¿Sabía que ella estaba aquí o ella se puso en contacto con él de algún modo?

—Nunca lo sabremos. —El brazo que me rodeaba la cintura me apretó más fuerte—. Pero hiciste lo correcto.

Sí, lo hice.

Pero eso no implicaba que fuera más fácil de aceptar.

Tragué saliva de nuevo.

—Cuando la reina te agarró del cuello, nunca en toda mi vida había sentido tanto miedo.

—Debo admitir que a mí tampoco me hizo gracia. —Hizo una pausa—. Pero no parecías tener miedo. De hecho, respondiste como toda una tía dura.

—Lo habría hecho. Te juro por...

—Lo sé —susurró—. Y eso me asusta.

—Tú también estás hecho un tío duro. Le pegaste al príncipe y todo.

—Quiero arrancarle la garganta, Ivy.

Me estremecí.

—Ni siquiera..., ni siquiera intentó detenerte. —Levanté la mirada despacio hacia él—. No contraatacó. El príncipe que yo conocí lo habría hecho, Ren. Y lo sabes.

Él apartó la mirada. Un músculo le palpitaba en la mandíbula.

—¿Qué vamos a hacer? —susurré con voz ronca—. Él está en esta casa y hay una reina loca y muy poderosa a punto de hacer sabe Dios qué. Ni

siquiera sabemos cuántos miembros de la Orden quedan... —Se me quebró la voz—. Es..., es aterrador.

Ren apoyó la barbilla sobre mi coronilla.

—Lo solucionaremos —dijo un momento después—. Lo conseguiremos.

Yo no lo veía posible. Si no sabíamos cómo derrotar a un príncipe, ¿cómo diablos derrotaríamos a la reina?

Ren deslizó la mano que tenía en mi pelo hasta mi mejilla. Cerré los ojos cuando me inclinó la cabeza hacia atrás. Me besó, con suavidad y dulzura, y eso me recordó de algún modo que todavía había cosas buenas en mi vida. Que seguíamos teniéndonos el uno al otro en medio de todo este caos.

Abrí los ojos, me aparté y le limpié una mancha de sangre de la mejilla.

—Será mejor que entremos.

—Sí. Será lo mejor.

Al entrar en la casa, ambos nos pusimos tensos al ver al príncipe. Fabian le puso una mano en el hombro a su silencioso hermano y lo alejó de allí.

—Esto no me gusta —dijo Ren cruzándose de brazos mientras Fabian guiaba al otro hombre hacia la cocina—. Para nada.

—A mí tampoco. —Vi cómo Tink revoloteaba tras ellos. No me podía creer que hubiéramos viajado en el mismo vehículo que el príncipe y que ahora estuviéramos en la misma casa. Había muchos puntos preocupantes en todo esto. Demasiados—. ¿Estaremos seguros aquí?

—No creo que David supiera dónde os alojabais, pero eso no significa que no lo averigüen —dijo Miles, pasándose una mano por la cabeza—. Mierda. ¿Qué le voy a decir a su mujer?

—¿Crees que ella sabía en qué andaba metido? —preguntó Faye.

—Quiero creer que no; pero, joder, no me vi venir lo de David. Ella también podría estar implicada. —Se le tensaron los hombros y apartó la mirada—. Tengo que ponerme en contacto con alguien de la secta de Nueva Orleans. Tengo que...

Tenía que asegurarse de que seguían vivos.

Dios.

No podía permitirme pensar en que personas a las que conocía..., personas a las que apreciaba, podían estar muertas. Si me adentraba en ese espantoso laberinto era probable que no volviera a salir nunca.

Miles se volvió hacia mí y, por segunda vez esa noche, vi reflejarse la emoción en su rostro. Esta vez se trataba de tristeza, de una profunda tristeza.

—Lo que hiciste allí... con David... No te quedó más remedio.

Parpadeé y tragué saliva para aliviar el repentino ardor que noté en la garganta.

—Solo quería que lo supieras. —Miles se estremeció y miró a Faye y Kalen soltando un suspiro—. Ahora solo quedamos nosotros.

Kalen alzó la barbilla.

—No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. Aunque el príncipe haya lanzado a la reina a través de una pared, eso no la matará. Ni siquiera la dejará fuera de juego mucho tiempo.

—La reina. —Faye exhaló de forma entrecortada—. No me lo puedo creer. Todo este tiempo, era Breena.

—Como si me hicieran falta más motivos para odiarla. —Me froté la cadera con la palma de la mano—. Lo que no entiendo es: si Breena siempre ha sido la reina, ¿cómo pude con ella aquella vez?

—Supongo que la pillaste desprevenida. —Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Faye, pero se desvaneció enseguida—. Creo que no se esperaba que la fueras a atacar. Yo pensaba que se trataba de simple arrogancia por parte de Breena; pero, en realidad, era la arrogancia propia de una reina.

Todavía no me cabía en la cabeza que no nos hubiéramos dado cuenta de que ella era la reina; aunque, claro, como miembros de la Orden, a Ren y a mí nos había educado y adiestrado para creer que no había cortes, ni príncipes, ni reinas. Nos habían hecho creer que no eran más que polvo.

Empecé a pasearme de un lado a otro.

—Ahora mismo, tenemos que ocuparnos de otro asunto mucho más importante —dijo Ren—. ¿Qué diablos vamos a hacer con él? ¿De verdad vamos a dejarlo deambular libremente? Es...

—Te entiendo, Ren. Pero te aseguro que ese hombre de ahí no es Drake..., ya no. —Faye se sentó en una de las mullidas sillas—. Es el hermano mayor de Fabian. El heredero de la corte de verano. En realidad, debería ser el rey.

Sacudí la cabeza con un gesto brusco. No estaba segura de qué responder a eso.

—¿Y dónde está el verdadero Drake? Porque supongo que era alguien real, ¿no? Tink lo vio una vez en el Otro Mundo.

—Debe haber muerto en la guerra —opinó Kalen—. Y la reina Morgana puso al hermano de Fabian en su lugar.

—¿Y ninguno de vosotros lo sabía? —preguntó Ren con tono cortante.

—No crecimos en el Otro Mundo —contestó Faye, sacudiendo la cabeza—. Nunca habíamos visto a Drake ni al hermano de Fabian. No nos

habríamos dado cuenta. Vimos lo que la reina quiso que viéramos. Alguien que se suponía que era Drake. Su hechizo es así de poderoso.

Si Tink lo había visto en el Otro Mundo antes de la Gran Guerra, ¿cuántos años tenía el duende en realidad? Madre mía. Pero eso carecía de importancia.

—¿Y si es un truco?

—Míralo bien. —Faye se deslizó hasta el borde de la silla—. No es el mismo hombre al que yo odiaba y temía. No se defendió cuando Ren lo atacó. Eso solo ya debería bastar para demostrarlo.

La miré a los ojos.

—Me da igual que se haya pasado al bando de los faes buenos por siempre jamás, sigue siendo el hombre al que yo *odio* y temo.

Faye apretó los labios.

—Lo comprendo. De verdad que sí. Pero atacó a los caballeros y a la reina. Confía en mí, te aseguro que...

—¿Confiar en ti? —Solté una carcajada mientras dejaba de pasearme y me situaba delante de ella—. Todos me habéis mentido desde el principio. Sabíais que me quedaría atrapada en el Otro Mundo y no me lo dijisteis.

—Menudo marrón —opinó Miles.

Me volví hacia él y le lancé una mirada furibunda.

—Me alegro de que hayamos retomado el puto tema —dijo Ren, con una voz dura como la piedra—. Ivy no va a realizar ese ritual ni loca. Ni hablar.

Faye se puso tensa.

—Me gustaría señalar que yo no sabía nada —dijo Kalen, levantando la mano—. Nada de nada. —Se encogió de hombros cuando lo miré—. Para que conste.

—Esperábamos encontrar un modo de asegurarnos de que no quedaras atrapada —comenzó a explicar Faye—. Nos...

—¿Que esperabais encontrar un modo de asegurarnos de que no me quedara atrapada? ¿Me tomas el pelo? ¿Qué crees que me habría ocurrido si realizaba el ritual y me quedaba atrapada con la versión malvada del príncipe?

—¡No teníamos elección! —Faye se puso en pie de golpe, con una expresión fiera en la mirada—. Eres la única semihumana que conocemos, la única lo bastante fuerte como para llevar a cabo el ritual. ¿Qué alternativa teníamos? Abrir los portales destruiría este mundo. Y no estoy siendo melodramática al decir eso. Lo destruiría todo.

—¿Sacrificar una vida para salvar muchas? —dije con una risa áspera.

—Esperábamos que eso no fuera necesario.

Ren dio un paso al frente.

—¿Sabes cuánto me gustaría mataros a todos ahora mismo?

—Me hago cargo, Ren, pero ¿de qué va a servir eso? —dijo Miles, enarcando las cejas—. Estamos juntos en esto. Entiendo que no confíes en ellos, pero yo nunca pensé encontrarme en compañía de faes y estar de acuerdo con ellos.

—¿Estás de acuerdo con ellos en lo del príncipe? —pregunté, volviéndome bruscamente hacia Miles—. ¿En serio?

—Vamos a necesitarlo, ¿no? —Miles me miró a mí y luego a Ren—. Si de verdad no es Drake sino el hermano de ese otro rubio grandote, vamos a necesitarlos a los dos para derrotarla, porque lo que vi allí..., el poder que demostró la reina... Nunca he presenciado nada igual.

Retrocedí, sorprendida.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —preguntó Faye mientras se volvía a sentar—. La reina está aquí. ¿Tenéis la más mínima idea de lo que significa eso tanto para los mortales como para los faes?

—Pues supongo que a todos les espera la masacre habitual —solté.

—Yo sé lo que tenemos que hacer.

Todos nos volvimos al oír esa voz. Era él. El príncipe. Oficialmente conocido como Drake, y el tío que todavía ocupaba el primer puesto en mi lista de gente a la que matar.

Se había lavado la sangre de la cara y se había echado hacia atrás el pelo rubio y húmedo.

—Tenemos que detener a la reina.

El corazón empezó a palpitarme con fuerza mientras miraba al príncipe. Notaba la rabia y la tensión que emanaban de Ren, pero eso no era nada comparado con la maraña de emociones que batallaban en mi interior.

Tras él se encontraban Fabian y Tink, que ya no mostraba su versión diminuta. El duende era del tamaño de un hombre adulto y, gracias a Dios, iba vestido.

—Queréis saber qué tenemos que hacer —dijo. Su voz se parecía ahora más a como yo la recordaba: profunda y con un acento extraño. Sentí ganas de vomitar—. Debemos detenerla.

—No me digas —le espeté, y él alzó ligeramente una ceja—. Tú no formas parte de este equipo.

Fabian exhaló de forma brusca.

—Él es...

El príncipe levantó la mano, haciendo callar a su hermano.

—Tiene derecho a estar enfadada. A odiarme. Igual que él.

—Me alegra que nos entendamos —soltó Ren, con la mandíbula tensa—. Literalmente, tengo que emplear hasta la última pizca de autocontrol para no coger esta estaca y clavártela en el puto ojo.

Inhalé bruscamente mientras mi mirada pasaba de Ren al príncipe. Este último se mantenía impasible. Su rostro era tan inexpresivo que Miles seguramente estaría impresionado.

—Y yo no te lo impediría.

Me quedé asombrada. No podía hablar en serio. Era imposible que se quedara quieto y permitiera que Ren lo matara.

—¿En serio? —Ren dio un paso al frente—. Vamos a probar a ver.

Fabian se puso tenso, pero fue Tink quien habló.

—Chicos, entiendo que queráis vengaros de él y eso, pero tenéis que pasar página.

Lo fulminé con la mirada.

—Para ti es fácil decirlo.

—En realidad, no es tan fácil. —Tink me miró a los ojos—. Sé lo que os hizo, pero ya no es el príncipe que conocisteis.

Por poco me asfixio.

—Nunca podría confiar en nada de lo que diga. Con o sin hechizo de por medio, es el príncipe. Me secuestró...

—Sé lo que te he hecho. Después de que se rompiera el hechizo, lo recordé todo, desde el momento en el que te vi en aquel pasillo. Cierro los ojos y lo veo. Cuando hay silencio, te oigo...

—Ya basta —le advirtió Ren en voz baja.

La mirada del príncipe pasó de mí a Ren.

—También me acuerdo de lo que te hice a ti, de que me convertí en ti...

—¿Es que tienes ganas de morir o qué? —le solté. Me temblaban las manos, así que las uní.

—Puede —murmuró él para mi sorpresa—. Yo no quería lo mismo que la reina. Nunca lo he querido. No tengo ninguna intención de seguir adelante con su plan.

—¿Así que ya no quieres dejarme preñada?

Él apretó la mandíbula.

—Sin ánimo de ofender, pero no.

Alcé las cejas.

—Vaya, qué alivio.

—Ya sé que seguramente no haya nada que os haga creerme...

—En realidad, hay una forma. —Se me acababa de ocurrir una idea—. ¿Cómo podríamos debilitar lo suficiente a un príncipe como para matarlo?

—Tenéis que...

—Hermano. —Fabian lo agarró del hombro—. Si se lo cuentas, lo usarán contra ti..., contra nosotros.

—Pues tendremos que correr el riesgo —contestó el príncipe, liberándose de la mano de su hermano—. Hay dos modos de debilitarnos. Si se revierte nuestra magia en nuestra contra, puede herirnos de gravedad y tardaríamos meses en curarnos. Y existe algo sumamente venenoso para nosotros si entra en contacto con nuestra piel. El efecto es aún peor si invade nuestro torrente sanguíneo. Los tres lo lleváis encima.

—¿El qué? —preguntó Miles, dando un paso al frente.

—Un trébol de cuatro hojas —contestó el príncipe, y Fabian cerró los ojos—. No solo resulta venenoso para nosotros, sino también para nuestros caballeros y otros antiguos.

Me quedé boquiabierta mientras me tocaba la cadena que llevaba alrededor del cuello. El trébol engastado en el colgante era como una parte de mi cuerpo, formaba parte de mí de tal forma que ya ni siquiera pensaba en él.

—¿Lo dices en serio?

Él lo confirmó.

—La mayoría ya llevabais encima nuestra mayor debilidad. Usando eso y una estaca de espino, no es tan difícil matarnos.

Fabian se llevó una mano a la nuca y apartó la mirada.

—¿Y a una reina? —preguntó Kalen, hablando por primera vez desde que el príncipe había entrado—. ¿Debilitaría a una reina?

—Sí. En circunstancias normales. Pero la reina Morgana ha desarrollado tolerancia al trébol a lo largo de los años. A ella no la afectará.

—Cómo no —mascullé, cruzándome de brazos.

Miré a Ren, que seguía aferrando la estaca de espino y no había apartado la mirada del príncipe ni un solo instante. No sabría decir qué opinaba él de todo esto, aparte de que era evidente que lo invadía una rabia asesina.

—¿Qué planea hacer la reina? —preguntó Faye con calma mientras yo seguía intentando asimilar el hecho de que, todo este tiempo, un trébol de cuatro hojas podría haber debilitado a los malditos antiguos y al príncipe.

—Todavía querrá abrir los portales, ¿no? —opinó Miles, sentándose en el brazo de un sofá cercano.

—No puede hacerlo sin un príncipe dispuesto a seguir sus órdenes.

—¿Y si se busca un semihumano y se acuestan? —sugirió Tink.

—La profecía no menciona qué ocurriría si una reina o un rey procreara con un semihumano, pero supongo que funcionaría —dijo el príncipe.

Fabian se volvió hacia nosotros.

—Tendría el mismo efecto. Un rey o una reina no es un ser de este mundo, al igual que un semihumano y un hijo nacido de tal unión. Eso rompería los sellos.

Exhalé de forma brusca.

—¿Ahora tenemos que preocuparnos por si la reina encuentra a alguien que la deje embarazada?

—Morgana no puede concebir —contestó el príncipe.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Ren con tono desafiante.

—Es verdad. —La esperanza se reflejó en los ojos de Faye—. ¿Te acuerdas, Ivy? Ya te lo dije.

Sí, era cierto. El día en que conocí a Fabian.

—Según cuenta la leyenda, Morgana cometió un delito terrible y, para evitar que la despojaran de sus poderes, renunció a la capacidad de crear vida.

—Eso parece sacado de una novela de fantasía cutre —masculló Ren.

Parpadeé despacio. Todo este asunto daba esa impresión, pero eso no era nada nuevo.

—¿Qué terrible delito cometió? —preguntó Tink con curiosidad.

El príncipe apretó la mandíbula y sus ojos destellaron con la misma ferocidad que los de Ren. Tuve el presentimiento de que, fuera lo que fuese, tenía que ver con él.

—¿Qué hará ahora la reina? —pregunté para asegurarme de que no nos desviáramos del tema—. Dudo que vaya a huir con el rabo entre las piernas y esconderse.

—Si el plan original fracasaba, tenía otro de reserva —nos explicó el príncipe—. Regresar al Otro Mundo. Así que debemos detenerla.

Me lo quedé mirando boquiabierto. Seguro que no lo había entendido bien.

—Si se propone regresar al Otro Mundo, ¿por qué íbamos a detenerla? —preguntó Kalen, con cara de confusión.

—No lo entendéis —intervino Fabian—. La reina tiene el cristal. Si se lo lleva al Otro Mundo con ella, podrá volver a abrir los portales en cualquier momento desde el otro lado.

—Regresará con todos los efectivos que logre reunir, y en nuestro mundo hay... criaturas que desatarían un caos como nunca han visto los mortales —añadió el príncipe con voz cortante—. Arrasaría ciudades enteras por puro rencor y sed de venganza. Morirían millones de personas.

—Un momento —dijo Ren con el ceño fruncido—. Los portales están sellados...

—También lo estaban cuando nosotros los atravesamos, ¿no? —El príncipe lo miró a los ojos—. Se pueden volver a abrir. No solo hay antiguos dispuestos a entregar sus vidas para lograrlo, sino que la reina ya no los necesita. Puede abrir un portal con el cristal.

Recordé el momento en el que cruzaron. Nunca olvidaría esa noche.

—Si siempre ha podido abrir un portal hacia el Otro Mundo, ¿por qué no lo ha hecho antes? ¿Por qué no traer a su ejército, en lugar de intentar dejar embarazada a una semihumana?

—Porque solo puede cruzar por el mismo portal por el que llegó. Y con el cristal no tendrá que esperar hasta el solsticio de invierno. El cristal es lo bastante fuerte como para abrir cualquier portal.

Se me tensaron los hombros. Los duendes habían destruido casi todos los portales que conducían al Otro Mundo..., todos salvo el de Nueva Orleans. El bebé del apocalipsis habría abierto todos los portales, aunque los hubieran destruido.

—La reina sabe que abrir todos los portales tendría mayor impacto que abrir uno solo. La Orden no lograría detenerlos si cruzaban por todos a la vez.

El príncipe asintió.

La expresión de Ren cambió al caer en la cuenta.

—Va a intentar atravesar el portal que hay en la casa situada junto a la mansión LaLaurie.

—Tenemos que llegar allí antes que ella. —El príncipe nos abarcó a todos con la mirada—. Tenemos que matarla. De lo contrario, se llevará el cristal con ella y regresará, más fuerte que antes.

—Y seguramente mucho más cabreada —conjeturó Tink.

—¿Cómo matamos a una reina? Tú mismo dijiste que no se la puede debilitar con tréboles —dijo Miles.

—La acompañarán los caballeros restantes; pero, si vosotros os ocupáis de ellos, mi hermano y yo nos encargaremos de la reina.

Me dispuse a interrumpirlo.

—Entre los dos deberíamos ser capaces de acabar con ella. —Fabian alzó la barbilla—. Es la más poderosa de nuestra raza, pero no es imparable. Si trabajamos todos juntos.

Giré la cabeza hacia Ren y lo miré a los ojos. Exhalé despacio. A pesar de que el príncipe nos había contado cómo debilitarlo, confiar en él seguía suponiendo un riesgo enorme.

—No tenéis motivos para confiar en mí, y no os culpo por ello —dijo el príncipe como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero no os queda más remedio.

Y tenía razón.

No nos quedaba más remedio que confiar en él.

Íbamos a partir hacia Nueva Orleans de inmediato, así que Ren y yo regresamos al cuarto en el que habíamos pasado la noche para recoger

nuestras bolsas.

Ren cerró la puerta a nuestra espalda.

—Esto no me gusta. Para nada.

Dejé escapar un suspiro de cansancio mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara, que volvió caer hacia delante un segundo después.

—A mí tampoco.

—Pero ese cabrón tiene razón. —Cruzó el cuarto, agarró una de las bolsas y casi le arranca la cremallera al abrirla—. No podemos permitir que la reina se lleve el cristal al Otro Mundo.

Eso era cierto.

En este preciso momento, Faye se estaba poniendo en contacto con Tanner para ponerlo al corriente de lo que había ocurrido y lo que habíamos averiguado. Nos esperaban —a todos— de regreso en Nueva Orleans.

No estábamos seguros de con quién podríamos contactar en la secta de Nueva Orleans que no trabajara para la reina, así que de momento no los íbamos a incluir.

No me parecía que ninguno de nosotros se sintiera cómodo con nada de esto pero, como había dicho el príncipe, no nos quedaba más remedio que seguir adelante.

Me mordí el labio.

—Ya...

Ren me miró por encima del hombro mientras metía en la bolsa la camiseta que se había puesto el día anterior. Viera lo que viera en mi cara, lo hizo detenerse y volverse hacia mí. Tras un momento, me preguntó:

—¿En qué estás pensando, Ivy?

No supe cómo contestar. Me acerqué a la cama y me senté.

—Ya no sé nada. —Negué con la cabeza despacio—. Cada vez que creo saber algo..., cada vez que creo que comprendo lo que está pasando, todo cambia. Todo.

Ren me observó en silencio.

Levanté las manos en un gesto de impotencia.

—Él está al final del pasillo. Él. El príncipe. Pero... ya no es el mismo. O eso parece, al menos. Pero ¿quién sabe ya? Podría ser otra trampa. Fíjate en David. Nunca, ni en un millón de años, habría creído ni por un segundo que fuera capaz de traicionarnos. Pero lo hizo. Así que ¿quién sabe? Podría...

—No creo que sea una trampa —dijo, para mi sorpresa. Se arrodilló delante de mí, colocando las manos en mis rodillas—. Me da lo mismo que ese cabrón no supiera lo que hacía mientras estaba bajo los efectos del

hechizo. Eso no significa que no me lo crea, pero no puedo mirarlo sin recordar lo que te hizo, lo que quería hacerte. Da igual que la reina lo estuviera controlando. Preferiría clavarle una estaca en el pecho que trabajar con él.

—Lo mismo digo —murmuré.

—Pero... joder, no me puedo creer que esté diciendo esto, pero le creo..., creo lo que nos contó sobre la reina. No sé qué diablos habrá pasado entre ellos, pero es evidente que la odia tanto como nosotros a él.

La última parte me dibujó una sonrisa irónica en los labios.

—Sigue sin caerme bien, pero, si queremos detener a la reina, lo necesitamos, y también a Fabian. —Me apretó las rodillas—. Aunque hay otra alternativa.

—¿Cuál? ¿Qué otra alternativa tenemos?

Aquellos asombrosos ojos color esmeralda me miraron fijamente.

—Marcharnos.

Al principio, creí que no lo había oído bien.

—¿Qué?

—Marcharnos, cariño. Largarnos de aquí, sin decirle a nadie adónde vamos, y alejarnos lo máximo posible. Incluso podemos llevarnos a Tink, si quiere venir. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Podríamos viajar, ver el mundo antes de que todo se vaya inevitablemente a la mierda. Podríamos vivir. Le hemos dedicado muchos años de nuestras vidas a la Orden, a nuestro deber. No les debemos ni un segundo más.

Sentí que me costaba respirar mientras un desenfrenado anhelo brotaba en el fondo de mi ser. ¿Podríamos hacer eso? La Orden nos buscaría; aunque, de todas formas, ¿qué quedaba de ella? Muchos de sus miembros habían muerto y no sabíamos si podíamos fiarnos del resto. ¿Irían a por nosotros mientras todo se iba a la mierda? Probablemente no. Podríamos vivir..., vivir una vida normal hasta que tuviéramos que hacer frente a lo que estaba ocurriendo en el mundo.

—Tenemos elección, Ivy. —Su mirada no vaciló—. Decidas lo que decidas, yo te apoyaré. Al cien por cien.

Me quedé sin aliento. Me sentí tentada de decir que sí, porque decir que sí sería más fácil. No tendría que preocuparme por si Ren resultaba herido o moría, porque no podríamos enfrentarnos a la reina sin perder a alguien. Era estadísticamente imposible. Podría convencer a Tink para que nos acompañara. Seríamos felices y estaríamos a salvo, al menos por un tiempo.

Si cerraba los ojos, casi podía visualizarlo: los tres viajando por el mundo, visitando lugares a los que nunca podríamos ir. No tendríamos que preocuparnos de detener a la reina ni de si podíamos confiar en el príncipe. Como había dicho Ren, disfrutaríamos de la vida mientras pudiéramos.

Pero... no podía decir que sí.

Aquella palabra ni siquiera acudió a mi boca. No se trataba del deber. Ni siquiera se trataba de vivir una vida normal. Era incapaz de desentenderme cuando sabía lo que estaba ocurriendo..., lo que iba a ocurrir, y sabía que, si me decantaba por eso, Ren solo lo haría por mí.

—No puedo —susurré—. No puedo marcharme. Lo siento.

—Eso pensaba. —Se incorporó a medias y me acunó las mejillas con las manos—. Eres demasiado valiente como para salir huyendo a esconderte, pero tenemos esa opción y decidimos quedarnos a luchar y repartir leña.

—Sí, así es.

Llegamos a Nueva Orleans la madrugada del miércoles. Las únicas paradas que hicimos durante el trayecto fueron para repostar gasolina y comer algo rápido. No sé cómo me dormí en el vehículo, sentada entre Miles y Ren, pero lo logré con la parte superior del cuerpo apoyada en el regazo de Ren. Él también se quedó dormido, con la cabeza contra la ventanilla y la mano en mi cadera. Al despertar, descubrí que Tink se había girado en su asiento y me observaba.

—Hola —susurró.

—Hola. —Me senté y me pasé la mano por la cara. Ren se despertó cuando me moví—. ¿Me estabas mirando mientras dormía?

—Puede.

Ren apartó el brazo con el que me rodeaba y estiró el cuello.

—Eres un bicho raro.

—Pues sí —contestó el duende con una amplia sonrisa—. Ya hemos llegado, por cierto. Estamos a punto de parar.

Miré a Miles y vi que estaba observando lo que parecía ser un edificio abandonado.

—Me contaron que emplean un potente hechizo de ocultación —comentó con voz ronca—. No me puedo creer que esto haya estado siempre aquí y yo no tuviera ni idea.

—A mí me pasó igual. —Bostecé—. Espera a verlo por dentro.

El todoterreno se detuvo y las puertas se abrieron. Fabian se volvió hacia Miles antes de bajar.

—Se te está confiando algo que muy poca gente conoce. Como traiciones a estos faes, me encargaré personalmente de que desees estar muerto.

Miles sostuvo la mirada de Fabian.

—Si estos faes son como afirmas, no pienso traicionarlos.

—Comprobarás por ti mismo que no te he mentado.

Reprimí el impulso de señalar que, a pesar de las virtudes de este sitio, los faes que vivían aquí eran unos mentirosos.

Fabian observó a Miles un momento y luego se bajó del vehículo. Después de pasar tantas horas sentada, las piernas me dolían a rabiar, así que bajé y me puse a caminar para aliviar los músculos acalambrados.

El hechizo que rodeaba el edificio seguía intacto cuando la puerta oxidada se abrió. Entramos a toda prisa, huyendo de la oscuridad de la noche. Miles tenía en la cara la misma expresión que yo la primera vez que vi desvanecerse el hechizo y dejar al descubierto el lujoso hotel que ocultaba.

—Madre mía —murmuró, pasándose una mano por la cara, mientras contemplaba el magnífico vestíbulo.

—Cuesta asimilarlo, ¿verdad? —le pregunté, volviéndome hacia él—. Así que no sabías que los faes trabajaban en otro tiempo con la Orden.

—Había oído historias, pero pensaba que solo eran rumores. No creía que hubiera faes que no se alimentaran de humanos. No creía... —Se interrumpió al ver acercarse a Tanner.

Supe por qué se había quedado mudo. Tanner era el vivo ejemplo de un fae que no se alimentaba de humanos. Tras él se encontraban Brighton y su madre.

—¿Merle? —Miles bajó la mano y clavó la mirada en la mujer.

—Parece que hubieras visto un fantasma —comentó Merle, enarcando las cejas, y me dio la impresión de que su hija respiraba hondo.

Brighton tenía el pelo suelto. No recordaba haberla visto llevarlo nunca así. Le caía formando suaves ondas y rizos sueltos y le llegaba hasta media espalda. Nos sonrió a Ren y a mí.

Miles la miró boquiabierto.

—¿Tú estabas enterada de esto?

—Hace algún tiempo que lo sabe —contestó Tanner mientras se detenía delante de Miles y le tendía la mano—. Soy Tanner.

—Miles. —Dudó un momento y luego le estrechó la mano—. Esto..., encantado de conocerte.

Tanner se disponía a responder, pero dirigió la mirada hacia un punto situado detrás de nosotros. Soltó la mano de Miles y retrocedió.

—¿Fabian? ¿Este es...?

—Sí. —Fabian se encontraba al lado de Tink—. Este es mi hermano.

Tanner empalideció y, asombrado, rodeó a Kalen y a Faye.

—Nuestro rey.

—¿Rey? —Ren me miró y yo me encogí de hombros.

El príncipe no mostró ninguna reacción cuando Tanner hizo una reverencia delante de él.

—Es un honor —dijo Tanner. Pensé que le iba a besar la mano.

—Esto es muy raro —le susurré a Ren.

—Todo es muy raro.

El príncipe nos miró y luego dijo:

—Deberíamos empezar a trazar un plan.

—Por supuesto. —Tanner se enderezó—. Por aquí, por favor. Hemos preparado un pequeño refrigerio.

Enarqué una ceja mientras Tanner daba media vuelta.

Merle miró al príncipe con desagrado y una buena dosis de desconfianza.

—Un hechizo —masculló—. Qué típico.

La fría mirada del príncipe se posó en ella.

—Estoy de acuerdo.

Merle lo miró con el ceño fruncido.

El príncipe siguió a Tanner, pasando al lado de Brighton. Solo me di cuenta de que la había mirado al verla abrir los ojos como platos y retroceder hasta chocar con la pared.

Pobre Brighton.

Nos congregamos en una de las amplias salas de reuniones, donde habían dispuesto el refrigerio. Había café, zumo, panecillos, fruta... Por el amor de Dios, había todo un bufé frío.

A mí no me trataron así cuando llegué.

Pero eso daba igual ahora.

Me dejé caer en el sofá, estiré las piernas y me recosté contra el mullido cojín.

—Bueno, ¿ya estás al tanto de todo? —pregunté mientras Tink se sentaba a mi lado, en el brazo del sofá.

Tanner asintió cuando se sentó en una silla frente a nosotros.

—Me apenó mucho enterarme de la traición de vuestro líder.

Me mordí el labio e intenté sobreponerme a la punzada de dolor que me produjo aquel recuerdo.

—A nosotros también.

Ren se sentó junto a mí, con la pierna pegada a la mía.

—Y también nos apenó mucho enterarnos de que sabías que Ivy se quedaría atrapada en el Otro Mundo si realizaba el ritual.

A Tanner se le sonrojaron las mejillas.

—Estoy seguro de que Faye ya os habrá explicado que esperábamos encontrar un modo de evitarlo.

—Claro —mascullé.

No se trataba de que no los creyera. Simplemente, no pensaba que hubiera un modo, y era probable que, en el fondo, ellos también lo supieran. Yo era la personificación del lema sacrificar una vida para salvar muchas. Podía entenderlo. Pero eso no quería decir que me pareciera bien.

—Ahora eso no tiene importancia, ¿no? —dijo Merle, volviéndose con una taza de café en las manos. Miré a mi alrededor, pero no vi a Brighton—. A nuestro príncipe ya no le interesa plantar su semilla en tu vientre.

Gemí y me hundí más en el sofá mientras Tink se reía entre dientes. A Ren, sin embargo, el comentario no le pareció tan divertido.

Ni al príncipe.

—No. En cambio, hay una poderosa reina a la que será casi imposible matar, y apenas nos queda tiempo para trazar un plan y prepararnos para cuando intente abrir el portal.

Merle le sonrió.

—Ah, sí, eso es un problema, pero no tan grave como que todos los portales se abran a la vez.

Ren suspiró.

—Ambas opciones parecen terriblemente malas. En eso estaremos todos de acuerdo. ¿Cuándo crees que llegará la reina?

El príncipe no se sentó ni comió. Permaneció de pie, con los brazos cruzados, detrás de la silla que ocupaba Fabian.

—Lo más probable es que llegue esta noche. No se entretendrá, ya que sabe que tendrá que enfrentarse tanto a Fabian como a mí.

Exhalé bruscamente.

—Eso nos deja... ¿cuánto? ¿Doce horas, más o menos?

—Así es. No es mucho.

Ren se puso en pie.

—En ese caso, debemos prepararnos. Descansar todo lo que podamos. Y eso va por todos.

—¿Y luego, qué? —preguntó Tink.

—Veré si queda alguien en la Orden en quien podamos confiar —dijo Miles, que se encontraba junto al bufé de comida que nadie había tocado—. Tengo la esperanza de que todavía haya varios.

Recordé la expresión de Dylan cuando Val nos traicionó. Esperaba que él no se hubiera pasado al bando de los malos, pero ni siquiera sabía si seguía vivo. Ni si lo estaba Jackie o cualquiera de los otros miembros de la Orden a los que conocía.

—Contaréis con nuestros guerreros más diestros —dijo Tanner—. Algunos ya están allí, protegiendo el portal. La reina todavía no se ha presentado, pero están preparados.

—Y me tenéis a mí —añadió Tink.

Quise contestar, pero Fabian se me adelantó.

—Tú debes quedarte aquí.

Enarqué las cejas, sorprendida.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo.

Tink se levantó de golpe del brazo del sofá.

—Y una mierda. Puedo ayudar.

—Ya lo sé; pero, si la reina consiguiera atraparte y controlarte, no habría esperanza. —Fabian se puso en pie—. Necesitamos que te mantengas lo más lejos posible de ella. Y también te necesitamos aquí. Así nos ayudarás.

—Sabéis que puedo ayudar. Sabéis lo fuerte y poderoso que soy — protestó Tink. Apretó la mandíbula con fuerza y, por una vez en la vida, yo mantuve la boca cerrada.

—La reina pudo controlarme porque me habían herido en el campo de batalla. Estaba débil, y ella lo aprovechó —dijo el príncipe con voz sombría—. Y, debido a ello, me convertí en un monstruo. A ti te haría lo mismo. La reina sabe lo que supondría tener un duende bajo su control. No podemos correr ese riesgo. Ni tú tampoco.

Tink se cruzó de brazos y guardó silencio.

—Tink —dije, inclinándome hacia delante.

Durante un momento, no se movió, y luego se volvió hacia mí.

—Ya sé que quieres me quede aquí.

—Sí. Necesitamos que lo hagas. —Lo miré a los ojos y vi que estaba muy enfadado—. Porque, si fracasamos, necesitamos que alguien proteja a estos faes. Ellos serán lo único que se interponga en el plan de la reina de destruir el mundo con su ejército. Tú serás nuestra última esperanza.

Tink me miró fijamente.

—¿Como Obi-Wan?

Me temblaron los labios.

—Sí, como él.

Tanner se giró en la silla para poder mirar a Tink.

—Tú nos defenderás. Te necesitamos aquí.

Él duende sacó pecho.

—Lo..., lo haré. Me aseguraré de que nos les pase nada a los que se queden aquí. —Se acercó a mí a toda velocidad y se arrodilló para que nuestros ojos quedaran a la misma altura—. Pero tenéis que volver. Todos. —Miró a Ren haciendo una mueca—. Incluso él.

—Volveremos —contesté.

Y pensaba emplear todas mis fuerzas en cumplir esa promesa.

Cerré la puerta y me apoyé contra ella mientras Ren se acercaba a la cómoda y se desenganchaba las dagas que llevaba a la cadera. Lo observé en silencio, pero el corazón me palpitaba con fuerza.

Amaba a este hombre.

Lo amaba porque me perseguía cuando yo huía. Lo amaba porque nunca me había fallado, ni cuando estuve cautiva ni cuando me encerré en mí misma, aislándome de todo el mundo. Lo amaba porque era buena persona y, si me apetecía mandarlo todo a la mierda en este mismo instante y salir de aquí, me acompañaría sin dudarle. Lo amaba porque sabía que estaría a mi lado más tarde, listo para luchar codo con codo conmigo.

Sencillamente, lo amaba.

Cuando Ren terminó de desprenderse de lo que a cualquier otra persona le habría parecido una cantidad alarmante de armas, se volvió hacia mí.

Necesitábamos pasarnos todo el día durmiendo.

Era imprescindible, porque nos haría falta tener las pilas bien cargadas para hacer frente a lo que nos aguardaba esta noche.

Ninguno de los dos dijo nada mientras nuestras miradas se encontraban y se fundían. No hubo palabras. No fue necesario. Aquellos ojos de color verde musgo me observaban con intensidad. Una emoción en estado puro me oprimió la garganta, dejándome sin aliento. Me aparté de la puerta y fui hacia él.

Ren me agarró por las caderas y me levantó en el aire. Le rodeé la cintura con las piernas. Sus fuertes manos me asieron el culo mientras unía nuestros labios. Me besó de un modo salvaje y frenético. Me meció contra sus caderas con necesidad y exigencia, con anhelo y desesperación. Gemí contra su boca al mismo tiempo que tiraba de su camiseta, deseando quitársela sin perder ni un instante.

Ren me dejó en el suelo y se inclinó ligeramente para que pudiera quitarle la camiseta. Cuando pasé a los pantalones, me ayudó sacándose los zapatos y deshaciéndose de los pantalones y los calzoncillos en un tiempo récord.

—Desnúdate —gruñó—. Ya.

Me estremecí y, a continuación, me quité la ropa como me había ordenado. Aunque él se impacientó y me ayudó con los zapatos y los pantalones. En cuestión de minutos, me encontré desnuda y tendida de espaldas, y la boca de Ren se movía sobre la mía una vez más. Pude notar su dura erección meciéndose contra mi cuerpo y me aferré a sus hombros, gimiendo, mientras él me mordisqueaba la barbilla y el cuello.

Lo que hicimos en esos momentos...

Fue rápido, intenso y precioso. Ren se colocó encima de mí y entonces me penetró. Me arqueé contra él, palpitante y ansiosa, mientras él tomaba el control por completo. La lujuria y algo mucho más potente se apoderaron de mí a medida que sus caderas se balanceaban contra las mías, con movimientos profundos y lentos al principio.

Pero entonces Ren no pudo seguir conteniéndose y empezó a penetrarme más hondo, más fuerte. Yo nunca me había sentido más llena, nunca había anhelado más con semejante desesperación, mientras nuestros cuerpos se movían con frenesí. La intensidad aumentó con cada profunda y potente embestida hasta que el ritmo se volvió febril. Rodeé a Ren con fuerza con las piernas, y aquella sensación exquisita que notaba en las entrañas se fue tensando cada vez más. La cabeza me empezó a dar vueltas mientras él se movía más rápido, restregando las caderas contra las mías, al mismo tiempo que me sujetaba la barbilla para mantener nuestras bocas unidas.

Y entonces estallé, me fragmenté en un millón de trocitos mientras gritaba contra su boca. Las potentes y abrumadoras oleadas de placer fueron tan intensas que no creí poder soportar más. Pero lo hice, una y otra vez, cuando Ren se puso de rodillas y me levantó, hundiéndose en mí con tal desenfreno que pensé que me iba a morir. Me rodeó la cintura con el brazo, me colocó de rodillas y fundió nuestros labios. Me penetró una vez más, abrazándome con fuerza y pegando nuestros cuerpos, mientras se corría y su largo cuerpo se estremecía.

Cuando me depositó sobre la cama los músculos no me respondían, así que acabé tendida a medias sobre su pecho. Ninguno de los dos se movió durante un buen rato mientras nos esforzábamos por recobrar el aliento.

Fui yo quien rompió el silencio.

—Ha sido...

Su pecho ascendió cuando inspiró con dificultad.

—Sí, lo sé.

Le besé la piel resbaladiza del pecho y dejé que se me cerraran los ojos, acurrucándome contra él.

—¿Ivy?

—¿Mmm?

—Esta noche..., cuando acabemos con la reina..., quiero que volvamos a mi casa. Quiero que durmamos en mi cama. Quiero despertarme mañana en mi cama contigo.

Sonreí a pesar del nudo que se me formó en el estómago, disipando la lánguida dicha. Hacer planes para más adelante era algo maravilloso, pero también daba mucho miedo.

—Me encantaría.

—¿Sí?

—Sí.

Ren me apretó contra su costado.

—Bien.

Intenté sonreír de nuevo, pero no pude. Me lo impidieron el temor y la inquietud que se me amontonaban en el estómago. ¿Seguiríamos vivos esta noche?

¿Tendríamos un mañana?

Después de pasarnos la mayor parte del día durmiendo y de descansar todo lo posible, todo el grupo —menos Tink— llegó a la casa situada junto a la famosa mansión LaLaurie justo después de las siete. Nos bajamos del todoterreno en Royal Street porque era imposible que un vehículo de aquellas dimensiones pasara por la estrecha calle sin arrollar a los turistas.

Me invadió una energía nerviosa, algo que ya había sentido muchas veces antes, pero esta vez era más intensa. Saber que estábamos a punto de enfrentarnos a la fae más peligrosa de la historia me hacía verlo todo con absoluta claridad.

Todo había cambiado desde la última vez que estuve en esta calle; pero, en cierto sentido, todo seguía igual. Seguía siendo la misma Ivy que recorrió esta calle y entró en aquella casa hace varias semanas, dispuesta a luchar y morir para proteger la ciudad. Seguía siendo esa chica. Sí, mi bagaje emocional era un poco mayor. Sí, me habían mentido y traicionado, pero

ahora era más fuerte. Estaba más preparada, y estaba lista para proteger de nuevo esta ciudad.

Pisar la acera de Royal Street fue como... Dios, fue como volver al fin al hogar. Hacía tanto tiempo que no caminaba por estas calles. Demasiado tiempo. Miré a mi alrededor, contemplando los edificios antiguos y las aceras abarrotadas de turistas y lugareños, y escuché las risas y los gritos, el estruendo de los cláxones y el lejano aullido de las sirenas.

Hogar.

Aquí estaba el hogar..., mi hogar, nuestro hogar. No iba a permitir que ninguna Reina Zorra trajera un ejército por este portal y arrasara la ciudad. Ni hablar. Me armé de determinación.

—No pienso dejarla ganar.

—¿Qué? —me preguntó Ren, subido al bordillo de la acera.

Me volví hacia él y esbocé una pequeña sonrisa.

—Solo pensaba en voz alta.

Me miró de reojo mientras los hermanos pasaban por delante de nosotros. La gente se detuvo a mirarlos cuando doblaron la esquina de la calle que antes se solía llamar Hospital. Y no era de extrañar. Ambos medían más de metro ochenta y parecían conquistadores vikingos.

Faye y Kalen nos siguieron cuando echamos a andar detrás de los hermanos. La casa tenía la misma pinta siniestra y abandonada que recordaba, pero esta vez había fuera un fae de la corte de verano, protegiendo el edificio.

Eso era una novedad.

Vivíamos días extraños.

Al entrar, no pude reprimir el escalofrío que siempre me producía este sitio, incluso con las habitaciones llenas de gente. Miles ya estaba aquí, junto con varios miembros de la Orden.

Me sentí tan aliviada al ver a Jackie, que me lancé hacia ella y le di un rápido abrazo. Era evidente que la había sorprendido, porque tardó un momento en corresponderme.

Me volví hacia Dylan. Cuando retrocedió un paso, supe que él no se prestaría a un abrazo.

—Me alegro mucho de veros a los dos.

Jackie se me quedó mirando fijamente mientras Dylan me observaba las orejas.

—¿Qué te ha pasado, Ivy?

—Es una larga historia —contesté, consciente de que Ren nos estaba mirando y, sin duda, escuchando—. Pero no soy...

—¿Mala? —sugirió Jackie—. Seas o no seas una semihumana, siempre has sido un poco mala.

—Eso es una verdad como un templo —añadió Dylan.

Los labios me temblaron y esboqué una leve sonrisa.

—Cierto.

—Aunque lo de David es una auténtica putada. —Jackie sacudió la cabeza—. No me lo podía creer, pero...

—Pero, durante las últimas semanas, se han producido demasiadas muertes sin explicación de miembros de la Orden. A la mayoría los encontraron muertos en sus propias casas. —A Dylan le palpitaba un músculo en la mandíbula—. Miembros hábiles y lo bastante prudentes como para que no los siguieran a casa. En cuanto hablamos con Miles, todo empezó a tener sentido.

—¿Y la mujer de David?

A Jackie se le tensaron los hombros.

—Hace semanas que nadie sabe nada de ella. No sabemos si está muerta o no, pero comprobamos su casa después de hablar con Miles. Su cartera seguía allí, igual que el móvil, pero no había ni rastro de ella.

—Eso no es buena señal —opiné.

—No —coincidió Dylan—. No sabemos si estaba al tanto de lo que estaba haciendo David; pero, sea como sea, eso da igual. Hemos perdido a más de la mitad de nuestros miembros activos.

Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción. Sus muertes habían sido tan injustas, tan puñeteramente carentes de sentido.

—Así que la ciudad está bien jodida si la reina regresa por este portal con una horda de criaturas del Otro Mundo, ¿no?

Jackie asintió con la cabeza.

—Eh. —Ren saludó a Jackie y Dylan con un gesto de la cabeza mientras me rodeaba los hombros con el brazo. Cuando agachó la cabeza y me besó en la mejilla, sentí que el corazón me daba un vuelto de una forma muy agradable. Me encantaban aquellos besitos rápidos, y nunca me cansaría de ellos. Solo esperaba tener ocasión de demostrárselo—. Voy a ir al piso de arriba.

—Vale. Ahora mismo voy.

Ren se adelantó para inspeccionar el interior de la casa. Nada había cambiado desde la última vez que habíamos estado aquí. Por lo menos, por lo que yo podía recordar, aunque el aire..., sí, el aire era más denso. No me pareció que tuviera que ver con que el portal estuviera situado aquí, sino más

bien con todas las muertes que habían tenido lugar la primera vez que se había abierto.

Tuve el horrible presentimiento de que esta noche haríamos que el aire fuera aún más denso.

—Ivy.

Me puse tensa al oír la voz del príncipe, pero me di media vuelta. Los músculos se me agarrotaron al mirarlo a los ojos.

El príncipe se detuvo encarándome.

—¿Estás lista para lo que va a pasar esta noche?

Me encogí de hombros.

—Eso creo. ¿Y tú?

Le temblaron los labios, como si quisiera sonreír pero no supiera cómo hacerlo.

—Eso creo.

—Genial —contesté, y me dispuse a darme la vuelta.

—Lo siento —dijo él, pronunciando esas dos palabras en voz baja.

Me quedé sin aliento y me volví de nuevo hacia él.

—¿Qué?

—Lo siento. Ya sé que mi disculpa no significa nada para ti. Las cosas que te he hecho, las cosas que intenté hacerte... —Se interrumpió. Tenía la voz ronca—. No te pido que perdones aquello que yo nunca podré perdonarme, pero lamento el dolor y el miedo que te he causado...

—Basta —dije con aspereza. Cerré los ojos un momento. Una amarga maraña de emociones me oprimía el corazón—. Te..., te agradezco la disculpa. En serio, pero... —Volví la vista atrás hacia una época que parecía haber ocurrido hacía toda una vida—. Una fae me coaccionó una vez. Fue culpa mía que me pasara. Fui una estúpida y pagué por ello. Estando completamente bajo el dominio de su hechizo, conduje a los faes a una casa en la que mataron a todas las personas que me importaban. Así que sé cómo es no tener el control y hacer cosas que nunca harías, pero...

—Lo entiendo —dijo él sencillamente un momento después.

Lo miré a los ojos y me pareció..., me pareció que tal vez sí entendiera lo que yo no sabía expresar con palabras. No se trataba de que me resultara imposible comprender que él no tenía el control. Se encontraba bajo un hechizo, sin voluntad ni capacidad de decisión, y supuse que eso era peor que las cosas por las que Ren y yo habíamos pasado. Lo comprendía, pero aun así me costaba superarlo. Podía entender cómo se había convertido en el príncipe

que me aterrorizó, que no había sido responsable de sus actos, pero saberlo no cambiaba el hecho de que tal vez nunca sería capaz de perdonar y olvidar.

Me dedicó una brusca inclinación de cabeza, luego me rodeó y se dirigió escaleras arriba. Yo me quedé allí plantada, con la mirada clavada en el lugar en el que había estado el príncipe.

Hice a un lado aquel caos de recuerdos y emociones asociados a mi captura y subí a la planta alta. Ahora no era el momento adecuado para ponerme a pensar en eso. Necesitaba tener la mente despejada si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir a esta noche.

Miles subió la escalera detrás mío. Recorrí el estrecho y sombrío pasillo. Se me puso el vello de punta a medida que me acercaba a la entrada del dormitorio.

Cuando entré por la puerta y vi a Ren junto a una ventana tapiada cerca de una silla de madera, el corazón se me aceleró en el pecho y se puso a latir como loco.

—Es como si hubiéramos vuelto al punto de partida, ¿no te parece? —le dije.

Él asintió con la cabeza, observando la puerta cerrada del armario. Ese era el portal. Ahora mismo, parecía una puerta normal en una casa viejísima, con un pomo blanco de cerámica que seguramente se meneaba. La puerta estaba ligeramente torcida y quedaba un hueco entre la parte superior y el marco.

—Sí. —Ren guardó silencio un momento y se le dibujó una media sonrisa en los labios—. De un modo muy retorcido.

Lo rodeé con un brazo, sin que me importara un comino lo que pensarán los demás. Quería sentir su piel tatuada bajo la mía todo el tiempo posible.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Quizás unos minutos. Quizás una hora. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado y acelerado al mismo tiempo.

Pero no tuvimos que esperar mucho.

El príncipe se puso tenso y luego se volvió hacia la entrada. Una extraña quietud se extendió por la habitación.

—Ha llegado el momento —anunció.

34

Un escalofrío me recorrió la columna y mis manos se dirigieron de forma automática a las estacas de hierro que llevaba en los muslos. Se me puso todo el vello de punta. A mi alrededor, la gente empezó a reaccionar ante la extraña tensión que se fue filtrando en la casa.

Dylan exhaló bruscamente y su aliento se transformó en una nube de vapor.

—¿Es cosa mía o la temperatura acaba de bajar unos veinte grados?

—No es cosa tuya —contestó Ren.

Una capa de hielo se formó sobre el marco de la puerta y se propagó por las paredes mientras se oía una risita suave y muy femenina en el piso de abajo. Un viento gélido azotó la habitación.

—Ya están aquí —susurró Jackie, con mechones de pelo ondeando.

Experimenté una espantosa sensación de *déjà vu* al oír el retumbar de los pasos y el crujir de las tablas del suelo. Ya habíamos pasado por esto. Todo empezó aquí, y había sido una masacre.

Miré a Ren.

Él me devolvió la mirada.

Me guiñó un ojo.

Le dediqué una media sonrisa.

—Te quiero.

—Demuéstramelo luego.

—Lo haré —prometí con voz entrecortada.

Los faes de la corte de verano avanzaron, alzando sus ballestas, mientras los faes de la reina llegaban al pasillo. Y, entonces, los tuvimos aquí.

El primer fae que cruzó la entrada cubierta de hielo fue uno normal y corriente, al que Kalen apuñaló en el pecho con un golpe rápido y limpio.

Luego entró otro, del que se encargó Jackie.

Siguieron llegando, cruzando la puerta abierta en tropel como si fueran una plaga de langostas. Eran tantos que abarrotaban la habitación y su peso hacía que el suelo traqueteara como si estuviera hecho de huesos secos y enfadados. La marea de faes de la reina se tragó a los nuestros, abatiéndolos. Los gritos hendieron el aire a medida que las dagas y los dientes desgarraban la carne.

Obligué a mis pulmones a expandirse y, a continuación, me desprendí del miedo y la inquietud que siempre acompañaban a este tipo de batallas. Entré en acción, pues me habían adiestrado para esto..., había nacido para esto. Arremetí contra el fae situado más cerca, clavándole la daga. El instinto asumió el mando. Me giré, extendí el brazo y apuñalé a otro fae al mismo tiempo que Ren se lanzaba hacia delante al ver aparecer al primer caballero.

Ellos no serían tan fáciles de matar.

Ren se agachó y golpeó al antiguo en el estómago con el hombro. El impacto hizo que el antiguo saliera despedido y aterrizara de espaldas con un gruñido de sorpresa. Ren giró con habilidad y le hundió la estaca de espino en el pecho. A continuación, dio media vuelta, con los hombros tensos y los labios apretados.

Me volví al oír unos pasos fuertes. Un antiguo venía a por mí, con los ojos cargados de odio. Se me tensaron los músculos como me ocurría siempre antes de enfrentarme a un oponente que no iba a resultar fácil de vencer. Aguardé el momento perfecto, ya que sabía que debía actuar con astucia. Él me superaba en cuanto a masa muscular, pero ahora yo era más fuerte que la última vez que estuve en esta casa. Cuando intentó agarrarme, me escabullí por debajo de su brazo. Me situé detrás de él y le di una patada en la espalda. Mientras el antiguo soltaba un rugido de dolor, le clavé la daga de hierro en la parte posterior del cuello, empleando todas mis fuerzas para atravesar el hueso y el tejido. La sangre brotó y me salpicó el pecho y la cara. El rugido se transformó en un borboteo cuando la daga asomó por el otro lado. Desplacé el brazo bruscamente hacia la derecha y le corté la cabeza. El cuerpo se desplomó hacia delante, mientras que la cabeza cayó en línea recta y aterrizó con un plas que me revolvió el estómago.

Qué asco.

Qué puto asco.

Me di la vuelta al oír un grito áspero que captó mi atención. Se me cayó el alma a los pies. Ren estaba rodeado: tenía dos antiguos detrás y tres faes delante. Vi que le goteaba sangre de la comisura de la boca cuando se agachó

para esquivar un golpe que seguramente lo habría dejado inconsciente o algo peor. Lo obligaron a retroceder y un fae se le encaramó a la espalda. Literalmente. Como si fuera un puñetero mono araña.

Me acerqué corriendo y agarré al fae por la parte posterior de la camiseta, sacándoselo de encima a Ren. Lo lancé al suelo y me agaché para incrustarle la daga en el pecho. Cuando me incorporé y eché un vistazo por encima del hombro, el fae ya era historia.

A juzgar por el cuerpo decapitado que había a su lado, Ren se había encargado de uno de los antiguos, pero seguía rodeado y tenía un tajo bastante feo en la frente que me dejó sin aliento. Me dirigía hacia él cuando divisé a los príncipes. Los hermanos se abrían paso entre los faes como si no fueran más que papel. No conseguí distinguir a Kalen ni a Faye ni a nadie más en medio de aquel caos. Rogué que siguieran con vida.

Agarré al fae situado más cerca de Ren y lo obligué a girarse. Era una hembra, que puso cara de asombro cuando la estaca le atravesó la piel con la misma facilidad que un cuchillo caliente cortando mantequilla. Liberé el arma al mismo tiempo que buscaba con la mirada a...

Un cuerpo se estrelló contra mí. Perdí el equilibrio y caí sobre el costado. Me invadió el pánico mientras me ponía de rodillas. Empecé a incorporarme, pero noté un estallido de dolor en la espalda cuando me dieron un pisotón que hizo que me cedieran los brazos y las piernas. No sé cómo me las arreglé para no soltar las armas mientras mi barbilla chocaba contra el suelo de madera.

Apreté la mandíbula a causa del dolor y solté un gruñido cuando unos dedos fuertes se me clavaron en los hombros y me dieron la vuelta bruscamente. Ni siquiera tuve ocasión de reaccionar. Un instante después, un antiguo se me subió encima y me rodeó el cuello con las manos.

Me fui quedando sin oxígeno a medida que el antiguo apretaba, aplicando más presión sobre los frágiles huesos. ¡Iba a partirme el cuello como si fuera una ramita! El pánico se apoderó de mí, y reaccioné sin pensar. Levanté los brazos y le clavé las estacas a ambos lados del cuello. Las manos del antiguo se apartaron de mi garganta, pero ya era demasiado tarde para detenerme. Solté un grito mientras le atravesaba el cuello y le cercenaba la columna vertebral. El antiguo se estremeció, sangrando a chorros, y luego cayó de lado.

Me aparté rodando, me puse en pie de un salto y me volví de nuevo hacia Ren. Me situé detrás de los dos faes y le clavé la estaca a uno en la espalda. La otra se giró hacia mí, chillando.

—¡Hola! —dije con tono alegre cuando intentó golpearme. Di un salto, le asesté una patada en las piernas y la derribé—. ¡Y adiós!

Me agaché para arremeter con la daga, me cargué a la fae y luego me incorporé rápidamente. Pasé por debajo del brazo de Ren y fui directa a por el antiguo que se le venía encima. Le di la vuelta a la estaca y extendí el brazo al mismo tiempo que el cuerpo del antiguo se sacudía delante de mí. El fae abrió mucho los ojos y luego le brotaron llamas de las cuencas. Cuando abrió la boca, manaron más llamas, que le lamieron las mejillas y le bajaron por el cuello. Entonces se desplomó hacia delante...

Me aparté de un salto y, al mirar hacia donde estaba el antiguo antes de caer, vi al príncipe.

—¿Fuego? —pregunté como una tonta.

Ya había presenciado lo que era capaz de hacer Fabian, pero esto..., esto era aún más impresionante.

El príncipe me echó un vistazo.

—Estás cubierta de sangre... por todas partes.

—Ya —susurré entre dientes mientras retrocedía un paso—. Ese truquito me habría venido bien hace un minuto.

—Lo siento. Estaba ocupado —contestó, y se giró hacia la puerta.

Al volverme, me encontré con una fae que se abalanzó sobre mí, prácticamente empalándose en mi daga. Observé, sorprendida, cómo implonaba.

—Pues vale.

Entonces divisé a Faye.

La fae se subió a una silla con un ágil salto y giró como si fuera una bailarina. Apuntó con la ballesta y disparó varios proyectiles, uno tras otro. Todas las flechas dieron en el blanco, derribando a tres faes. Cuando cayeron, vi por fin a Miles. Estaba cubierto de golpes y sangre, pero seguía vivo. Me invadió el alivio.

—¡Al suelo! —gritó Fabian.

Me di la vuelta justo cuando Ren apareció a mi lado. Me rodeó la cintura con el brazo y me tiró al suelo al mismo tiempo que una explosión de irregulares fragmentos de hielo llenaba el aire que nos rodeaba.

—¿Qué coño...? —exclamé mientras los carámbanos pasaban a toda velocidad por encima de nuestras cabezas.

Se estrellaron contra las paredes, haciendo añicos la madera. Algunos se hundieron en los cuerpos de faes y mortales, de aquellos que no habían sido lo bastante rápidos.

Se me escapó un grito al ver caer a Kalen, con un grueso carámbano clavado en el muslo. Ren soltó una palabrota y crispó los dedos que me agarraban por la parte posterior de la camiseta.

Miré hacia la entrada al oír resonar de nuevo aquella risita suave y casi infantil, y luego escuché palabras, palabras antiguas en un idioma que nunca había oído. Nos envolvieron como un torrente de agua fría, provocándome un escalofrío.

Me giré, pegándome a Ren, mientras una sombra alta y delgada aparecía en la entrada, y entonces la vi. Era la reina.

La reina entró con aire majestuoso mientras su mirada penetrante recorría la habitación y se detenía en el príncipe. Ella no llevaba el cristal, sino el antiguo que la seguía.

El objeto en cuestión tenía aproximadamente el tamaño de un balón de baloncesto, era blanco y parecía estar cubierto de escarcha. No obstante, cuando el antiguo entró en la habitación, el cristal empezó a emitir un irisado resplandor azul.

Fabian, de cuyo cuerpo empezó a emanar un brillo del color de un amanecer en verano, fue el primero en llegar hasta la reina. Ella agitó la muñeca, haciendo que saliera despedido hacia atrás, y lo inmovilizó contra la pared... clavándole carámbanos irregulares, uno en cada hombro, y dejándolo allí colgado como si fuera una mosca sujeta con alfileres.

—Madre mía —farfulló Ren.

El príncipe se abalanzó hacia ella, pero la reina se limitó a agitar la muñeca una vez más y él se deslizó hacia atrás por el suelo.

—Ríndete y vivirás —le dijo, con una voz cargada de humo y sombras—. Interponte en mi camino y morirás.

Ren y yo nos pusimos en pie al mismo tiempo que el príncipe se estrellaba contra la pared.

Un estruendo bajo hizo que el suelo se sacudiera, aumentando poco a poco en volumen y velocidad. Eché un vistazo a mi espalda, igual que Ren. Una tenue luz azul surgió en la parte inferior de la puerta.

—¡La puerta! —exclamé con voz ahogada—. El portal se está abriendo.

La reina se volvió hacia nosotros y alzó la mano, pero Ren y yo ya habíamos visto lo que era capaz de hacer. Nos separamos de modo que él fue en una dirección y yo, en la otra.

Salté por encima de los cuerpos de los caídos y logré dar unos cinco pasos antes de elevarme en el aire y salir dando tumbos hacia atrás. Me estampé

contra la pared. El impacto me dejó sin aliento y sin una estaca. Me quedé aturrida un momento, incapaz de moverme.

La reina había abierto una senda.

Así de fácil.

Incluso con dos príncipes, un ejército de faes de la corte de verano y los restantes miembros de la Orden, había abierto una senda.

Fabian y el príncipe habían sobrestimado enormemente sus propias habilidades.

La reina avanzó, con el cristal en las manos. Ahora el cristal relucía con intensidad, el resplandor era tan brillante que dolía mirarlo. Maldije entre dientes y me puse en pie.

—Ayúdame.

Al volverme, vi a Fabian. Corrí hacia él y agarré los carámbanos. Estaban clavados profundamente.

—Lo siento.

Me estremecí al extraer el primero. Todo su cuerpo se sacudió cuando lo dejé caer al suelo, pero él no emitió ni un sonido hasta que no saqué el segundo. Entonces gritó, cayendo de rodillas. Faye apareció de pronto a su lado y le presionó las heridas con las manos, conteniendo el flujo de sangre.

El príncipe se giró hacia nosotros, y entonces el antiguo que había entrado con la reina lo atacó, golpeándolo en el estómago con el hombro. Cayeron de espaldas, chocando con la pared. Los paneles se agrietaron y cedieron mientras el aire se llenaba de polvo. La pared tembló y luego una mitad se hizo pedazos, provocando que el príncipe y el antiguo cayeran en la otra habitación.

—Utilízalos —dijo Fabian con voz entrecortada, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Utilízalos contra ella.

Bajé la mirada hacia el grueso carámbano. Estaba tan frío que me quemaba la mano. Levanté la vista. La reina casi había llegado a la puerta. Di media vuelta, con el corazón en la garganta, sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo.

Crucé la habitación a la carrera y alcancé a la reina al mismo tiempo que ella se volvía hacia mí. La sorpresa se reflejó en su cara cuando levanté el brazo, blandiendo el carámbano. Ella se hizo a un lado y no le acerté en el pecho.

Pero la herí.

Le clavé el carámbano en el hombro, hundiéndolo hasta el hueso. El impacto me subió por el brazo, sacudiéndome todo el cuerpo.

La reina soltó un grito de dolor y rabia y contraatacó. Ni siquiera supe si me había golpeado con alguna parte de su cuerpo o si simplemente había sido la potencia de su furia. En cualquier caso, salí despedida hacia atrás, choqué contra el suelo y rodé más de un metro. Cuando me detuve, con los oídos zumbando, tardé un momento en darme cuenta de que ahora estaba desarmada.

Me incorporé sobre los codos, jadeando, y miré hacia el otro extremo de la habitación. La reina también estaba agachada, de rodillas, e intentaba arrancarse el carámbano del hombro. Tenía la parte delantera del vestido manchada de sangre oscura.

La puerta del armario se abrió de pronto y refulgió una intensa luz azul. Había conseguido abrir el portal. Maldita sea.

El viento arreció, volviéndose potente y feroz. Un temblor sacudió el suelo mientras los mechones de pelo que se me habían soltado me ondeaban delante de la cara. Me puse de rodillas, haciendo caso omiso del dolor de huesos. Mi mirada se encontró con la de la reina, pero ella desvió la suya hacia mi izquierda. Miré hacia allí. El *crystal*.

Se le había caído de las manos.

Rodé y me levanté a trompicones mientras el estómago me daba un vuelco. La reina ya estaba en pie y se encontraba más cerca. Mis pies resbalaron sobre las tablas del suelo empapadas de sangre.

Ren se giró rápidamente y dio un paso al frente, pero ya era demasiado tarde. La reina llegó primero hasta el cristal. Solté un grito cuando lo rodeó con sus delgados dedos. Se incorporó y lo apretó contra su pecho. No me miró. Ni tampoco a Ren.

La reina miró al príncipe, que regresaba tambaleándose por el hueco de la pared.

—Volveremos a vernos, amor mío.

El príncipe alzó la barbilla bruscamente y soltó un rugido de furia mientras lanzaba a un lado el cuerpo del caballero y se abalanzaba hacia la reina, pero ella se movió veloz como una sombra. Giró sobre sus pies descalzos y echó a correr. Ni siquiera tuve tiempo de respirar antes de que cruzara el portal, con el cristal en la mano. El resplandor azul se estiró, formando gruesos zarcillos de luz que, cuando tocaron a la reina, emitieron un intenso destello.

La luz azul se expandió y embistió, rodeándome la pierna. Se contrajo rápido y con fuerza, tirando de mí y derribándome. Caí al suelo y luego me deslicé por él, hacia la puerta.

Se me vino el mundo encima al comprender de repente lo que estaba ocurriendo. Sangre..., mi cuerpo estaba cubierto de sangre. Una parte debía de ser mía, y eso quería decir...

Que mi sangre debía estar en el cristal.

Estaba a punto de verme arrastrada hasta el Otro Mundo, junto con la reina.

—¡Ren! —grité, agarrándome al suelo.

Las uñas se me rompieron. Dejé escapar otro grito al sobrepasar el umbral. Agité los brazos, intentando sujetarme al marco de la puerta. Miré a mi alrededor con desesperación, pero no vi nada salvo oscuridad más allá de la luz azul. La fuerza del Otro Mundo tiró de mí, estirándome los brazos, hasta que sentí que se me empezaban a desgarrar los músculos. Se me resbalaron los dedos y me solté.

Unas manos agarraron las mías con fuerza. Al mirar, vi que se trataba de Ren. Dios mío, Ren estaba aquí, con los pies plantados a ambos lados de la puerta. Mi cuerpo se elevó del suelo.

—¡Aguanta! —me gritó, crispando la cara mientras tiraba.

—¡Ren, Dios Santo, Ren! —chillé, presa del pánico y el terror.

La fuerza aumentó, levantando a Ren, y comprendí que era demasiado potente. Iba a arrastrarnos a ambos. A los dos.

No.

No podía permitir que le pasara eso a él. Ni hablar.

Giré el cuerpo para poder mirarlo a la cara. Nuestras miradas se encontraron.

—Ren. Suéltame. ¡Por favor! Por favor, suéltame. Tienes que soltarme.

El horror se dibujó en su cara.

—Eso nunca... ¡Por Dios, nunca!

—Tienes que hacerlo. —Tenía los brazos y los hombros estirados al máximo y me ardían como si los tuviera envueltos en llamas—. Te quiero, Ren. Te quiero muchísimo, pero tienes que...

—¡Basta! —me gritó. La angustia contraía su hermoso rostro—. No pienso soltarte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Tienes que hacerlo. Tienes...

Unos brazos rodearon a Ren por la cintura y entonces noté que tiraban de mí hacia delante, sacándome de la luz y alejándome del portal. Caímos de espaldas y yo acabé en el regazo de Ren. Levanté la mirada, por encima de los hombros de Ren, que me rodeaba con fuerza con los brazos.

El príncipe.

Dios mío.

El príncipe me había —nos había— liberado.

El viento azotó la habitación y después se desvaneció, succionado por la puerta. Me giré entre los brazos de Ren y observé asombrada cómo la brillante luz azul palpitaba una vez, y luego otra, y luego se contraía hasta que solo quedó un puntito de luz en medio de la interminable oscuridad, y luego no hubo nada salvo una espeluznante negrura.

La puerta hacia el Otro Mundo se cerró, sellándose con la reina y el cristal en su interior.

Nos fuimos poniendo en pie despacio, uno a la vez. El príncipe estaba ayudando a su hermano a incorporarse y Faye estaba con Kalen, rodeándole los hombros con el brazo para ayudarlo a mantenerse erguido. Miles se encontraba al lado de Dylan y Jackie. Todos seguíamos vivos, pero...

—Fracasamos —susurré, con la mirada clavada en el portal cerrado—. Hemos fracasado.

Solo obtuve silencio por respuesta mientras Ren me rodeaba la cintura con el brazo y me apretaba contra su costado. Noté que me rozaba la sien con los labios, pero me invadió una amarga sensación de decepción que por poco me despoja de las pocas fuerzas que me quedaban.

Habíamos fracasado.

La reina se había ido, pero regresaría con un despiadado y monstruoso ejército. Probablemente en cuestión de días. Horas, si no estábamos de suerte.

Retrocedí tambaleándome.

—¿De verdad hemos fracasado? —preguntó Dylan—. La reina ya no está. Ni los antiguos...

—No sabemos si queda algún antiguo, pero seguramente los hemos eliminado a casi todos. —Miles avanzó cojeando y recogió una estaca del suelo—. Pero la reina se ha llevado el cristal al Otro Mundo. Puede regresar en cualquier momento...

—No lo hará en mucho tiempo —repuso Fabian con voz ronca—. La apuñalaste con uno de los carámbanos, ¿verdad?

Cuando nos volvimos para mirarlo, me quedé boquiabierta. Estaba aterradoramente pálido. Miré rápidamente a Kalen. Él tenía el mismo aspecto. Ambos apenas podían mantenerse en pie y les temblaban las extremidades.

—Sí. Se lo clavé en el hombro. Y bastante hondo, además.

El príncipe me miró fijamente.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—Sí. Llegué al hueso. ¿Por qué? —Me aparté de Ren—. ¿Qué pasa?

—Si resultó herida a causa de su propia magia, de sus propias armas, entonces...

El príncipe se interrumpió y, a continuación, hizo algo que no le había visto hacer desde que se había roto el hechizo.

Se rio. Soltó una carcajada profunda y sonora.

Ren avanzó, con movimientos rígidos.

—¿Te importaría ponernos al tanto de lo que pasa? Porque yo no le veo la gracia a nada de esto.

—Ni yo tampoco —masculló Miles mientras se enfundaba la estaca a la cadera.

—Cualquier fae tardaría bastante tiempo en recuperarse de una herida provocada por uno de esos carámbanos. Un humano habría muerto. —El príncipe se volvió de nuevo hacia su hermano y le rodeó la cintura con el brazo—. Pero haber resultado herida a causa de su propia magia es catastrófico para la reina. Igual que para cualquiera de nosotros.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Jackie con aspereza, limpiándose las manchas de sangre de la mejilla—. ¿La matará?

—No. —El príncipe condujo a Fabian hacia la puerta—. Pero la dejará muy débil durante muchísimo tiempo.

Mientras los seguía, renqueante, no me permití abrigar esperanzas, pero recordé que el príncipe ya había mencionado ese tema cuando nos contó qué podría debilitarlos a ellos.

—¿Cuánto es «muchísimo tiempo»?

—Meses —contestó él.

—¿Meses? ¿Estás de coña? Eso no es mucho tiempo.

Era mejor que semanas u horas, pero seguía sin ser suficiente.

El príncipe se detuvo y me miró por encima del hombro.

—Unos meses en el Otro Mundo equivalen a años en el mundo de los mortales.

—¿Años? —repitió Ren—. ¿En plural?

—En plural —confirmó el príncipe—. Y, mientras esté débil, la reina no podrá reunir un ejército. No encontrará muchos aliados estando herida y con sus poderes en horas bajas. En el Otro Mundo, los fuertes y poderosos son los únicos que consiguen apoyo.

El corazón me retumbaba en el pecho.

—Bueno, ¿y eso qué significa exactamente?

—Significa que no hemos fracasado —contestó él con una leve sonrisa. El gesto transmitía calidez, pero no se reflejó en sus ojos. Tuve el presentimiento de que ninguna de sus sonrisas lo lograba—. Dispondremos de años para prepararnos para su regreso.

*B*ajé las escaleras cojeando, con la cabeza abarrotada de ideas y emociones contradictorias. ¿Habíamos fracasado? ¿Sí? ¿No? No estaba segura, pero me sentía demasiado agotada como para pensarlo detenidamente y demasiado eufórica por el hecho de que siguiéramos vivos como para flagelarme por no haber podido conseguir el cristal o matarla.

Lo dejaría para mañana.

Porque íbamos a tener un mañana.

—¡Ivy! —chilló Tink en cuanto llegué al pie de las escaleras.

Me detuve de golpe mientras él se apartaba corriendo de Fabian y prácticamente se abalanzaba sobre mí, rodeándome con sus largos brazos.

—¡Estás viva!

—Sí —contesté con voz aguda—. Creía que se suponía que te ibas a quedar en el hotel.

—Lo hice, pero no pude seguir esperando. Llegué justo cuando todo el mundo estaba bajando por las escaleras. —Me meció adelante y atrás—. ¡Salí yo solito y encontré este sitio!

—No vino solo —le oí decir a Tanner—. Se estaba poniendo nervioso y, bueno, no pudimos detenerlo.

Cerré los ojos con fuerza y le devolví el abrazo, demasiado contenta por poder abrazarlo de nuevo como para cabrearme con él porque no nos hubiera hecho caso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tink.

Me separé mientras Faye procedía a explicárselo todo.

Ren se acercó al príncipe mientras Tink se ponía al día. Vi que Tanner no había venido solo, sino que lo acompañaba Brighton, que permanecía al fondo. La guapa joven miraba fijamente a los dos príncipes, con el rostro pálido.

—Tenemos que llevar a mi hermano de vuelta al hotel —dijo el príncipe—. Necesita descansar, igual que Kalen.

Tink se alejó de mí y regresó a toda prisa al lado de Fabian.

—¿Se va a poner bien?

—Sí.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos? —pregunté.

—Nada —me aseguró él—. Lo único que podemos hacer es esperar a que se les pase el efecto.

Sentí mucha lástima por Fabian y Kalen al ver sus caras pálidas y demacradas.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Demasiado —contestó Fabian con un gruñido—. Deberíamos estar bien... dentro de unas semanas.

¿Semanas? Me quedé asombrada.

—He..., he traído un todoterreno —dijo Brighton. Carraspeó y luego añadió—: Puedo llevarlos de vuelta al hotel.

Realicé una inspiración entrecortada y me acerqué a donde se encontraba el príncipe. Ren ya estaba allí.

—Oye —dije, pasando la mirada de uno al otro—. Solo quería darte las gracias por..., por salvarnos..., por salvarme ahí arriba. Si no hubieras...

El príncipe se me quedó mirando.

—No hace falta que me des las gracias. Nunca.

Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro, sintiéndome incómoda.

—Pero te agradezco lo que hiciste. Los dos te lo agradecemos.

—Ivy tiene razón. —Ren le tendió la mano, con los hombros tensos—. Gracias, príncipe.

El príncipe observó la mano de Ren y luego su cara y, un momento después, se la estrechó.

—De nada. —Tras soltarle la mano, me miró—. Y, por cierto, no me llamo príncipe, sino Caden.

La tenue luz del sol se filtraba por debajo de las gruesas cortinas, deslizándose por el suelo del cuarto, hacia la cama. Yo no tenía ni idea de qué hora era porque, al parecer, Ren no creía que hicieran falta relojes en los dormitorios, pero sabía que debía de estar atardeciendo.

Como acordamos el día anterior, no habíamos regresado al Hotel Faes Buenos anoche cuando todo el mundo salió de la casa situada en Royal Street. Habíamos ido a casa de Ren, porque..., porque podíamos. Tenía la sensación de que me había pasado un siglo durmiendo; pero, mientras observaba danzar

las diminutas partículas de polvo en el haz de luz, no estuve segura de si me sentía preparada para estar despierta.

Cerré los ojos con fuerza y moví las caderas mientras me invadía una oleada de inquietud. El brazo que me rodeaba la cintura se contrajo, apretándome de nuevo contra un pecho duro y cálido.

—Deberías estar dormida. —La voz profunda de Ren me retumbó contra la piel del cuello.

Llevé la mano hasta la suya, que descansaba sobre mi estómago, y entrelacé nuestros dedos.

—¿Y tú qué? ¿No deberías estar dormido?

—Tú estás despierta. —Me besó un lado del cuello—. Así que yo también.

A veces me preguntaba si Ren dispondría de un sistema de alarma interno, con cuota mensual y todo. Le apreté la mano a modo de respuesta. Transcurrió un momento de silencio y luego él me colocó de espaldas, y me encontré contemplando unos somnolientos y preciosos ojos verdes.

El pelo rizado y castaño le cayó hacia delante, rozándole las cejas, cuando se incorporó sobre un codo por encima de mí.

—No voy a preguntarte si estás bien. —Me apartó un mechón de pelo mientras escrutaba mi mirada—. Solo te pido que no te lo guardes dentro. Han ocurrido muchas cosas y, aunque pasen años antes de que tengamos que volver a enfrentarnos a la reina, todavía queda mucho por hacer.

Tragué saliva para deshacer el nudo de emoción que me oprimía la garganta y susurré:

—Te prometí que no lo haría.

Ren aguardó, observándome.

Respiré trémulamente y exhalé despacio.

—¿De verdad crees que pasarán años antes de que la reina regrese?

Ren me acarició la mejilla con la punta de los dedos, evitando los cardenales de color morado intenso y las heridas en carne viva que habían aparecido a lo largo de la noche.

—Por lo que nos contaron los príncipes, no tenemos motivos para creer que no sea así.

—Cierto —murmuré—. Pero ¿y si se equivocan?

—¿Y si no se equivocan? —Me pasó el pulgar por debajo del labio—. ¿Y si disponemos de varios años para vivir nuestra vida y asegurarnos de estar preparados para cuando vuelva? Años, cariño. Eso es mucho tiempo. Es mucha vida.

Parte de la tensión que me comprimía el pecho se alivió. No desapareció por completo, pero me resultó más fácil respirar. Ren tenía razón. No había ningún motivo para pensar que los hermanos estuvieran equivocados. Podíamos tener años.

—Se acabó —dije, porque sentí que necesitaba decirlo—. Se acabó por ahora.

Ren me depositó un beso rápido en la punta de la nariz.

—Sí, se acabó por ahora.

Cerré los ojos, permitiéndome asimilarlo de verdad. Todavía no me parecía real. No me acababa de creer que no estuviéramos viviendo segundo a segundo, día a día.

Ren me besó la frente.

—Sé que vas a seguir preocupándote, pero mejorará con el tiempo. —Esta vez me besó la comisura de los labios y luego soltó un profundo suspiro—. Aunque eso ya lo sabes.

Sí, ya lo sabía.

No me iba a resultar fácil superar el hecho de que la reina podía regresar en el futuro, y seguramente lo haría. Pero no podía vivir atemorizada. Una dosis razonable de temor era una cosa, pero...

Anoche no habíamos fracasado.

Abrí los ojos.

—Cuando regrese, vamos a estar preparados para matar a esa zorra.

Ren sonrió de oreja a oreja.

—Me pones a cien cuando hablas de matar faes malvados.

Se me escapó una carcajada y, por primera vez en mucho tiempo, me permití mirar hacia el futuro. Prácticamente tenía una vida entera aguardándome..., una vida entera con Ren. Todavía debíamos cumplir con nuestro deber, naturalmente. Cualquiera de los dos podía morir la próxima vez que saliéramos a patrullar; pero, gracias a la ayuda de la corte de verano, la Orden ya no estaba sola.

Podíamos tener un futuro.

Puede que las cosas se pusieran difíciles de vez en cuando. Aunque no había vuelto a sentir ansias desde que nos marchamos de California, sabía que podía ocurrir de nuevo; no obstante, si me pasaba, lidiaría con ello. Teníamos un futuro por delante, un futuro brillante y esperanzador, y quería empezar a disfrutarlo ya mismo.

Alcé la barbilla y, sin mediar palabra, Ren me concedió lo que le pedía en silencio. Me besó, y lo hizo de un modo tan profundo, apasionado y hermoso

que se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquel beso reflejaba todo lo que Ren sentía por mí, al igual que *todos* sus besos, y también la forma en la que apartó la manta que nos separaba, se colocó encima de mí y me penetró.

Nuestros cuerpos se unieron de una forma completamente diferente a la noche anterior, cuando regresamos al apartamento de Ren y nos metimos inmediatamente en la ducha para lavarnos la sangre. Aquello había sido rápido e intenso, como si fuera la única forma de demostrarnos que seguíamos vivos..., que, a pesar de todo, seguíamos teniéndonos el uno al otro. Esto era distinto. Ren se movía meticulosamente despacio, como si fuera nuestra primera vez.

No separó su boca de la mía ni un instante. Continuó besándome mientras nos movíamos al unísono, juntando y separando las caderas. Mientras él mantenía nuestras manos unidas, sujetándolas a ambos lados de mi cabeza. Incluso mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas, introduciéndolo todo lo posible en mí. Nos besábamos como si bebiéramos el uno del otro, tomando sorbitos y luego dando tragos.

Las palabras no tenían cabida. No quedó sitio para ellas cuando el ritmo de nuestras caderas se incrementó. Solo se oían suspiros suaves y gemidos más profundos en los breves segundos durante los cuales se separaban nuestras bocas. El sudor humedeció nuestros cuerpos, haciéndonos relucir la piel. Era como si todos los músculos de mi cuerpo se tensaran y se aflojaran en un ciclo interminable.

Esto era..., esto era hacer el amor. Un acto dulce, inquebrantable y sobrecogedor. La forma en la que Ren alargaba cada beso, cada embestida, resultaba maravillosamente insoportable. Nunca me había sentido más unida a él, más enamorada, que en ese preciso momento.

Ren interrumpió el beso cuando se corrió, pronunciando mi nombre contra mis labios con una voz profunda y gutural que me hizo estremecer y me llevó al éxtasis. Todo mi cuerpo se estremeció. El orgasmo que experimenté borró prácticamente todos los pensamientos de mi mente, dejando espacio únicamente para las oleadas de placer.

Cuando todo terminó, cuando nuestros corazones empezaron por fin a latir más despacio y yo yacía acurrucada en sus brazos, con la mejilla apoyada en su pecho, solo entonces hablamos.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó mientras deslizaba la mano perezosamente arriba y abajo por mi columna.

La pregunta tenía miga, porque yo sabía que no se refería a qué íbamos a hacer después de echar un polvo apoteósico. Ren estaba pensando a lo grande,

a largo plazo.

—No lo sé —dije un momento después—. Creo..., creo que me gustaría volver a la universidad.

—¿Ah, sí?

Enredó los dedos en mi pelo antes de apartar la mano.

—El plazo para matricularse en primavera ya pasó, pero podría empezar en verano o en otoño.

—Me parece buena idea.

El entusiasmo brotó en el centro de mi pecho, desplegándose como una rosa al florecer por primera vez. Mi aspecto había cambiado, pero no tanto como para que los mortales se dieran cuenta. Podía estar en público perfectamente. No había problema.

—Me gustaría mucho.

—Puedo ir a visitarte al campus —sugirió—. Ya sabes, para distraerte un poco.

—Qué considerado.

—Eso intento.

Sonreí mientras pasaba los dedos por su vientre duro.

—¿Y qué hay de ti?

No tardó ni un segundo en contestar.

—Hagas lo que hagas, vayas donde vayas, eso haré..., allí estaré.

—¿De verdad? —Alcé la barbilla para poder mirarlo a la cara.

—De verdad —repitió—. Aunque tal vez podríamos irnos de vacaciones.

Me parece que nos lo merecemos.

No pude contener la sonrisa que se me dibujó en la cara.

—Eso estaría genial.

Aquellos preciosos ojos verdes se iluminaron.

—¿Adónde quieres ir?

—A algún sitio donde haga frío —contesté de inmediato—. Algún sitio donde haya nieve y podamos hacer muñecos de nieve y beber chocolate caliente y... hacer el amor delante de una chimenea encendida.

—Se me ocurren unos cuantos sitios adecuados allá en casa. Y me encanta tu concepto de vacaciones.

—Fue por lo del sexo, ¿no?

—Puede ser.

Me reí y volví a acurrucarme contra él. Mientras estaba allí tendida, me asombré al darme cuenta de pronto de que íbamos a disponer de un mañana, una semana, un mes, años que llenar. Por algún motivo, no había sido

consciente hasta ese preciso momento de que íbamos a disfrutar de un futuro real; bueno, siempre y cuando no nos mataran en el trabajo o nos atropellara un tranvía.

—Supongo que ahora podemos hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Planes. Ahora podemos hacer planes. —Me mordí el labio—. Durante un tiempo, no creí que fuera a haber un futuro. ¿Sabes? Simplemente, dejé de pensar en... el mañana.

Ren dejó la mano inmóvil un momento y luego empezó a moverla de nuevo. Se quedó callado.

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Querías que te soltara.

—Ren...

—Querías que te soltara y, si lo hubiera hecho, habrías desaparecido.

—No quería arrastrarte al Otro Mundo conmigo. ¿Estás enfadado por eso? Sus ojos verdes se llenaron de incredulidad.

—Una parte de mí está cabreada por eso. Es probable que una parte de mí siempre vaya a estar cabreada porque estabas dispuesta a tirar tu vida por la borda...

—No estaba *dispuesta* a tirar mi vida por la borda. —Me senté—. Todo pasó muy rápido, y me di cuenta de que el portal te iba a absorber, y...

—Querías salvarme. Ya lo sé. Y lo entiendo. —Apoyó la mano en mi cadera desnuda—. Pero eso no significa que me tenga que gustar. —Bajó la mirada—. Aunque *esto* sí me gusta.

Puse los ojos en blanco.

—Deja de mirarme las tetas.

Él enarcó una ceja mientras sus ojos ascendían lentamente hasta los míos.

—¿De verdad me estás pidiendo eso? ¿Es que no me conoces?

Me reí a mi pesar.

—Me distraen demasiado, Ivy. —Me rozó una teta con los dedos, haciéndome inhalar bruscamente—. Son muy bonitas y, ahora mismo, parecen sentirse muy solas. Unas tetas bonitas nunca deberían sentirse solas.

Le aparté la mano de un manotazo.

Una sonrisa pícaro apareció en sus labios carnosos y luego se esfumó como si nunca hubiera estado allí. Se llevó la mano al pecho y la apoyó sobre su corazón.

—La idea de perderte me acojona, Ivy. La conmoción y la rabia que sentí..., que todavía siento y probablemente siempre sentiré en cierta

medida..., se debían a que me aterrorizaba saber que podrías haberte quedada atrapada allí, con la reina y sabe Dios qué más.

Me estremecí. La sola idea de estar atrapada en el Otro Mundo con la reina, aunque estuviera gravemente herida, me horrorizaba, porque sabía por experiencia qué habría supuesto.

No habría sido agradable.

—Hemos pasado por muchas cosas —susurré—. Los dos tenemos mucho que asimilar.

—Sí, es verdad.

Estaba segura de que seguiría teniendo pesadillas en los años venideros. Puede que incluso hasta el día de mi muerte. Seguiría despertándome, presa del pánico, creyendo que había regresado a aquella casa y una cadena me rodeaba el cuello o que estaba a punto de quedarme atrapada en el Otro Mundo. Al igual que la aflicción, esa clase de terror no se superaba fácilmente.

Tragué saliva para aliviar el repentino nudo que se me había formado en la garganta. Ren se colocó un brazo detrás de la cabeza mientras me observaba.

—Quiero que sepas que no te lo reprocho. No se trata de eso. En serio.

Yo ya lo sabía. Él no era así.

—No quiero que sigas disgustado.

—No estoy disgustado. De verdad. —Cerró los ojos un momento—. Es que... cuando pienso en lo que podría haber pasado..., lo que casi pasa..., es como un mazazo. Me hace revivir ese instante, pero la sensación no dura demasiado.

Me eché el pelo sobre un hombro y coloqué una mano sobre su vientre firme.

—Te entiendo. En serio. Como ya te he dicho, si hubieras sido tú quien me pidiera que te soltara, también me habría cabreado.

—Me habrías dado una patada en los huevos.

Se me dibujó una sonrisa en los labios. Desde luego que lo habría hecho. Y habría seguido haciéndolo hasta que no pudiera dar ni un paso, mucho menos ir al Otro Mundo.

Ren desplazó la mano que tenía en mi cadera hasta mi espalda. Ejerció una leve presión y me hizo recostarme de nuevo contra su pecho, como antes. Me besó en la coronilla.

—Y, como ya te he dicho yo a ti, entiendo qué te hizo pensar que eso era necesario. Odio admitirlo, pero lo entiendo.

Le deposité un beso en el pecho y luego le rodeé la cintura con el brazo y lo apreté tan fuerte que se rio.

—Dios mío —gruñó—. Eres innecesariamente fuerte.

Solté una risita y lo apreté de nuevo, aunque con menos fuerza esta vez.

Transcurrió un momento y luego Ren dijo:

—Hay algo que sé que ya te he dicho, pero necesito decirlo de nuevo. Sobre todo ahora.

—¿Que opinas que mis tetas todavía parecen sentirse solas?

Ren soltó una carcajada.

—Aunque no te lo creas, los tiros no iban por ahí.

—Vaya, estoy asombrada.

—No me extraña. —Entonces se sentó, haciendo que yo me incorporara a la vez y el pelo me cayera sobre los hombros. Quedamos cara a cara. Durante un momento, como me ocurría de vez en cuando, me quedé un tanto embelesada contemplando aquellos preciosos ojos—. Me morí de miedo cuando pensé que te iba a perder, pero también me dejaste anonadado.

Me lo quedé mirando.

—¿Qué?

Me miró fijamente mientras cogía los mechones de mi pelo que había entre nosotros y los apartaba.

—Fuiste a por ella con aquel carámbano, sabiendo lo peligroso que era. Pero lo hiciste de todas formas.

—Tú habrías hecho lo mismo —argumenté.

—Esa no es la cuestión. —Me acunó la mejilla—. Tomaste una decisión altruista. Una parte de mí quiere mantenerte encerrada y preferiblemente encadenada a una cama por ese motivo, pero creo que nadie me había dejado tan asombrado o impresionado en toda mi vida.

Un sonrojo me invadió las mejillas y me bajó por el cuello.

Ren me rodeó la nuca con la mano.

—Te quiero, Ivy. Me pareces increíblemente guapa y sexy. Eres divertida, y tan lista que a veces no me siento digno de ti.

—Ren —susurré, con los ojos anegados en lágrimas, mientras colocaba una mano sobre su pecho.

—Y te admiro muchísimo, joder —prosiguió Ren, con voz más ronca—. Eres muchas cosas alucinantes, Ivy; pero, sobre todo, eres muy valiente.

«Valiente».

Esa palabra de nuevo.

Una palabra que significaba muchísimo para mí. Además, sabía que Ren tenía razón. Él estaba orgulloso de mí; pero, lo que era aún mejor, yo estaba orgullosa de mí misma..., de lo que habría estado dispuesta a hacer y de lo que había hecho.

Sonreí mientras me inclinaba hacia delante para apoyar mi frente contra la suya. Era cierto, era valiente, y disponía de toda la vida para serlo.

—Te quiero —susurré.

En los labios de Ren, que estaban pegados a los míos, se dibujó una sonrisa.

—Demuéstramelo.



JENNIFER L. ARMENTROUT (Martinsburg, Virginia Occidental, 1980). Actualmente sigue viviendo en Martinsburg con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas.

Jennifer escribe YA paranormal, ciencia ficción, fantasía y romance contemporáneo. También escribe novelas para adultos bajo el seudónimo de J. Lynn.

Notas

[1] Campanilla en inglés se llama Tinker Bell. (*N. de la T.*) <<